ERIC KLINENBERG

PALACIOS DEL PUEBLO

POLÍTICAS PARA UNA SOCIEDAD MÁS IGUALITARIA

Capitán Swing

ERIC KLINENBERG

PALACIOS DEL PUEBLO

POLÍTICAS PARA UNA SOCIEDAD MÁS IGUALITARIA

Capitán Swing

PALACIOS DEL PUEBLO

POLÍTICAS PARA UNA SOCIEDAD MÁS IGUALITARIA

ERIC KLINENBERG

Traducción de
Paula Zumalacárregui

Capitán Swing

PALACIOS DEL PUEBLO

POLÍTICAS PARA UNA SOCIEDAD MÁS IGUALITARIA

A Lila y Cyrus

Introducción

La infraestructura social

La biblioteca de Seward Park

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: Eric Klinenberg

El 12 de julio de 1995, una masa de aire tropical de un calor abrasador y un elevado nivel de humedad se asentó sobre Chicago e hizo que la ciudad pareciera Yakarta o Kuala Lumpur. El 13 de julio se alcanzaron los 41 ˚C, mientras que la temperatura de bochorno —el índice que mide la sensación térmica— llegó a los cincuenta y

dos. Los periódicos y las cadenas de televisión locales advirtieron de que la ola de calor podía ser peligrosa, pero no supieron identificar su gravedad. Además de las advertencias sanitarias básicas y los informes meteorológicos, publicaron artículos humorísticos sobre cómo «evitar que se te aje el traje y se te marchite el maquillaje» y sobre la compra de sistemas de aire acondicionado. «Nosotros con estas condiciones meteorológicas hacemos el agosto», admitió el portavoz de cierto proveedor regional. The Chicago Tribune aconsejó a sus lectores «aflojar el ritmo» y «no calentarse la cabeza». [1]

Aquel día, Chicago batió su propio récord de consumo energético; el brusco aumento de la demanda sobrecargó la red eléctrica y provocó apagones en más de doscientos mil hogares que en algunos casos duraron días. Las bombas de agua se estropearon y dejaron sin suministro a las viviendas de las plantas superiores. Los edificios de toda la ciudad se cocieron como hornos, las carreteras y autopistas se agrietaron y miles de coches y autobuses se sobrecalentaron. Los niños que iban de campamento en los autobuses escolares se quedaron atascados en el tráfico y, para evitar que sufrieran un golpe de calor, los equipos de salud pública tuvieron que remojarlos a manguerazos. Pese a que los problemas iban en aumento, el Gobierno municipal de Chicago tuvo la irresponsabilidad de no declarar el estado de emergencia. El alcalde —al igual que los líderes de varios de los principales organismos municipales— se encontraba fuera de la ciudad, pasando las vacaciones en un sitio más fresco. Sin embargo, había millones de residentes que no podían escapar del calor.

Como todas las ciudades, Chicago es una isla de calor cuyas carreteras asfaltadas y edificios metálicos atraen el calor del sol, que queda retenido por la densa contaminación. Mientras que las arboladas urbanizaciones residenciales de las afueras de Chicago se enfriaban durante la noche, los barrios del centro seguían achicharrándose. Hubo tantas llamadas al 911 que los técnicos en emergencias sanitarias tuvieron que dejar algunas en espera. Miles de personas abarrotaron los servicios de urgencias por enfermedades causadas por el calor y casi la mitad de los hospitales de la ciudad se negaron a recibir más pacientes por falta de sitio. En el exterior de la morgue del condado de Cook se formó una cola de

camiones cargados de cadáveres. Había doscientas veintidós áreas de descarga en el depósito y estaban todas llenas. El dueño de una empresa de envasados cárnicos se brindó a llevar un camión refrigerado de catorce metros de largo. Cuando este se llenó, el hombre llevó otro y después otro más, hasta que nueve camiones con cientos de cadáveres atestaron el aparcamiento. «En la vida he visto cosa igual —aseguró el forense—. Estamos sobrepasados».[2]

Entre el 14 y el 20 de julio murieron en Chicago 739 personas más de lo habitual, aproximadamente siete veces más que durante el huracán Sandy y más del doble que en el gran incendio de Chicago. Antes de que se diera sepultura a todos los cadáveres, los científicos empezaron a buscar patrones en las muertes. Los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos (Centers for Disease Control and Prevention, o CDC) mandaron desde Atlanta a un equipo de investigadores y reclutaron a muchos más en Chicago para que hicieran averiguaciones. Los investigadores entrevistaron puerta a puerta a más de setecientas personas, crearon «pares coincidentes» de víctimas y de vecinos supervivientes y recabaron información demográfica que usaron para establecer comparaciones. Algunos resultados eran de esperar: tener un sistema de aire acondicionado operativo reducía el riesgo de muerte en el 80 por ciento; el aislamiento social incrementaba el riesgo; vivir solo resultaba especialmente peligroso porque muchas veces la gente no reconoce ni los síntomas ni la gravedad de las enfermedades causadas por el calor; tener una relación estrecha con otra persona o incluso con una mascota aumentaba mucho las probabilidades de supervivencia de la gente.

Con todo, afloraron algunos patrones fascinantes. Las mujeres, al tener vínculos más sólidos con sus amigos y familiares, habían salido mejor paradas que los hombres. Pese a los elevados índices de pobreza, la población latina había sobrellevado la situación mejor que otros grupos étnicos de Chicago por el simple hecho de que suelen vivir en apartamentos abarrotados y en barrios con alta densidad de población, sitios donde resulta casi imposible morirse en soledad.

En gran medida, la mortalidad de la ola de calor guardaba una estrecha relación con la segregación y la desigualdad: de entre las

diez áreas comunitarias con los índices de mortalidad más altos, en ocho vivían casi exclusivamente personas afroamericanas y, además, había focos donde se concentraban la pobreza y los delitos con violencia. En esos lugares, las personas mayores o enfermas corrían el riesgo de encerrarse en casa y morir en soledad durante la ola de calor. Al mismo tiempo, tres de los diez barrios donde se registró el menor índice de mortalidad por la ola de calor estaban también caracterizados por la pobreza, la violencia y una población predominantemente afroamericana, mientras que en otro de ellos había pobreza, violencia y la población era mayoritariamente latina. Lo lógico habría sido que esos barrios hubieran salido mal parados de la ola de calor, pero lo cierto es que resistieron mucho mejor que las zonas más prósperas de Chicago. ¿Por qué?

Yo crecí en la ciudad, pero cuando se produjo la ola de calor estaba a punto de trasladarme a California para empezar mis estudios de posgrado. No tenía ninguna intención de volver a mi ciudad natal. Apenas me había parado a pensar en barrios, catástrofes naturales o el clima, pero mi mente volvía una y otra vez a la ola de calor y al misterio de por qué algunas personas y algunos sitios que parecían abocados a la catástrofe habían conseguido esquivarla. Aunque, en efecto, me marché a California, deseché el plan de investigar el negocio de las drogas y me puse a indagar en la catástrofe. Siempre que podía, volvía a Chicago, hasta que al final terminé instalándome otra vez en la ciudad para poder desarrollar allí el trabajo de campo: transformé el sótano de la casa de mis padres en un centro de operaciones e hice la tesis sobre la ola de calor.

Al igual que los CDC, yo también comparé «pares coincidentes», con la diferencia de que yo estudié las consecuencias de la ola de calor no solo en las personas, sino en barrios enteros. Para orientarme, encontré un mapa de muertes por calor y lo superpuse a diversos mapas de pobreza, violencia, segregación y envejecimiento en los barrios de Chicago. Identifiqué vecindarios colindantes con perfiles demográficos similares que, sin embargo, habían registrado unos índices de mortalidad por la ola de calor radicalmente diferentes. Procesé las cifras y analicé todos los datos sobre barrios a los que suelen recurrir los científicos sociales, pero ninguna de las variables habituales terminaba de explicar la discrepancia de los resultados, así que apagué el ordenador y me lancé a la calle.

Sobre el terreno, pude observar ciertas condiciones de los barrios que no son visibles en términos cuantitativos. Las estadísticas no reflejan las diferencias entre los barrios pobres y minoritarios plagados de solares vacíos, aceras rotas, casas abandonadas y escaparates con las persianas bajadas y los barrios que gozan de una alta densidad de población y mucho tráfico peatonal, llenos de vida gracias a la actividad comercial y a los parques bien cuidados y que cuentan con el apoyo de sólidas asociaciones locales. A medida que fui familiarizándome con el ritmo de vida de los distintos barrios de Chicago, comprendí la tremenda importancia de esas condiciones locales tanto en la vida diaria como durante la catástrofe.

Pensemos en Englewood y Auburn Gresham, dos barrios colindantes del hipersegregado South Side de Chicago. En 1995, el 99 por ciento de la población de ambos barrios era afroamericana y la proporción de residentes de edad avanzada era similar en los dos. Ambos tenían altas tasas de pobreza, desempleo y delitos violentos. En Englewood —uno de los sitios más peligrosos durante la catástrofe—, se registraron 33 muertes por cada 100.000 residentes. Sin embargo, en Auburn Gresham, la tasa de mortalidad fue de 3 muertes por cada 100.000 residentes, es decir, que fue uno de los sitios que mejor parados salieron de toda la ciudad; el riesgo fue menor incluso que en el elegante Lincoln Park y que en el Near North Side.

Para cuando concluí mi investigación, había descubierto que la diferencia fundamental entre barrios como Auburn Gresham y otros similares en términos demográficos era lo que yo llamo «infraestructura social»: los espacios físicos y las organizaciones que configuran las relaciones personales.

Infraestructura social no equivale a «capital social» —un concepto que suele emplearse para medir las relaciones y las redes interpersonales—, sino que se refiere a las condiciones físicas que determinan el desarrollo del capital social. Cuando la infraestructura social es sólida, fomenta que amigos y vecinos traben relación, se apoyen y colaboren entre sí; cuando está deteriorada, inhibe la actividad social y obliga a que tanto las familias como las personas que viven solas tengan que buscarse la vida. La infraestructura social tiene una importancia tremenda,

porque las interacciones locales cara a cara —en el colegio, en los parques infantiles y en la cafetería de la esquina— cimientan toda la vida pública. Las personas establecen vínculos en sitios que cuentan con infraestructuras sociales saludables no porque pretendan forjar una comunidad, sino porque es inevitable que las relaciones prosperen cuando las personas tienen un trato prolongado y recurrente (sobre todo, mientras hacen actividades con las que disfrutan).

Durante la ola de calor, los residentes de Englewood no solo se encontraron indefensos por ser negros y pobres, sino también porque el barrio estaba abandonado. Los bloques residenciales daban la impresión de haber sufrido un bombardeo, mientras que la infraestructura social que favorecía la vida colectiva se había deteriorado. Entre 1960 y 1990, Englewood había perdido el 50 por ciento de sus residentes y la mayoría de sus establecimientos comerciales, así como toda cohesión social.

—Antes teníamos mucha más relación, estábamos más unidos —asegura Hal Baskin, que lleva cincuenta y dos años viviendo en Englewood y que actualmente encabeza una campaña en contra de la violencia en el barrio—. Ahora no sabemos quién vive enfrente o a la vuelta de la esquina. Y a los ancianos les da respeto salir a la calle.

Los epidemiólogos han demostrado sin lugar a dudas la relación entre los vínculos sociales, la salud y la longevidad. En las últimas décadas, las revistas sobre salud más importantes han publicado infinidad de artículos que documentan los beneficios físicos y mentales de los vínculos sociales.[3] Pero hay una cuestión previa que los científicos no han analizado tan al detalle: ¿cuáles son las condiciones de los sitios donde vivimos que incrementan las probabilidades de que la gente desarrolle relaciones sólidas o de apoyo y cuáles propician que la gente se aísle cada vez más y se quede sola?

Tras la ola de calor, varias destacadas autoridades de Chicago declararon públicamente que la gente que vivía aislada de los demás y que había fallecido se había labrado su propio destino, pero que las comunidades en las que vivían los habían rematado. El alcalde, Richard M. Daley, criticó a la gente por no cuidar de sus

vecinos, mientras que Daniel Alvarez, el inspector de servicios sociales, se quejó ante la prensa de que «hay gente que se muere de pura dejadez». Sin embargo, no fue eso lo que yo observé cuando pasé una temporada en los barrios más vulnerables de Chicago. Quienes vivían allí expresaban los mismos valores de los que hacían gala los residentes de las zonas que mejor habían resistido y se esforzaban de verdad por ayudarse, tanto en las épocas normales como en las difíciles. La diferencia no era cultural: la cuestión no era cuánto se preocupaba la gente por sus vecinos o por su comunidad, sino que, en sitios como Englewood, el lamentable estado de la infraestructura social no invitaba a relacionarse y, encima, dificultaba que la gente se apoyara, mientras que en lugares como Auburn Gresham la infraestructura social servía de estímulo.

Durante las décadas en que los vecinos huyeron de barrios como Englewood, las zonas más resistentes de Chicago apenas perdieron habitantes. En 1995, los residentes de Auburn Gresham frecuentaban cafeterías, parques, barberías y supermercados; participaban en clubes vecinales y en grupos eclesiásticos; conocían a sus vecinos, pero no porque hubieran hecho ningún esfuerzo en particular, sino porque vivían en un sitio donde la gente se relacionaba de manera casual en su vida diaria. Durante la ola de calor, esas costumbres rutinarias facilitaron que la gente se interesara por el prójimo y llamara a la puerta de los vulnerables vecinos de edad avanzada.

—Es lo que hacemos siempre que hace mucho calor o mucho frío —cuenta Betty Swanson, que lleva casi cincuenta años viviendo en Auburn Gresham.

Es lo que hacen siempre y punto, da igual el tiempo que haga. Y ahora que las olas de calor son cada vez más frecuentes y más duras, vivir en un barrio con la infraestructura social de Auburn Gresham es más o menos equivalente a que todas las casas cuenten con un sistema de aire acondicionado operativo.

La primera vez que di cuenta de mis conclusiones sobre la importancia de la infraestructura social durante la catástrofe de Chicago fue en mi tesis y, luego, en un libro titulado Heat Wave (Ola de calor). Cuando terminé, empecé a pensar más allá de ese

acontecimiento catastrófico en particular y a investigar cómo afectan a la gente también en épocas normales los recursos locales, como las bibliotecas, las barberías y las asociaciones vecinales. Estudié con mayor detenimiento los barrios que tan bien habían resistido la ola de calor y reparé en un detalle extraordinario: en absolutamente todos los casos se trataba de barrios mucho menos peligrosos y más salubres que otros lugares de características demográficas similares y, además, por un margen llamativo. Por ejemplo, media década antes de la catástrofe, la esperanza de vida de Auburn Gresham superaba en más de cinco años a la de Englewood. La disparidad era aún mayor —diez años— en otro par coincidente de vecindarios limítrofes que me había dedicado a comparar exhaustivamente: en South Lawndale (también conocido como Little Village) la longevidad era considerablemente mayor que en North Lawndale.

Esas diferencias eran tan tremendas y estaban tan generalizadas que me hicieron plantearme si la infraestructura social no sería más importante aún de lo que pensaba. Tenía que estudiar las redes ocultas y los infravalorados sistemas que sustentan —o, en algunos casos, truncan— toda forma de vida colectiva.

* * *

En aquella ocasión, sí que me marché de Chicago. Al fin y al cabo, los castigados barrios de mi ciudad natal no son los únicos sitios en los que la gente vive desconectada entre sí y, además, los problemas en los que influye la infraestructura social trascienden el calor y la salud. Así pues, me trasladé a la Gran Manzana, donde empecé a impartir clases en la Universidad de Nueva York, y después pasé dos años en la Universidad de Stanford. Desarrollé investigaciones en numerosas ciudades estadounidenses, así como en Argentina, Inglaterra, Francia, los Países Bajos, Japón y Singapur. Aunque todos los sitios que he estudiado tienen sus desafíos medioambientales, sistemas políticos y orientaciones culturales particulares, las preocupaciones de sus residentes son similares. Hoy

en día, las sociedades de todo el mundo están cada vez más fragmentadas, divididas y enfrentadas. Se ha deshecho el pegamento social.

Según el servicio de noticias canadiense Global News, «todos vivimos en una burbuja». La BBC advierte de que la «segregación de clases» está «en alza» en Inglaterra. Today Online informa de que «la India está retrocediendo en los índices de felicidad debido, en gran medida, al pésimo capital social y a la falta de confianza interpersonal». La desconfianza y el miedo que provoca la desigualdad extrema han impulsado un repunte de las urbanizaciones valladas y guardias privados de seguridad armados por toda Latinoamérica. The Associated Press asegura que «hay más guardias privados que funcionarios»: la proporción es de cuatro a uno en el caso de Brasil, cinco a uno en Guatemala y casi siete a uno en Honduras. Foreign Policy señala que en China «ha surgido la estratificación en una sociedad que hasta la fecha estaba intentando erradicar ese mismísimo concepto […]. La clase social está cada vez más afianzada y las oportunidades para ascender en la escala son cada vez más limitadas». Hasta internet, que en teoría iba a propiciar una diversidad cultural y una comunicación democrática sin precedentes, se ha convertido en una caja de resonancia en la que la gente ve y oye aquello en lo que ya cree.[4]

En los Estados Unidos, las elecciones presidenciales de 2016 fueron un ejemplo particularmente inquietante de polarización política y la larga campaña reveló que la brecha social era mucho más profunda de lo que creían hasta los expertos que más preocupación expresaban. La retórica de los estados rojos y azules no parece tener la solidez suficiente para describir la fragmentada geografía cultural y política de los Estados Unidos.[5]

Las oposiciones no son meramente ideológicas y las divisiones tienen un carácter más profundo que la mera contraposición entre Trump y Clinton, Black Lives Matter y Blue Lives Matter,[6] «Save the Planet» y «Drill, Baby, Drill».[7] Por todo el país, la gente se queja de que los vecindarios en los que viven están debilitados; de que la gente pasa más tiempo con los dispositivos móviles y menos con otras personas; de que en los centros educativos, los equipos deportivos y los centros laborales impera una competitividad

insoportable; de que la inseguridad campa a sus anchas; de que el futuro es incierto y, en algunos sitios, desolador. La preocupación por el deterioro de las comunidades es característica de las sociedades modernas y un tema recurrente entre los intelectuales públicos. Aunque he escrito mucho sobre el aislamiento social, hace tiempo que me tomo con escepticismo las afirmaciones de que estamos más solos y más desconectados que en yo qué sé qué mítica edad de oro. Pero hasta yo me veo obligado a reconocer que, en los Estados Unidos —al igual que en otras partes del mundo—, el orden social parece inestable. Hay líderes autoritarios amenazando con desmantelar sistemas democráticos afianzados. Hay países rompiendo alianzas políticas. Los telediarios de las cadenas de televisión por cable solo cuentan a sus telespectadores lo que quieren oír.

Esas grietas se están ensanchando en el momento más inoportuno. Los Estados Unidos, al igual que la mayoría de los países desarrollados, afrontan profundos desafíos —como el cambio climático, el envejecimiento de la población, una desigualdad desenfrenada y explosivas desavenencias étnicas— que solo podemos abordar si establecemos vínculos sólidos los unos con los otros y si desarrollamos algunos intereses comunes. Al fin y al cabo, en una sociedad tan profundamente dividida, cada grupo se las apaña como puede pisando a los demás: por mucho que los ricos hagan contribuciones filantrópicas, lo más importante son sus propios intereses; los jóvenes descuidan a los mayores; las industrias llenan el aire y los ríos de sustancias contaminantes sin consideración alguna por quienes las reciben.

A poca gente parece gustarle esas divisiones; por extraño que resulte, ni siquiera a los ganadores. Los empresarios y las familias acaudaladas pasaron gran parte del siglo XX creyendo que también ellos se beneficiarían de un pacto social con la clase obrera y los profesionales de la clase media; tras la Gran Depresión, hasta se mostraron partidarios de brindar a los pobres vivienda y prestación por desempleo. El sistema creado por los Estados Unidos distaba de ser perfecto y, además, había programas sociales enteros (de vivienda, salud y educación, entre otros) que en teoría ayudaban a «la ciudadanía» y que en realidad excluían a los afroamericanos y a los latinos, que se veían forzados a vivir en mundos sociales

separados. Sin embargo, al compartir la riqueza, invertir en infraestructuras fundamentales y fomentar una visión del bien común en constante expansión, el país alcanzó unos niveles sin precedentes no solo de estabilidad, sino también de seguridad social.

Hoy en día, ese proyecto colectivo está manga por hombro. En las últimas décadas, el 1 por ciento de la población ha ingresado una parte enorme de las ganancias económicas del país, mientras que los salarios del 80 por ciento más bajo de los trabajadores se han estancado o reducido. Cuando, durante la crisis de los embargos, millones de personas perdieron sus casas, los estadounidenses más pudientes pusieron sus botines a buen recaudo comprando «cajas fuertes en el cielo» en altísimas torres de apartamentos urbanos.[8] Quienes se lo podían permitir fueron un paso más allá y se construyeron refugios preparacionistas en Nueva Zelanda o en la boscosa región del Pacífico noroeste, sitios apartados donde poder prepararse para el fin de la civilización.[9] Mientras tanto, se iba deteriorando gravemente la calidad de los servicios públicos, al igual que las infraestructuras fundamentales del país. Un reducido número de gente sumamente adinerada creó sistemas privados paralelos para los viajes aéreos, seguridad personal e incluso electricidad; los que sencillamente gozaban de una posición acomodada tenían vía rápida (en los aeropuertos, en ciertas autopistas con peaje e incluso en las colas de los parques de atracciones). El resultado se ve por doquier: la gran mayoría de la gente padece sistemas que se están desmoronando por un uso excesivo y una inversión insuficiente; el transporte público está destartalado y abarrotado; los parques y los columpios están en mal estado; el rendimiento de los centros educativos públicos deja mucho que desear; las bibliotecas locales han reducido su horario y en muchos casos han echado el cierre definitivo; el calor, la lluvia, el fuego y el viento causan estragos en sitios que antes eran capaces de resistir los embates de los elementos; se masca la vulnerabilidad.

Esto no es sostenible.

Así lo expresaron los votantes estadounidenses en 2016 al elegir (aunque fuera mediante el colegio electoral en vez de por mayoría en las urnas) a un presidente que prometía dinamitar el sistema.

Pero las discrepancias de los estadounidenses no han hecho más que aumentar desde que el presidente Trump asumió el cargo. Hoy en día, el fantasma del malestar social acecha las ciudades, los vecindarios y los campus universitarios de todo el país. Tenemos miedo los unos de los otros y todo el mundo quiere que lo protejan del otro bando.

Como sociólogo, estoy profundamente preocupado por el potente temblor de esas fallas sociales. Como ciudadano, no puedo evitar preguntarme cómo podemos reconstruir los cimientos de la sociedad civil, siguiendo la estela de los países diversos y democráticos que se encuentran hoy en día por todo el mundo. Como historiador, me planteo cómo podemos superar la violenta oposición a algo que se percibe como un archienemigo y desarrollar cierto espíritu de propósito común basado en el compromiso con la justicia y la honradez. Como padre de niños pequeños, me planteo si podremos arreglar la situación para que nuestros hijos tengan la oportunidad de progresar en vez de pasarse la vida arreglando nuestros destrozos.

Pero ¿cómo podemos conseguirlo? Sin duda, el desarrollo económico es una solución, aunque incrementar la prosperidad nacional favorece la cohesión social únicamente si todo el mundo participa de las ganancias y no solo aquellos a los que mejor les va. Al margen del crecimiento económico, hay dos ideas sobre la reconstrucción de la sociedad que han dominado el debate. La primera, tecnocrática, implica diseñar sistemas materiales que aumenten la seguridad y faciliten la circulación de personas y mercancías. La segunda, ciudadana, exige impulsar las organizaciones voluntarias —los masones, la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color, los clubes vecinales, los grupos de horticultura y las ligas de bolos— que permiten a la gente formar comunidades. Ambas ideas son importantes, pero no pasan de ser soluciones parciales. La pieza que le falta al puzle es la infraestructura social: construir espacios donde pueda reunirse todo tipo de gente es la mejor manera de reparar las fracturadas sociedades en las que vivimos hoy en día.

* * *

Hace tiempo que se sabe que la cohesión social se genera por la interacción humana recurrente y la participación conjunta en proyectos compartidos, no solo por adoptar por principios ciertos valores y creencias abstractas. Alexis de Tocqueville admiraba las leyes que establecían de manera oficial el orden democrático estadounidense, pero defendía que la sólida vida ciudadana del país surgía verdaderamente de las asociaciones voluntarias. Por su parte, John Dewey afirmaba que la conexión social se asienta sobre «la vitalidad y la profundidad del trato y la vinculación estrechos y directos». «La democracia tiene que empezar en casa —reza esa famosa frase suya— y su hogar es la comunidad de vecinos».[10]

Otros investigadores actuales de la sociedad civil han hecho observaciones similares. En Solo en la bolera, el politólogo Robert Putnam, de la Universidad de Harvard, atribuye el deterioro de la salud, la felicidad, la educación, la productividad económica y la confianza al derrumbe de la sociedad y a la disminución de la participación en asociaciones ciudadanas. En Coming Apart, Charles Murray, experto conservador, defiende que el «proyecto estadounidense» siempre se ha basado en seres humanos «que se unen de manera voluntaria para solucionar problemas comunes». Esa «cultura ciudadana» solía estar «tan ampliamente extendida entre los estadounidenses que era equiparable a una religión civil», escribe Murray, de manera similar a Tocqueville. Pero en los últimos tiempos —y he aquí la inspiración para el título de su libro —[11] la «nueva clase alta» se ha desentendido a efectos prácticos del proyecto colectivo y ha fundado una sociedad independiente caracterizada por el «aislamiento espacial, económico, educativo, cultural y, en cierta medida, político». Como el país no recupere ese espíritu de solidaridad entre clases, advierte Murray, «desaparecerá todo lo que dota a los Estados Unidos de su carácter excepcional». [12]

Tanto Putnam como Murray defienden que cambiemos nuestra actitud cultural para con la vida ciudadana y la creación de comunidades y que volvamos a comprometernos con el bien común.

Durante casi dos décadas, el magistral relato de Putnam del deterioro del capital social y su contundente llamamiento a aumentar la participación del público han influido en autoridades políticas, líderes religiosos, activistas, periodistas y académicos. Sin embargo, los problemas que preocupaban a Putnam cuando publicó Solo en la bolera siguen estando igual de extendidos hoy en día y, en ciertos sentidos, se han agravado.

A finales de la década de 1990, cuando escribió el libro, una de las cuestiones que más preocupaban a Putnam era que las familias favorecían la intimidad de sus salas de estar, donde padres y niños se congregaban para ver la televisión, en detrimento de la vida pública (el mundo de las ligas deportivas y las agrupaciones locales). Como es natural, que hoy en día una familia pase la noche viendo un mismo programa en un espacio común parece una especie de utopía fantástica. Quizás en alguna ocasión especial: la Super Bowl, los Óscar, unas elecciones presidenciales o una sesión colectiva de videojuegos. Sin embargo, lo normal es que la gente pase la noche con su dispositivo.

Peter Marsden, sociólogo de la Universidad de Harvard, recurre a los mejores datos de los que se disponen sobre el comportamiento social de los estadounidenses para demostrar que, por sorprendente que resulte, las tendencias en la actividad social apenas han variado desde la década de 1970.[13] Los estadounidenses pasan algo más de tiempo que antes con sus amigos y algo menos con sus vecinos y, como cabría esperar, es más probable que se relacionen por internet que en un restaurante o un bar. Tampoco ha cambiado demasiado la pertenencia a las asociaciones voluntarias de toda la vida. Sin embargo, los estadounidenses también se muestran más proclives que antes a decir que no se fían de «la mayoría de la gente». Las cifras más recientes de la Bureau of Labor Statistics (Oficina de Estadística Laboral) muestran que se ha producido un descenso moderado pero constante en los índices de voluntariado y que la participación ha disminuido «en personas de todos los niveles educativos».[14] Es probable que la inmersión de la gente en su mundo privado, escribe Claude Fischer, sociólogo de la Universidad de Berkeley, vaya de la mano del aislamiento de la vida pública.[15]

La persuasión moral no ha conseguido incrementar nuestro grado de participación en las instituciones locales, que es donde se afianza la democracia. Sin embargo, los valores culturales —y los llamamientos a modificarlos— no son los únicos que influyen en nuestros hábitos sociales diarios. Como han demostrado los partidarios del movimiento Nuevo Urbanismo, quienes compartan el interés por los vínculos sociales, la formación de comunidades y la participación ciudadana tendrán distintas oportunidades de satisfacer esos deseos en función de las condiciones de los sitios que frecuenten. El entorno social y material condiciona nuestro comportamiento de formas que no hemos sabido identificar: contribuye a convertirnos en quienes somos y determina la manera en que vivimos.

* * *

Este libro defiende que la infraestructura social desempeña un papel indispensable pero infravalorado en las sociedades modernas. Influye en patrones que parecen prosaicos, pero que en realidad revisten mucha importancia, como el modo en que nos desplazamos por la ciudad y por los barrios residenciales de las afueras o las oportunidades que se nos presentan para interactuar de manera informal con desconocidos, amigos y vecinos. Resulta de especial importancia para los niños, los ancianos y demás personas que se ven atadas a los sitios en los que viven por sufrir limitaciones de movilidad y carecer de autonomía. Pero la infraestructura social afecta a todo el mundo y, aunque no baste para unir a sociedades polarizadas ni para proteger a comunidades vulnerables ni para poner en contacto a personas aisladas, tampoco podemos afrontar esos desafíos sin ella. A lo largo de este libro, explicaré el cómo y el porqué.

El concepto de infraestructura es relativamente nuevo y absolutamente moderno. De acuerdo con el Oxford English Dictionary, es «un término colectivo que sirve para designar las partes subordinadas de un proyecto, subestructura o base», mientras

que los proyectos de orden superior que sustenta pueden ser de naturaleza económica, militar o social. «Es invisible por definición, parte del trasfondo de otro tipo de trabajo», escribió la difunta Susan Leigh Star, investigadora de ciencia y tecnología, en su artículo «The Ethnography of Infrastructure» (La etnografía de la infraestructura), todo un clásico.[16] Está incrustado, «insertado en y dentro de otras estructuras, disposiciones sociales y avances tecnológicos», añade. Es «de uso transparente, en el sentido de que no hace falta reinventarlo cada vez ni montarlo para cada tarea, sino que sirve de apoyo invisible para esas labores». Su alcance, en términos temporales y espaciales, es amplio. «Se fija en incrementos modulares, no de manera simultánea ni global». Los miembros del grupo que más la usan no reparan en ella. Y, lo que es más importante, cuando mayor visibilidad adquiere es cuando se desmorona.

Ashley Carse, antropólogo de la Universidad de Vanderbilt, escribe que la palabra infraestructura llegó al inglés a finales del siglo XIX desde Francia, donde se usaba para referirse a las obras de ingeniería que exigían los nuevos ferrocarriles, como la construcción de terraplenes, puentes y túneles. Tras la Segunda Guerra Mundial, infraestructura se convirtió en la palabra de moda en los círculos de desarrollo militar y económico. «Infraestructura era más que una palabra —explica Carse—: configuraba el mundo» porque justificaba las «visiones y teorías específicas de organización política y socioeconómica» que defendían los organizadores de la Guerra Fría. El concepto de infraestructura saltó de la jerga política al discurso popular estadounidense en la década de 1980, cuando —y quizá resulte sorprendente— el presidente Ronald Reagan afirmó que su objetivo en materia de asuntos exteriores era ayudar a los países en vías de desarrollo a promover «la infraestructura de la democracia, el sistema de libertad de prensa, sindicatos, partidos políticos y universidades que permite a la gente labrarse su propio camino».[17]

Hoy en día, la palabra infraestructura suele hacernos pensar en lo que los ingenieros y los responsables políticos llaman infraestructura material o física: redes a gran escala para el transporte público, la electricidad, el gas, el petróleo, la comida, las finanzas, el alcantarillado, el agua, el calor, las comunicaciones y la

protección contra huracanes. A veces los expertos denominan estos sistemas como «infraestructuras críticas», porque los responsables políticos las consideran indispensables para el funcionamiento de la sociedad.

Cuando se rompen los diques, se inundan las ciudades y las zonas costeras; a veces, con resultados catastróficos. Cuando se produce un apagón, la mayoría de los negocios, profesionales sanitarios y colegios no pueden desarrollar sus actividades, y también dejan de funcionar muchas redes de transporte público y de comunicaciones. La interrupción del suministro de combustible puede acarrear consecuencias aún más graves, ya que el petróleo genera la mayor parte del calor que utilizamos y la gasolina propulsa los camiones que transportan casi toda la comida y los medicamentos que se consumen en las grandes ciudades y en los barrios residenciales de las afueras, así como los coches a los que la mayoría de la gente recurre para desplazarse. Nadie necesita que me ponga a describir al detalle los problemas que surgen cuando deja de funcionar la red de alcantarillado. Pero las auténticas dificultades surgen cuando colapsan al mismo tiempo varios de esos sistemas o todos a la vez, como ocurre cuando se producen fenómenos meteorológicos extremos o ataques terroristas. Por desgracia, la historia demuestra que es imposible evitar esa clase de acontecimientos, por muy sofisticados que sean nuestra tecnología o nuestro diseño. Además, de acuerdo con los responsables políticos y los ingenieros, cuando falla la infraestructura material —como ocurrió durante la gran ola de calor de Chicago—, lo que determina nuestro destino es la infraestructura social, de un carácter más inmaterial.

Infraestructura no es un término que se use normalmente para describir el apuntalamiento de la vida social, pero ese es un error de gran calado, porque en la amplitud y la profundidad de nuestras asociaciones no influyen solamente las preferencias culturales o la existencia de asociaciones voluntarias, sino también el entorno construido. Si los Estados y las sociedades no identifican la estructura social y su funcionamiento, pasarán por alto una poderosa manera de promover la participación ciudadana y la interacción social, tanto en el seno de las comunidades como entre grupos distintos.

¿Qué cuenta como infraestructura social? Yo la defino en términos

amplios. Las instituciones públicas —como las bibliotecas, los centros educativos, las áreas de juego infantil, los parques, los terrenos deportivos y las piscinas— son elementos fundamentales de la infraestructura social, lo mismo que las aceras, los patios, los huertos vecinales y demás espacios verdes que invitan a la gente a salir a la calle. Las organizaciones locales, entre las que se encuentran las iglesias y las asociaciones vecinales, funcionan como infraestructuras sociales si disponen de un espacio material consolidado donde pueda reunirse la gente, al igual que los mercadillos de alimentación, muebles, ropa, arte y otros bienes de consumo. Los establecimientos comerciales también pueden ser elementos importantes de la infraestructura social, sobre todo cuando operan a la manera de lo que el sociólogo Ray Oldenburg llamó «terceros espacios» (como cafeterías, restaurantes, barberías y librerías), sitios donde se ve con buenos ojos que la gente se junte y se quede un rato, con independencia de lo que haya comprado. Los empresarios suelen abrir ese tipo de negocios porque quieren generar ingresos, pero, en el proceso —tal y como han descubierto Elijah Anderson, etnógrafo de la Universidad de Yale, y Jane Jacobs tras estudiar la ciudad en profundidad—, contribuyen a fabricar los cimientos materiales de la vida social.[18]

¿Qué no se considera infraestructura social? Las redes de transporte público condicionan dónde vivimos, trabajamos y nos divertimos y cuánto se tarda en ir de un sitio a otro, pero el hecho de que sean o no sean infraestructuras sociales depende de su organización, porque un sistema diseñado para vehículos privados seguramente tienda a mantener a la gente separada durante los desplazamientos (y consuma enormes cantidades de energía), mientras que los sistemas públicos que recurren a autobuses y trenes pueden mejorar la vida ciudadana. Aunque las plantas depuradoras, las instalaciones de tratamiento de residuos, las redes de alcantarillado, las líneas de suministro de combustible y los tendidos eléctricos suelen tener consecuencias sociales evidentes, normalmente no cuentan como infraestructuras sociales (no son sitios donde nos reunimos). No obstante, las infraestructuras materiales convencionales se pueden diseñar de manera que operen también como infraestructuras sociales.

Tomemos el ejemplo de los diques.[19] Un simple dique es un

terraplén artificial que se construye para evitar que el agua entre en sitios donde no se quiere que entre. «Un dique —escriben Marshall Brain y Robert Lamb en la popular página web HowStuffWorks— suele ser poco más que un montículo hecho con una tierra menos permeable, como la arcilla, más ancho en la base y más estrecho en la parte superior. Esos montículos se colocan en una hilera larga (a veces, de varios kilómetros de longitud) a lo largo de un río, lago u océano». Ese tipo de dique es una infraestructura material que protege la vida social de las inundaciones, pero no una infraestructura social sólida. Sin embargo, los diques se pueden diseñar de otra forma. A finales de la década de 1930, por ejemplo, los ingenieros se vieron en la necesidad de proteger el barrio del Triángulo Federal de Washington D. C. después de que una racha de fuertes lluvias provocara en la ciudad una inundación tremenda. En vez de colocar un montículo de tierra estrecho, construyeron el Potomac Park Levee, un paseo en cuesta coronado por un muro de piedra curvo. En los años siguientes, aquella zona de doble uso, con el dique y el parque, se convirtió en uno de los espacios públicos más concurridos de la ciudad, un sitio al que acuden a diario miles de personas que ni caen en la cuenta de estar pisando una infraestructura importantísima. Hoy en día, cada vez hay más arquitectos e ingenieros que incorporan parques, paseos peatonales y centros cívicos al diseño de infraestructuras materiales como rompeolas y puentes para que estos operen también como infraestructuras sociales. Esos proyectos —que ya existen en sitios como Estambul, Singapur, Róterdam y Nueva Orleans— ofrecen multitud de beneficios, como proteger las ciudades de las marejadas ciclónicas o fomentar la participación en la vida pública.

Las diferentes clases de infraestructura social desempeñan en el entorno local papeles distintos y sustentan diferentes clases de vínculos sociales. Algunos lugares, como las bibliotecas, las asociaciones juveniles cristianas (YMCA, por sus siglas en inglés) y los centros educativos, son espacios que favorecen la interacción recurrente —a menudo, programada— y que tienden a fomentar relaciones más duraderas. Otros, como los parques infantiles y los mercados callejeros, suelen favorecer vínculos más informales, que, como es natural, pueden terminar siendo más importantes —y a veces así ocurre— si el trato se vuelve más frecuente o si los interesados forjan un vínculo más profundo. Hay muchísimas

madres que terminan siendo íntimas amigas —aunque luego trabe amistad toda la familia— después de que dos niños pequeños se monten en el mismo columpio. Los jugadores de baloncesto que suelen participar en partidos callejeros a menudo entablan amistad con personas que tienen otras preferencias políticas o que son de una etnia, religión o clase distintas y terminan exponiéndose a ideas con las que habría sido poco probable que entraran en contacto fuera de la cancha.

Las infraestructuras sociales que promueven la eficiencia no suelen favorecer la interacción y la formación de vínculos sólidos. Por ejemplo, un estudio reciente demuestra que una guardería que anime a los cuidadores y a los padres y madres a entrar y esperar ahí a sus hijos —a menudo dentro del aula y, por lo general, al mismo tiempo— estimula más que se produzcan interacciones sociales y surjan relaciones de apoyo que un centro cuyos directores permitan a los progenitores entrar cuando les vaya bien y dejar y recoger a los niños a toda prisa para poder volver rápidamente a sus vidas personales.[20] Como gran parte de nuestra infraestructura material —las autovías, los aeropuertos, las cadenas de suministros alimentarios y demás— está diseñada para fomentar la circulación eficiente de personas y de recursos fundamentales, puede acelerar la tendencia a la fragmentación social. Pensemos, por ejemplo, en el contraste entre un pueblo donde todo el mundo saca el agua del mismo pozo y una ciudad donde la gente obtiene el agua del grifo en su domicilio particular.

No todas las infraestructuras materiales conducen al aislamiento. Por ejemplo, un reciente estudio etnográfico del metro de Nueva York demuestra que la gente forja «comunidades transitorias» al desplazarse por la metrópoli. La experiencia diaria de pasar tiempo en vagones abarrotados casi nunca desemboca en relaciones de larga duración, pero ayuda a los pasajeros a aprender a convivir con la diferencia, la densidad, la diversidad y las necesidades de otras personas; fomenta la cooperación y la confianza; expone a la gente a comportamientos inesperados, y cuestiona los estereotipos sobre la identidad grupal. El metro no es solamente la principal arteria social de Nueva York, sino también el espacio público de mayor extensión y heterogeneidad de la ciudad.[21]

Mientras que el metro es una forma de infraestructura social que, al igual que los terrenos deportivos públicos y las guarderías, favorece el trato entre personas de distintos grupos, algunas infraestructuras sociales promueven vínculos entre gente que de entrada tiene muchas cosas en común. En el seno de las comunidades de la élite estadounidense, los clubes de campo privados —en algunos de los cuales no se permite la afiliación de mujeres y de manera extraoficial se excluye a ciertas minorías étnicas o raciales— contribuyen a forjar sólidos vínculos sociales y redes comerciales que a la larga ahondan las divisiones y las desigualdades del país. Los muros fronterizos —como el que separa ahora mismo algunas partes de Israel y Palestina o como el que el presidente Trump promete erigir en la frontera entre México y los Estados Unidos— son las infraestructuras antisociales por antonomasia. Por paradójico que resulte, las zonas que rodean esos muros, como los controles fronterizos y las rejas de entrada, suelen atraer a un conjunto diverso de personas, entre los que se encuentran miembros de los mismos grupos que en teoría debe separar la estructura, y en ocasiones se convierten en escenario de participación política y de protestas. Sin embargo, su impacto neto es inconfundible: en el mejor de los casos, segregan, discriminan y afianzan las desigualdades; en el peor, instigan violencia.

Dada la diversidad cultural del mundo, no resulta sorprendente que varíen tantísimo los tipos de infraestructura social que la gente considera esenciales. En las zonas rurales, por ejemplo, los clubes de caza, los ayuntamientos y los parques de atracciones son espacios de reunión fundamentales y las cenas de vecinos son un elemento indispensable de la vida local. Los bares son núcleos de actividad social en sociedades de todo el mundo y algunos de ellos tienen una importancia especial. «De todas las instituciones sociales que configuran la vida de los hombres entre la casa y el trabajo en una ciudad industrial», escribe el colectivo MassObservation en un clásico estudio etnográfico de la cultura industrial británica, el pub es más predominante, «reúne a más gente y les quita más tiempo y dinero que la iglesia, el cine, los salones de baile y las organizaciones políticas juntas». En otros espacios públicos, la gente corriente es «el público que observa espectáculos políticos, religiosos, teatrales, cinematográficos, educativos o deportivos», pero en el pub las cosas son distintas. «En cuanto un hombre tiene

una cerveza en la mano, ya sea porque la ha pedido o porque le han invitado a una, accede a un entorno en el que ejerce de participante y no de espectador».[22] Como es natural, también en otras sociedades los establecimientos donde se bebe son espacios de actividad ciudadana. Los alemanes tienen sus cervecerías; los franceses, sus cafés, y los japoneses, sus izakayas y sus karaokes. Son ejemplos clarísimos de esos «terceros espacios», esos sitios pequeños, cálidos e íntimos donde la gente puede sentirse en público como si estuviera en casa.[23]

Yo mismo he visto cómo las infraestructuras sociales posibilitaban distintos tipos de vida colectiva en entornos extranjeros. Durante varios años, mi familia y yo estuvimos viviendo y trabajando parte del invierno en Buenos Aires y algunos de nuestros encuentros más gratificantes con los residentes locales se produjeron en un campo de fútbol al que mi hijo se hizo asiduo (y que en realidad era un parque infantil que los niños transformaban todas las tardes de manera informal para jugar). En Doha y Jerusalén, como en muchísimas ciudades de Oriente Medio y de África, me sentía constantemente arrastrado a la magnética actividad cultural del zoco. Nunca participé en las sesiones de taichí o en las de baile en grupo que se organizaban a primera hora de la mañana en los parques que había en Shanghái o Pekín cerca de donde me alojaba, pero millones de chinos de edad avanzada participan en ellos de manera regular sin duda por los beneficios tanto sociales como físicos que les reportan esas actividades. En Islandia, las piscinas geotérmicas llamadas «fuentes termales» son espacios ciudadanos fundamentales en los que la gente se relaciona con personas de una clase social o de una generación distintas. El zócalo mexicano, la plaza española (o plaça, en Barcelona) y la piazza italiana desempeñan la misma función. Nunca he estado en Río de Janeiro, las Seychelles, Kingston, Jamaica ni Ciudad del Cabo, pero he pasado el tiempo suficiente a orillas del mar o de algún lago como para saber que casi todo el mundo valora las oportunidades sociales que brinda una playa bien cuidada.

Sin embargo, hay pocas infraestructuras sociales modernas que sean naturales, así que, en zonas con una alta densidad de población, hasta las playas y los bosques requieren de un diseño y una gestión meticulosos para satisfacer las necesidades humanas. Eso implica

que todas las infraestructuras sociales exigen inversión, ya sea para su desarrollo o para su mantenimiento; cuando no las construimos ni las cuidamos, se deterioran los cimientos materiales de nuestra vida social y ciudadana.

Los componentes de la infraestructura social casi nunca se destruyen de una manera tan completa ni tan visible como cuando se derrumban un puente o un tendido eléctrico, y sus averías no dan lugar a fallos sistémicos inmediatos, pero cuando la infraestructura social se deteriora las consecuencias son inconfundibles: la gente reduce el tiempo que pasa en espacios públicos y se refugia en la seguridad del hogar; las redes sociales se debilitan; aumenta la delincuencia; las personas mayores y enfermas se van aislando; los jóvenes se enganchan a las drogas y se vuelven más susceptibles de morir por sobredosis; se incrementa la desconfianza, y decae la participación ciudadana.

* * *

Una infraestructura social sólida no solo protege la democracia, sino que contribuye al crecimiento económico. Una de las tendencias más influyentes en la planificación urbana y regional consiste en transformar viejas infraestructuras materiales, como líneas ferroviarias y muelles de carga en desuso, en dinámicas infraestructuras sociales donde desarrollar actividades peatonales. El parque de la High Line —que ha movido miles de millones de dólares en bienes inmobiliarios y desarrollo comercial en el Bajo Manhattan, ha generado una explosiva actividad social y, por desgracia, ha alimentado una gentrificación y un desplazamiento desenfrenados— es el modelo más destacado de esa nueva configuración urbana. Pero hay muchos otros proyectos recientes o actuales que están resucitando infraestructuras muertas mediante redes de infraestructura social que atraen a residentes, turistas y empresas. El paseo del BeltLine de Atlanta, que avanza poco a poco, terminará reconvirtiendo el corredor ferroviario de treinta y cinco kilómetros de extensión que rodeaba la ciudad en cincuenta y tres

kilómetros de paseos —además de una sucesión de parques, obras de arte públicas y viviendas públicas asequibles— que ayudarán a comunicar unos cuarenta y cinco barrios. En Nueva Orleans, el Lafitte Greenway es un paseo para peatones y bicicletas diseñado para comunicar barrios y habitantes que de otro modo seguirían divididos. El 606 de Chicago, el Viaduct Rail Park de Filadelfia, la revitalización del río Los Ángeles y la Petite Ceinture de París están diseñándose para que desempeñen la misma función. En Boston se construyó una vía verde encima tras el soterramiento de la autopista Big Dig (Gran Excavación). En la actualidad, el Ayuntamiento de Toronto está intentando desarrollar un parque urbano en el paso subterráneo de la autopista Gardiner Expressway. Una coalición de Sídney, Australia, está presionando para transformar el puente de Anzac en un gigantesco espacio verde peatonal. El jardín y el paseo peatonal que se crearon en Róterdam en una vía férrea elevada en desuso han reportado beneficios no solo medioambientales, sino también sociales. Sus artífices, Doepel Strijkers, diseñaron un sistema que emplea desechos industriales para caldear los edificios que se alzan junto a las vías, lo que ha reducido drásticamente las emisiones de carbono y limpiado un poco el aire que respiran los peatones.[24]

Ese tipo de proyectos, que están desarrollándose por todo el planeta, demuestra tanto el valor de la infraestructura social como su creciente demanda. Hace no demasiado tiempo, Jane Jacobs y otros destacados defensores de la mejora de la vida urbana afirmaron que no eran los gobernantes quienes tendrían que construir los espacios que sustentan nuestras interacciones sociales, sino los empresarios. Pero espacios como el High Line no han surgido del libre mercado: requirieron un diseño meditado, una planificación cuidadosa y, sobre todo, el experto liderazgo del sector público. A menudo avanzaron mediante colaboraciones, tanto con asociaciones sin ánimo de lucro como con coaliciones ciudadanas que brindaban su apoyo a iniciativas que ni los ayuntamientos ni los Estados podían emprender en solitario.

Hoy en día, los Estados Unidos —como la mayoría de los países— están preparados para hacer una inversión en infraestructuras como no se ha visto desde hace generaciones. Pese a sus numerosas discrepancias, los votantes estadounidenses apoyan por unanimidad

ese tipo de proyectos de obras públicas. Uno de los pocos aspectos en los que Trump y Clinton coincidieron durante la campaña presidencial de 2016 fue la necesidad de hacer una gran inversión en infraestructuras, aunque quizá no estuvieran de acuerdo en la forma de financiarla. En las décadas venideras, quizá incluso en los próximos años, invertiremos cientos de miles de millones de dólares en infraestructuras fundamentales por todo el país; billones por todo el mundo. No tenemos alternativa, vistas las extraordinarias tensiones que provocan el constante aumento de la población, el consumo creciente y el calentamiento global, así como el lamentable estado de las redes de las que dependen los estadounidenses para obtener electricidad, alimentos, agua, comunicaciones, protección contra el clima o para desplazarse.

No obstante, tenemos que decidir si ese proyecto comprenderá la reconstrucción de nuestras infraestructuras sociales. La mayor parte de los debates estadounidenses actuales sobre inversión en infraestructuras se centran de manera exclusiva en los sistemas materiales convencionales, como si estos no tuvieran nada que ver con el apuntalamiento material de nuestra vida social y ciudadana. [25] Para ser justos, esa omisión se explica —al menos, en mi país — porque el concepto de infraestructura social no se conoce mucho todavía. Sin embargo, en otros países infraestructura se entiende en un sentido más amplio; eso es lo que deberíamos hacer nosotros también si no queremos malgastar una oportunidad histórica de reforzar los espacios en los que vivimos y trabajamos.

Con ese fin, en este libro identificaremos las formas básicas de infraestructura social y mostraremos cómo configuran las condiciones de distintos tipos de sitios (urbanos o suburbanos, ricos o pobres, estadounidenses o internacionales). Cuando sea posible, emplearemos el mismo método comparativo que usamos para analizar la suerte de los barrios de Chicago, puesto que examinar detenidamente casos positivos y negativos es una poderosa forma de ilustrar lo que funciona y lo que no y a veces incluso el porqué. La mayor parte de las pruebas que presentaremos para sustentar nuestras afirmaciones proceden de nuestras propias investigaciones y experiencias, pero también recurriremos muy a menudo a estudios pioneros de colegas de distintas ramas de los campos de las ciencias sociales y el diseño que demuestran que los espacios configuran la

interacción humana y determinan nuestro destino. Aunque casi nunca usan ese término, las investigaciones que han desarrollado nos ayudaron a entender el valor de la infraestructura social y el papel que podría llegar a desempeñar en la reconstrucción de la vida ciudadana.

En los capítulos siguientes, demostraremos que la infraestructura social puede paliar —o, cuando se la descuida, exacerbar— los problemas actuales en cuya resolución invertimos muchísimo tiempo, dinero y energía: el aislamiento social, la delincuencia, la educación, la salud, la polarización y el cambio climático.

A medida que exploremos esos desafíos mundiales, veremos que las infraestructuras sociales tienen en todos los casos tanta relevancia como las redes fundamentales a las que siempre hemos dado prioridad y que las unas dependen de las otras de maneras que aún no alcanzamos a comprender del todo. Nosotros no defendemos ni que la infraestructura social tenga una importancia mayor que la infraestructura material tradicional ni que invertir en infraestructuras sociales baste para solucionar los problemas subyacentes de desigualdad económica y deterioro medioambiental por los que entraña tanto peligro el momento actual. Lo que afirmamos es que construir infraestructuras sociales urge tanto como restaurar los diques, los aeropuertos o los puentes. Como veremos, en muchas ocasiones se pueden reforzar a la vez ambos tipos de infraestructuras mediante la construcción de sistemas de línea de vida que funcionen asimismo como «palacios del pueblo» (como reza la expresión que usó Andrew Carnegie para describir las aproximadamente 2.800 imponentes bibliotecas que construyó por todo el mundo).[26] Pero, antes que nada, tenemos que reparar en la oportunidad que se nos presenta.

■

[1] Estas citas están extraídas de Eric Klinenberg, Heat Wave: A Social Autopsy of Disaster in Chicago, Chicago: University of Chicago Press, 2002.

[2] La cita está extraída de Dirk Johnson, «Heat Wave: The Nation;

In Chicago, Week of Swelter Leaves an Overflowing Morgue», The New York Times, 17 de julio de 1995.

[3] James House, Karl Landis y Debra Umberson, «Social Relationships and Health», Science 241, n.º 4865 (1988), pp. 540-545.

[4] Estas citas están extraídas de Emanuela Campanella, «We All Live in a Bubble. Here's Why You Step Out of It, According to Experts», Global News, 4 de febrero de 2017, https://globalnews.ca/news/3225274/we-all-in-why-you-experts/; Sreeram Chaulia, «Why India Is So Unhappy, and How It Can Change», TODAYonline, 3 de abril de 2017, www.todayonline.com/commentary/why-india-so-unhappy-and-how-it-can-change; «Class Segregation 'on the Rise'», BBC News, 8 de septiembre de 2007, http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/6984707.stm; Rachel Lu, «China's New Class Hierarchy: A Guide», Foreign Policy, 25 de abril de 2014, https://foreignpolicy.com/2014/04/25/chinas-guide/; «Private Firms Filling Latin America's Security Gap», Associated Press Mail Online, 24 de noviembre de 2014, www.dailymail.co.uk/wires/ap/article-2847721/Americas-security-gap.htm.

[5] Las expresiones «estados rojos» y «estados azules» hacen referencia a aquellos estados de los Estados Unidos cuyos residentes votaron en las elecciones presidenciales mayoritariamente por la candidatura del Partido Republicano o por la del Partido Demócrata. Hoy en día, se asocia el color rojo a los republicanos y el azul, a los demócratas, aunque en los años setenta y ochenta se usaban los colores a la inversa. (N. de la T.).

[6] Blue Lives Matter (en español, «Las vidas azules importan») es un contramovimiento de los Estados Unidos que aboga por que aquellos que sean procesados y condenados por matar a agentes de las fuerzas de seguridad —que suelen llevar uniformes azules— sean condenados en virtud de las leyes sobre delitos de odio. (N. de la T.).

[7] «Drill, Baby, Drill!» fue el lema de la campaña republicana de 2008 que expresaba el apoyo al aumento de las perforaciones hidráulicas para la obtención de petróleo y gas. Cobró mayor importancia después de que Sarah Palin, la candidata republicana a

la vicepresidencia, lo utilizara durante el debate vicepresidencial. (N. de la T.).

[8] Martin Filler, «New York: Conspicuous Construction», New York Review of Books, 2 de abril de 2015.

[9] Evan Osnos, «Doomsday Prep for the Super-Rich», The New Yorker, 30 de enero de 2017.

[10] John Dewey, La opinión pública y sus problemas, Madrid: Ediciones Morata, 2004, traducido por Roc Filella. Esta cita y todas las siguientes, salvo que se especifique lo contrario, se han traducido para esta edición. (N. de la T.).

[11] Coming Apart, que literalmente significa «deshacerse», «desgajarse» o «caerse a pedazos», podría traducirse como La brecha social. (N. de la T.).

[12] Charles Murray, Coming Apart: The State of White America, 1960-2010, Nueva York: Crown Forum, 2012, pp. 12, 22, 283.

[13] Peter Marsden (ed.), Social Trends in American Life, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2012.

[14] Sobre la disminución del voluntariado, ver Bureau of Labor Statistics (Oficina de Estadística Laboral), «Volunteering in the United States, 2015», www.bls.gov/news.release/volun.nr0.htm.

[15] Claude Fischer, Still Connected: Family and Friends in America Since 1970, Nueva York: Russell Sage Foundation, 2011, p. 93.

[16] Susan Leigh Star, «The Ethnography of Infrastructure», American Behavioral Scientist 43, n.º 3 (1999), pp. 380-382.

[17] Ashley Carse, «Keyword: Infrastructure—How a Humble French Engineering Term Shaped the Modern World», en Penny Harvey, Casper Bruun Jensen y Atsuro Morita (eds.), Infrastructures and Social Complexity: A Companion, Londres: Routledge, 2016.

[18] El texto clásico sobre cómo los pequeños negocios y los operadores comerciales configuran la vida social diaria es de Jane Jacobs, Muerte y vida de las grandes ciudades, Madrid: Capitán

Swing, 2011. En los últimos años, el eminente sociólogo Elijah Anderson ha escrito sobre lo que llama «el toldo cosmopolita», sitios donde gente de entornos distintos «no solo comparte espacio, sino que busca la presencia de los demás» y a veces también entabla relación con los otros. Anderson ha hecho trabajo de campo en el ámbito de la etnografía en varios espacios ilustrativos de interacción entre grupos, como el Reading Terminal Market, un mercado de Filadelfia, y el parque Rittenhouse Square, así como en sitios caracterizados por la vigilancia, la desconfianza y la segregación social. Ver Elijah Anderson, The Cosmopolitan Canopy: Race and Civility in Everyday Life, Nueva York: W. W. Norton, 2011.

[19] Marshall Brain y Robert Lamb, «What Is a Levee?», https://science.howstuffworks.com/engineering/structural/levee.htm.

[20] Mario Small, Unanticipated Gains: Origins of Network Inequality in Everyday Life, Nueva York: Oxford University Press, 2009.

[21] Stéphane Tonnelat y William Kornblum, International Express: New Yorkers on the 7 Train, Nueva York: Columbia University Press, 2017.

[22] MassObservation, The Pub and the People, 1943; reed., Londres: Cresset Library, 1987, p. 17.

[23] Ray Oldenburg, The Great Good Place: Cafés, Coffee Shops, Bookstores, Bars, Hair Salons and Other Hangouts at the Heart of a Community, Cambridge (Massachusetts): Da Capo Press, 1989.

[24] Ver Vanessa Quirk, «The 4 Coolest ‘High Line’ Inspired Projects», ArchDaily, 16 de julio de 2012, www.archdaily.com/254447/the-coolest-high-line-inspired-projects.

[25] Hay varios libros recientes que reivindican la inversión en infraestructuras, como Rosabeth Moss Kanter, Move: How to Rebuild and Reinvent America’s Infrastructure, Nueva York: W. W. Norton, 2016; Henry Petroski, The Road Taken, Nueva York: Bloomsbury, 2016; y Gretchen Bakke, The Grid, Nueva York: Bloomsbury, 2016. Sin embargo, ninguno de ellos señala el valor de

la infraestructura social.

[26] Poco después de que Andrew Carnegie empezase a invertir en bibliotecas, Iósif Stalin puso en marcha su propia campaña para erigir «palacios del pueblo» en Rusia. El legado más importante de ese proyecto es una serie de grandiosas estaciones de metro en Moscú decoradas con mármol, lujosas arañas, mosaicos y esculturas, así como varias urbanizaciones de viviendas públicas y clubes sociales para los trabajadores soviéticos.

01

Puntos de encuentro

El equipo de bolos de la biblioteca de New Lots

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA

:

Eric Klinenberg

Hace un tiempo agradable ese jueves por la mañana, el último día de marzo, en New Lots, una subsección del barrio East New York de

Brooklyn: hay 21 ˚C y brilla el sol. Las aceras se han despertado. Hay grupitos de hombres de mediana edad charlando a la entrada de las bodegas[27] o tiendas de productos latinos, así como en los escalones de entrada a las casitas adosadas de ladrillo que abundan en la zona. Las madres y las abuelas empujan cochecitos y vigilan a los niños pequeños que saltan a la pata coja o brincan mientras disfrutan de un calor impropio de la estación. Parece pronto para el recreo, pero los patios de los colegios están animadísimos. Aunque hay poco tráfico en las estrechas calles residenciales, de vez en cuando se oye un claxon, una moto que arranca o el rugido de un camión al pasar.

La vida callejera de East New York es ajetreada, pero no siempre agradable. El distrito es uno de los más pobres de Nueva York: en torno a la mitad de sus vecinos vive por debajo del umbral de la pobreza. También es uno de los que más segregación sufren. Casi el 95 por ciento de los residentes son negros o latinos y solo el 1 por ciento son blancos. A veces, los científicos sociales dicen que East New York está aislado en términos sociales, porque el hecho de que se encuentre en la periferia y de que cuente con limitadas opciones de transporte público dificulta el acceso a oportunidades de otras partes de la ciudad, y los no residentes tienen muchos alicientes para no acercarse y pocos motivos para ir de visita.[28]

La zona es una de las más violentas de Nueva York y tiene unos índices especialmente altos de homicidios, asaltos con intención criminal y agresiones sexuales. Esas condiciones perjudican a todo el mundo, pero las investigaciones demuestran que resultan especialmente perniciosas para las personas mayores, enfermas o vulnerables, que cuando viven en ambientes físicos inhóspitos son propensas a encerrarse en casa e ir aislándose hasta límites peligrosos. Eso no es solamente lo que yo observé durante la ola de calor de Chicago, sino lo que han concluido también los científicos sociales que estudian el aislamiento a gran escala.[29]

Vivir en un sitio como East New York exige desarrollar estrategias de adaptación y, para muchos residentes —sobre todo, ancianos y niños, que son los más vulnerables—, la clave radica en encontrar espacios protegidos. Aquella mañana, como cada dos jueves a lo largo de esa primavera, nueve vecinos de mediana y avanzada edad

—que, de lo contrario, se habrían quedado solos en casa— se reúnen en el sótano del edificio público más concurrido del barrio, la biblioteca de New Lots.

A primera vista, el inmueble resulta poco acogedor. El destartalado edificio de dos plantas y ladrillo marrón está situado en una amplia acera y tiene delante una parada de autobús; la fachada delantera es de piedra beis, a un lado tiene una valla metálica rota y al otro, un pequeño aparcamiento pavimentado. En los últimos años, el ayuntamiento ha rebautizado el lugar como African Burial Ground Square (Plaza del Cementerio Africano) porque se alza sobre un camposanto donde se enterraba a los esclavos y a los soldados durante la guerra de Independencia.

La biblioteca es pequeña y ya está abarrotada a pesar de lo temprano que es y del buen tiempo que hace. En la planta baja hay dos hileras de ordenadores con acceso a internet y usuarios —a veces, más de uno— en todos los dispositivos. Hay una pequeña vitrina donde se exponen fotografías y breves notas biográficas de ganadores del Premio Nobel; altas estanterías de madera con novedades, atlas y enciclopedias; un mostrador de información con folletos donde se anuncian las actividades que se organizan en la biblioteca, dirigidas a niños pequeños y no tan pequeños, adolescentes, padres y madres, estudiantes de inglés y usuarios mayores. Un empleado me pregunta si necesito algo. Otro coloca libros.

Pregunto por la planta superior y Edwin, un supervisor de información de voz dulce y suave, me lleva al piso de arriba. Allí hay tres universos independientes: una zona infantil que está un poco deteriorada, pero que, según Edwin, están a punto de renovar; un grupo de mesas donde se imparten clases de inglés, para las que siempre hay más solicitudes que plazas disponibles, y, al fondo, un aula que funciona como el centro de educación de la biblioteca, un sitio donde cualquier persona mayor de diecisiete años cuya comprensión lectora esté por debajo del nivel que se exige en el GED (General Educational Development Test o Examen de Desarrollo de Educación General) puede recibir clases especiales, tanto de manera individual como en grupo.

La biblioteca está abierta a todo el mundo, con independencia de

que ostenten nacionalidad estadounidense, sean residentes permanentes o incluso tengan condenas por delitos graves y, además, como me recuerda Edwin, todo es gratuito.

Le explico que estoy en la biblioteca para asistir a la actividad que se celebra en la sala comunitaria del sótano y resulta que también él se dirige allí. Mientras bajamos las escaleras, Edwin señala el deterioro del edificio. Las estanterías, los techos, los huecos de las escaleras y los paneles de las paredes se están desgastando. Los cables están al aire. En el baño, los retretes y los lavabos están oxidados. Las puertas no cierran bien. En la sala comunitaria, hay un viejo suelo de linóleo de color crema, deslumbrantes lámparas fluorescentes, paneles de madera y un pequeño escenario lleno de montones de sillas de plástico. Pienso en el cementerio que solía haber aquí y caigo en la cuenta de que los huesos no pueden andar muy lejos.

La sala comunitaria tiene múltiples usos —sirve de teatro, aula, estudio de arte y auditorio ciudadano—, pero esa mañana dos de las empleadas, Terry y Christine, la transformarán en un espacio insólito: una bolera virtual. Han llegado temprano para montar una televisión de pantalla plana, conectar una Xbox a internet, despejar una zona para jugar y colocar dos filas de sillas portátiles. Es la jornada inaugural de la liga de bolos de las bibliotecas, una actividad nueva que anima a los usuarios mayores de doce bibliotecas de Brooklyn a unirse a los equipos locales y competir contra las bibliotecas vecinas. En New Lots se han apuntado nueve personas y, tras varias semanas de entrenamiento, están a punto de competir contra Brownsville y Cypress Hills.

Las bibliotecas locales tienen algo que aportar a todo el mundo, pero los servicios adicionales y las actividades que ofrecen a las personas mayores son de particular importancia. En 2016, había más de doce millones de estadounidenses mayores de sesenta y cinco años que vivían solos y la cifra de personas que envejecen sin compañía crece sin parar en gran parte del mundo. Aunque la mayoría de la gente que se ve en esa situación tiene actividad social, el riesgo de aislamiento es tremendo: una caída, una enfermedad o el inevitable avance hacia la fragilidad pueden dejarlos confinados en casa. Si los amigos de su misma edad o sus

vecinos se mudan o se mueren, sus redes sociales pueden desmoronarse a toda velocidad. Si caen en la depresión, puede disminuir su interés en andar por la calle. La delincuencia callejera disuade a todo el mundo de salir de casa y socializar en público, pero para los ancianos resulta especialmente intimidante. En los barrios donde hay una alta tasa de criminalidad o donde la infraestructura social está deteriorada, los ancianos tienen una propensión mayor a quedarse solos en casa simplemente por falta de sitios interesantes a los que ir.[30]

Sin embargo, en New Lots tienen la biblioteca, que ese día abre a las diez de la mañana. Poco después, bajan las escaleras diez usuarios de entre cincuenta y casi noventa años (ocho mujeres y dos hombres, aunque una persona solo ha venido a ver). Entre ellos se encuentra miss Jonny, ataviada con gafas de sol envolventes, botas altas de color rojo, una bufanda negra y roja de lunares y una gorra plana de color gris. También está Suhir, que lleva un chándal de color verde claro y un hiyab blanco. Santon, un guyanés de voz suave, está ataviado con una gorra de béisbol azul y pantalones holgados de color verde. Completan el equipo Una, Bern, Salima, Miba, Daisy y Jesse. El grupo se saluda afectuosamente: algunas mujeres se abrazan, otras personas se estrechan la mano. Daisy invita a Una a chocar suavemente los cinco en un gesto que ambas alargan y que acompañan de una sonrisa.

Terry, una entusiasta bibliotecaria de ojos grandes y sonrisa deslumbrante, especialista en información, entrega a cada jugador una camiseta de bolos de color azul Klein que lleva el logo de las bibliotecas públicas estampado en blanco en el bolsillo delantero y «EQUIPO NEW LOTS», en amarillo, en la manga. Terry es tanto la entrenadora como la animadora del equipo y se esfuerza por infundirles ánimos para la partida. Christine, una veterana bibliotecaria que lleva gafas rectangulares y un lápiz y un teléfono en el bolsillo de la camisa, es la principal organizadora, pues ha reclutado a los participantes en las clases de informática y los clubes de lectura que gestiona en la biblioteca. Terry y Christine se pasean por la sala para ayudar a los participantes a ponerse el uniforme, que les abotonan y recolocan para que no se les enganche cuando jueguen a los bolos.

Cuando todo el mundo está equipado, los jugadores se sientan y se ponen a charlar y a dar golpecitos en el suelo, ilusionados. Christine intenta conectar la Xbox con el dispositivo que está en el sótano de la biblioteca de Brownsville, donde sus oponentes, invisibles a nuestros ojos —pero, sin duda, de una guisa parecida—, se han puesto el uniforme y preparado para la partida. Aunque en los entrenamientos funcionaba perfectamente, está fallando la conexión. Christine llama a Brownsville. Sí, están ahí, intentando arreglar el wifi. Al cabo de unos minutos, los dispositivos están sincronizados y da comienzo la partida.

Empieza el Brownsville; el otro equipo observa cómo la bola rueda por el lateral y, aunque derriba algún que otro bolo, deja la mayoría en pie. Surgen murmullos y algunas carcajadas nerviosas de entre las sillas. El rumor se eleva cuando en el lanzamiento siguiente los oponentes no consiguen derribar todos los bolos. Los del New Lots saben que pueden ganar.

Jesse, que es la primera en lanzar para el New Lots, no se anda con tonterías.

—¡Vamos, Jesse! —grita Terry.

Sus compañeros de equipo aplauden entusiasmados.

—¡A ganar se ha dicho! —vuelve a gritar Terry.

Jesse se acerca a la pantalla y se detiene en el lugar señalado, más o menos a medio metro de distancia. Sujeta el mando, levanta hacia el cielo el brazo derecho hasta que la Xbox detecta su presencia y lo estira a noventa grados para asir la bola. En la pantalla, la bola se eleva para mostrar que la jugadora está lista. Jesse retrae el brazo y lo lanza hacia delante, como si estuviera arrojando una bola por la pista. Es un lanzamiento potente y al principio parece ir en la dirección correcta, pero termina demasiado cerca del centro y quedan en pie tres bolos. Algunos miembros del grupo aplauden. Otros lanzan suspiros de exasperación. Jesse parece escéptica.

—¡Tú puedes! —chilla Terry—. ¡Dale!

Jesse vuelve a acercarse a la bola con aire decidido; levanta, lanza y

derriba los bolos que quedaban. El equipo prorrumpe en vítores.

Los jugadores del New Lots, que van sacando cada vez más ventaja en el marcador, ganan por goleada. Son mayores y algunos han perdido mucha fuerza, seguramente demasiada como para sostener una bola de verdad. Solo uno de los jugadores había participado alguna vez en una liga de bolos de las de toda la vida, de esas que requieren canalones, zapatos pringosos y un reluciente suelo de madera. Como es bien sabido, Robert Putnam lamentó que esas ligas estuvieran perdiéndose a finales del siglo XX, porque, según defendía, su desaparición era un síntoma del preocupante deterioro de los vínculos sociales. No obstante, he aquí un grupo de personas que bien podían estar en su casa, aisladas de sus amigos y vecinos, participando en algo más importante que el juego profundo: están metiéndose de lleno, hasta la médula, en la vida colectiva. El ambiente es electrizante. A cada turno, los jugadores se ponen en pie animados por los aplausos de sus compañeros de equipo y las exhortaciones de las bibliotecarias; saludan a la pantalla, y derriban sus blancos digitales.

—Me dan un poquito de pena ahora los del Brownsville —exclama Terry—, pero… ¡no demasiada!

La confianza del equipo está por las nubes cuando empieza la segunda partida, pero no tardan en darse cuenta de que los del Cypress Hills van en serio. Los oponentes lanzan primero y hacen pleno. Jesse responde con otro. Cuando el Cypress Hills vuelve a tirar, Terry pone labios de pez y abre mucho los ojos, incrédula: Suhir hace un semipleno. El New Lots está a tope, pero el Cypress hace un turkey, tres plenos seguidos, y Terry no se lo puede creer.

—¡Aquí está pasando algo raro! —insiste—. Ese es Walter. —El bibliotecario de Cypress Hills—. Ese es Walter fijo. ¡Le voy a cantar las cuarenta!

Pero no lo hace y el equipo de Cypress Hills va ganando cada vez más ventaja pese a que la mayoría de los del New Lots están jugando de maravilla. La partida avanza rápidamente y el ambiente, como es natural, está más apagado. Cuando termina el juego, hay una breve pausa y cierta confusión acerca de lo que va a pasar.

—Tendríamos que pedirles la revancha —dice Christine—. Yo creo que podemos ganarles.

Christine se lanza a por el teléfono, un fijo anclado a la pared, y llama a la otra biblioteca para hablar con Walter. Le toma un poco el pelo:

—No estarías jugando tú a los bolos, ¿no? —Sonríe un instante—. Ajá. De acuerdo. Pues, oye, aún es temprano, ¿os apetece echar otra?

Les apetecía, así que instantes después estaban jugando de nuevo.

Esa vez, el New Lots no se confía ni una gota. Terry, que ha decidido que si Walter está jugando ella también participa, se une a la partida y derriba todos los bolos. Santon hace un semipleno.

—¡Ahora le toca a usted, miss Jonny! —grita Terry, y miss Jonny hace su primer pleno de esa mañana.

A continuación, Bern hace otra tirada perfecta y Una, lo mismo, así que el New Lots consigue un turkey y una ventaja considerable. Terry está eufórica. Anima al equipo a gritos y se pavonea en círculos por la sala a cada pleno o semipleno. Cuando en la décima tirada Jesse hace el pleno de la victoria, el grupo entero está exultante, como el estadio de los Yankees tras ganar la ronda clasificatoria.

Los del New Lots sacan fotos de equipo, chocan los cinco y se abrazan. Christine informa a los jugadores de que habrá trofeos para los equipos mejor clasificados y uno gigante para la biblioteca que gane el torneo. Miba, rebosante de osadía y arrogancia, sugiere que vayan grabando «New Lots» en el trofeo y que se lo traigan. Sus compañeros de equipo se desternillan y dibujan sonrisas tan grandes como la vida misma.

La celebración no dura más que unos minutos. Es mediodía, los jugadores tienen hambre y aún quedan horas de luz solar por delante. Yo felicito al equipo y les deseo suerte para la temporada.

—Gracias —responde Terry—. Nos va a ir de maravilla.

Me marcho sintiéndome animado por los vítores, la camaradería, la alegría de ver cómo gente que apenas se conoce ha transformado un barrio en una comunidad. Ha sido un insólito momento de lo que el gran sociólogo francés Émile Durkheim llamaba «efervescencia colectiva», cosa que no esperaba yo encontrarme en una biblioteca.

Hoy en día, quizá tengamos motivos para la división y el aislamiento, la desconfianza y el miedo, y la demografía entraña el mismo desafío que la política. Hay más gente viviendo sola que en ningún otro momento de la historia; entre ellos, más de un cuarto de los estadounidenses mayores de sesenta y cinco años, que corren un mayor riesgo de terminar aislándose. El dato resulta preocupante, porque, como demuestra ya un gran número de investigaciones científicas, el aislamiento social y la soledad pueden resultar tan peligrosos como otros riesgos sanitarios de los que más se habla, como la obesidad y el tabaquismo.[31] Sin embargo, algunos sitios tienen la capacidad de reunirnos: ese vínculo social del que fui testigo aquella mañana en Brooklyn se produce en miles de bibliotecas a lo largo de todo el año.

* * *

La biblioteca no es la clase de institución que suele salir a colación cuando los científicos sociales, responsables políticos y líderes locales hablan sobre el capital social y cómo crearlo. Desde Tocqueville, la mayoría de los pensadores más importantes que han reflexionado sobre la vida social y ciudadana han ensalzado el valor de asociaciones voluntarias, como las ligas de bolos y los clubes de horticultura, sin analizar con detenimiento las condiciones físicas y materiales que hacen que la gente sea más o menos propensa a relacionarse. No obstante, las infraestructuras sociales establecen el marco y el contexto de la participación social y la biblioteca es una de las infraestructuras sociales más importantes que tenemos.[32]

También es una de las más infravaloradas. En los últimos años, la ligera disminución del préstamo de libros impresos en ciertas zonas

del país ha llevado a algunos detractores a afirmar que la biblioteca ha dejado de cumplir con su función histórica como espacio para la educación pública y la mejora social. Los gobernantes electos que tienen otras prioridades de gasto argumentan que las bibliotecas del siglo XXI no necesitan los recursos de los que disponían antes, puesto que la mayor parte del contenido que hay en internet es gratuito. Los arquitectos y diseñadores, ansiosos por erigir nuevos templos del saber, afirman que habría que dar un nuevo uso a las bibliotecas en un mundo en el que los libros están digitalizados y gran parte de la cultura pública se encuentra en la Red.

Es cierto que muchas bibliotecas públicas necesitan reformas —sobre todo, las locales—, pero el problema no es que la gente haya dejado de ir ni que haya dejado de sacar libros en préstamo. Al revés: las usan tantas personas, con tantos fines diferentes, que las redes de bibliotecas y sus empleados están sobrepasados. De acuerdo con una encuesta de 2016 dirigida por el Pew Research Center, en torno a la mitad de los estadounidenses mayores de dieciséis años había hecho uso de una biblioteca pública el año anterior, mientras que dos tercios aseguraron que el cierre de su biblioteca local tendría un «impacto enorme en su comunidad».[33] En muchos barrios, el riesgo de cierre es palpable, porque tanto los edificios de las bibliotecas locales como los sistemas que las sustentan están desbordados y mal financiados.

En Nueva York, donde vivo, el préstamo de libros, la participación en las actividades y el número de sesiones de las actividades están en auge, al igual que las horas que la gente pasa de media en las bibliotecas.[34] Pero ni las de Nueva York están especialmente concurridas ni la ciudad es la primera del país. La distinción se la llevan otros sitios: Seattle va a la cabeza en préstamo anual per cápita, seguida por Columbus, Indianápolis, San José, San Francisco, Jacksonville y Phoenix. Columbus tiene la tasa más alta de participación en las actividades: cinco de cada diez mil residentes se inscriben todos los años en las actividades de la biblioteca. San Francisco y Filadelfia las siguen de cerca, al igual que Boston, Detroit y Charlotte. Nueva York les va a la zaga a todas.

La Gran Manzana también sale mal parada en la clasificación del dinero per cápita que el Gobierno invierte en el sistema. La

Biblioteca Pública de Nueva York recibe 32 dólares por habitante, a la par de Austin y Chicago, pero menos de un tercio de lo que recibe la Biblioteca Pública de San Francisco, que obtiene 101 dólares por habitante.[35]

Desde hace mucho, la red de bibliotecas urbanas de los Estados Unidos es una asociación entre el sector público y el privado, de modo que los Gobiernos municipales llevan largo tiempo recurriendo a filántropos para financiar gran parte de la labor de las bibliotecas. Aun así, cuesta entender por qué la mayoría de las ciudades presta tan poco apoyo público a sus bibliotecas. De acuerdo con informes recientes del Pew Research Center, más del 90 por ciento de los estadounidenses considera que la biblioteca es o «muy» o «bastante» importante para su comunidad. En la última década, «casi todas las instituciones más importantes (como el Gobierno, las iglesias, los bancos o las corporaciones) han caído a ojos de la opinión pública, pero no así las bibliotecas, el Ejército y los servicios de emergencia».[36] Pese a gozar de apoyo, en los últimos años las ciudades estadounidenses y las urbanizaciones residenciales de las afueras han reducido la financiación de las bibliotecas y en algunos casos han llegado a cerrarlas, porque los dirigentes políticos suelen considerarlas artículos de lujo, no de primera necesidad. En épocas de vacas flacas, los presupuestos de las bibliotecas son los primeros en sufrir recortes.

* * *

Cuando me encontraba investigando en Nueva York, me di cuenta de que las bibliotecas y la infraestructura social no son esenciales únicamente para la vitalidad de los barrios, sino también para amortiguar todo tipo de dificultades personales, como el aislamiento y la soledad. Aunque esos problemas fueran especialmente graves en los barrios desfavorecidos, como East New York, no se limitan a ellos en absoluto. Pensemos en Denise, una fotógrafa de moda de treinta y muchos años a quien conocí una fría mañana de abril en la planta infantil de la biblioteca de Seward

Park. Denise lleva vaqueros, un abrigo negro largo y grandes gafas de carey. Está sentada, echando un vistazo a la sala, y no tarda en relajarse. Quizá la planta infantil ya no sea su segunda casa desde que su hija ha empezado preescolar, pero durante esos primeros años de maternidad Denise venía a la biblioteca casi todos los días.

—Vivo por aquí —me cuenta—. Nos mudamos hace seis años. Para nada pensé en lo que supondría vivir cerca de una biblioteca, pero le he tomado mucho cariño a este sitio. Venir aquí nos ha traído un montón de cosas buenas.

Cuando nació su hija, Denise dejó de trabajar, pero no así su marido, que es abogado. Más bien, al contrario: él empezó a tener que echar más horas y trabajar hasta bien entrada la noche. Denise se quedaba en el pisito de Manhattan con una recién nacida a la que quería con locura, pero también con una sensación de soledad que superaba cualquier sentimiento que hubiera experimentado jamás.

—Tuve una depresión posparto espantosa —me explica—. Había días en los que me costaba horrores salir de casa. Pasé de trabajar en algo que me encantaba a pasar de repente todo el tiempo en casa intentando ocuparme de cosas importantísimas, pero que no sabía hacer. Me sentía como si estuviera en las trincheras, ¿sabes? Es que puedes volverte majareta. Tenía que salir a la calle, pero me costaba. Y no sabía dónde ir.

Al principio, Denise probó a llevar a la niña a alguna cafetería con la esperanza de que se durmiera o descansara tranquila mientras ella se metía en internet o se ponía a leer. Pero no fue así.

—Entraba en Starbucks y había un montón de gente trabajando o en reuniones. Es un sitio para adultos, ¿no? Así que cuando la niña se pone a llorar, todo el mundo se gira y se te queda mirando, como diciendo: «¿Qué estás haciendo aquí? ¿No te la puedes llevar?». Está claro que los niños no son bien recibidos.

Cuando Denise era pequeña y vivía en California, sí que solía ir a la biblioteca, pero desde que se había mudado a Manhattan no usaba demasiado el servicio. Sin embargo, un día especialmente estresante, sentó a la niña en la sillita y se la llevó a la biblioteca de Seward Park solo para ver qué había.

—Aquel día se me abrió todo un mundo —rememora—. En parte por los libros, claro. Cuando vives en un apartamento pequeñito no puedes tener muchos, pero aquí hay más de los que podríamos leer jamás. Y luego descubrí el ambiente social que se crea entre toda la gente que viene: los padres y madres, las cuidadoras, los niños, la gente del barrio… ¡Los bibliotecarios! Son un encanto.

Denise se encontró inmediatamente rodeada por otras madres primerizas que experimentaban las mismas dificultades que ella, pero que también sabían disfrutar de las partes divertidas de la maternidad. Vio que su hija no era la única que lloraba cuando todo parecía en orden y se negaba a comer o a dormir. Se dio cuenta de que no estaba sola. Denise también se encontró con madres y cuidadoras más experimentadas capaces de responder a la mayoría de sus preguntas.

—Te pones a charlar y es una pasada, pero terminas manteniendo unas conversaciones superpersonales e intensísimas.

Le pregunto si ocurre algo parecido en los parques y en las áreas de juego infantil y Denise responde que hasta cierto punto sí, pero que aquí, en la biblioteca, resulta más fácil; sobre todo, en la planta infantil. La estancia está caldeada y es amplia, los niños están protegidos y el ambiente facilita que los padres traben relación.

—Es como si pasaras a formar parte de la tribu de las mamis y así la maternidad resulta menos solitaria —explica Denise.

La tribu perdura aun cuando los niños empiecen a ir al colegio y las madres pasen menos tiempo en la biblioteca local. Denise y su hija siguen siendo íntimas amigas de algunas de las personas a las que conocieron durante aquellos primeros años en la biblioteca.

La accesibilidad del espacio físico de la biblioteca no es el único factor que permite que funcione como infraestructura social. La amplia programación de la institución —organizada por unos trabajadores profesionales que se guían por principios como la receptividad y la inclusividad— fomenta la cohesión social entre usuarios que, de otro modo, quizá no se habrían relacionado con los demás. En la biblioteca, la gente traba amistad con rapidez en parte porque se organizan un montón de actividades en grupo para los

niños y, por extensión, también para sus cuidadores. Denise y su hija participaron en clases de alfabetización temprana para bebés, cuentacuentos y canciones bilingües, espectáculos de magia y clases de música y arte.

—En esos primeros años, hay un montón de tiempo libre que buscas llenar de alguna manera —me explica Denise—. Puedes ir a clases de pago en algún sitio, pero sale caro, y a veces es que no puedes ir, porque el horario de ese día no te viene bien. La biblioteca es estupenda porque te pasas cuando te apetece y siempre hay algo. Solo tienes que echar un ojo al calendario e incluirlo en tu planificación semanal o, sencillamente, ir y unirte al grupo.

Como descubrió Denise, los bibliotecarios contribuyen enormemente a que tanto los padres como los niños se sientan a gusto en la biblioteca. A veces —asegura—, prestan un servicio aún mayor.

—Hubo una época en que nuestra gata andaba un poco fastidiada. Yo pensaba: «Madre mía, mi hija le tiene un cariño bárbaro. Como se nos muera…». Nuestra bibliotecaria me había recomendado un montón de libros infantiles, así que le pregunté por alguno que pudiera ayudar a la niña a entender la muerte. ¿Y sabes qué? Que hasta tenía varios libros sobre mascotas que se mueren. ¡La bibliotecaria sabía lo que yo necesitaba! ¡Es que lo sabía! —Al final, la gata de Denise se recuperó—. La gata de verdad que tiene siete vidas —dice entre risas—, pero yo comprendí la clase de recurso que es la biblioteca y me sentí afortunada por contar con esa ayuda.

La ayuda que recibió en la biblioteca influyó en cómo se sentía Denise como madre, hasta que al final reunió la confianza suficiente para volver a trabajar. Aquello requirió contratar a una niñera, pero dejar a su hija en manos de una desconocida no fue fácil.

—Eso supone un obstáculo emocional enorme, pero había una niñera a la que veía un montón por la biblioteca y me encantaba cómo trataba a la niña a la que cuidaba. Estaba implicadísima y era superdulce y supercariñosa. Yo sabía que eso era lo que necesitaba para mi hija. Le conté a la chica que iba a volver a trabajar y ella me recomendó a la mujer que se convirtió no solo en mi niñera, sino en la persona más importante del mundo para mí.

Denise dice que la biblioteca le «salvó la vida» y, aunque quizá eso sea una exageración, no hay duda de que la institución resultó inestimable en unos sentidos que nunca se había imaginado.

* * *

¿Por qué hay tan pocos cargos públicos y líderes ciudadanos que comprendan el valor de las bibliotecas y el papel que representan en nuestra infraestructura social? Quizá porque el principio sobre el que se fundamentan las bibliotecas —que todo el mundo merece tener acceso libre y gratuito a nuestra cultura y patrimonio comunes, que puede usar para el fin que considere oportuno— desentona con la lógica del mercado que domina nuestra era. (Cuesta imaginar a los líderes de nuestra sociedad inventando las bibliotecas si hoy en día aún no existieran). Pero quizá sea porque muy poca gente influyente entiende la función de las bibliotecas en las comunidades modernas o las múltiples funciones que podrían desempeñar si contaran con más apoyo.

En Nueva York, lo mismo que en otras ciudades de los Estados Unidos y de todo el mundo, las bibliotecas locales y los bibliotecarios hacen todo tipo de cosas inesperadas para un número sorprendentemente amplio de personas. Su misión principal consiste en ayudar a la gente a cultivarse y a mejorar su situación. Las bibliotecas alcanzan esos objetivos, sobre todo, facilitando a gente de todas las edades y de todas las etnias y grupos acceso gratuito a la variedad más amplia posible de material cultural.

Para las personas mayores —especialmente, hombres y mujeres viudos y gente que vive sola—, las bibliotecas son espacios donde encuentran cultura y compañía gracias a los clubes de lectura, las sesiones de cine, los grupos de costura y las clases de arte, música, temas de actualidad e informática. Cuando la liga de bolos de las bibliotecas se amplíe a toda la ciudad, ninguna persona mayor de cualquiera de los cinco distritos tendrá que volver a jugar sola. Los ancianos pueden participar también en algunas de esas actividades

en los centros para mayores, pero allí solo pueden hacerlo con otras personas de su edad y a menudo eso les hace sentir estigmatizados, como si no fueran más que viejos. Para muchas personas mayores, la biblioteca es el principal sitio donde se relacionan con gente de otras generaciones. Es un sitio donde pueden hacer voluntariado y sentirse útiles; donde pueden formar parte de una comunidad diversa y sólida y no de un grupo homogéneo donde todo el mundo teme el deterioro.

Las bibliotecas aportan beneficios diferentes a los más jóvenes. Ponen a los recién nacidos y a los niños pequeños en contacto con libros e historias a los que de otra manera no tendrían acceso. Ayudan a los jóvenes a dar un pasito hacia la independencia al darles una tarjeta de la biblioteca y dejarles que decidan cómo utilizarla. Las bibliotecas ofrecen refugio y un espacio protegido a los adolescentes que prefieren estudiar o charlar antes que pasar el rato en la calle. Los bibliotecarios ayudan a los chavales a hacer los deberes e imparten clases extraescolares de arte, ciencia, música, lengua y matemáticas; recomiendan libros, autores e incluso géneros enteros a esos jóvenes que andan buscando algo distinto a lo que aún no consiguen poner nombre. Las bibliotecas ayudan a que los niños y los adolescentes se sientan responsables —de sí mismos y de sus vecinos— al enseñarles lo que significa tomar prestado algo público, cuidarlo y devolverlo para que puedan utilizarlo otras personas.

En el proceso, las bibliotecas también ayudan a las familias y a las personas que prestan cuidados. Ofrecen un espacio social y actividades grupales para padres y madres primerizas, abuelas y cuidadoras que se sienten solas, desconectadas o abrumadas al hacerse cargo ellas solas de un recién nacido o de un niño. Ayudan a que se forjen amistades y redes de apoyo entre vecinos que no se conocían hasta que coincidieron en una de las clases de la biblioteca. Ofrecen consejos a aquellos padres o madres que los quieran o que los necesiten. Cuidan de esos niños —a veces, muy pequeños— cuyos padres trabajan hasta tarde o durante los fines de semana y que no pueden permitirse pagar a alguien para que se ocupe de ellos. Transmiten a las familias la seguridad de que sus hijos están en buenas manos.

* * *

Aunque quizá las bibliotecas sean el ejemplo más claro de infraestructura social en funcionamiento, hay otros espacios e instituciones que desarrollan una labor igual de importante para poner en contacto a personas que necesitan un cable. Mario Small, sociólogo de la Universidad de Harvard, ha estudiado cómo la organización de distintas guarderías contribuye a configurar las relaciones interparentales; sobre todo, entre las madres solteras. En aquellas guarderías que fomentan la implicación de los padres, aunque solo sea en las entradas y las salidas, las madres traban amistad aun cuando no estuvieran buscando amigas. Esas instituciones, escribe Small, «también son espacios para la interacción, edificios con pasillos, escaleras y vestíbulos donde sin duda las madres tienen la oportunidad no solo de hacer amigas, sino también, en caso de que no surja la amistad, de verse y de ver a los hijos de las demás una y otra vez, y eso se convierte en parte de la rutina diaria de ir de casa a la guardería, del trabajo a la guardería y de la guardería a casa que organiza los hábitos de muchas madres trabajadoras».[37] Mediante los encuentros recurrentes, las madres cuyos hijos van a esos centros desarrollan elevados niveles de confianza las unas en las otras, lo que propicia rápidamente vínculos de amistad y apoyo mutuo. Las guarderías se convierten en espacios fundamentales de actividad social: las madres organizan sesiones de juegos que procuran a alguna de ellas unas horas adicionales de trabajo o de descanso, intercambian información sobre colegios y becas, se avisan sobre oportunidades laborales y se prestan esa ayuda urgente de última hora que todos los padres necesitan de vez en cuando.

Sin embargo, no todas las guarderías fomentan ese nivel de apoyo y solidaridad. Donna, una de las madres a las que entrevista Small, relata su experiencia en una guardería del distrito financiero del centro de la ciudad que está montada para prestar servicio a una ajetreada clientela corporativa. La guardería tiene un horario escalonado de entradas y salidas diseñado para responder a las

largas y erráticas jornadas laborales de los padres y, como consecuencia de ello, estos no se relacionan entre sí con regularidad ni llegan a conocer bien a los hijos de los demás. Pero el horario no es el único problema. El espacio es compacto y el ambiente es profesional, acorde con el barrio. No hay demasiado espacio para que los padres se relajen y se relacionen. Por su parte, los profesores no hacen grandes esfuerzos por que los padres se queden un rato y jueguen con los niños cuando están en el edificio. El resultado, explica Donna, es que no hay «padres sentados charlando ni nada parecido». La guardería le permitía dejar a su hijo en un sitio de confianza cuando estaba en el edificio, pero a ella no le ayudaba a entablar las relaciones que le convenían para el resto de su vida.

La mayor parte de los debates educativos se centran en la relación entre la calidad de los centros y los logros individuales de los alumnos. Tiene sentido, dado que los centros educativos desempeñan un papel indispensable a la hora de decidir el destino de la gente en las sociedades modernas, incluso en esas donde los privilegios heredados influyen más en el éxito que el mérito o el esfuerzo. No obstante, las instituciones educativas hacen muchísimo más que enseñar a los alumnos. Desde las guarderías hasta las universidades de investigación, los centros de enseñanza construyen mundos sociales que configuran y sustentan comunidades enteras. Son las instituciones públicas más importantes de las que disponemos para consolidar los ideales democráticos e inculcar habilidades ciudadanas. Los centros educativos son nuestras ágoras modernas, puntos de encuentro donde nos formamos y reformamos y donde desarrollamos el espíritu de pertenencia.[38]

Los centros de enseñanza son instituciones, pero también infraestructuras sociales. La manera en la que se planifican, diseñan y programan configura las interacciones que se desarrollan en su seno y en torno a ellos. Para los alumnos, profesores, padres y comunidades enteras, pueden alimentar o inhibir la confianza, la solidaridad y el compromiso compartido para con el bien común. También pueden marcar los límites que definen quién forma parte de la comunidad y a quién se excluye de ella. Pueden integrar o segregar, brindar oportunidades o poner trabas a la gente.

* * *

Los colegios, como es lógico, son espacios sociales de particular importancia para los niños. Son los lugares físicos donde los alumnos forjan amistades que dan forma a las personas en las que se convertirán. De hecho, hay numerosas investigaciones psicológicas que demuestran que los grupos de compañeros y el ambiente social de la escuela influyen en el desarrollo infantil mucho más que los padres.[39] Sin embargo, desde la aparición de las redes sociales, internet y el teléfono móvil han desafiado la primacía tanto de los colegios como de otros espacios físicos donde la gente se reúne para interactuar en persona, como bares, parques infantiles, iglesias o grupos vecinales. Si esto afecta al aislamiento social y a la conexión humana y cómo afecta son dos de las preguntas más difíciles de responder de nuestra era.

Sin duda, internet y las redes sociales han hecho que sea más fácil conocer gente y mantener el contacto con amigos y familiares. Esos avances nos permiten compartir en tiempo real toda clase de información —desde la más prosaica hasta la más íntima— con una enorme cantidad de personas. (Al fin y al cabo, solamente Facebook cuenta con más de 2.000 millones de usuarios mensuales). Hoy en día, como descubrimos Aziz Ansari y yo mientras nos documentábamos para Modern Romance, los estadounidenses tienden a buscar y encontrar pareja por internet.[40] La gente recurre a la Red cuando quiere enterarse de dónde manifestarse o reunirse y, por supuesto, la utiliza para colgar fotografías de sus hijos, de sus vacaciones familiares, de sus desayunos y de sí mismos.

En la actualidad, se oye mucho que internet —y, sobre todo, las redes sociales— está provocando que nos sintamos más solos y aislados que nunca.[41] Quizá quienes añoran una época más sencilla y dichosa estén de acuerdo con esas afirmaciones, pero no existe ninguna prueba fehaciente de que sean acertadas. En efecto, las investigaciones de Claude Fischer, sociólogo de la Universidad de Berkeley, sugieren lo contrario: la obra del investigador, que se nutre de cuarenta años de encuestas sociales, demuestra que la

calidad y la cantidad de las relaciones actuales de los estadounidenses son prácticamente iguales a las anteriores a internet.[42] Los datos conductuales más fiables de los que se disponen demuestran que el uso del teléfono móvil, internet y las redes sociales tiene un efecto positivo tanto en la amplitud como en la diversidad de las redes personales de la gente.[43] Para la mayoría, los amigos de Facebook y los seguidores de Instagram complementan nuestra vida social, pero no la sustituyen. Por importantes que puedan ser las amistades que entablemos por internet, a la mayoría de nosotros no nos satisfacen los lazos virtuales que nunca se transforman en relaciones cara a cara. Construir vínculos reales requiere un entorno físico común: una infraestructura social.

Sherry Turkle, eminente psicóloga y catedrática de Ciencia y Tecnología del MIT, muestra un interés especial por la influencia de las redes sociales en la calidad de nuestras interacciones. De acuerdo con sus investigaciones, el incesante intercambio de mensajes electrónicos tan habitual entre los jóvenes está reduciendo el tiempo de las conversaciones cara a cara. Eso es importante, según Turkle, porque la conversación es «la actividad más humana —y humanizadora— que tenemos […]. Es donde desarrollamos nuestra capacidad de empatía. Es donde experimentamos la alegría de que nos escuchen, de que nos entiendan. Además, la conversación promueve la autorreflexión, esas conversaciones con nosotros mismos que son el pilar del desarrollo temprano y que continúan a lo largo de nuestra vida».[44]

Si la conversación cara a cara humaniza, el discurso virtual puede surtir muchas veces el efecto contrario. Aplicaciones como Tinder y OkCupid permiten que la gente entable conversaciones electrónicas con un gran número de desconocidos, pero, como descubrimos Aziz y yo al documentarnos para Modern Romance, esos intercambios suelen degenerar rápidamente y la gente se trata con menos educación y más crueldad de como lo haría en persona. En las entrevistas que hicimos, incluso personas bienintencionadas confesaron haber sentido que a la gente a la que conocían por internet la veían a veces más como «burbujas en una pantalla» que como a seres humanos de carne y hueso. Lo llamativo de ese comportamiento es que se da en espacios donde la gente busca

amor y relaciones íntimas; en otros sitios de internet, como Twitter o Reddit, el discurso puede ser incluso más pernicioso.

No es fácil conseguir que la vida social encaje bien con internet y, como admite Turkle, por todo el mundo hay gente cada vez más frustrada con los excesos de la cultura virtual. Turkle nos hace un llamamiento a apartarnos de las pantallas, a «recuperar la conversación» y a centrarnos en las personas y los lugares que tenemos delante. Para ello, hay que buscar puntos en común con quienes son diferentes y humanidad en aquellos que discrepan de nosotros. Hay que reconocer que las tecnologías de la comunicación funcionan mejor, y nos satisfacen más, cuando nos conducen a espacios físicos a los que todo el mundo tiene acceso. Pensemos, por ejemplo, en el grupo social al que más a menudo se acusa de preferir la comunicación electrónica en detrimento del trato cara a cara: los adolescentes.

Según las investigaciones de danah boyd, directora del instituto de investigación Data & Society, los jóvenes pasan tanto tiempo interactuando en internet porque los adultos —desde los padres helicóptero hasta los directores de los centros educativos y los guardias de seguridad, con su afán controlador— no les dejan muchas más opciones. Los adolescentes de las generaciones anteriores gozaban de más libertad que los jóvenes de hoy en día para deambular por los barrios y los espacios públicos locales, pese a que las tasas de criminalidad fueran antaño más elevadas. Disponían de más tiempo libre sin actividades extraescolares después de clase y los fines de semana; hasta tenían más tiempo libre en el propio instituto, y se los vigilaba mucho menos. «El incremento de la regulación conlleva que ya no haya tantos espacios públicos donde puedan juntarse los adolescentes —escribe boyd—. Facebook, Twitter y MySpace no son solamente nuevos espacios públicos: en muchos casos, son los únicos sitios "públicos" en los que los adolescentes pueden reunirse con facilidad en grupos grandes. Lo que es aún más importante, pueden juntarse aun estando físicamente metidos en casa».[45]

Los adolescentes a los que entrevistó boyd insistían en que preferían quedar antes que escribirse por el móvil, pero los adultos les habían limitado tantísimo la movilidad que tenían pocas alternativas.

Internet se ha convertido para los jóvenes en una infraestructura social fundamental porque los hemos privado injustamente de otros lugares donde establecer vínculos significativos. Como no construyamos espacios físicos donde la gente pueda disfrutar de la compañía de los demás con independencia de su edad, clase, raza o etnia, nos vamos a ver todos igual de limitados.

* * *

Las bibliotecas son justamente esa clase de sitios y, en muchos barrios —sobre todo, en aquellos donde los jóvenes no están sometidos a apretadísimos horarios de actividades extraescolares—, gozan de la misma popularidad entre los jóvenes y los adolescentes que quieren pasar el rato con chavales de su edad que entre las personas mayores y las madres y padres primerizos. No cuesta nada verificar esa afirmación: basta con entrar en la biblioteca local más cercana unos minutos antes de que termine la jornada escolar y observar el flujo constante de alumnos que van llegando y acomodándose para pasar la tarde en la biblioteca.

¿Por qué las bibliotecas tienen tanto éxito entre los jóvenes? Uno de los motivos es que, al ser instituciones públicas, son de acceso libre y gratuito. Otro, que el personal de la biblioteca los recibe con los brazos abiertos: en algunas bibliotecas locales, hasta delimitan espacios donde los adolescentes puedan relacionarse. Para entender la importancia de esta cuestión, comparemos el espacio social de la biblioteca con el de populares establecimientos comerciales como Starbucks o McDonald's. Las entidades comerciales son valiosos elementos de la infraestructura social y no hay duda de que los «terceros espacios» tradicionales, como las cafeterías, los bares y los restaurantes, han contribuido a revitalizar las ciudades y las urbanizaciones residenciales de las afueras. Sin embargo, no todo el mundo puede permitirse frecuentarlos y no a todos los clientes de pago se les permite quedarse mucho tiempo: pasar el rato en un entorno social mercantilista —incluso en un restaurante de comida rápida relativamente barato o en una pastelería— es un privilegio

por el que hay que pagar. En casi todos los Starbucks, Dunkin' Donuts o McDonald's —sobre todo, en los que se encuentran en barrios frecuentados por adolescentes, gente pobre y personas mayores— suele haber como mínimo un cartel que dice: «No loitering» (no entretenerse). Y no es una mera recomendación.

Algunas de las franquicias neoyorquinas de McDonald's limitan a veinte o treinta minutos el tiempo para «consumir», pero los encargados deciden, en función del cliente, si aplican esa restricción o no. La raza es un factor, pero también lo son la clase y la edad. A los grupos de adolescentes siempre les piden que se marchen de los establecimientos comerciales incluso aunque hayan pedido algo. En 2014, un grupo de ancianos coreano-estadounidenses se enfrentó públicamente a un McDonald's neoyorquino cuyos encargados empezaron a echarlos del restaurante menos de una hora después de haber pedido, aduciendo que acaparaban las sillas y perjudicaban el negocio.

Las personas mayores y los pobres no suelen ir a los Starbucks, directamente, porque los precios son demasiado elevados y porque sienten que no pintan nada. Los ancianos a los que conocí en Nueva York que frecuentaban las bibliotecas me contaron que los miraban aún peor en las cafeterías, bares de copas y restaurantes nuevos y modernos que tanto abundan en los barrios en proceso de gentrificación. Los vagabundos y los pobres que frecuentan las bibliotecas ni siquiera se plantean entrar en esos locales. Saben, por experiencia, que el mero hecho de estar en la entrada, ya sea de un restaurante de lujo o de un bar de mala muerte, puede hacer que los encargados llamen a la policía.

Pocas veces se ve policía en las bibliotecas, que son sitios donde la gente se ocupa del prójimo, con independencia de las demás cosas que estén haciendo. En un mundo donde pasamos cada vez más tiempo enfrascados en una pantalla, aislados incluso de nuestros contactos humanos más íntimos y cercanos, las instituciones públicas de libre acceso nos obligan a prestar atención de verdad a la gente que nos rodea. Al fin y al cabo, los sitios como las bibliotecas están atestados de desconocidos, gente con cuerpos y estilos diferentes, que hacen ruidos distintos, hablan lenguas distintas y despiden olores distintos y a veces pestilentes. Pasar

tiempo en infraestructuras sociales públicas conlleva aprender a gestionar esas diferencias de manera civilizada.

Eso no quiere decir que los espacios públicos sean siempre pacíficos y tranquilos. Por ejemplo, durante el tiempo que pasé en las bibliotecas locales presencié diversos conflictos: indigentes discutiendo por entrar en el baño; niños sin supervisión dándose puñetazos durante un acto; un señor desempleado gritando que había adolescentes jugando a los videojuegos en ordenadores que debían ser solo para los adultos; una persona sin hogar con problemas mentales que molestaba a un grupo entero de usuarios farfullando amenazas violentas… Según el guardia de seguridad de una de las bibliotecas que yo frecuentaba, un día los servicios de emergencia tuvieron que rescatar a un heroinómano que se había desplomado a causa de una sobredosis y otro día alguien defecó en el suelo.

Esos problemas son inevitables en una institución pública comprometida con el libre acceso; sobre todo, cuando otros organismos —como clínicas de metadona, refugios para personas sin hogar o bancos de alimentos— rechazan precisamente a las personas más necesitadas de ayuda… ¡y a menudo las mandan a la biblioteca! Pero lo extraordinario es que esos desórdenes se producen en contadas ocasiones, que se gestionan con suma delicadeza y que después la biblioteca recupera el ritmo enseguida. Ni siquiera las bibliotecas de los barrios más violentos tienen excesiva seguridad ni cuentan con trabajadores sociales o terapeutas, sino que establecen y hacen cumplir de manera informal sus propias normas y códigos de conducta, que confían en que los usuarios respetarán y que se acatan el 99 por ciento del tiempo.

—Mucho te lo tienes que currar para que te echemos de aquí —me explicó el encargado de cierta biblioteca local—. Nosotros vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano por acomodarte.

La vida diaria de las bibliotecas es un experimento democrático y la gente se apiña en su interior para participar en él siempre que las puertas están abiertas.

La receptividad y la diversidad que florecen en las bibliotecas locales fueron en tiempos una marca distintiva de la cultura urbana; de hecho, las teorías más influyentes sobre lo que hace que la vida de una ciudad sea peculiar en términos culturales subrayan tanto los placeres como los desafíos que entraña gestionar diariamente la diferencia.

En ciertos sentidos, las ciudades estadounidenses son cada vez más diversas: la inmigración, sobre todo en Nueva York, está en auge. Hoy en día, en la Gran Manzana hay más de tres millones de inmigrantes y en torno a un tercio de ellos llegó a partir del año 2000. En ciudades de todo el país, puedes oír idiomas, probar comida o encontrar actividades culturales, y participar en ellas, que realmente hace apenas unas generaciones no formaban parte de los Estados Unidos. La sociedad estadounidense continúa siendo abierta y, como siempre, acoge a gente nueva y se reinventa.

Sin embargo, en otros sentidos sigue habiendo división y desigualdad en las ciudades estadounidenses; algunos barrios se aíslan de quienes son diferentes, sobre todo en lo que respecta a la raza y a la clase social. Algunos vecindarios lo hacen mediante la construcción de muros y verjas. Otros, vigilando con agresividad a quienes no tienen pinta de vivir allí. Algunos, como ciertos opulentos enclaves neoyorquinos, lo hacen de una forma más sutil y quizá sin querer: el precio de las casas sube tanto que solo los ricos pueden permitirse vivir allí; las tiendas y los restaurantes se vuelven más exclusivos y empiezan a atraer a determinada clase de clientes; el barrio deja de ser abierto y diverso y se homogeneiza y aísla; el entorno social cada vez es menos acogedor, y la arquitectura se vuelve intimidante y austera.

La majestuosa biblioteca de Seward Park, un edificio de ladrillo rojo y piedra caliza erigido al estilo del Renacimiento italiano frente a Seward Park, el primer parque infantil municipal del país, podría parecer elitista y exclusiva: es una estructura espléndida, surgida de la opulencia de una edad de oro anterior. Pero la biblioteca, que se alza en el punto en el que confluyen Chinatown, una masa de viviendas públicas y una glamurosa zona para jóvenes profesionales que está en rápido desarrollo, es desde hace tiempo el alma de los vecinos del Lower East Side. Tiene las puertas abiertas a todo el

mundo y todo el mundo entra.

En los últimos ciento setenta años, el barrio de Lower East Side ha atraído a inmigrantes pobres, en parte porque, debido a su ubicación —una zona baja cerca del río—, resultaba poco atractivo para quienes podían permitirse un vecindario más bonito, pero sobre todo porque, hasta el día de hoy, tiene miles de edificios de apartamentos donde desorbitadas cantidades de personas viven hacinadas en pisos muy semejantes a las casas de vecindad que los códigos de zonificación ya no permiten. A mediados del siglo XIX, colonizaron la zona los inmigrantes irlandeses, pioneros a quienes los neoyorquinos de bien culparon de convertir un barrio próspero en un suburbio étnico. Después vinieron los alemanes, seguidos por los judíos del este de Europa, que habitaron el barrio durante gran parte del siglo XX. Sin embargo, actualmente la población del Lower East Side es sobre todo puertorriqueña y china, además de pobre a rabiar: tiene una tasa de pobreza infantil del 31 por ciento.

La zona que rodea el Seward Park empezó a gentrificarse durante la década pasada. Al lado están las cooperativas de apartamentos construidos originalmente para los trabajadores sindicados y que ahora se venden por más de un millón de dólares. Enfrente se alza la antigua sede de The Forward, el periódico de referencia para los judíos estadounidenses, que se convirtió hace poco en un edificio de apartamentos de lujo. Un poco más adelante están Mission Chinese Food —la filial neoyorquina de un exitosísimo restaurante de San Francisco cuyo chef recibió el premio Rising Star que otorga la Fundación James Beard—, un bar de copas pijo y, por supuesto, un bar de zumos. Pero, de momento, el Lower East Side sigue siendo un barrio de inmigrantes y la biblioteca histórica —una de las 75 bibliotecas neoyorquinas originales fundadas gracias a los 5,2 millones que donó Andrew Carnegie en 1901— presta servicio a sus ambiciosos residentes más o menos de la misma forma en que lleva haciéndolo desde 1909, cuando se inauguró. También ha mantenido el mismo nivel de actividad: Seward Park presta más de 500.000 artículos todos los años (en torno a 1.400 libros y unos cuantos DVD diariamente) y sus actividades atraen a más de 20.000 personas, datos que la convierten en una de las bibliotecas locales con más movimiento de la red.

La primera vez que visité la biblioteca de Seward Park fue una gris mañana de enero. Cogí la línea F desde West 4th Street hasta East Broadway (la última parada de Manhattan), pasé caminando junto a un pequeño campamento donde un hombre sin hogar se preparaba para empezar el día y subí las escaleras que dan a Rutgers Street. Lo primero en lo que me fijé fue en la larga ristra de altísimas viviendas públicas de ladrillo rojo apiñadas en torno a la autovía FDR Drive, cerca del río Este. Unos años antes, visité esos edificios con los concursantes del Rebuild by Design para observar los daños causados por las inundaciones del huracán Sandy. El agua del mar los había anegado: las plantas bajas estaban destrozadas; los ascensores funcionaban mal; en el sótano, los cables de la luz, el teléfono y la televisión eran un revoltijo enmarañado y oxidado. Las zonas comunes del exterior estaban feas y destartaladas, con el asfalto agrietado, bancos incómodos y trocitos de césped descuidado. Por aquel entonces, yo no me había parado demasiado a pensar dónde podían ir los miles de personas que vivían en esos edificios para escapar de aquel entorno deprimente. Cuando visité la biblioteca, lo vi claro.

En cuanto accedí al parque, me encontré con un grupo de veinte personas mayores —sobre todo mujeres y todas chinas— que, pese al tiempo invernal, bailaban para hacer ejercicio. En el área de juego infantil había varios niños en edad preescolar. Se veía a grupitos de señores mayores andando en círculos por el paseo. Un hombre sin hogar dormía cerca de los aseos públicos, que estaban cerrados con llave y clausurados hasta la primavera.

La propia biblioteca, una majestuosa estructura de cuatro plantas con altos ventanales arqueados y una imponente base almohadillada de piedra caliza, se alza en la esquina noreste del parque y tiene delante un gran espacio público con largos bancos de piedra. Yo llegué pocos minutos antes de las diez de la mañana, cuando abre la biblioteca, y me encontré con catorce personas desperdigadas por la zona; algunas merodeaban cerca de la puerta o en la pequeña escalinata de piedra que conduce a ella, mientras que otras esperaban abajo, en el pavimento. Había una pareja de jóvenes profesionales: él llevaba un vaso de café de cartón de la cafetería gourmet de la acera de enfrente; ella, dos DVD. Una señora mayor judía, que tenía un pañuelo en la cabeza y una bolsita

de libros, estaba hablando sobre Donald Trump con un hombre de pelo entrecano que llevaba vaqueros y una parka. Dos fornidas treintañeras latinas se apoyaban contra el pasamanos de la escalera, con los brazos cruzados, y sacaban el móvil de vez en cuando. Había un señor mayor chino con sombrero gris y un abrigo marrón sentado en el frío banco. Varios estudiantes universitarios, solos, esperaban de pie cargados con pesadas mochilas, mientras que cuatro hombres harapientos, sin hogar o quizá procedentes de algún albergue, se apiñaban junto a la entrada. Uno de ellos no dejaba de consultar el reloj.

A las diez en punto, un bibliotecario que llevaba una chaqueta de traje demasiado holgada giró la llave en la cerradura y sostuvo abierta la puerta delantera.

—Buenos días —dijo, dedicando una sonrisa cálida y un gesto de reconocimiento a cada rostro familiar y dispensándome a mí una sonrisa amable y acogedora.

Los hombres desaliñados se apresuraron a entrar. Uno de ellos se fue derecho al baño de la planta baja, que es el único que oficialmente está abierto a todos los usuarios, aunque hay dos más en el sótano y otro solo para niños en la primera planta. Otro de los hombres subió corriendo las escaleras y los demás dejaron la mochila en las mesas que había junto a los ventanales de delante y se pusieron a ojear los libros nuevos. La mayoría de los usuarios les dio algo de ventaja para intentar escapar del olor, pero enseguida todo el mundo se dirigió a su sitio. La pareja devolvió los DVD, cogieron otro que tenían reservado y se marcharon. La anciana del pañuelo se acercó directamente a los ordenadores de sobremesa y se puso a consultar el correo electrónico. El señor chino subió las escaleras hasta la segunda planta, donde, como pronto supe, se pasaba todas las mañanas con dos amigos leyendo periódicos en mandarín. Las chicas latinas pasaron junto al mostrador de préstamo, se dirigieron a la sala de estar —que está abierta hasta que a las dos de la tarde pasa a formar parte de la zona reservada a los adolescentes— y sacaron el móvil de inmediato.

Una vez que la primera ola de usuarios se hubo acomodado, me acerqué al bibliotecario que nos había recibido en la entrada y me presenté.

—Yo me llamo Andrew —respondió, alargándome una mano huesuda surgida de entre las largas mangas de su chaqueta vintage negra y estrechando la mía con delicadeza—. ¿En qué puedo ayudarle?

* * *

La esencia del trabajo de los bibliotecarios locales radica en ayudar a la gente a encontrar más cosas de las que anda buscando.

—Pocos trabajos hay hoy en día que consistan en hacer cosas buenas como servicio público —me confió en cierta ocasión—. No le pones la zancadilla a nadie, no te aprovechas de nadie… Prestas un servicio gratuito y punto.

Andrew se crio en Los Ángeles y tiene un hermano gemelo. Muchos fines de semana, su madre, una inmigrante británica que no sabía conducir, los montaba en el autobús y los llevaba hasta la Biblioteca Central de Los Ángeles o hasta la Biblioteca Pública de Beverly Hills.

—Estaban lejísimos de donde vivíamos —rememoró—, pero los edificios eran preciosos y mi madre quería exponernos a esa arquitectura tan estimulante. Hoy en día todavía pienso en lo distinto que se me hacía visitar una biblioteca en comparación con cualquier otro sitio. Es que estar en una biblioteca era distinto. Aún recuerdo la sensación.

»A mi padre no le veíamos mucho el pelo, así que la biblioteca era un sitio donde mi madre podía relajarse mientras mi hermano y yo ojeábamos libros. El volumen que más asocio con aquellas excursiones es No Fighting, No Biting! Creo que la autora era Else Holmelund Minarik y que estaba ilustrado por Maurice Sendak. Debimos de llevarnos prestado ese libro más de…, madre mía, yo qué sé, más que ningún otro. Iba sobre dos hermanos. Y mi madre nos miraba divertida cuando nos leía sobre las riñas de esos dos niños. Eso no se me olvidará en la vida.

Andrew se trasladó a Nueva York, donde vivía su hermano, y mandó su solicitud para trabajar de «especialista en información» en la red de bibliotecas, un puesto básico. No ganaba mucho: el salario inicial para los bibliotecarios de la red de bibliotecas públicas de Nueva York ronda los 48.500 dólares, pero el sueldo de los especialistas en información, que no suelen estar graduados en Biblioteconomía, es bastante más bajo. Aun así, era mejor que el de Starbucks, donde había trabajado una temporada, y le servía para dar sus primeros pasos en una carrera que le parecía importante y útil. En cuanto empezó a trabajar, se dio cuenta de que había elegido bien.

—Cuando llegué aquí comprendí una cosa —me explicó Andrew—. En Starbucks, y en realidad en casi cualquier negocio, se presupone que tú, el cliente, eres mejor por tener esa cosa que adquieres, ¿no? Pues en la biblioteca lo que se presupone es que eres mejor y punto. Que ya llevas eso dentro. Lo único que necesitas es beneficiarte de las cosas que hay aquí y cultivarte. La biblioteca presupone lo mejor de la gente. El servicio que presta se basa en la creencia de que la gente se instruirá si se le da la oportunidad.

Y, tal y como observé durante el tiempo que pasé en las bibliotecas, el contacto social —con los bibliotecarios y con otros usuarios— es una de las vías fundamentales por las que se produce esa mejora personal.

Tanto los niños como los adultos se benefician de las relaciones que entablan en las bibliotecas locales.

—Los niños todavía están creciendo y absorbiendo cosas —me explicó Andrew—. Con suerte, los mayores hacen lo propio. Pero muchos de los adultos que frecuentan la biblioteca no son solo personas que intentan mejorar su capacidad intelectual, por decir algo. Están intentando cultivarse porque necesitan un ambiente que no sea como los que han conocido siempre, que los juzga, que se aprovecha de ellos, que no quiere mezclarse con ellos, que no entiende el papel que desempeñan en la sociedad. Quieren estar en un sitio donde sientan la generosidad de la confianza en la naturaleza humana, cosa que aquí siempre deberían sentir.

La biblioteca es donde se sienten atendidos y correspondidos; los

sustenta, sobre todo en las épocas de mayor soledad.

La autonomía del personal de la biblioteca a la hora de poner actividades en marcha es mayor de lo que me esperaba tratándose de una institución pública consolidada. Parece ser que los directores tienen en un pedestal a los bibliotecarios y a sus especialistas en información. Lo primero que Andrew introdujo en Seward Park fue la hora del té, que celebraba en una esquina de la sala de consulta y de lectura de la segunda planta.

—Me di cuenta de que había mucha gente que venía por la mañana temprano y que nunca participaba en las actividades —me contó—. No usan la biblioteca más que para descansar. Y me dije, igual porque mis padres son británicos: «¿Acaso hay algo más relajante que una buena taza de té y un periódico o un libro?».

La hora del té no tardó en convertirse en una de las actividades más concurridas de la biblioteca: atraía a un grupo habitual de usuarios mayores y a un flujo constante de personas nuevas encantadas de que alguien les diera una bebida caliente y unas galletas por la mañana. Asimismo, se convirtió en una fuente constante de actividad social: ahí juntos, bebiendo té, los participantes también compartían periódicos e historias hasta que, con el tiempo, se formó una pequeña e insólita comunidad de usuarios chinos, turcos, latinos, judíos y afroamericanos.

—La hora del té me encanta porque reúne a la gente —me explicó Andrew—, pero no se trata solo de eso. También me gusta porque es una de las mejores formas que tiene la biblioteca de expresar la fe en la gente. Hay un término que hoy en día no se conoce mucho, pero que se oía un montón cuando se abrieron las bibliotecas de Carnegie: los palacios del pueblo. De verdad que la biblioteca es un palacio. Confiere nobleza a gente que de otra forma no puede permitirse ni una pizca de ella. Las personas necesitan nobleza y dignidad en su vida. Y también que otra gente reconozca en ellos esas cualidades, ¿sabes? Igual no parece nada del otro mundo esto de servir té, pero lo cierto es que es una de las tareas más importantes de las que me ocupo.

■

[27] En castellano en el original. (N. de la T.).

[28] Un estudio del Rudin Center for Transportation (Centro Rudin para el Transporte) de la Universidad de Nueva York sitúa East New York en el último puesto de los barrios de Brooklyn desde los que la gente puede llegar al trabajo en transporte público en cuestión de una hora y entre los peores de todo Nueva York. Ver Sarah Kaufman, Mitchell Moss, Jorge Hernández y Justin Tyndall, «Mobility, Economic Opportunity and New York City Neighborhoods», noviembre de 2015, https://wagner.nyu.edu/files/faculty/publications/JobAccessNov2015.pdf.

[29] Ver Neal Krause, «Neighborhood Deterioration and Social Isolation in Later Life», International Journal of Aging and Human Development 36, n.º 1 (1993), pp. 9-38.

[30] Para consultar los datos demográficos de envejecimiento, ver Administration on Aging, A Profile of Older Americans, 2015, https://acl.gov/sites/default/files/Aging%20and%20Disability%20in%20America/2015-Profile.pdf; y Renee Stepler, «Smaller Share of Women Ages 65 and Older Are Living Alone», Pew Research Center, 18 de febrero de 2016, aller-share-of-women-ages-65-and-older-are-living-alone/. Sobre el histórico incremento de personas mayores que viven solas, ver Eric Klinenberg, Going Solo: The Extraordinary Rise and Surprising Appeal of Living Alone, Nueva York: Penguin Press, 2012.

[31] Ver Lisa Berkman y Thomas Glass, «Social Integration, Social Networks, Social Support, and Health», en Lisa Berkman e Ichiro Kawachi (eds.), Social Epidemiology, Nueva York: Oxford University Press, 2000, pp. 137-173, y John Cacioppo y William Patrick, Loneliness: Human Nature and the Need for Social Connection, Nueva York: W. W. Norton, 2008.

[32] Merece la pena señalar que Robert Putnam incluye un capítulo sobre las bibliotecas locales en un libro del que es coautor y que trata sobre las personas y las asociaciones que generan capital social. Ver Robert Putnam y Lewis Feldstein, con Don Cohen, Better Together: Restoring the American Community, Nueva York: Simon

& Schuster, 2003.

[33] Ver John Horrigan, «Libraries 2016», Pew Research Center, 9 de septiembre de 2016, www.pewresearch.org/internet/2016/09/09/libraries-2016/.

[34] Los datos sobre el uso de las bibliotecas están extraídos de David Giles, Branches of Opportunity, Center for an Urban Future, enero de 2013, https://nycfuture.org/pdf/Branches_of_Opportunity.pdf. Giles afirma que, entre 2002 y 2011, la asistencia a las actividades de las bibliotecas de Nueva York aumentó el 40 por ciento y el número de sesiones, el 27 por ciento.

[35] Ibid.

[36] El informe del Pew aparece citado en Wayne Wiegand, Part of Our Lives: A People's History of the American Public Library, Nueva York: Oxford University Press, 2015, p. 1.

[37] Mario Small, Unanticipated Gains: Origins of Network Inequality in Everyday Life, Nueva York: Oxford University Press, 2009, pp. 115-116.

[38] Sobre los centros educativos como instituciones sociales, ver John Dewey, The School and Society, 1900; reed., Chicago: University of Chicago Press, 2013; The Child and the Curriculum, 1902; reed., Chicago: University of Chicago Press, 2013, y Anthony Bryk y Mary Erina, The High School as Community: Contextual Influences and Consequences for Teachers and Students, Madison (Wisconsin): National Center of Effective Secondary Schools, 1988.

[39] Ver, por ejemplo, Judith Rich Harris, «Where Is the Child's Environment? A Group Socialization Theory of Development», Psychological Review 102, n.º 3 (1995), pp. 458-489.

[40] John Cacioppo et al., «Marital Satisfaction and Break-ups Differ Across On-line and Off-line Meeting Venues», Proceedings of the National Academy of Sciences 110, n.º 25 (2013), pp. 10135-10140.

[41] En un artículo titulado «Is Facebook Making Us Lonely?»

(¿Hace Facebook que nos aislemos?), que fue portada de la revista Atlantic en mayo de 2012, Stephen Marche hace una afirmación inusitadamente extrema sobre el estado de nuestra desunión: «Padecemos un aislamiento sin precedentes —escribe—. Nunca hemos estado más solos ni más desconectados entre nosotros. Vivimos en un mundo consumido por modos de socializar cada vez más innovadores, pero la auténtica sociedad está cada vez más ausente. Vivimos en una contradicción que no deja de acelerarse: cuanto más conectados estamos, mayor es nuestra soledad».

[42] Claude Fischer, Still Connected: Family and Friends in America Since 1970, Nueva York: Russell Sage Foundation, 2011.

[43] Keith Hampton, Lauren Sessions y Eun Ja Her, «Core Networks, Social Isolation, and New Media», Information, Communication, and Society 14, n.º 1 (2011), pp. 130-155.

[44] Sherry Turkle, En defensa de la conversación. El poder de la conversación en la era digital, Barcelona: Ático de los Libros, 2017, traducido por Joan Eloi Roca.

[45] danah boyd, It's Complicated: The Social Lives of Networked Teens, New Haven (Connecticut): Yale University Press, 2014, p. 21.

02

Espacios protegidos

Parque comunitario en un solar vacío rehabilitado del oeste de Filadelfia

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: Eric Klinenberg

El proyecto urbanístico de Pruitt-Igoe, un complejo de treinta y tres edificios de once plantas que se abrió en el norte de San Luis entre 1954 y 1956, quizá sea el fracaso más sonado de la historia de la vivienda pública estadounidense.[46] El diseño inicial, del

reconocidísimo arquitecto Minoru Yamasaki (quien más tarde diseñaría el World Trade Center), preveía una serie de bloques de distintas alturas conectados por caminos peatonales y «un río de árboles», pero la Administración de Vivienda Pública (Public Housing Administration) obligó a que se revisara para reducir costes. La promotora inmobiliaria unificó el proyecto y sustituyó los materiales que había elegido Yamasaki por otros más baratos. Al final, en los treinta y tres edificios idénticos había una planta baja diáfana donde organizar actividades vecinales; un pasillo con salas comunes, zona de lavandería y cuarto de basuras en varias «plantas de apoyo», y ascensores y escaleras compartidas por las aproximadamente cien familias que vivían en cada bloque. La gente se abalanzó sobre los nuevos apartamentos, que tuvieron mucha demanda. En 1957, estaban habitados más del 90 por ciento de los pisos.[47]

Aunque varios críticos sobre arquitectura elogiaron al principio la eficiencia espacial y la abundancia de espacios verdes del elevado proyecto progresista, no tardaron en surgir problemas de enorme gravedad. En la década de 1960, Oscar Newman, un joven profesor de Arquitectura y Planificación Urbana de la Universidad de Washington, en San Luis, puso en marcha un estudio para ver qué pasaba. Newman se había informado sobre las condiciones de Pruitt-Igoe, pero sus lecturas no lo prepararon para lo que vio en persona. Los vándalos habían destrozado los cuartos de lavandería y basuras. Todas las zonas comunes estaban llenas de grafitis. Había basura desperdigada por todas las zonas públicas, tanto en el interior como en el exterior de los edificios, y las aceras estaban cubiertas de cristales rotos. Los vecinos se quejaban de que se había producido un notable aumento de la prostitución, el tráfico de drogas, los robos y los delitos violentos. Las familias con niños habían cogido miedo y se quedaban metidas en casa. «Era peligroso andar por los pasillos, los vestíbulos, los ascensores y las escaleras —escribe Newman—. Las mujeres tenían que juntarse en grupos para llevar a los niños a la escuela y salir a hacer recados».[48] La gente empezó a marcharse y no tardó en producirse un éxodo. Para 1971, estaban cerrados en torno a la mitad de los apartamentos de la urbanización y el índice de ocupación era del 35 por ciento.[49]

Newman admite que su primera reacción fue culpar a los vecinos

por destrozar lo que podría haber sido una urbanización bonita y moderna. «Al recorrer Pruitt-Igoe durante el auge de la delincuencia y el vandalismo generalizados, era inevitable preguntarse: "Pero ¿qué clase de gente vive aquí?"», cuenta.[50] No es ninguna sorpresa, ya que las teorías imperantes sobre las causas de la delincuencia llevan tiempo centrándose en las características de las personas que infringen la ley. Cuando los criminólogos analizan los factores que conducen a altos niveles de delincuencia, suelen tener en cuenta elementos «contextuales», como la raza, el género, el salario, la situación familiar y el nivel educativo de la gente y, en algunos casos, sus valores morales y capacidad de autorregulación. En un principio, eso fue lo que hizo Newman, que observó lo mismo que las autoridades gubernamentales: un vecindario en el que había una elevada concentración de madres solteras, pobres y afroamericanas, con sus hijos. Parecía como si no hubiera nadie capaz de imponer autoridad.

Sin embargo, a medida que Newman fue familiarizándose más con Pruitt-Igoe, se dio cuenta de que la situación era más compleja. Por ejemplo, la mayoría de los vecinos tenía la casa «limpia y en buen estado, quizá con muebles humildes, pero con un orgullo tremendo».[51] Más aún, Newman visitó los balconcitos bifamiliares y le parecieron «espacios limpios, seguros y bien cuidados». Interesado por saber a qué se debían las diferencias entre los espacios privados y públicos del proyecto, se puso a investigar.

Los pisos cuidados y los descansillos semiprivados le habían dado una pista, pero lo que Newman observó en el complejo urbanístico contiguo a Pruitt-Igoe le enseñó aún más cosas. «Enfrente de Pruitt-Igoe estaba Carr Square Village, una urbanización más antigua y pequeña de casas adosadas que tenía una población idéntica —escribe—. El lugar había seguido estando habitado y sin altercados durante la construcción, ocupación y deterioro de Pruitt-Igoe».[52] La gente usaba correctamente los jardines semiprivados y las zonas públicas, lo que significaba que había mucho de lo que Jane Jacobs —cuyas ideas influyeron enormemente en Newman— llamaba supervisión informal mediante «vigilantes callejeros».[53] Las familias se sentían a salvo y relativamente cómodas y tenían motivos para ello: el nivel de delincuencia era tres veces inferior al de Pruitt-Igoe. Aquello dejó fascinado a Newman. «Dado que en

ambas urbanizaciones las variables sociales se mantienen constantes», explica, las razones subyacentes «que han posibilitado la supervivencia de una de ellas mientras que la otra está destrozada» debían estar relacionadas con «diferencias materiales», no con las características de los vecinos.[54]

Newman comparó las características materiales de ambas urbanizaciones y encontró diferencias tremendas. En cada hilera de casas de Carr Square Village no vivían más que unas pocas familias, así que todas se identificaban unas a otras como vecinas e incluso amigas. Tenían un mismo zaguán compacto y una zona exterior semiprivada y, como se compartía entre pocos vecinos, era relativamente fácil establecer normas de uso y de mantenimiento del espacio. Sin embargo, en Pruitt-Igoe el diseño y el mantenimiento de los edificios hacía que a los vecinos les resultara imposible regular el comportamiento de la gente, ya fuera en el interior o en el exterior. Las zonas públicas se compartían entre tantísima gente que era imposible que alguien las cuidara o mantuviera y, a diferencia de los edificios altos de las zonas de clase media, no había conserjes ni superintendentes a quienes se les pagara por asumir aquella labor. Más aún, en los treinta y tres edificios de esa urbanización vivía tantísima gente que era «imposible distinguir a un intruso de un vecino». Para Newman, la conclusión era evidente. La desesperada situación de Pruitt-Igoe no se debía a las características de la gente que vivía allí, sino a la infraestructura material del proyecto. El diseño de los edificios y de los jardines «es importante para reducir la delincuencia y para ayudar a los vecinos a controlar el comportamiento en el entorno en el que viven —concluye—. Los residentes cuidaban y controlaban las zonas que estaban claramente definidas como propias», pero los espacios públicos compartidos, de mayor tamaño, «no inspiraban sentimientos de identidad o control [y] eso imposibilitaba que hasta los vecinos más próximos convinieran en qué comportamientos eran aceptables y cuáles no».[55]

En su informe de 1972, Defensible Space (Espacio defendible), Newman explicaba qué factores materiales hacían que Pruitt-Igoe resultara mucho más peligroso que Carr Square Village.[56] Ese mismo año, el Gobierno acometió la demolición del proyecto Pruitt-Igoe, un proceso que se alargó hasta 1976, cuando se echó abajo el

último de aquellos edificios condenados al fracaso. La teoría de Newman del espacio defendible ganó una influencia considerable entre urbanistas y criminólogos y ayudó a configurar el diseño de nuevos proyectos de vivienda pública por todo el mundo. (Newman llegó incluso a convertirse en un personaje de la miniserie Show Me a Hero, de HBO, estrenada en 2015). Hay investigaciones posteriores que cuestionan el hecho de que todos los hallazgos de Newman pueden ser generalizables. Se sabe que en algunas ciudades los barrios pobres con bloques de viviendas públicas de gran altura son menos peligrosos que los barrios pobres que no los tienen, pero Newman no logró identificar qué condiciones favorecen que algunas urbanizaciones funcionen mejor que otras. Se equivocó al concluir que, en lo que respecta a la delincuencia y la vivienda, «el propio bloque de apartamentos […] es el verdadero y definitivo origen de los problemas».[57] No obstante, la conclusión principal de Newman —que el entorno construido ayuda a determinar las tasas de criminalidad locales— goza de amplia aceptación. De hecho, ahora hay más pruebas a favor que nunca.

Algunas de esas pruebas provienen de una escuela de prevención de la delincuencia que surgió por la misma época que la teoría del espacio defendible de Newman. La prevención de la delincuencia mediante el urbanismo (CPTED, por sus siglas en inglés) parte de la intuición de que una persona proclive a cometer un delito en cierto ambiente nunca se plantearía hacerlo en un ambiente distinto. Como explica C. Ray Jeffery, el criminólogo que concibió la CPTED, «[n]o existen los delincuentes; solamente las circunstancias ambientales que dan lugar a un comportamiento delictivo. En función de su estructura ambiental, cualquiera puede tanto delinquir como no delinquir». De eso se deduce que es difícil que las medidas de control de la delincuencia funcionen si están enfocadas a malhechores concretos. Por el contrario, la delincuencia se ataja mejor «manipulando el ambiente donde se producen los actos delictivos».[58]

Sin embargo, a día de hoy, la mayoría de las medidas dirigidas a reducir la delincuencia se centran más en castigar a la gente que en mejorar los espacios. El presidente de los Estados Unidos ha exigido un programa policial nacional consistente en «parar y cachear»; el fiscal general aboga por endurecer las sentencias; los defensores de

«la ley y el orden» están resurgiendo. Invertimos poco en vivienda pública y mucho menos en aceras seguras y en instalaciones municipales como bibliotecas, centros de mayores y huertos vecinales, que invitan a la gente a salir a la calle y consiguen que haya más vigilancia en los espacios públicos. Invertimos aún menos en atajar los «focos» delictivos, sitios específicos —como solares vacíos, edificios abandonados y licorerías— que se sabe que albergan actividades ilegales. Escasean los fondos para mejorar las condiciones de los barrios y de las calles en aquellos lugares más proclives a sufrir delincuencia y violencia.

Quizá las autoridades gubernamentales tengan motivos políticos para tomar medidas enérgicas contra personas potencialmente peligrosas en vez de contra sitios que lo son de forma manifiesta, pero los fundamentos científicos son endebles.

Hoy en día contamos con medios más efectivos y económicos para reducir la delincuencia. Además, cada vez más investigaciones científicas demuestran que algunas de las mejores opciones entrañan invertir en infraestructura social.

* * *

En el siglo XIX, los investigadores británicos empezaron a estudiar la variación en las tasas de criminalidad tanto dentro de una misma ciudad como entre una ciudad y otra. Aunque algunas de esas obras ofrecían explicaciones relativamente sencillas, como que la pobreza concentrada conducía a un mayor nivel de delincuencia, otras pretendían ir más allá y se planteaban por qué había tanta fluctuación entre las tasas de criminalidad de los barrios pobres. «La mayoría de esas obras eran descriptivas y formulaban teorías, pero no hacían propuestas para atajar la delincuencia», escribe John MacDonald, criminólogo de la Universidad de Pensilvania.[59] El autor compara esa tradición de forma negativa con las obras de los especialistas británicos en materia de salud; sobre todo, John Snow, cuya investigación sobre el cólera «señalaba la importancia del

ambiente espacial en la configuración de la salud humana y proponía separar las alcantarillas y los pozos de agua potable para prevenir las enfermedades transmitidas por el agua». Reducir la delincuencia es más complicado que prevenir el cólera, pero MacDonald, que ha desarrollado investigaciones experimentales pioneras sobre la influencia de los espacios en las tasas de criminalidad, no es el único criminólogo ambiental contemporáneo con algo novedoso e importante que ofrecer.

Los científicos sociales llevan tiempo desempeñando un papel crucial en el diseño de las políticas en materia de delincuencia. Pensemos en la teoría de las «ventanas rotas», que introdujeron en 1982 James Q. Wilson, politólogo de la Universidad de Harvard, y George Kelling, criminólogo de la Universidad Rutgers, en un artículo publicado en The Atlantic. Según Wilson y Kelling, los delincuentes perciben las ventanas rotas y otras manifestaciones de dejadez vecinal como señales de escaso control social y, a su vez, como prueba de la ínfima probabilidad de que se investiguen los delitos allí cometidos. «Aunque no es inevitable —defienden—, es más probable que en esos sitios, en mayor medida que en lugares donde la gente está segura de poder regular el comportamiento público mediante controles informales, se trafique con drogas, se ofrezcan servicios sexuales y se despiecen coches; que los chavales atraquen a los borrachos por diversión y que los clientes de las prostitutas sean desplumados por hombres que lo hacen de forma deliberada y quizá violenta; que se produzcan atracos callejeros». [60]

«Broken Windows» (Ventanas rotas) no es solamente uno de los artículos más citados de la historia de la criminología, sino una de las obras de investigación sobre políticas públicas más influyentes y a la que a menudo se denomina «la Biblia de la vigilancia policial» y «el programa de la policía de proximidad».[61] Desde la década de 1980, las ideas de Wilson y Kelling se han usado en ciudades de todo el mundo como motivación para la vigilancia policial de «tolerancia cero», según la cual la policía vigila atentamente los delitos menores —como los grafitis, el merodeo con fines sospechosos, la ebriedad en público e incluso la mendicidad— y los tribunales castigan con dureza a las personas condenadas por ese tipo de delitos. «Atajando las cuestiones menores se pueden

prevenir muchos de los problemas más importantes», afirmó William J. Bratton, exjefe de policía de Los Ángeles y Nueva York, que usó la teoría de las ventanas rotas en ambos lugares no solo como guía, sino como parte de su trabajo de asesoría general.[62] En la práctica, esa política hizo que se parase, cachease y arrestase a más personas; sobre todo, a las que viven en zonas con altas tasas de criminalidad. También conllevó un notable aumento de las denuncias de que la policía estaba persiguiendo injustamente a las minorías, sobre todo a varones negros.

Pese a ciertas pruebas experimentales relativamente recientes que sustentan algunos de los elementos de la teoría, lo de las ventanas rotas siempre ha funcionado mejor como idea que como obra de la ciencia empírica.[63] Como escribe Bernard Harcourt, catedrático de Derecho de la Universidad de Columbia, «nunca se ha verificado la famosa teoría de las ventanas rotas» y «los datos sociocientíficos existentes sugieren que seguramente no sea acertada».[64] Los problemas, como el hecho de que las percepciones de dejadez suelen tener más que ver con la composición racial de un vecindario que con la cantidad de ventanas rotas o grafitis que haya, son numerosos y están bien documentados. Los académicos más prestigiosos —como Robert Sampson, sociólogo de la Universidad de Harvard; Stephen Raudenbush, sociólogo de la Universidad de Chicago, y Franklin Zimring, criminólogo de la Universidad de Berkeley— han identificado errores en todos los niveles del razonamiento de las ventanas rotas y en las políticas que ha inspirado.[65]

No obstante, para el tema que nos ocupa, lo que más me interesa no es la validez de la teoría de las ventanas rotas, sino su formulación e interpretación. Sus autores, Wilson y Kelling, animaron a las autoridades a responder con mano dura a los delitos menores que provocaban cosas como ventanas rotas, lo que exigió una vigilancia policial callejera más agresiva. Sin embargo, si se hubieran interesado más por la influencia de la infraestructura social, quizá habrían abordado el asunto desde otro ángulo.

Pensemos en la famosa situación que los autores plantean como el inicio de las espirales de dejadez y deterioro. «Se abandona un inmueble, crecen las malas hierbas, alguien destroza una ventana —

escriben—. Los adultos dejan de regañar a los niños alborotadores; los niños, envalentonados, se vuelven aún más alborotadores. Las familias se marchan, vienen adultos solteros. Los adolescentes se congregan delante de la tienda de alimentación. El tendero les pide que se vayan; ellos se niegan. Se producen refriegas. La basura se acumula. La gente empieza a beber delante de la tienda; con el tiempo, un borracho se desploma sobre la acera y la gente lo deja ahí durmiendo la mona. Los mendigos se acercan a los transeúntes». [66] A partir de ese momento, la situación empeora.

Para mí, lo curioso es que los dos primeros pasos de ese círculo vicioso —«Se abandona un inmueble, crecen las malas hierbas»— hayan desaparecido del debate público sobre por qué algunos barrios tienen unos índices tan altos de delincuencia. El tercer paso —«alguien destroza una ventana»— dio pie al llamativo título del artículo y acaparó la atención. En los círculos académicos, los investigadores llevan tiempo abordando los riesgos de seguridad que entrañan los inmuebles abandonados y los solares vacíos. Pero los debates populares y políticos sobre la teoría de Wilson y Kelling pasaron por alto los dos problemas de los que surge su historia y saltaron directamente al comportamiento delictivo. Decir «ventanas rotas» en vez de «inmuebles abandonados» suscita una respuesta muy diferente en materia de políticas.

Imaginad lo que habría ocurrido si Wilson y Kelling hubieran presionado a sus lectores —muchos de ellos, alcaldes y jefes de policía— para que se detuvieran a pensar en la infraestructura social. ¿Qué habría pasado si los edificios deshabitados y los solares vacíos hubieran recibido la atención que se dispensó a los autores de delitos menores? ¿Qué habría pasado si los esfuerzos por reducir la delincuencia en los barrios se hubieran centrado en inspeccionar y rehabilitar los inmuebles peligrosos en vez de en parar y cachear a personas sospechosas?

No se trata de una pregunta retórica, sino del enigma que movió al criminólogo John MacDonald, de la Universidad de Pensilvania, y a su colaborador, el epidemiólogo Charles Branas, a emprender uno de los experimentos de investigación más apasionantes de las ciencias sociales contemporáneas.

* * *

Branas, que en la actualidad es el jefe del Departamento de Epidemiología de la Universidad de Columbia, es un destacado investigador en materia de violencia con armas de fuego, un tema con el que se familiarizó de manera visceral cuando trabajaba en el servicio de emergencias sanitarias y a menudo tenía que responder llamadas para atender a víctimas de heridas por arma de fuego. Más de noventa estadounidenses mueren a diario y doscientos resultan heridos por culpa de ese tipo de violencia.[67] Además, pese a que en las últimas décadas la violencia con armas de fuego se ha reducido muchísimo, sigue siendo mucho más alta en los Estados Unidos que en cualquier otro país rico: la tasa nacional de homicidio con arma de fuego es aproximadamente veinticinco veces más elevada que la media de cualquier otra sociedad de altos ingresos. Es especialmente alta en determinadas ciudades, tanto medianas (Nueva Orleans, San Luis o Búfalo) como grandes (Detroit, Filadelfia o Chicago); y, en esas ciudades, es pertinazmente elevada en sitios muy específicos: no solo en ciertos barrios, sino en determinados bloques. Branas y MacDonald querían entender por qué algunos sitios resultaban tan peligrosos.

No son habituales las colaboraciones entre epidemiólogos y criminólogos, pero Branas y MacDonald se conocieron en la década de 2000 —cuando ambos trabajaban en la Universidad de Pensilvania— en un seminario sobre violencia con armas de fuego en el Trauma Center de la Facultad de Medicina y luego, después de haber hablado, coincidieron en el campus. A ambos les frustraban las investigaciones que vinculaban la delincuencia con la dejadez de los vecindarios.

—Muchas de ellas, a partir de «Broken Windows», eran meramente descriptivas —me contó Branas—. No se sabía con exactitud qué se consideraba dejadez. Y además no era justiciable. Al margen de la vigilancia policial, que evidentemente era complicada, no se podía hacer gran cosa.

Un día, Branas leyó un artículo en la revista Science basado en la investigación experimental desarrollada por Kees Keizer en los

Países Bajos.[68]

—Esos investigadores consiguieron que les dieran permiso para generar dejadez en ciertos barrios. De hecho, hicieron grafitis y esparcieron basura por unos sitios y no por otros y midieron sus efectos.

El artículo demostraba que había una estrecha relación entre la dejadez y la falta de civismo, lo que, en cierta manera —aunque desde luego no del todo—, validaba la teoría de las ventanas rotas. Pero Branas estaba más interesado en la metodología que en los hallazgos. Sabían que ninguna comisión evaluadora institucional ni organización local les permitiría hacer grafitis ni ensuciar ningún vecindario estadounidense, pero quizá podrían diseñar otro experimento para poner a prueba técnicas de reducción de la delincuencia en sitios específicos.

Cuando estaban poniendo ideas en común, Branas recibió una invitación para hablar sobre su investigación acerca de las armas de fuego y el alcohol en una conferencia patrocinada por el Banco de la Reserva Federal de Filadelfia. Durante su intervención, mencionó de pasada que le interesaba hacer un experimento sobre los factores materiales relacionados con la violencia con armas de fuego.

—Cuando terminé, se me acercó alguien de la Sociedad de Horticultura de Pensilvania [PHS, por sus siglas en inglés] —rememoró Branas.

En la sociedad estaban convencidos de que los inmuebles vacíos estaban provocando un aumento de los delitos violentos en los vecindarios pobres. Filadelfia había aprobado una ordenanza que exigía a los dueños de inmuebles abandonados instalar puertas y ventanas operativas, pero había miles de edificios que la incumplían y decenas de miles de solares vacíos que infringían asimismo la ordenanza anti deterioro urbano. Los miembros de la PHS habían recabado datos increíbles y se ofrecieron a ayudar.

A Branas y a MacDonald les entusiasmó la idea. Al fin y al cabo, hay respetadas investigaciones que demuestran que existe relación entre los inmuebles abandonados y la delincuencia. En 1993, el criminólogo William Spelman publicó un artículo que demostraba

que en Austin, Texas, «las tasas de criminalidad en bloques con edificios abandonados abiertos duplicaban las de bloques idénticos sin edificios abiertos». Además, en 2005, el sociólogo Lance Hannon demostró que el número de viviendas abandonadas en una determinada área censal guardaba relación con la tasa de homicidios de las zonas con altos niveles de pobreza y pobreza extrema de Nueva York.[69] Branas, que había asumido la voz cantante en el proyecto, invitó a participar a más científicos: a un economista de la salud, a un profesor del Departamento de Medicina de Urgencias y a un antropólogo médico. Había que recabar y analizar una cantidad descomunal de datos.

El primer gran proyecto de investigación que abordó el equipo consistió en evaluar el impacto de dos experimentos naturales en Filadelfia.[70] En uno, el grupo de la Universidad de Pensilvania examinó los delitos violentos cometidos en las inmediaciones de 2.356 edificios abandonados que infringían la ordenanza anti deterioro urbano de Filadelfia. Había 676 edificios que habían sido rehabilitados por los dueños —es decir, que se les habían cambiado las puertas y las ventanas—, pero los demás no. Todos los meses a lo largo de tres años (entre 2010 y 2013), los investigadores compararon los niveles de delitos violentos en torno a los edificios rehabilitados y los índices en torno a un grupo de edificios en mal estado de la misma zona elegidos al azar.

Hicieron algo parecido en el segundo proyecto, que comparaba los delitos violentos que se cometían en las inmediaciones de los solares vacíos. Según los investigadores, en Filadelfia había 49.690 «parcelas abandonadas de tierra descubierta sin edificar». La PHS había rehabilitado 4.436, es decir, que habían retirado la basura y los escombros, allanado el terreno, plantado césped y árboles para crear ambiente de parque e instalado vallas bajas de postes de madera y pasamanos con aberturas accesibles a pie para facilitar el uso recreativo y disuadir a la gente de verter basura ilegalmente. De nuevo, Branas y sus colegas compararon los espacios rehabilitados con una serie de solares de la misma zona elegidos al azar. En ese estudio, midieron la tasa de criminalidad todos los años a lo largo de una década entera, de 1999 a 2008.

Un cálido y ventoso día de septiembre, visité Filadelfia para

observar los lugares de sus experimentos, como los solares vacíos y las casas abandonadas que la PHS había rehabilitado y los inmuebles sin rehabilitar que usaban como controles. Keith Green, un afroamericano calvo y fornido de barba entrecana, me recogió en su camioneta Ford azul y me contó que íbamos a empezar por ir al oeste de Filadelfia, donde la PHS se encarga del mantenimiento de 2,1 millones de metros cuadrados de terreno baldío. Green, que se había criado en una zona tan gris de Filadelfia que la llamaban «la ciudad de hormigón», había empezado a trabajar en la PHS hacía veintiún años, primero como becario y más tarde en proyectos de huertos vecinales.

—Nunca pensé que me tiraría tanto tiempo dedicándome a esto —me confesó—, pero me especialicé cuando empezamos a rehabilitar inmuebles abandonados. Me acuerdo de uno de los primeros encargos: el ayuntamiento nos pidió que limpiáramos un área de dos manzanas en el norte de Filadelfia donde había una plaga de pulgas. Llegamos y era como si toda la zona se hubiera convertido en una selva. Maleza, hierba alta, árboles hechos polvo… La gente usaba la zona como vertedero. Había chatarra amontonada, coches viejos, botellas rotas, colchones… Un auténtico desastre. Terminamos rehabilitando ciento veinticinco solares vacíos en cuatro manzanas de la ciudad. No exagero: ¡ciento veinticinco! Fue un trabajazo, pero cuando terminamos se notaba que el vecindario iba a ser distinto. Además, es que la gente estaba encantada. Los niños se me acercaban corriendo a la camioneta gritando: «¡Señor Keith! ¡Señor Keith! ¿Puede volver mañana?». ¡Me trataban como si fuera el camión de los helados! —Se reía al recordarlo—. Yo no dejaba de pensar: «Es que tendríamos que hacer esto por toda Filadelfia». Y eso es lo que hicimos, en definitiva.

Green recorrió despacio la 40th Street, al oeste de Filadelfia.

—Esté bien atento —me indicó—. No se va a creer lo que van a ver sus ojos.

De hecho, la zona se parecía muchísimo a los barrios desfavorecidos que yo había estudiado en Chicago, como Englewood y North Lawndale, sitios donde había casas adosadas y bloques de apartamentos —algunos vacíos y otros en buen estado de conservación— junto a extensos solares vacíos cubiertos de maleza

y escombros y donde la hierba casi alcanzaba los dos metros de altura.

—¿Ve eso?

Green se detuvo junto a un solar vacío que hacía esquina, que tenía una valla baja de madera, dos bancos, árboles podados y un césped bien cortado.

—Ese es uno de los sitios que rehabilitamos. Se nota porque lo mantienen en perfecto estado.

Nos bajamos de la camioneta y atravesamos el miniparque hasta llegar a una casa vacía y a un amplio solar que estaba a unos pocos pasos. La hierba había crecido y se había extendido tanto que se había salido por la acera hasta llegar al bordillo.

—Pero… ¡qué desastre más grande! —se lamentó Green—. Seguramente sea propiedad de alguien que no quería que trabajáramos aquí o a quien no hemos conseguido encontrar. Quien vive aquí tiene que vérselas con todos los problemas que esto trae al vecindario: plagas, insectos, basura, delincuencia… Además, complica que se construyan urbanizaciones. La gente ve eso y quiere salir corriendo.

Green y yo cruzamos la estrecha calle para echar un vistazo a otro inmueble. Cuando llegamos, Loretta, una afroamericana que rozaba la treintena y había salido a hacer ejercicio, se acercaba a nosotros con paso rápido. Yo me detuve y le pregunté si vivía por la zona.

—No —respondió—, pero vengo a andar por aquí muy a menudo.

—¿Te has fijado en todos esos miniparques con vallitas?

—La verdad es que no. —Miró alrededor y los observó—. Pero son bonitos.

—¿Qué opinas de los solares abandonados llenos de maleza y basura?

—Pues a ver —respondió Loretta, esbozando una sonrisita—, ¿por qué se cree que voy por la otra acera? —Se detuvo un instante antes

de mirar hacia el solar y empezar a dar explicaciones—. Dan miedo esos sitios. Es imposible saber lo que pasa entre esos desechos, quién anda ahí. Por aquí hay un montón de sitios parecidos, pero yo procuro no acercarme y listo.

Loretta reanudó su actividad y Green y yo seguimos subiendo la calle hasta girar hacia Westminster. Green me señaló un enorme solar rehabilitado que los residentes habían reconvertido en un parque vecinal, con mesas de pícnic y un huertecito.

—Un tipo que tiene una tienda a unas manzanas de aquí ayudó a rehabilitar este bloque —explicó Green—. Quería poner bonito el vecindario para que saliera más gente a las aceras y a los jardines. Eso lo vemos muy a menudo: si mantenemos las cosas, los vecinos dan un pasito más y contribuyen con lo que les gusta.

Cruzamos la calle hasta llegar a una fila de tres casas adosadas flanqueadas por sendos miniparques, uno más grande que otro. Mickey, un hombre de pelo entrecano al que le faltaban varios dientes y que llevaba gafas de sol y un bastón de madera, estaba sentado en una mesa de pícnic hablando por un móvil con tapa. Cuando vio que me acercaba, se puso de pie e hizo un gesto de saludo con la cabeza. Le pregunté si frecuentaba el parque.

—Y tanto que sí —me respondió—. Es un sitio muy cotizado. Los musulmanes montaron algo aquí el fin de semana pasado y hace no mucho hubo también una feria sobre la salud. Yo tengo setenta y tres años y paseo por aquí todos los días. Es un sitio bonito para hacer una paradita.

Green le preguntó si el parque mejoraba el vecindario.

—Uy, ya lo creo que sí —respondió Micky.

El hombre señaló el porche delantero de la casa adosada más cercana, donde Joyce, con sandalias y camiseta blanca, descansaba en una mecedora.

—Pregúntele a ella, que lo sabe bien.

Joyce asentía con la cabeza.

—Yo llevo viviendo aquí diez, doce años. Cuando me mudé, esos solares estaban fatal. Se movía droga y todo eso. Venían chavales que no tramaban nada bueno. La gente dejaba sueltos a los perros para que corrieran y… ¡madre mía, olía fatal! —Joyce hizo una mueca y se estremeció ligeramente al recordarlo—. Pero lo rehabilitaron poco después de llegar yo. Colocaron mesas y sombrillas grandes, empezaron a venir los chavales, pusimos en marcha el huerto… Antes todo el mundo evitaba esta manzana. Era espantosa y daba miedo, porque no sabías si podía salirte alguien de repente de entre esos matorrales. Ahora está muchísimo mejor. Tenemos el parque, tenemos sombrita… Es un sitio estupendo para estar.

Green y sus compañeros de la PHS sospechaban que la rehabilitación de solares y edificios vacíos estaba mejorando los vecindarios pobres de Filadelfia, pero no estaban seguros. Branas y MacDonald barajaban una hipótesis más específica: creían que la rehabilitación reduciría los delitos con armas de fuego en esas zonas.

—No es solo que haya señales de dejadez —me explicó Branas—, sino que los propios sitios generan oportunidades para la violencia con armas de fuego: cogen lo que podría ser un vecindario pobre y nada más y lo vuelven peligroso además de pobre.

Las razones son evidentes. Las casas abandonadas son estupendas para que las personas que participan en actividades delictivas se escondan cuando se dan a la fuga. También son ideales para guardar armas de fuego. Los solares vacíos y descuidados tienen fama de ser fantásticos para trapichear con drogas; en parte, porque la mayoría de los ciudadanos respetables los evitan y, en parte, porque los camellos pueden esconder su mercancía entre la maleza y las hierbas altas si ven pasar un coche de policía.[71] Son sitios difíciles de vigilar y de controlar tanto para los vecinos como para la policía.

Sin embargo, las teorías más convincentes quedan a menudo desacreditadas por las pruebas, como bien saben los detractores de la de las ventanas rotas. Por eso, Branas se quedó tan sorprendido por los espectaculares hallazgos del primer estudio experimental que hicieron sobre entornos deteriorados y violencia: tanto en los

edificios abandonados que se habían rehabilitado como en sus inmediaciones la violencia con armas de fuego se redujo el 39 por ciento. Se detectó una reducción del 5 por ciento —menor pero aun así significativa— de la violencia con armas de fuego en solares vacíos rehabilitados y en sus alrededores. Esas cifras son extraordinarias e indican un nivel de impacto que raras veces arrojan los experimentos en ciencias sociales. Pero no fue lo único que impresionó a Branas y a su equipo. Según explicó el investigador, lo que resultaba igual de elocuente era que no había pruebas de que la violencia sencillamente se hubiera trasladado a lugares cercanos: había disminuido de verdad. Más aún, esos descensos duraban de uno a casi cuatro años, así que el beneficio era mucho más sostenible que los de otros programas de reducción de la delincuencia.[72]

—La verdad es que el efecto era mucho mayor del que esperábamos encontrar —me confesó Branas.

Según el investigador, «el objetivo primordial de esos dos proyectos era encontrar formas de obrar cambios asequibles en determinados lugares que pudieran extrapolarse a ciudades enteras y cuyo mantenimiento fuera relativamente sencillo». Branas reconocía que no había sido capaz de hacer algo así en etapas anteriores de su carrera, cuando investigaba y defendía una lucha contra la violencia más convencional, centrada en la gente más propensa a delinquir.

—Cuando llegué a la Universidad de Pensilvania, habíamos estado intentando reducir los delitos con armas de fuego en Filadelfia. Contábamos con interruptores,[73] trabajadores sociales y líderes locales. Algunos eran fantásticos y cosechamos algunos éxitos, pero nunca duraban mucho. Solamente duraban el tiempo que conseguíamos que la gente se quedara en el barrio. Invertimos una cantidad considerable de dinero en ese proyecto y al final no terminó ayudando más que a, yo qué sé, unos cincuenta chavales, justo los que vivían allí por aquel entonces. Queríamos tener un impacto mayor, que perdurase aun cuando nos hubiéramos ido.

Los estudios de Filadelfia sugieren que las intervenciones en espacios determinados tienen muchas más probabilidades de éxito que los proyectos centrados en las personas. «En los Estados Unidos hay decenas de millones de inmuebles vacíos y abandonados»,

escriben Branas y su equipo. Los programas de rehabilitación «implementan mejoras estructurales en el propio contexto al que se exponen a diario los residentes de la ciudad».[74] Son sencillos, económicos y pueden reproducirse con facilidad, así que es posible ponerlos en práctica a gran escala. Además, los programas exigen poco de los residentes locales y parecían pagarse solos. «Se calcula que, por cada dólar invertido, las rehabilitaciones sencillas de edificios abandonados y solares vacíos reportaron a los contribuyentes, a la baja, unas ganancias aproximadas de entre 5 y 26 dólares de beneficios netos y entre 79 y 333 dólares a la sociedad en su conjunto», afirmaba el artículo que publicaron Branas y su equipo en la revista American Journal of Public Health.[75] No rehabilitar los inmuebles no solo resulta más peligroso, sino que también sale más caro.

Por eso, ciudades y universidades de todo el país mostraron deseos de sumarse al experimento cuando Branas empezó a publicar y a presentar sus hallazgos sobre los efectos de la rehabilitación de inmuebles abandonados.

—En los últimos años nos ha visitado gente de un montón de ciudades —me contó Keith Green—: Detroit, Chicago, Trenton y Seúl. El de Chicago no dejaba de decir: «¡Esto es una pasada! ¡Una pasada! Necesitamos algo así en Chicago. ¡No sé por qué no lo ponemos en práctica allí!».

Para 2016, el equipo había recaudado ayudas federales por valor de millones de dólares y emprendido proyectos de rehabilitación urbana en Nueva Orleans (Luisiana), Newark y Camden (Nueva Jersey), Flint (Míchigan) y Youngstown (Ohio). Todos los experimentos contaban con la colaboración de instituciones académicas locales y, por insistencia de Branas, los investigadores de la avanzadilla eran vecinos de la zona que recibían formación y remuneración.

—Nos llena de orgullo haber podido dar trabajo a la gente de esos barrios —afirmó Branas—, pero lo que surtirá un efecto mayor y más duradero será la rehabilitación de los espacios.

La vigilancia policial siempre será un elemento fundamental de la reducción de la delincuencia y no hay duda de que algunas estrategias son mejores y más humanitarias que otras. Sin embargo, las políticas a pequeña escala en espacios determinados que se han puesto en práctica en los últimos años en algunas de las ciudades más peligrosas del mundo (como Río de Janeiro, São Paulo o Johannesburgo) han reducido de manera considerable los delitos violentos. En algunos casos, también han mejorado la calidad de la vida diaria.

En São Paulo, por ejemplo, el Gobierno local ha complementado los programas de vigilancia policial con medidas que reducen las oportunidades de delinquir en «zonas conflictivas» específicas, además de incentivar a los jóvenes para que pasen más tiempo en espacios protegidos; sobre todo, en los centros de enseñanza. Los científicos sociales llevan tiempo observando que la presencia de bares y licorerías tiende a incrementar los niveles locales de violencia; especialmente, en zonas con altas tasas de criminalidad. La historia demuestra que la prohibición no es una respuesta inteligente a ese problema, no solo porque genera más delincuencia, sino también porque no consigue reducir el consumo global y a menudo hace que la gente se pase a sustancias más peligrosas. Sin embargo, existen pruebas concluyentes de los beneficios de reducir las horas de apertura de bares y licorerías. Por ejemplo, entre 2001 y 2004, dieciséis de los treinta y nueve distritos de São Paulo pusieron en marcha una «ley seca» que obligaba a los bares y licorerías a cerrar entre las once de la noche y las seis de la mañana. Al analizar el impacto de la medida en el comportamiento violento, el economista brasileño Ciro Biderman descubrió que la ley seca había reportado «una reducción de los homicidios del 10 por ciento» y había tenido consecuencias similares «en las agresiones y en las muertes por accidente de coche».[76] Aunque las restricciones se suspendieron una vez que empezó a bajar la tasa de criminalidad, demostraron que hacer unos sutiles ajustes en el entorno social puede provocar un incremento espectacular de la seguridad.

Mientras que una de las técnicas de São Paulo en la lucha contra la delincuencia implicaba reducir el acceso a sitios peligrosos, otra aspiraba a aumentar el acceso a cierto espacio protegido y querido

que aporta múltiples beneficios tanto a los niños como a los vecinos: los centros educativos. El Gobierno tenía razones de peso para centrarse en ese sitio donde los jóvenes mantienen contacto regular con adultos responsables. Según un informe del Banco Mundial sobre la prevención de la delincuencia en Brasil, «[e]n São Paulo, de los delitos en los que se conoce la edad del sospechoso, quienes cometen entre el 20 y el 25 por ciento de los atracos, robos y delitos con vehículo de motor son menores de edad».[77] En 2003, São Paulo puso en marcha una medida llamada Colegio Familia gracias a la cual se abrieron 5.306 centros de enseñanza públicos durante el fin de semana y se ofreció un amplio programa de actividades infantiles. Inspirándose en modelos mexicanos y colombianos, el Gobierno también impulsó la CCT Bolsa Familia, una medida que hacía transferencias económicas modestas pero significativas a familias pobres con la condición de que los niños terminaran la educación secundaria. Según afirma el Banco Mundial, ambos programas contribuyeron significativamente al enorme descenso de la criminalidad en São Paulo.[78]

No todos los diseños del entorno dirigidos a reducir la delincuencia reportan unos beneficios tan generalizados. Pensemos en las urbanizaciones valladas, una configuración arquitectónica que ha surgido por todo el mundo para aplacar la preocupación por la criminalidad y la violencia y que algunos detractores consideran como una expresión extrema de los principios de la prevención de la delincuencia mediante el urbanismo. Al fin y al cabo, las urbanizaciones valladas facilitan el control local del territorio compartido y separan con claridad el espacio público y el privado. Financian la vigilancia activa de guardias de seguridad y cámaras y cuentan con señalización que llama la atención sobre ella. A menudo impulsan la clase de interacción social informal entre vecinos que permite que haya vigilancia callejera. Cuidan todas las zonas públicas, lo que advierte con claridad de que los residentes vigilan y se preocupan por el entorno material. Siempre que sea posible, reducen las oportunidades de delinquir.

En Ciudad de muros, la antropóloga y experta en planificación urbana Teresa Caldeira, de la Universidad de Berkeley, documenta la fortificación del espacio urbano en São Paulo en las décadas de 1980 y 1990. «En las dos últimas décadas, en ciudades tan

diferentes como São Paulo, Los Ángeles, Johannesburgo, Buenos Aires, Budapest, Ciudad de México y Miami, distintos grupos sociales —sobre todo, de las clases altas— han recurrido al miedo a la violencia y a la delincuencia para justificar nuevas técnicas de exclusión y su separación de los barrios tradicionales de las ciudades», escribe Caldeira, que atribuye el auge de las comunidades valladas y de la seguridad privada en Brasil no solo a la elevada tasa de criminalidad, sino también a la preocupación por el fin del régimen militar y a la emergencia de la política democrática en una sociedad desigual. Caldeira llama la atención sobre el constante «debate sobre la delincuencia», que «divide el mundo de manera simplista en buenos y malos y criminaliza ciertas categorías sociales», al tiempo que legitima el uso de vallas y de seguridad privada «para garantizar el aislamiento, la reclusión y el distanciamiento de aquellas personas a quienes se considera peligrosas».[79] Caldeira reconoce que esos sistemas protegen a quienes se los pueden permitir, pero le preocupa —y con razón— que debiliten la democracia, que aumenten las divisiones sociales y que pongan en peligro y enfurezcan a las personas a las que excluyen.

Los críticos urbanísticos plantearon objeciones similares ante el auge de las comunidades valladas en la Sudáfrica posapartheid. Algunos, como la arquitecta Karina Landman, culparon a los defensores de la prevención de la delincuencia mediante el urbanismo de no hacerse cargo de que sus ideas podían usarse para justificar nuevas formas de exclusión social. A finales de la década de 1990 y principios de la de 2000, Landman observó en Sudáfrica dos clases distintas de comunidades valladas: «urbanizaciones cerradas», donde los residentes blancos que antes vivían en vecindarios residenciales abiertos colocaron vallas, verjas y barreras para reducir y controlar los puntos de acceso, y «pueblos de seguridad», que eran lugares más amplios con instalaciones de usos mixtos, como parques de oficinas, comercios y lujosas urbanizaciones residenciales.[80]

Landman explica que en los entornos protegidos de ambos tipos de comunidades valladas se observaron bajas tasas de criminalidad, pero las infraestructuras sociales segregadas que sustentaban crearon muchísimos otros problemas y perjudicaron el acuciante

proyecto de reconstruir el orden democrático en la Sudáfrica posapartheid. «Hay mucha gente que se opone a restringir el acceso a las carreteras públicas. También lo prohíbe la Constitución sudafricana», observa.[81] Además, «la cuestión del acceso suele desembocar en resentimiento»; sobre todo, entre los habitantes de la ciudad que hasta ese momento podían visitar o pasar por esos barrios cerrados sin que los vigilaran. Landman no condena de manera explícita las comunidades valladas, pero el mensaje que se lee entre líneas no deja lugar a dudas. Lo que está diciendo, en definitiva, es que el miedo a la delincuencia en Sudáfrica desempeña la misma función que el miedo a los negros durante el apartheid: justificar la creación de una sociedad desigual alimentada por infraestructuras sociales segregadas en las que un grupo puede tomar medidas extrajurídicas para protegerse y a los demás no les queda más remedio que enfurecerse.

Resulta curioso, pero hay al menos un caso bien documentado de una comunidad desfavorecida y asolada por la delincuencia que asumió el control de su territorio y que utilizó dispositivos de seguridad no autorizados para controlar la violencia que la policía ejercía contra ellos. Sin embargo, su bajo estatus y falta de poder político hizo que el proyecto durase poco. En 2001, mientras el antropólogo João Costa Vargas, de la Universidad de Texas, hacía trabajo de campo en Río de Janeiro, una asociación vecinal de la favela más grande de la ciudad, Jacarezinho, instaló cámaras y unas vallas enormes en varios puntos de acceso. En una popular página web política, los líderes de la asociación exigieron «su derecho» a que hubiera «un mayor número de programas sociales y de mayor calidad centrados en la salud, en la educación y la formación laboral y en el transporte público. En resumidas cuentas, reivindicaban plena ciudadanía», escribe Vargas.[82] Protegerse en el interior de una comunidad vallada fue una táctica política usada por los líderes locales para dar a conocer tanto sus problemas sociales como su lucha contra los abusos y la violencia policial.

La historia fascinó a los medios de comunicación brasileños, pero, como explica Vargas, el estigma en torno a Jacarezinho y el bajo estatus de sus vecinos —pobres y de piel oscura— hicieron que los periodistas dudaran de las denuncias de la asociación vecinal, que aseguraba que no eran los residentes, sino la policía la que ejercía la

violencia en mayor medida. Los medios informativos rechazaron sistemáticamente la legitimidad de las exigencias de los residentes y, a su vez, de las vallas. Los gobernantes insistían en que los traficantes de drogas estaban usando las vallas y las cámaras para crear una zona al margen de la ley donde la policía no podía operar. Mientras que las urbanizaciones blancas de Sudáfrica habían conseguido defender sus enclaves vecinales, los habitantes de los barrios bajos de Río —pobres y, en su mayoría, negros— no tuvieron ese privilegio. No se tardó en desmantelar las vallas y la policía militarizada enseguida volvió a asumir el control.

Las luchas por controlar la infraestructura social no suelen ser tan espectaculares. En los Estados Unidos y en Europa es más probable que los conflictos acerca de la seguridad y la infraestructura social se desarrollen poco a poco y con discreción. Además, a menudo se centran en los barrios gentrificados donde los nuevos comercios y las urbanizaciones residenciales cambian las condiciones a pie de calle de maneras que pueden proteger o —si conducen al desplazamiento o al aumento de la discriminación racial— poner en peligro a los residentes locales.[83] La gentrificación es uno de los temas más controvertidos de las zonas urbanas acaudaladas, así que no resulta sorprendente que haya cada vez más investigaciones sobre sus efectos en las tasas de criminalidad. Por desgracia, todavía no hay una respuesta clara. Algunos estudios muestran cierto aumento, seguramente porque los comercios recién abiertos ofrecen nuevos blancos y oportunidades para delinquir, mientras que otros estudios muestran una disminución, que a menudo se atribuye al aumento de la vigilancia callejera. La variación sugiere que la gentrificación evoluciona de manera diferente en función del contexto local y que probablemente afecte a cada grupo de maneras distintas.

Sin embargo, los establecimientos comerciales son una parte importante de la infraestructura social en todos los barrios. Como bien defendieron Jane Jacobs y Ray Oldenburg, los supermercados, los restaurantes, las cafeterías, las librerías y las barberías invitan a la gente a salir de casa y a frecuentar las calles y las aceras, donde generan vitalidad cultural y contribuyen a la vigilancia pasiva del

espacio público común. Cuando estuve investigando en Chicago, descubrí que los barrios pobres que tenían galerías comerciales activas resistieron sorprendentemente bien la asoladora ola de calor, porque la gente que vivía en esas zonas lo tenía fácil para salir y disfrutar del aire acondicionado o de la ayuda de sus vecinos. Por llamativo que resulte, la actividad social generada por el comercio local protegió tanto a las poblaciones mayoritarias como a las minoritarias de los barrios de Chicago: lo que salvaguardó a los vecinos no fueron los productos en sí, sino el hecho de que la gente saliera a comprar y se relacionara. No obstante, los chicagüenses que vivían en zonas despobladas y con pocas tiendas no gozaban de las mismas oportunidades para relacionarse de manera casual, así que fueron más propensos a quedarse en casa cociéndose de calor. [84]

Sin embargo, como ilustra la historia del éxito de las leyes secas de São Paulo, hay ciertos comercios que son más proclives a favorecer la delincuencia que a reprimirla. Los bares y las licorerías son ejemplos evidentes; los bancos, las casas de cambio y los cajeros automáticos pueden surtir unos efectos igual de perjudiciales en los barrios vulnerables, por la simple razón de que generan nuevos blancos donde atracar y agredir. En la década de 1960, Shlomo Angel, experto en planificación urbana, examinó los patrones de comportamiento ilícito de Oakland, donde, como en muchas ciudades por aquel entonces, la delincuencia callejera estaba aumentando de manera preocupante. Angel descubrió que las galerías comerciales eran zonas conflictivas, sobre todo después del cierre, cuando la mayoría de los consumidores estaba en casa y escaseaba la vigilancia informal. Aunque Angel compartía el entusiasmo de Jane Jacobs por el valor protector de la vigilancia callejera, advertía de que los comercios no eran la forma adecuada de atraerlos e instaba a los ayuntamientos a restringir su desarrollo. [85]

Sin embargo, recientemente, los científicos sociales han estudiado esos patrones con mayor detenimiento y han descubierto que la mayoría de los establecimientos y galerías comerciales protegen más de lo que Angel pensaba.[86] Así ocurre, sobre todo, en los barrios gentrificados, donde los nuevos pequeños comercios, como tiendas y restaurantes, simbolizan una «invasión» de residentes

blancos y pudientes y suelen desencadenar debates públicos sobre el desplazamiento. En un interesante artículo titulado «More Coffee, Less Crime?» (¿Más café, menos delincuencia?), un equipo de sociólogos dirigido por Andrew Papachristos, catedrático de la Universidad de Yale, analizó la relación que había entre la gentrificación y las tasas de criminalidad, usando la cifra de cafeterías que abrían en el vecindario para medir indirectamente el desarrollo comercial local. El artículo se muestra escéptico ante la pregunta general de si la gentrificación es buena o mala para los residentes y para las ciudades en un sentido más amplio, pero defiende de manera convincente que ciertos pequeños comercios, como las cafeterías, ayudan a proteger los vecindarios.

Papachristos y su equipo hicieron varias observaciones sorprendentes tras analizar los datos del Departamento de Policía de Chicago, del censo de los Estados Unidos y de los directorios comerciales de Chicago. En primer lugar, que, aunque se controlen otros factores, el incremento del número de cafeterías en un vecindario guarda relación con la disminución de la cantidad de asesinatos. Según explican, ese patrón se mantiene con independencia de que entre la población del vecindario predominen los blancos, los negros o los latinos. En segundo lugar, que, por poco que sorprenda, no se benefician todos los grupos por igual. Por ejemplo, los atracos callejeros tienden a reducirse cuando se abren cafeterías nuevas en barrios gentrificados donde predomina la población blanca o latina, pero suelen aumentar en aquellos donde hay mayoría de residentes negros, seguramente por los motivos que sugería Angel: que disponen de pocos comercios que atraigan a un flujo constante de consumidores y, por lo tanto, carecen de la vigilancia informal suficiente para disuadir a los delincuentes.[87]

En tercer lugar, es importante señalar que los empresarios tienen una tendencia menor a abrir cafeterías en barrios gentrificados con población negra que en aquellos donde hay población blanca o latina. Cuando lo hacen, suele ser señal de que los promotores planean una transformación de la zona a gran escala, que seguramente conlleve un desplazamiento significativo de los residentes afroamericanos que viven allí. En 2017, esa amenaza contribuyó a avivar una pequeña revuelta que se produjo en el barrio de Five Points, en Denver, una de las innumerables zonas

urbanas gentrificadas de los Estados Unidos. El detonante fue que Keith Herbert —el dueño de ink!, una cadena local de cafeterías de Denver— permitió que sus empleados colgaran, a la entrada de la tienda que la empresa había inaugurado en Five Points, unos carteles que decían: «No hay nada más típico de la gentrificación que poder pedirse un cortado»[88] y «Gentrificando alegremente el vecindario desde 2014». Herbert creyó que los carteles serían graciosos, pero a los vecinos y a las asociaciones locales, que estaban preocupados por su futuro, les parecieron ofensivos. Algunos reaccionaron destrozando el establecimiento; otros organizaron protestas tanto en contra de ink! como del proceso de gentrificación que simbolizaba la cadena. «Me avergüenza admitir que no alcanzaba a comprender el problema de la gentrificación, que es preocupante y muy real, y quiero pedir mis más sinceras disculpas a quienes conocen de primera mano las dificultades y las consecuencias culturales provocadas por la gentrificación», declaró Herbert en una publicación de Facebook tras el comienzo de las protestas. Sin embargo, sus palabras no lograron satisfacer a sus detractores, que han continuado presionando para que en su barrio siga habiendo sitios donde pueda sentirse a gusto todo el mundo, no solo los jóvenes profesionales con dinero.[89]

Los vecinos de las viviendas públicas de Cabrini-Green de Chicago organizaron un movimiento de protesta parecido a finales de la década de 1990, cuando el ayuntamiento anunció que iba a demoler, privatizar y revitalizar el parque de vivienda pública. Los grupos vecinales acusaron a los gobernantes de expulsar a los afroamericanos pobres de un territorio que se había convertido en una zona de valiosos inmuebles urbanos. Mientras los manifestantes desfilaban delante del ayuntamiento, los promotores construían un centro comercial con un Starbucks enfrente de Cabrini. Según escriben Papachristos y su equipo, la cafetería se convirtió en un motor y un símbolo de la transición del vecindario, que «garantizaba que esa zona no tardaría en sufrir una rápida gentrificación». Las viviendas públicas sí registraron una disminución de los homicidios, pero siguieron siendo mucho más peligrosas que las zonas circundantes. «Quizá la reducción a largo plazo de la delincuencia en el vecindario sea un efecto “positivo” de la gentrificación —escriben Papachristos y sus coautores—, pero se produce a costa del desplazamiento de los vecinos de Cabrini».[90]

Por ese motivo, insisten en que, aunque seguramente los vecindarios sean menos peligrosos gracias a los comercios locales, la gentrificación impone unos costes sociales tremendos a personas empobrecidas y vulnerables y no es, en absoluto, la forma ideal de reducir la criminalidad.

* * *

La investigación desarrollada en otra urbanización de vivienda pública de Chicago sugiere una forma más deseable de reducir la delincuencia mediante la infraestructura social. En una fascinante serie de experimentos naturales, William Sullivan, arquitecto paisajista, y Frances Kuo, científica medioambiental —ambos, catedráticos de la Universidad de Illinois—, descubrieron el extraordinario poder de la vegetación para reducir la delincuencia en una urbanización residencial con elevados índices de pobreza. [91]

Ni Sullivan ni Kuo sabían lo que iban a averiguar cuando iniciaron su investigación de dos años sobre los patrones de delincuencia en noventa y ocho bloques de apartamentos de la urbanización Ida B. Wells del South Side de Chicago. Ambos investigadores defendían reverdecer los vecindarios urbanos, pero en aquella época —hablamos de la década de 1990— los planificadores urbanos que habían estudiado sitios como Pruitt-Igoe estaban convencidos de que en los barrios pobres los árboles y la hierba generaban oportunidades para el comportamiento delictivo, porque bajo las copas de los árboles se creaban espacios difíciles de vigilar y de controlar. Había investigaciones más antiguas que sustentaban esa idea, pero, según señalaron Kuo y Sullivan, varios estudios recientes afirmaban que en las zonas verdes se registraba menos miedo, un comportamiento menos agresivo y violento y un mayor grado de urbanidad. Su proyecto, que fue el primero en utilizar datos policiales sobre criminalidad para medir el impacto de las ecologías verdes en la vivienda pública, ayudaría a dar una respuesta mejor.

Por suerte, la urbanización de Ida B. Wells era el sitio ideal para desarrollar un experimento natural. Los residentes de los edificios eran parecidos en el plano demográfico: casi todos eran afroamericanos, lo suficientemente pobres como para poder acceder a la vivienda pública y, además, las familias eran de lo más diversas. Kuo y Sullivan midieron la cantidad de árboles y la capa de hierba que había en los alrededores de los noventa y ocho edificios, los clasificaron y compararon las tasas de criminalidad de unas zonas y de otras. Los resultados fueron inequívocos: cuanto más verde era el entorno inmediato de un edificio, menor era la tasa total de criminalidad. Ese patrón valía tanto para los delitos violentos como para los delitos contra la propiedad y se mantenía incluso después de controlar el número de apartamentos que había por edificio, la altura del bloque y la tasa de ocupación.[92]

En Ida B. Wells —así como en Robert Taylor Homes, otra gigantesca urbanización de viviendas públicas del South Side—, Kuo y Sullivan investigaron para averiguar cómo contribuían los espacios verdes a la reducción de la delincuencia y de la violencia. Una parte de la respuesta era previsible: cuando los espacios verdes estaban bien cuidados, los vecinos los utilizaban con frecuencia, lo que suponía un aumento de la vigilancia callejera pasiva y un mayor sentimiento de responsabilidad y de control.[93] Pero también hicieron hallazgos sorprendentes. Mediante las entrevistas y las observaciones de algunos residentes de las viviendas públicas a los que formaron para que investigaran como parte del equipo, se dieron cuenta de que la gente cuyos edificios estaban rodeados de vegetación sentían menos hostilidad y cansancio mental que quienes vivían entre hormigón. Aunque los niveles de hostilidad que declararon los residentes de las viviendas públicas eran notablemente superiores a los de la población estadounidense general, la gente que vivía en entornos verdes aseguraba sentir menos hostilidad y violencia hacia sus parejas y menos hostilidad hacia sus hijos que aquellos en cuyo entorno predominaba el gris.

La investigación de Sullivan y Kuo tuvo un impacto enorme en la concepción de la vivienda pública por parte de los diseñadores. Por desgracia, para la década de 1990 apenas quedaba financiación para construir urbanizaciones de vivienda pública y en algunas zonas metropolitanas de los Estados Unidos los líderes políticos

aseguraron que las que existían eran un fracaso. Poco después de que Sullivan y Kuo publicaran los resultados de su investigación, el Ayuntamiento de Chicago y el Gobierno federal anunciaron el «plan de transformación», que demolería diecisiete mil apartamentos del parque de vivienda pública por toda la ciudad, entre los que se encontraban todas las urbanizaciones de Ida B. Wells y Robert Taylor. Aunque en Chicago había una tremenda escasez de vivienda asequible y decenas de miles de familias estaban atrapadas en listas de espera plurianuales para recibir apartamentos públicos, dio lo mismo. Al igual que en San Luis en las décadas de 1960 y 1970, las autoridades locales y nacionales estaban convencidas de que las descomunales urbanizaciones de vivienda pública de Chicago eran irreparables.

Hoy en día, la escasez de vivienda asequible es una crisis nacional y los delitos violentos han vuelto a aumentar en algunas ciudades. La inversión pública en estas cuestiones es inevitable, porque los problemas que generan son demasiado difíciles como para que los soporten los ciudadanos y demasiado serios como para que los ignoren los gobernantes. Durante décadas, nuestra principal política para reducir la criminalidad ha consistido en construir cárceles para los pobres y los costes sociales han sido de la misma envergadura que el desembolso económico. Si queremos encontrar una solución mejor, más equitativa y más sostenible para los desafíos que afrontan nuestras ciudades y las urbanizaciones residenciales de las afueras, lo mejor que podemos hacer es construir infraestructuras sociales.

■

[46] El informe sociológico clásico de Pruitt-Igoe es el de Lee Rainwater, Behind Ghetto Walls: Black Families in a Federal Slum, New Brunswick (Nueva Jersey): AldineTransaction, 1970. Según Rainwater, «Igoe condensa, en una extensión de veintitrés hectáreas, todos los problemas y dificultades derivadas de la raza y la pobreza y toda la impotencia, la indiferencia y la hostilidad con la que hasta la fecha nuestra sociedad ha abordado estos problemas» (p. 3).

[47] El índice de ocupación del 91 por ciento en 1957 aparece recogido en Roger Montgomery, «Igoe: Policy Failure or Societal Symptom», en Barry Checkoway y Carl Patton (eds.), The Metropolitan Midwest: Policy Problems and Prospects for Change, Champaign (Illinois): University of Illinois Press, 1985, pp. 229-243.

[48] Oscar Newman, Creating Defensible Space, Washington D. C.: US Department of Housing and Urban Development (Departamento de Vivienda y Desarrollo Urbano de los Estados Unidos), Office of Policy Development and Research (Oficina de Desarrollo Normativo e Investigación), 1996, p. 10.

[49] Colin Marshall, «Pruitt-Igoe: The Troubled Rise That Came to Define Urban America», The Guardian, 22 de abril de 2015.

[50] Newman, Creating Defensible Space, p. 11.

[51] Ibid.

[52] Ibid.

[53] Jane Jacobs, Muerte y vida de las grandes ciudades, Madrid: Capitán Swing, 2011, traducido por Ángel Abad y Ana Useros.

[54] Newman, Creating Defensible Space, p. 11.

[55] Ibid., p. 25, pp. 11-12.

[56] El informe no se limitaba a San Luis. En Nueva York, Newman descubrió que los residentes de un complejo de vivienda pública de baja altura de Brownsville habían experimentado un descenso del 34 por ciento en los delitos generales y del 74 por ciento en los delitos cometidos en interiores en comparación con sus vecinos de los cercanos complejos de Van Dyke, de muchas plantas. Él atribuyó esta diferencia únicamente a la arquitectura, pero investigaciones posteriores demuestran que las familias que vivían en las dos urbanizaciones no eran para nada iguales. La urbanización de Van Dyke tenía muchas más madres solteras con varios hijos, es decir, que había más jóvenes sin supervisión, que se ha demostrado como un factor de riesgo para la delincuencia. Ver Fritz Umbach y Alexander Gerould, «Myth #3: Public Housing Breeds Crime», en

Nicholas Dagen Bloom, Fritz Umbach y Lawrence Vale (eds.), Public Housing Myths: Perception, Reality, and Social Policy, Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 2015, pp. 64-90.

[57] Oscar Newman, Defensible Space, Nueva York: Macmillan, 1972, p. 25.

[58] C. Ray Jeffery, Crime Prevention Through Environmental Design, Beverly Hills (California): Sage Publications, 1971, p. 177, 19.

[59] John MacDonald, «Community Design and Crime: The Impact of the Built Environment», Crime and Justice 44, n.º 1 (2015), pp. 333-383.

[60] James Q. Wilson y George Kelling, «Broken Windows», The Atlantic, marzo de 1982.

[61] Citado en Bernard Harcourt, Illusion of Order: The False Promise of Broken Windows Policing, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2001, p. 3.

[62] Joseph Goldstein, «Street Stops Still a 'Basic Tool,' Bratton Says», The New York Times, 4 de marzo de 2014.

[63] Un equipo de científicos sociales neerlandeses dirigido por Kees Keizer elaboró un estudio fascinante en cuyo marco se desarrolló una serie de experimentos para demostrar si hacer grafitis y ensuciar un pequeño espacio urbano desembocaba en una mayor transgresión de la ley. Aunque, según reconocieron, «de momento no abundan las pruebas empíricas concluyentes» que sustenten la teoría de las ventanas rotas, las señales de dejadez sí que condujeron en sus experimentos a un mayor comportamiento delictivo. Estos científicos han defendido que se siga investigando para demostrar el efecto de las ventanas rotas en otros espacios, pero, como no es fácil obtener permiso para provocar dejadez en sitios reales, hasta la fecha no disponemos más que de pruebas poco concluyentes de que la teoría se sostenga. Ver Kees Keizer, Siegwart Lindenberg y Linda Steg, «The Spreading of Disorder», Science 322, n.º 5908 (2008), pp. 1681-1685.

[64] Harcourt, Illusion of Order, p. 8.

[65] Ver Robert J. Sampson y Stephen W. Raudenbush, «Seeing Disorder: Neighborhood Stigma and the Social Construction of 'Broken Windows'», Social Psychology Quarterly 67, n.º 4 (2004), pp. 319-342, y Franklin Zimring, The City That Became Safe: New York's Lessons for Urban Crime and Its Control, Nueva York: Oxford University Press, 2012.

[66] Wilson y Kelling, «Broken Windows».

[67] Ver Kevin Quealy y Margot Sanger-Katz, «Comparing Gun Deaths by Country: The U. S. Is in a Different World», The New York Times, 13 de junio de 2016. Para leer resúmenes útiles sobre los datos de la violencia con arma de fuego, ver https://everytownresearch.org/gun-violence-by-the-numbers/#DailyDeaths.

[68] Keizer, Lindenberg y Steg, «The Spreading of Disorder».

[69] William Spelman, «Abandoned Buildings: Magnets for Crime?», Journal of Criminal Justice 21, n.º 5 (1993), pp. 481-495, y Lance Hannon, «Extremely Poor Neighborhoods and Homicide», Social Science Quarterly 86, n.º 21 (2005), pp. 1418-1434. Ambos artículos aparecen resumidos en John MacDonald, «Community Design and Crime: The Impact of Housing and the Built Environment», Crime and Justice 44, n.º 1 (2015), pp. 333-383.

[70] Charles Branas, Michelle Kondo, Sean Murphy, Eugenia South, Daniel Polsky y John MacDonald, «Urban Blight Remediation as a Beneficial Solution to Firearm Violence», American Journal of Public Health 106, n.º 12 (2016), pp. 2158-2164.

[71] La hipótesis que barajaban Branas y sus colegas era que el motivo por el que los proyectos de rehabilitación reducían los homicidios relacionados con armas de fuego, pero no otro tipo de delitos violentos, era que los inmuebles abandonados eran de gran utilidad para esconder ese tipo de armas; ver ibid.

[72] Ibid.

[73] Los violence interrupters o «interruptores de violencia» trabajan en barrios desfavorecidos para intentar atajar la violencia de las bandas callejeras y mediar en la resolución de conflictos. Por lo general, los propios interruptores han encabezado alguna banda, por lo que pueden servir de ejemplo a los más jóvenes. Para saber más, ver www.violenceinterrupters.org/ (en inglés). (N. de la T.).

[74] Ibid., p. 2163.

[75] Ibid., p. 2162.

[76] Ciro Biderman, João M. P. De Mello y Alexandre Schneider, «Dry Laws and Homicides: Evidence from the São Paulo Metropolitan Area», Economic Journal 120, n.º 543 (2010), pp. 157-182.

[77] Banco Mundial, Making Brazilians Safer: Analyzing the Dynamics of Violent Crime, p. 78, http://documents.worldbank.org/curated/en/252761468015010162/pdf/707640ESW0REVI0ics0of0Violent0Crime.pdf.

[78] Ibid., cap. 3.

[79] Teresa Caldeira, Ciudad de muros, Barcelona: Gedisa, 2007, traducido por Claudia Solans.

[80] Karina Landman, «Gated Communities in South Africa: The Challenge for Spatial Planning and Land Use Management», Town Planning Review 75, n.º 2 (2004), pp. 158-159.

[81] Ibid., p. 162.

[82] João Costa Vargas, «When a Favela Dared to Become a Gated Condominium: The Politics of Race and Urban Space in Rio de Janeiro», Latin American Perspectives 33, n.º 4 (2006), pp. 49-81.

[83] Ver Vincent Carroll, «The Mindless Roasting of ink!», The Denver Post, 1 de diciembre de 2017, www.denverpost.com/2017/12/01/unfair-roasting-of-ink-coffeefor-gentrification-sign/.

[84] Mi descubrimiento de los efectos protectores de la densidad

comercial durante la ola de calor surgió de la investigación observacional, pero quedó verificado posteriormente por un estudio cuantitativo. Ver Christopher Browning, Danielle Wallace, Seth Feinberg y Kathleen Cagney, «Neighborhood Social Processes, Physical Conditions, and Related Mortality: The Case of the 1995 Chicago Heat Wave», American Sociological Review 71, n.º 4 (2006), pp. 661-678.

[85] Shlomo Angel, «Discouraging Crime Through City Planning», documento de trabajo 75, Institute of Urban and Regional Development (Instituto de Desarrollo Urbano y Regional), Universidad de California en Berkeley, 1968.

[86] Por ejemplo, el criminólogo James Wo estudió el impacto a largo plazo de los pequeños comercios en las tasas de criminalidad de los barrios y descubrió que, aunque los bancos y los establecimientos relacionados con el alcohol provocaban una mayor delincuencia, los «terceros espacios» —como las cafeterías y los restaurantes— hacían que los sitios fueran menos peligrosos. James Wo, «Community Context of Crime: A Longitudinal Examination of the Effects of Local Institutions on Neighborhood Crime», Crime & Delinquency 62, n.º 10 (2016), pp. 1286-1312.

[87] Andrew Papachristos, Chris Smith, Mary Scherer y Melissa Fugiero, «More Coffee, Less Crime? The Relationship Between Gentrification and Neighborhood Crime Rates in Chicago, 1991 to 2005», City & Community 10, n.º 3 (2011), pp. 215-240.

[88] «Cortado» aparece en español en el original. (N. de la T.).

[89] Las citas sobre la polémica de ink! están extraídas de Jean Lotus, «Gentrification Gaffe: Denver Coffee Shop and Ad Agency Apologize», Denver Patch, 25 de noviembre de 2017, https://patch.com/colorado/denver/gentrification-gaffe-denver-coffeeshop-ad-agency-apologize.

[90] Papachristos et al., «More Coffee, Less Crime?», pp. 228-229.

[91] La investigación de Kuo y Sullivan, junto con muchos otros estudios que documentan los beneficios de la naturaleza en la salud, aparece convenientemente resumida en Florence Williams, La dosis

natural. Por qué la naturaleza nos hace más felices, más sanos y más creativos, Buenos Aires: Paidós, 2018, traducido por Mariana Taboada.

[92] Frances Kuo y William Sullivan, «Environment and Crime in the Inner City: Does Vegetation Reduce Crime?», Environment and Behavior 33, n.º 3 (2001), pp. 343-367.

[93] En un artículo escrito en colaboración con Rebekah Levine Coley, Sullivan y Kuo defienden que la falta de espacios verdes puede hacer que se reduzcan las posibilidades de interacción social. Usando datos observacionales de los árboles y la vegetación tanto en Ida B. Wells como en Robert Taylor, descubrieron que la gente es más propensa a frecuentar espacios exteriores con árboles antes que sitios que carecen de ellos y concluyeron que los elementos naturales en los espacios exteriores pueden invitar a la gente a salir y contribuir a que se responsabilicen más del entorno. Rebekah Levine Coley, William Sullivan y Frances Kuo, «Where Does Community Grow?: The Social Context Created by Nature in Urban Public Housing», Environment and Behavior 29, n.º 4 (1997), pp. 468-494.

03

Aprender en comunidad

Programa de alfabetización temprana de la biblioteca de Seward Park

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: Eric Klinenberg

Tengo hijos pequeños y, durante muchos años, llevarlos al colegio ha constituido uno de mis mayores placeres diarios. Vivimos más o menos a un kilómetro y medio del colegio al que van, y el paseo hasta allá, en línea recta por una de las grandes avenidas de

Manhattan, propicia conversaciones sobre todo tipo de temas, desde los deberes hasta las personas sin hogar, pasando por la moda (al fin y al cabo, está al sur de la 14th Street), la familia y los amigos. No resulta ni bucólico ni relajante. En el Bajo Manhattan el tráfico es denso y siempre están haciendo obras. De vez en cuando, nos topamos con algún mendigo agresivo o con un reguero de basura, pero a todos nos gusta participar en el desfile humano que llena de vida todas las mañanas las aceras de la ciudad. Estamos juntos, rodeados de todo tipo de estímulos, en un sitio lleno de desconocidos que aun así sentimos como propio.

El colegio pequeño y progresista de Greenwich Village al que van es la clase de sitio que se esfuerza por crear comunidad. Se organizan un montón de actividades culturales y de actos especiales en el edificio abarrotado de estilo casa de vecindad que, a falta de un espacio exterior, hace de campus escolar. Sin embargo, la auténtica labor de desarrollo comunitario se produce de manera informal, aunque también deliberada. A los padres de los alumnos de preescolar y de los primeros cursos de la escuela elemental se los invita a pasar quince o veinte minutos con sus hijos en el aula cada mañana a lo largo de todo el curso. La razón oficial es que esa práctica ayuda a los alumnos a adaptarse a la jornada escolar, pero, al cabo de pocas semanas, la mayoría de los padres y madres primerizos se dan cuenta de que contribuye a algo más importante: les facilita el tiempo y el espacio necesarios para que se conozcan entre ellos y puedan entablar relaciones que los ayudarán a todos, tanto adultos como niños, a superar una etapa de la vida que, por gratificante que sea, no deja de ser todo un reto.

Los pasillos, las escaleras y las zonas comunes del colegio están abarrotadas y concurridas hasta un punto ridículo, así que no hay un solo lugar en el edificio donde los padres puedan continuar con las conversaciones iniciadas en las aulas. Sin embargo, da la casualidad de que justo a la salida hay un área excepcionalmente grande y abierta de espacio público, un sitio con bancos, arbolitos y espacio de sobra para que la gente se divida en grupitos y se quede un rato más. Eso es precisamente lo que hacen allí los padres todas las mañanas, algunas veces solo unos minutos y otras mucho más tiempo, porque la jornada laboral empieza tarde en Nueva York o porque la charla está demasiado interesante como para ponerle fin.

Como estamos en Manhattan, no resulta sorprendente que haya una cafetería enfrente del colegio. Una vez que los niños son lo bastante mayores como para entrar solos en clase, los padres los dejan en la puerta principal, buscan a sus amigos en la zona pública y se dirigen al patio de la cafetería. Se forjan muchísimas relaciones en el espacio social de los alrededores del colegio. Los padres se organizan para quedar (porque les apetece a ellos, además de para que jueguen los niños), se enteran de cuestiones relativas al colegio, hablan sobre sus matrimonios y amistades, se apoyan en cuestiones laborales… Para muchos padres, llevar a los niños al colegio por la mañana es el momento de mayor carga social del día.

Hace poco, mi familia y yo pasamos un año sabático en la Universidad de Stanford y estuvimos viviendo en una idílica urbanización de las afueras que estaba cerca del campus. Apuntamos a los niños a la escuela elemental local, una excelente institución pública que dispone de la clase de campus que jamás podría haber en Manhattan. Tiene campos de fútbol europeo y de béisbol grandes y abiertos, varias estructuras de juego y columpios, canchas de baloncesto al aire libre, un patio con sombra para comer y picar algo y un enorme huerto ecológico que cultivan los profesores y los alumnos. También cuenta con una activa asociación de padres, madres y docentes que impulsa la diversidad (el colegio tiene cada vez más alumnado de origen latino y asiático y muchos niños con alguna discapacidad) y organiza actos sociales y culturales para la comunidad. No podría ser un lugar más acogedor.

Sin embargo, poco después de empezar el curso detectamos varios fallos sustanciales en una infraestructura social que, por lo demás, era excelente. Aunque el campus era bonito, estaba prácticamente vedado a los padres, que tenían que dejar a sus hijos en la puerta y no tenían permitida la entrada en el aula más que en ocasiones especiales. Hay algo de espacio para interactuar de manera casual en la acera de enfrente del colegio, pero no es un sitio diseñado para socializar, sobre todo al principio o al final de la jornada escolar. La razón seguramente les suene a todas aquellas personas que hayan frecuentado grandes colegios ubicados en zonas residenciales de las afueras: la entrada está dominada por un acceso largo y circular que cientos de padres recorren todos los días en coche para dejar a los niños y marcharse a toda prisa. Es un sistema

tan extraordinariamente eficiente que los padres casi no tienen ocasión de conocerse en el recinto escolar o en sus inmediaciones.

La infraestructura que hace que ese próspero colegio de las afueras esté menos cohesionado de lo que podría estar seguramente no sea motivo de gran preocupación, puesto que las familias de la zona tienen acceso a otras instituciones públicas y comerciales bien gestionadas —piscinas, bibliotecas, terrenos deportivos, mercados agrícolas y agradables galerías comerciales— que propician la formación de vínculos vecinales. Sin embargo, en las numerosas ciudades y barrios que no cuentan con esos recursos, las instituciones educativas constituyen una parte fundamental de la infraestructura social. Cuando la manera en que están organizadas fomenta las conexiones sociales, pueden fortalecer las redes de apoyo y mejorar de manera radical la vida tanto de los padres como de los niños. Cuando no es así, lo más probable es que cada familia haga vida por su cuenta.

Por supuesto, el diseño y la programación de los colegios también configuran su misión fundamental: enseñar a los niños. La distribución física y la estructura organizativa de un colegio influye en el proceso de aprendizaje, en las aulas, en el campus y en el vecindario donde esté situado. Ocurre así tanto en las escuelas elementales como en las universidades de élite. Pensemos, por ejemplo, en la diferencia entre el modelo clásico de los colleges de Oxbridge, organizados en torno a salitas donde los estudiantes aprenden de manera individual con sus tutores, y las últimas tendencias en el diseño de las universidades contemporáneas, que cuentan con amplios y abiertos espacios polivalentes que propician los encuentros fortuitos y fomentan la colaboración entre personas de distintos ámbitos.

Los paisajes del campus, las aulas, los centros de investigación y las residencias de estudiantes son los elementos más visibles de la infraestructura social de un centro educativo. Pero sus límites y fronteras también tienen importancia, porque determinan si los estudiantes aprenden a implicarse en la cultura pública y a interactuar con personas distintas de ellos y cómo lo hacen. Algunos centros —tanto privados como públicos— cuentan con terrenos abiertos y accesibles cuyas instalaciones están a disposición de

todas las personas de la zona. Otros ponen vallas y guardias de seguridad en el perímetro para asegurarse de que solo acceda un selecto grupo. En los últimos años, algunos institutos y universidades han desechado por completo la idea de un campus físico y, como se valen principalmente de internet para dar clase, eliminan la mayor parte de la vida social del centro. Pero las mejoras más notables en el rendimiento académico se concentran en instituciones que han redoblado los espacios donde se producen interacciones cara a cara de manera regular entre el profesorado y el alumnado. Los lugares pequeños e íntimos donde la gente llega a conocerse bien no son perfectos únicamente para que los jóvenes desarrollen habilidades para participar en la vida ciudadana y crear comunidad, sino que también son sitios ideales para el aprendizaje.

* * *

En la década de 1980 —cuando los líderes políticos estadounidenses estaban cada vez más preocupados por una nueva «infraclase urbana» y los Gobiernos locales de todo el país desplegaban guardias de seguridad armados para vigilar los campus de los institutos—, los centros de enseñanza públicos habían dejado de ser sitios ideales para algo (sobre todo, los de las zonas pobres). Con esos detectores de metales a la entrada y pases que restringían la circulación de los alumnos, las instituciones educativas parecían cárceles. Y a la cárcel precisamente se dirigían cada vez más alumnos tras fracasar en centros cuya organización los había abocado al fracaso.

Deborah Meier, profesora, directora y activista con casi treinta años de experiencia en distritos urbanos difíciles, se inscribía en una larga tradición de reformadores educativos convencidos de que cuando mejor funcionaban los centros era cuando imitaban las mejores prácticas de la vida ciudadana e intelectual, con aulas pequeñas que acogieran debates inquisitivos y sinceros en un entorno protegido. Si aquel era el funcionamiento de los centros privados más prestigiosos de las ciudades, ¿por qué no iban a hacer

lo propio las instituciones públicas? En opinión de Meier, la militarización de los grandes campus escolares representaba un peligroso viraje en la educación estadounidense que amenazaba con despersonalizar la experiencia educativa y sacar lo peor de los niños más vulnerables del país. Meier pidió a los equipos directivos que, en vez de tomar medidas estrictas contra los centros de enseñanza, los dividieran en instituciones de unos cien alumnos por curso y no más de quinientos en total. El objetivo era crear comunidades de aprendizaje más pequeñas —de nuevo, del tamaño aproximado de las instituciones privadas— en las que los alumnos y los profesores pudieran estrechar lazos, el personal fuera capaz de reaccionar con agilidad a los problemas y necesidades que pudieran surgir y los padres y madres pudieran desarrollar un conocimiento local más profundo y un mayor sentimiento de responsabilidad para con el centro educativo de sus hijos. «Los jóvenes no pueden aprender valores democráticos en un ambiente que no valora los logros personales, que no es capaz de advertir ni los triunfos ni las derrotas, donde no hay tiempo ni para celebrar ni para llorar y que no responde con la indignación ni el reconocimiento que requiere cada situación —escribió en un influyente artículo publicado en The New York Times—. Los centros pequeños permiten resolver cualquiera de estas cuestiones críticas».[94]

Meier admitía que reducir el tamaño de los centros no iba a solucionar todos los problemas de la educación estadounidense: las drogas, la violencia y el vandalismo no desaparecerían solamente con trasladar a los alumnos a un entorno nuevo ni por el hecho de que el espacio gigante que antes albergaba a dos mil estudiantes se hubiera transformado en cinco, con cuatrocientos alumnos en cada uno. Pero la «enormidad —creía ella— entorpece el intercambio intelectual animado» e impide que tanto el equipo directivo como los padres y madres mejoren las condiciones sobre el terreno. Sin embargo, «en los centros pequeños los padres oyen hablar de los mismos profesores, alumnos y familias año tras año en muchos contextos distintos, tanto formales e informales. Se genera confianza y los problemas que surgen se resuelven con agilidad. La responsabilidad de los padres, así como de la comunidad, es un problema menos espinoso. En los centros pequeños, los desconocidos y los comportamientos extraños llaman la atención y se pueden abordar con rapidez. Si hay algún desconocido

problemático, se lo identifica, y la presión de grupo surte un efecto inhibidor sobre la violencia y otros comportamientos antisociales». [95]

El razonamiento resultaba tan convincente que en las décadas de 1990 y 2000 varios distritos escolares de gran tamaño de distintas ciudades pusieron en marcha iniciativas para reducir el tamaño de los centros educativos; además, algunas de las asociaciones benéficas más importantes, como la Carnegie Corporation de Nueva York, la Fundación Annenberg y la Fundación Bill y Melinda Gates, destinaron generosas cantidades de dinero a proyectos para reducir el tamaño de los centros de enseñanza. Solamente la Fundación Gates invirtió 650 millones de dólares, con la esperanza de obtener resultados inmediatos.

Sin duda, los experimentos eran ambiciosos. En Nueva York, por ejemplo, el Departamento de Educación abrió multitud de pequeños institutos, que incluían también centros especializados —en arte, informática y tecnología, salud, idiomas y ciencia, entre otros— y ocupaban algunas partes de edificios de antiguos institutos grandes. La tasa de graduación en los nuevos institutos pequeños no tardó en superar con creces la media de la ciudad y en algunos de los centros que peores resultados obtenían subió como la espuma. En Flatbush, un barrio de Brooklyn de población mayoritariamente pobre y afroamericana, el ayuntamiento transformó el instituto Erasmus Hall en el complejo educativo Erasmus Hall, compuesto por cinco centros independientes. Antes del cambio, la tasa de graduación del Erasmus rondaba el 40 por ciento; al cabo de pocos años, superaba el 90 por ciento. El cambio que experimentó el edificio del instituto Evander Childs del Bronx fue aún más espectacular. En las décadas de 1990 y principios de 2000, Evander Childs ilustraba los problemas de los grandes centros educativos urbanos: tenía altos índices de violencia, absentismo escolar y, en 2002, una tasa de graduación en cuatro años del 31 por ciento. Para algunos alumnos, temerosos de los conflictos, hacer pellas era una estrategia de supervivencia e incluso la mejor manera de salir adelante. Las opciones de los padres no eran buenas: podían lanzar a sus hijos a la hoguera o dejar que su futuro se consumiera lentamente sin el título de secundaria. Reducir el tamaño del centro desencadenó una transformación asombrosamente rápida: los padres y madres y el

equipo directivo recuperaron el control del centro; la asistencia se estabilizó; para 2007, la tasa conjunta de graduación alcanzaba el 80 por ciento.[96]

Una cálida mañana primaveral de 2016 fui con una de las personas responsables de la biblioteca de Seward Park a una visita informativa al Seward Park Campus, un «terreno vertical» de seis pisos en un descomunal edificio industrial gris donde cinco institutos pequeños ocupaban el espacio de un antiguo instituto grande. El propósito de la visita era llevar información sobre las actividades de la biblioteca —que aquel día consistiría en una clase de arte centrada en el dibujo manga— a una red educativa cuyo presupuesto apenas llegaba para cubrir las necesidades básicas. Quince años antes, cuando aquel era el instituto Seward Park, el centro estaba sobrepasado por el reto de enseñar a alumnos procedentes de la comunidad pobre y mayoritariamente inmigrante del Lower East Side. En 2001, el instituto tenía una tasa de graduación del 32 por ciento. En Seward Park, el experimento de centros pequeños se puso en marcha en 2006 y para 2012 la tasa de graduación conjunta de los cinco institutos pequeños —el Instituto de Idiomas Duales y Estudios Asiáticos, el Instituto de Nuevo Diseño, la Academia Essex Street (antiguamente, el Instituto de Historia y Comunicación), la Academia de Arte del Bajo Manhattan y la Academia Urban Assembly de Gobierno y Derecho— superaba el 80 por ciento.

Yo no tuve ocasión de observar la vida diaria del antiguo instituto, pero, por suerte, el fantástico periodista Samuel Freedman pasó un año allí a finales de la década de 1980, según cuenta en su libro Small Victories.[97] Freedman describe a los estudiantes —el 90 por ciento de los cuales eran hijos de inmigrantes que no hablaban inglés— como inteligentes y ambiciosos; al menos, los que asistían a clase, ya que más del 40 por ciento de los alumnos del primer año de instituto abandonaban los estudios antes de graduarse, lo que situaba al Seward Park en la lista de los diez peores institutos del estado de Nueva York. Sin embargo, el espacio físico y la estructura organizativa planteaban todo tipo de obstáculos, hasta el punto de que hubo un chico que se presentó como candidato al gobierno estudiantil con el eslogan «¿Te avergüenza estudiar en el Seward?».[98]

Las aulas estaban abarrotadas hasta límites insostenibles. El tejado tenía un agujero enorme y el techo de la sala de profesores se estaba derrumbando. Había unas doscientas ventanas rotas. La valla metálica que rodeaba el edificio anejo al instituto estaba en mal estado. Escaseaba el material básico, como libros, bolígrafos, papel o tiza. Los profesores estaban agobiados y extenuados. Jessica Siegel, la protagonista del libro, se volcó en la docencia y ayudó a sus alumnos a lograr mucho más de lo que parecía posible. Pero Siegel era una excepción y, en cualquier caso, el trabajo era tan agotador que lo dejó a final de curso. Los problemas del instituto sobrepasaban tanto a su director —diligente, entregado y absolutamente admirable— como a la mayoría de los alumnos.

Los cinco institutos que observé en mi visita al centro Seward Park estaban bien cuidados y organizados y los alumnos parecían tener una relación cercana y familiar con los profesores y los empleados. Los revisores externos del New School's Center for New York City Affairs observaron algo similar cuando evaluaron la institución en 2011: «Se respira un ambiente tranquilo por todo el edificio. Los pasillos no se congestionan en exceso en los cambios de clase; durante las comidas que observamos en el comedor, los alumnos estaban relajados y se portaban como es debido. "A veces se produce algún incidente, como en cualquier instituto, pero los chavales son buena gente. No es un sitio peligroso", contó un guardia de seguridad». Cada institución controla su propia planta y, aunque la distribución es idéntica, los institutos se distinguen por los pósteres, los anuncios, la moda y la cultura. Comparten algunas instalaciones, como el gimnasio o la pequeña biblioteca de la sexta planta, pero, en términos generales, funcionan como instituciones independientes y todas son sitios estupendos donde estudiar.

Aunque reducir el tamaño material de un centro educativo no resuelve todos los problemas, ha demostrado tener beneficios tremendos en la atención de los alumnos, el rendimiento y la matriculación universitaria, así como en el grado de satisfacción del personal docente y en las sensaciones positivas sobre el ambiente escolar.[99] Un estudio reciente desarrollado por MDRC —una empresa de investigación independiente e imparcial— en el que participaron 21.000 alumnos neoyorquinos descubrió que, en comparación con los alumnos de institutos normales, los que

estudiaban en centros pequeños tenían un 9,4 por ciento de probabilidades más de graduarse, un 8,4 por ciento más de matricularse en la universidad y aún más de estudiar en universidades selectivas.[100] Quizá esas cifras no parezcan altas, pero —como innumerables directores de instituto e investigadores académicos saben por experiencia— es dificilísimo producir mejoras significativas en los resultados educativos; por ejemplo, desde hace tiempo se debate acaloradamente sobre si invertir más dinero en los centros educativos influye de alguna manera en el rendimiento. En tal contexto, aumentos de casi el 10 por ciento son extraordinarios. No hay fórmula mágica para mejorar el rendimiento escolar en entornos difíciles, pero una de las técnicas más efectivas que hemos encontrado consiste en diseñar instalaciones que el alumnado, el profesorado y el equipo directivo puedan controlar de manera colectiva.

Tal vez diseñar centros que promuevan el aprendizaje y la creación de comunidades sea una prioridad relativamente reciente en los círculos de la educación pública, donde escasean los recursos, pero siempre ha constituido una de las preocupaciones principales de las universidades, que desempeñan un papel importantísimo en las sociedades modernas. El difunto Richard Dober, un famoso académico de la Universidad de Harvard y del MIT que diseñó campus universitarios por todo el mundo, calculó que, hasta 1992, en torno al 40 por ciento de la población estadounidense había pasado al menos un año estudiando a tiempo completo en uno de los aproximadamente 3.500 campus universitarios que había en todo el país. «El diseño del campus es un arte cívico cargado de significado e importancia para nuestra cultura —escribió—. Los griegos tenían el ágora; los romanos, el foro; la Edad Media, la catedral y la plaza mayor; el Renacimiento, los palacios y espacios de los privilegiados, y el siglo XIX, los centros de comercio, transporte y gobierno. El campus es la contribución exclusiva de nuestra generación a la construcción y demarcación de espacios comunes». Con el diseño adecuado, deberían «fomentar la comunidad, la lealtad y la urbanidad, así como estimular la diversidad de discurso y de puntos de vista».[101]

El tiempo que pasamos en los campus universitarios configura nuestras ideas sobre aquello a lo que queremos dedicarnos y sobre quiénes queremos llegar a ser; modifica nuestras redes sociales y oportunidades laborales; acaba con las divisiones étnicas y religiosas, y conduce a lo que antes se llamaban «matrimonios mixtos» entre personas que de otro modo jamás habrían fundado familias juntas.[102] Incluso, aunque cada vez más gente a ambos lados del espectro político exprese preocupación por que las universidades —y, sobre todo, los grupos estudiantiles partidistas— se hayan vuelto entornos hostiles para el debate civilizado sobre temas controvertidos, no existe una institución mejor para prepararnos para la vida ciudadana en las sociedades democráticas, puesto que nos dota de las herramientas que necesitamos para comprender la diferencia, valorar las pruebas y entablar un diálogo razonado con gente que tenga puntos de vista y valores distintos de los nuestros.

Las cosas no han sido siempre así. Muchas de las primeras universidades europeas estaban diseñadas para robustecer las barreras sociales, no para derribarlas. Paul Turner, catedrático de la Universidad de Stanford, explica en Campus: An American Planning Tradition (Campus: una tradición de planificación estadounidense) que las primeras universidades, las de Bolonia y París, formaban parte de la ciudad y los estudiantes solían vivir con su familia o en casa de habitantes de la ciudad.[103] A medida que se fueron desarrollando las universidades, los empresarios locales construyeron residencias y albergues estudiantiles. Sin embargo, esa solución no era del agrado de muchos de los gerentes universitarios ni de los aristocráticos padres de los estudiantes, así que las universidades empezaron a construir puertas de acceso y muros para separar sus sagrados terrenos de las comunidades seglares en las que se inscribían. En 1379, el New College de Oxford construyó el primer patio interior cerrado para albergar todas las funciones universitarias. Muchos otros siguieron su ejemplo y dieron lugar al modelo del college, que, además de una institución educativa, era una comunidad residencial segregada donde los estudiantes aprendían, principalmente en salas privadas, bajo la tutela directa de un docto instructor.

Turner identificó varias razones para el uso del patio interior

cerrado de los colleges británicos, como la eficiencia en el uso del terreno en ciudades abarrotadas o la influyente tradición del claustro monasterial. «Simplemente desde el punto de vista arquitectónico —escribe—, los "programas" monásticos y universitarios eran prácticamente idénticos: daban alojamiento a una comunidad de hombres y de jóvenes solteros que disponían de un espacio para dormir, comer, aprender y asistir a los servicios religiosos». Los muros que separaban el campus del college de la ciudad respondían a propósitos defensivos, puesto que protegían a los estudiantes y a los profesores no solo de las ocasionales guerras y conflictos locales, sino también de la gente de la ciudad. «Las primeras historias de Oxford y Cambridge están llenas de incidentes provocados por la rivalidad entre la gente de la universidad y la de la ciudad, que ocasionaba peleas, guerras y asesinatos por parte de ambos bandos —explica Turner—. La capacidad de limitar el acceso al college a varios puntos de entrada también facilitó a las autoridades universitarias ejercer un mayor control sobre los estudiantes, un factor fundamental en el crecimiento del sistema de colleges». Para 1410, Oxford exigía que todos los estudiantes vivieran en colleges en vez de en la ciudad y esa medida sigue en vigor hoy en día, aunque solo se aplica a los alumnos de primer año.

Sin embargo, Oxford y Cambridge se abrieron en otros sentidos. En el siglo XVI, cuando un graduado de Cambridge llamado doctor John Caius expresó su preocupación por los riesgos sanitarios que entrañaba encerrar a los estudiantes en aquel aire estancado y maloliente, la universidad construyó el primer patio con tres laterales. (Hay quienes atribuyen esa configuración al auge de los nuevos châteaux franceses). Sea cual fuese su origen, afirma Turner, los nuevos espacios abiertos del campus «denotaban una actitud más empática y menos defensiva hacia el mundo que existía fuera del college».[104] Lo mismo puede decirse de la presión de los colegios para que se modificaran las políticas de admisión: a lo largo del siglo XVII, las grandes universidades británicas hicieron sus primeros esfuerzos por incorporar alumnos locales que no provinieran de la aristocracia, así que la proporción de personas procedentes de la población general que accedió a la educación superior fue mayor que en ninguna otra época a excepción del siglo XX. Esas tendencias influyeron en las primeras universidades

estadounidenses, que eran más accesibles y expansivas que cualquiera de las del Viejo Mundo.

A partir de 1963, cuando Richard Hofstadter publicó Anti-Intellectualism in American Life (El antiintelectualismo en la vida estadounidense), pero sobre todo en la actualidad, es difícil no preocuparse por la debilidad del compromiso de los Estados Unidos para con la cultura intelectual. Sin embargo, a los primeros colonos estadounidenses sí que les interesaba la indagación intelectual, así que poco después de establecerse en el continente empezaron a construir universidades para respaldar la educación superior. «Para la época de la Revolución, las colonias contaban con nueve universidades que otorgaban títulos», explica Turner. Harvard College se fundó en 1636; College of William and Mary, en 1693; el Yale College, en 1701; College of New Jersey (la actual Universidad de Princeton), en 1746; College of Rhode Island (la actual Universidad de Brown), en 1764; Queen's College (la actual Universidad Rutgers), en 1766, y Dartmouth College, en 1769. Esas universidades construyeron edificios imponentes —los más grandes de sus regiones— que solían estar situados en las zonas fronterizas rurales en vez de en las ciudades, irreligiosas y poco fiables, y animaban a los estudiantes a pasar tiempo en entornos puros y naturales, «alejados de las distracciones de la civilización».[105]

Campus es un concepto estadounidense, acuñado probablemente en torno a 1770 para describir los terrenos abiertos que rodeaban el College of New Jersey. Turner recupera el primer uso conocido del término para referirse al área que rodea a una universidad que aparece en una carta escrita por un estudiante en 1774: «La semana pasada, en un alarde de patriotismo, reunimos todas las existencias de té que guardaba el despensero para el invierno, hicimos una hoguera en el Campus en la que quemamos casi una docena de libras de té, hicimos repicar la campana y adoptamos numerosas y vivaces resoluciones». [106] Después de 1776, la palabra adquirió popularidad en las universidades de todos los nuevos Estados Unidos y para mediados del siglo XIX se había convertido en el término más habitual para describir los terrenos que rodeaban las universidades estadounidenses. Con el tiempo, en inglés terminaría haciendo referencia también a los terrenos que rodean las oficinas de las empresas.

Nunca ha habido un estilo arquitectónico dominante para los terrenos o edificios de las universidades estadounidenses —la Universidad de Brown ni siquiera tiene un estilo imperante en su campus—, pero la mayoría de ellas adoptaron el modelo del college residencial británico y construyeron residencias de estudiantes para fortalecer la cultura del campus. Old College, el primer edificio de Harvard, contaba en la planta baja con un espacioso salón que era el núcleo de la mayoría de las actividades. En función del momento del día, servía de auditorio, comedor y sala general. En la primera planta había una biblioteca y una serie de dormitorios. Los estudiantes compartían habitación y hasta cama, cosa que no era inusual en aquella época. Pero, siguiendo el modelo inglés, cada uno disponía de su propio espacio para estudiar, porque la mayoría de los educadores creía que el aprendizaje se producía cuando el alumno se encontraba a solas, memorizando datos y repasando en silencio las lecciones del día.

Sin embargo, los arquitectos de las universidades estadounidenses rechazaron desde el principio el modelo monástico que había influido en las instituciones europeas y las diseñaron para que fueran espacios profundamente sociales. La motivación principal era intelectual: los arquitectos de los campus estadounidenses querían construir universidades donde circulara libremente el conocimiento de distintos campos, no solo entre un ámbito académico y otro, sino también entre el mundo exterior y el universitario. Nunca se pretendió que la vida intelectual que promovían estuviera recluida o controlada: aspiraban a la polinización cruzada, así que el campus —sus aulas, bibliotecas, dormitorios y comedores— era un instrumento de convergencia.

Los diseñadores del campus estadounidense también estaban empeñados en forjar comunidades nuevas y tenían ideas novedosas para fomentar los vínculos sociales. Harvard era una de las muchas universidades estadounidenses que organizaba la vida de los estudiantes en torno a colleges, cada uno de los cuales contaba con espacios para comer, estudiar y confraternizar. Princeton desarrolló las dining societies o sociedades gastronómicas, que después se convirtieron en eating clubs o clubes para comer y que constituían el centro de las actividades sociales de la universidad. Los estudiantes también influyeron en la creación de la cultura del

campus: en 1776, cinco hombres del College of William and Mary inauguraron una sociedad estudiantil, Phi Beta Kappa, que con el tiempo fue sumando secciones en universidades de todo el país y se convirtió en la primera fraternidad interuniversitaria.

* * *

Por supuesto, otro de los sellos distintivos de las universidades estadounidenses son las fraternidades, cuyo espíritu era más social que académico. La primera, la Sociedad Kappa Alpha, fue creada en 1825 por un grupo de estudiantes varones del Union College de Nueva York que querían formar una organización universitaria exclusiva que reprodujera los clubes sociales para hombres blancos acaudalados que abundaban en aquella época. En 1846, la sección de Chi Psi de la Universidad de Míchigan abrió la primera casa de fraternidad en una zona boscosa fuera del campus, donde podía operar sin supervisión oficial. En aquella época, la mayoría de las fraternidades universitarias eran sociedades secretas y los administradores universitarios —de Union, Princeton y Brown, entre otras instituciones— intentaron prohibirlas. Sin embargo, poco a poco las fraternidades fueron ganando aceptación como instituciones sociales legítimas, en parte porque eran muy populares entre los estudiantes de la élite y en parte porque ofrecían a las universidades una solución gratuita a un problema que estaba empezando a surgir: alojar a los estudiantes matriculados, que eran cada vez más numerosos.

Para finales de la década de 1890, las secciones de las fraternidades y sus equivalentes femeninas, las sororidades, empezaron a abrir casas en los campus universitarios o en sus inmediaciones. Con el tiempo, se convirtieron en un elemento básico del sistema universitario. En la actualidad, hay más de seis mil secciones de fraternidades repartidas por aproximadamente ochocientos campus universitarios; todos los otoños, en torno al 10 por ciento de los estudiantes varones que se matriculan en la universidad ingresan en alguna fraternidad y millones de adultos jóvenes frecuentan sus

fiestas y actos sociales.[107] A los alumnos y antiguos alumnos les encanta el sistema griego —como ha llegado a ser conocido—, que define su experiencia social universitaria. Sus defensores afirman que se observa una tasa de graduación mayor entre quienes participan en las fraternidades y en las sororidades que entre quienes las evitan. Sin embargo, ese logro se produce a costa de la salud y la seguridad del campus. El sistema es objeto cada vez de más críticas por parte de los administradores universitarios, a quienes les preocupa su efecto en la vida del campus.

Las fraternidades —como asociaciones y como espacios físicos— constituyen una forma ejemplar de infraestructura social exclusiva. Las casas residenciales suelen contar con instalaciones para comer, zonas recreativas en el interior y en el exterior, bares, salas comunes para divertirse y un amplio espacio para celebrar fiestas, todo lo cual anima a sus miembros a configurar su vida en torno a ellas. Como la mayoría de las fraternidades seleccionan a gente de contextos e intereses similares —etnia, raza, religión, clase o a menudo deportes y, en ocasiones, entornos académicos—, ingresar en una de ellas suele servir para esquivar la diversidad y la diferencia que ofrece el mundo universitario. Sus miembros ganan hermanos y hermanas, pero a cambio renuncian a la oportunidad de formar parte de algo más grande.

Las casas suelen ubicarse en «zonas de fraternidades», es decir, los animados espacios sociales que sustentan la vida griega de un campus, sobre todo en las noches de fiesta. También son sitios peligrosos, donde se producen escenas de discriminación desenfrenada, violentas novatadas, tremendas borracheras y, con demasiada frecuencia, agresiones sexuales. De acuerdo con el National Study of Student Hazing (Estudio nacional de novatadas universitarias), para el que se encuestó a 11.482 estudiantes de 53 centros de educación superior estadounidenses, la mitad de los participantes en asociaciones griegas sufren novatadas, que por lo general incluyen la ingesta forzosa de alcohol, humillación, aislamiento, privación del sueño y actos sexuales.[108] En 2013, Bloomberg News informó de que, durante los ocho años anteriores, sesenta estudiantes habían muerto por actividades relacionadas con las fraternidades en campus de distintas partes de los Estados Unidos, como la Estatal de Pensilvania, Baruch, Universidad del

Norte de Illinois y Estatal de California en Fresno.[109] De acuerdo con todos los estudios, los hombres vinculados a las fraternidades son mucho más propensos que los demás a cometer agresiones sexuales.[110] Asimismo, los expertos en salud han demostrado que la pertenencia a una fraternidad es una causa significativa de consumo compulsivo de alcohol, incluso tras controlar otros factores de fondo.[111] En otras palabras, el hecho de que en las fraternidades surjan problemas con tanta frecuencia no se debe exclusivamente a la gente que las integra, sino que tiene que ver con el propio espacio.

En los últimos años, movidos por la preocupación, los profesores, los alumnos y las personas que sufren la violencia de las zonas de las fraternidades han exigido a las universidades que reformen el sistema griego. Sin embargo, tras completar un enorme estudio sobre el sexo en los campus universitarios, la socióloga Lisa Wade concluyó que lo único que podía contener el daño sería su abolición. «Plantear una reforma es imposible, porque las viejas fraternidades sociales, históricamente blancas, han sido desde el principio sinónimo de asunción de riesgos y de desafío —escribe—. Son hermandades nacidas de la insumisión y forjadas en el fuego de la rebelión. Llevan en la sangre la bebida, el peligro y el desenfreno, junto con la discreción y la autoprotección».[112] Es complicado abolir una institución social que cuenta con tal cantidad de defensores leales e influyentes y deconstruir una infraestructura social que configura hasta tal punto la vida universitaria, pero las fraternidades se han ganado la expulsión.

* * *

Las fraternidades no son las únicas infraestructuras sociales divisorias de los campus universitarios. Las universidades estadounidenses casi nunca erigen los altos muros que protegían los colleges de Oxford y Cambridge de las comunidades que los rodeaban, pero muchas de ellas —sobre todo, las que se ubican en las ciudades— han reforzado sus exclusivos estándares de admisión

con elaborados sistemas materiales y organizativos que separan a los estudiantes y a los profesores de las personas y los lugares vecinos que se perciben como peligrosos.[113] Hoy en día, hay amplios dispositivos de seguridad en los campus de las universidades de todo el país que refuerzan esas percepciones y subrayan la distinción entre los de dentro y los de fuera.

Tradicionalmente, los gestores universitarios y los planificadores urbanos han creído que las divisiones entre la universidad y la ciudad no perjudicaban a los estudiantes tanto como a los residentes, que son quienes se ven excluidos de las instalaciones de los campus y obligados a tratar con grupos escandalosos de jóvenes que desconocen las normas de urbanidad. No obstante, las universidades que se aíslan de las comunidades que las rodean también perjudican a los estudiantes, porque les inculcan una falsa sensación de superioridad y los privan de la oportunidad de aprender de sus vecinos y desarrollar las habilidades ciudadanas que con tanta urgencia necesitan (y necesitamos todos).

En los últimos años, varias universidades han empezado a experimentar con nuevos modelos de participación ciudadana. Por ejemplo, Colby College anunció en 2017 que lideraría en Waterville (Maine) —la ciudad desfavorecida donde se ubica— un proyecto colaborativo de revitalización urbana en el que participan propietarios de negocios, asociaciones filantrópicas y grupos vecinales. La universidad anunció que invertiría diez millones de dólares para adquirir cinco inmuebles en el centro de la ciudad que convertiría en un hotel, un centro de tecnología y una residencia de estudiantes polivalente de nueve mil metros cuadrados y cinco plantas que sacaría a unos doscientos universitarios del campus y los acercaría a la comunidad. Cuando esté acabado, el complejo contará con pequeños comercios y un espacio público de reunión en la planta baja y el diseño de las instalaciones intentará salvar la distancia que ha separado históricamente la ciudad de la universidad. Para impulsar el esfuerzo, los profesores y administradores de Colby están desarrollando un nuevo «plan de estudios de participación ciudadana» dirigido a todos los estudiantes que vivan en la residencia del centro de la ciudad y que incluirá colaboraciones con la biblioteca pública de Waterville y con un albergue local para personas sin hogar.

Colaborar con la comunidad local es más complicado en la Universidad de Chicago, una institución pudiente y prestigiosa que ha excluido tradicionalmente a sus vecinos afroamericanos. Pese a su compromiso retórico con el liberalismo y la tolerancia, durante la década de 1950 los líderes universitarios establecieron un fondo que podían usar para «proteger la zona» de lo que el exdirector de intereses comunitarios denominó la «invasión negra». Para animar a los miembros del consejo de administración a apoyar la iniciativa, el rector de la universidad los llevó a dar una vuelta en autobús por los «típicos vecindarios de color», con la que pretendía generar preocupación por lo que pudiera pasar en Hyde Park si la universidad no adquiría más inmuebles en la zona que rodeaba el campus. La estratagema funcionó, puesto que los miembros del consejo donaron 4,5 millones de dólares a un fondo que, tal y como afirmó el rector, Lawrence Kimpton, «compra, controla y reconstruye nuestro vecindario».[114]

Por sustancioso que fuera, el fondo no sirvió para proteger las inmediaciones del campus de la delincuencia que se extendió por los guetos posindustriales de Chicago en las décadas de 1970 y 1980. Para los años noventa, casi todos los gestores universitarios habían desistido de controlar los inmuebles adyacentes e invertían en vigilancia en vez de en el sector inmobiliario, una maniobra que fue posible gracias a la Illinois Private College Campus Police Act de 1992, una ley que confería a las universidades radicadas en zonas con altas tasas de criminalidad todos los poderes jurídicos de un cuerpo policial, pero las eximía de la mayoría de las obligaciones de rendición pública de cuentas. Al cabo de pocos años, la universidad había construido uno de los organismos de seguridad privada más numerosos del país y se aseguraba de que tanto los estudiantes nuevos como los potenciales supieran lo bien protegidos que estarían cuando se instalaran en el campus.

Pero solamente si se alojaban allí mismo: aunque los guardias de la universidad tenían jurisdicción para patrullar fuera del campus, varios antiguos alumnos cuentan que las autoridades universitarias les aconsejaban no adentrarse en los vecindarios negros que los rodeaban, como Woodlawn, Washington Park, South Shore, Kenwood y Oakland, porque podían ser víctimas de algún delito.[115] Para compensar, la Universidad de Chicago invirtió grandes

sumas de dinero en su infraestructura social interna: bibliotecas, librerías, cafeterías, museos de arte, teatros e instalaciones deportivas. Garantizaba que los estudiantes contaran con todo lo necesario, bien en el propio campus, bien —si se sentían con ánimo aventurero— en los barrios acomodados que había en la zona más al norte.

Aunque en las últimas décadas el alumnado de la universidad es cada vez más diverso, hoy en día los afroamericanos constituyen menos del 10 por ciento de los estudiantes de grado en comparación con el 85 por ciento que vive en el barrio colindante de Woodlawn, el 68 por ciento de Kenwood y el 96 por ciento de Washington Park. En el siglo XXI, las autoridades universitarias han hecho enormes esfuerzos por infiltrarse en la burbuja de la cultura estudiantil y ayudar a los jóvenes que estudian en el campus del South Side a relacionarse con sus vecinos. En 2000, se lanzó el Midway Plaisance Master Plan, que rehabilitó parques frecuentados tanto por las comunidades afroamericanas locales como por los estudiantes. En 2005, se lanzó la Urban Health Initiative, que mejoraba el acceso a los programas de salud pública y atención médica de alta calidad en zonas desatendidas de las inmediaciones del campus. También se abrió una Oficina de Participación Ciudadana y se declaró que la universidad actuaría «como institución de enlace en la zona central del South Side». Los líderes prometieron que «colaborarían con las comunidades de la ciudad y de los alrededores para compartir el talento, la información y los recursos con el fin de ejercer una influencia positiva en el bienestar de nuestra ciudad». Se mantuvo la fuerte presencia policial en la zona, pero se dejó de aconsejar a los estudiantes que evitaran las comunidades vecinas.[116]

En los últimos tiempos, incluso han empezado a construir infraestructura social que salve las distancias.

A finales de la década de 2000, Theaster Gates —afamado artista local y profesor de la Universidad de Chicago— convenció a la universidad de que adquiriese una serie de edificios abandonados en Garfield Boulevard, un corredor de Washington Park, un vecindario al oeste del campus que solía bullir de actividad comercial, pero que se había quedado vacío tras décadas de

despoblación y deterioro económico. El plan, que la universidad diseñó en colaboración con el Ayuntamiento de Chicago, el Condado de Cook y distintas asociaciones vecinales, consistía en transformar la zona en un Arts Block o bloque artístico. La Incubadora de Arte de la Universidad de Chicago, que contaría con galerías, estudios, aulas, una sala comunitaria y un huerto, estaría en el edificio más grande, en la esquina. Gates alquilaría los dos edificios adyacentes para desarrollar sendos proyectos empresariales con ánimo de lucro: el Currency Exchange Café y la librería BING Art Books. La universidad prometía que el complejo estimularía el crecimiento económico e infundiría vitalidad cultural en aquel barrio desfavorecido. La Incubadora de Arte organizaría numerosas actividades para los niños de la zona y concedería becas a los artistas locales. El negocio generaría puestos de trabajo y favorecería la llegada de gente nueva al barrio. Además, de acuerdo con la idea de Gates y de otros líderes de la Universidad de Chicago, sacaría a los estudiantes del «espacio protegido» del campus y los acercaría a un sitio donde se relacionarían con gente de razas, clases o estatus distintos de aquellas personas con las que se habían criado.[117]

La primera vez que visito el Arts Block, a principios de 2017, no puedo evitar fijarme en lo mucho que recuerdan las calles a sitios como North Lawndale y Englewood, donde la decrepitud de la infraestructura social provocó tantísimas muertes durante la ola de calor y sigue deteriorando a diario la calidad de vida. Garfield Boulevard está lleno de solares vacíos, fábricas clausuradas y negocios tapiados, y los bloques residenciales que surgen de la avenida están igual de abandonados, con extensas zonas cubiertas de hierba en las que antes se alzaban magníficas viviendas y bloques de pisos. Aparco enfrente de una ferretería desvencijada —uno de los pocos comercios que hay abiertos cerca del Arts Block— y veo a dos vagabundos rebuscando entre la basura del solar contiguo. Nos saludamos con la cabeza; yo cruzo la calle y los hombres reanudan sus quehaceres.

La Incubadora de Arte, inaugurada en 2013, está en la esquina oeste del complejo. En la planta baja hay una luminosa y diáfana galería cubierta por grandes ventanales de cristal, pero cuando tiro de la puerta principal me la encuentro cerrada con llave, señal de que los

gerentes siguen estando alerta. Sin embargo, una joven con el pelo largo y ondulado y una ancha bufanda beis sale enseguida de un cuarto trasero y me indica por gestos que se dirige hacia mí. Sonríe con franqueza, abre la puerta y se presenta: se llama Nadia y lleva un año trabajando allí, desde que dejó su puesto en una escuela pública. Hay una exposición de arte estudiantil y la joven me explica que está producida y comisariada de principio a fin por alumnos de los centros educativos de la zona.

—Tendrías que haber venido a la inauguración la semana pasada —me dice—. Hubo más de ciento cincuenta personas.

Después de entrar yo, Nadia cierra la puerta, recorre conmigo la exposición y se ofrece a hacerme una visita guiada del edificio. Cuando salimos de la galería, un grupo de mujeres de mediana edad pertrechadas con esterillas de yoga baja por las escaleras.

—Ahora tenemos clases dos veces por semana —me explica Nadia —. Son gratis, así que viene la gente del barrio. ¡Qué envidia!

Recorremos un largo pasillo, dejamos atrás los estudios privados y salimos a un patio trasero que los estudiantes de la zona y los empleados están transformando en un jardín de lluvia. Al lado hay una gran carpintería donde el personal dirige un programa de formación en diseño para adolescentes, treinta de los cuales asisten todos los días. Theaster Gates participa en el programa y las estanterías están llenas de objetos y de materiales suyos. Nadia señala un juego de tazas de té de cerámica.

—Estas las hizo Theaster y ahora todas las clases de diseño empiezan con una ceremonia del té —me cuenta—. No es más que una forma de señalar que se trata de un momento especial, de conseguir que todo el mundo esté presente de verdad.

El Arts Block, por lo que veo, está entregado en cuerpo y alma al proyecto. Gates, famoso por reciclar objetos deteriorados de edificios abandonados de la ciudad y transformarlos en «intervenciones urbanas» con beneficios estéticos y económicos, es la fuerza creadora que impulsa la iniciativa. Aunque supervisa las actividades artísticas comunitarias que organiza la universidad, en Garfield Boulevard se centra en sus dos pequeños negocios

contiguos: el Currency Exchange Café y la librería BING Art Books.

Tras visitar la Incubadora de Arte, Nadia me señala la cafetería contigua, que Gates, con su estilo característico, decoró con los letreros originales, pintados a mano, de la institución financiera de barrio popular que antes ocupaba el espacio. Megan Jeyifo, la encargada de la cafetería, almuerza conmigo jambalaya y pan de maíz.

—No es casualidad que los sitios más visibles y públicos desarrollados por Theaster fueran antiguos establecimientos comerciales —me explica. El mayor objetivo del proyecto de Gates es dar trabajo estable a los residentes de la zona y demostrar que el pequeño comercio de Garfield Boulevard puede tener éxito—. ¡Theaster siempre dice que esto tiene que funcionar porque se juega el pellejo! No es una asociación vecinal. No es solamente un proyecto artístico. Queremos que sea un modelo para los empresarios que creen en este barrio. Y el primer gran reto es conseguir que venga la gente.

Pues parece estar funcionando. La cafetería está a tope y hay clientes de todo tipo: estudiantes enfrascados en sus libros, autónomos trabajando con el portátil, jubilados tomando café…

—Al principio la cafetería funcionaba más como restaurante formal —me explica Megan— y eso les gustaba a algunos de los clientes mayores. Pero la mayoría de la gente entraba con intención de quedarse un rato y no les apetecía que los camareros los anduvieran molestando a cada instante, así que dejamos solo el servicio en barra y relajamos el ambiente.

También empezaron a programar más actividades especiales, como una serie regular de lunes de jazz que se ha convertido en un concurrido acto social del barrio o como los cuentacuentos, un programa de lectura para los niños de la zona. La mayoría de los parroquianos son vecinos, pero Megan se ha esforzado mucho por atraer también al público universitario.

—Me invitaron a que diera una charla sobre trabajo comunitario durante la jornada de orientación de los estudiantes de primero de carrera —me cuenta—. Y ya solo la invitación demuestra lo mucho

que han cambiado las cosas. Los demás ponentes hablaron sobre voluntariado, así que yo me limité a decir lo siguiente: «Lo único que os pido es que vengáis y os sentéis en la mesa común. Venid de visita. Pedid algo de comer o de beber. Eso es una ayuda tremenda. Y os garantizo que volveréis a pasaros por aquí».

»A la semana siguiente, vino un chaval rubio con cara de niño y se sentó en la mesa común. Se puso justo al lado de uno de nuestros clientes habituales, que también es muy activo y emprendedor en el barrio. Bueno, pues el caso es que uno de los camareros vio al chaval, se preocupó creyendo que era un niño de doce años que había venido sin sus padres y quiso asegurarse de que estaba bien. Yo me acerqué a saludar, para ver qué pasaba, y el chaval dijo que me había visto en la conferencia… ¡y que quería hacer lo que les había pedido! Ahora suelen venir estudiantes, ¿sabes? A veces se juntan demasiados y se ponen a trabajar aquí cuando peor nos viene, como los sábados, cuando necesitamos disponer de las mesas. Pero ellos vienen, pasan el rato… y eso se está empezando a notar. La historia de la universidad y este barrio es larga y complicada. No vamos a cambiarla de la noche a la mañana, pero por lo menos podemos empezar.

* * *

Nadie cree que los conflictos tan arraigados entre la universidad y la ciudad de sitios como el South Side de Chicago vayan a resolverse rápidamente. Sin embargo, hay un grupo de instituciones de educación superior que está intentando transformar de manera inmediata y radical la forma en que las universidades interactúan con el mundo exterior: se trata de las nuevas universidades virtuales que se limitan a impartir MOOC (por sus siglas en inglés) o cursos masivos en línea y abiertos. En vez de construir campus tradicionales o cualquier tipo de infraestructura material en una ciudad de mayor o menor tamaño, para esas universidades internet funciona como auditorio, aula de seminarios e infraestructura social principal.

Los MOOC atrajeron la atención del público en 2011, cuando algunos eminentes profesores y gestores de universidades de élite sugirieron que podían ayudar a reducir costes y ampliar el acceso a la educación superior. Al principio, las universidades abrieron cursos selectos y gratuitos, dirigidos a todas aquellas personas que dispusieran de conexión a internet, y se apuntó muchísima gente. Cuando Sebastian Thrun, científico de la computación de la Universidad de Stanford, ofreció en modalidad MOOC su clase sobre inteligencia artificial, se inscribieron más de 160.000 personas de 190 países distintos.[118] Stanford, al igual que otras universidades, no tardó en lanzar actividades virtuales sin ánimo de lucro para complementar su oferta.

Las extraordinarias cifras de matriculación también atrajeron la atención de los empresarios de la industria tecnológica, que vieron los MOOC como una forma natural de «trastocar» el mercado de la educación superior, que mueve unos 500.000 millones de dólares. Los inversores de capital riesgo de Silicon Valley se asociaron con las primeras estrellas de la educación en línea, como Thrun y los científicos de la computación Andrew Ng y Daphne Koller, colegas del primero en la Universidad de Stanford. Pronto surgieron varias iniciativas comerciales con ánimo de lucro que competían por el dinero de los estudiantes, como Udacity, la empresa emergente de Thrun, o Coursera, fundada por Ng y Koller. En la otra costa, Harvard y el MIT se asociaron para crear una empresa de MOOC sin ánimo de lucro llamada edX. Muchos de los catedráticos más importantes de todo el mundo se inscribieron para grabar versiones virtuales de sus clases magistrales y millones de personas de todas partes se registraron para verlas.

A medida que los MOOC iban ganando difusión y popularidad, los gestores universitarios empezaron a preocuparse por que la educación en línea trastocara de verdad sus operaciones, ya que sacaba de la universidad a los estudiantes —y el dinero de sus matrículas— y los metía en los bolsillos de las nuevas empresas tecnológicas. Pero su preocupación disminuyó cuando se hicieron públicas las primeras series de datos sobre el rendimiento académico. Aunque, según una encuesta del Pew Research Center, el 16 por ciento de los adultos estadounidenses afirmó haber completado al menos parte de algún curso virtual el año anterior, la

mayoría ya tenía un título universitario de dos o cuatro años.[119] Para adquirir nuevas habilidades y conocimientos, en vez de matricularse en programas que les valieran un certificado o un título universitario, se apuntaban a clases sueltas en páginas web como KhanAcademy.org, una plataforma gratuita de aprendizaje virtual creada por el empresario Sal Khan. Además, como han concluido varios estudios, solo una pequeña parte de los alumnos que se matriculan en los MOOC llega a terminar los cursos. Por ejemplo, un equipo de investigación en el que participan Daphne Koller, cofundadora de Coursera, y Ezekiel Emanuel, profesor de la Universidad de Pensilvania, asegura que «solo el 4 por ciento de los usuarios de Coursera que ve al menos una clase magistral termina el curso y recibe un certificado».[120] Los cursos llegan a millones de personas, muchas de las cuales viven en países en vías de desarrollo y para quienes suponen la única opción de tener acceso a los mejores profesores de los Estados Unidos y de Europa; pero, de momento, no han conseguido cumplir su amenaza de desmantelar las universidades presenciales.

Uno de los motivos por los que las universidades virtuales no han logrado desarrollar programas de largo recorrido que conduzcan a la obtención de títulos oficiales es que carecen de una infraestructura social sólida. Los alumnos que se matriculan en Coursera o Udacity —que en 2016 tenían veintidós y cuatro millones de usuarios registrados respectivamente— son sencillamente incapaces de establecer las relaciones personales y las redes profesionales que hacen que la educación universitaria sea tan valiosa, y tampoco pueden participar en las actividades del campus que tanto enriquecen la experiencia.[121] Las universidades en línea han intentado abordar esa deficiencia. Algunas ofrecen foros virtuales de debate, otras tienen laboratorios en línea y algunas organizan encuentros regionales, imitando el modelo establecido por The Open University, un proyecto británico de enseñanza a distancia que ha cosechado un éxito abrumador. Ninguna de ellas está cerca de reproducir la experiencia social de un college residencial, ni tan siquiera la de las universidades donde no se pernocta y donde los alumnos de carne y hueso, aunque hagan menos vida en el campus, estudian todos juntos a tiempo parcial durante periodos más breves.

En 2012, el empresario tecnológico Ben Nelson formó un pequeño equipo de expertos educativos —entre los que se encontraban Lawrence Summers, exrector de la Universidad de Harvard; Stephen Kosslyn, director del Advanced Study in the Behavioral Sciences (Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Conductuales) de la Universidad de Stanford, y Bob Kerrey, exsenador de los Estados Unidos y presidente de la New School— para probar un enfoque diferente: Minerva, que se anunció como «educación superior para el siglo XXI», prometía aunar las mejores características de la educación en línea con una experiencia universitaria verdaderamente global. Los alumnos cursarían todas las asignaturas de manera virtual, en pequeños seminarios dirigidos mediante una interfaz activa de enseñanza que permite a los profesores —que trabajan desde cualquier parte del mundo en vez de cerca de los alumnos— hacer comentarios individuales a los estudiantes en tiempo real o después de la clase. Cada promoción, integrada al principio por ciento veinte estudiantes que aumentarían a medida que se desarrollase el programa, pasaría el primer curso en San Francisco, donde Minerva tenía habitaciones alquiladas en un hotel residencial renovado. Los alumnos estarían durante los seis semestres siguientes viviendo en una ciudad distinta —Berlín, Buenos Aires, Hyderabad, Londres, Seúl y Taipéi—, donde se alojarían en residencias y albergues alquilados y compartirían una experiencia inmersiva, colectiva y de carne y hueso. Además, los cuatro años completos que duraba el programa costarían una mínima parte de lo que pagaban los estudiantes en los Estados Unidos por un grado universitario tradicional, porque, tal y como explica la página web de Minerva, «[e]n vez de invertir en el costoso mantenimiento de los edificios, las instalaciones del campus y los servicios que ofrecen otras de las universidades más importantes, Minerva usa como infraestructura los vastos recursos de las principales ciudades del mundo».

La primera vez que visité la sede de Minerva, en el centro de San Francisco, fue en la primavera de 2017, hacia el final del segundo curso académico. Jonathan Katzman, el director de productos, me explicó que su equipo se encargaba de que el diseño de la infraestructura de la universidad encajara con los estilos de vida y de aprendizaje contemporáneos.

—Teníamos dos principios —me contó—. El primero, que si alojamos a los estudiantes en una ciudad, deberíamos aprovecharnos de las características y los servicios que ofrezca. Los alumnos deberían usar la biblioteca de la ciudad para estudiar o, si no, las cafeterías locales. No hace falta que construyamos un auditorio sinfónico ni un teatro ni un complejo deportivo, porque las ciudades a las que van nuestros estudiantes disponen de todas estas infraestructuras y nosotros podemos asegurarnos de que aprendan a hacer uso de ellas. Y más que podemos hacer. Las instituciones culturales más importantes cuentan con empleados que se dedican a la divulgación y a la enseñanza. Nuestros alumnos tuvieron la oportunidad de aprender a cantar ópera… ¡en la ópera de San Francisco! Representaron obras de teatro… ¡en el escenario del teatro ACT! Hacen voluntariado sobre personas sin hogar, salud pública y todo tipo de temas. Se relacionan a diario con la ciudad real.

Está claro que alguien paga la infraestructura social que utiliza Minerva, pero no son los estudiantes quienes la costean.

Aunque la universidad es nueva, Minerva está tratando de establecer sus rituales y sus tradiciones, que se superponen a la infraestructura social.

—Ya hay en marcha varias cosas gordas —asegura Capri LaRocca, la jefa de experiencia urbana—. Tenemos grupos de legado, que son estilo los del Sombrero Seleccionador de Harry Potter. Los grupos toman su nombre de elementos de San Francisco, como Océano, Puente o Torre. Los estudiantes se reúnen en sitios especiales y hacen vídeos e historias que dejan en legado a las promociones siguientes. Y la gran actividad común es las 22:01. Las tareas se tienen que entregar todos los domingos a las diez de la noche, por lo que pusimos en marcha el ritual de hacer una cena semanal a la que asiste todo el mundo. Los estudiantes proceden de países distintos, así que cada semana un grupo de uno de los países o regiones prepara la cena y organiza alguna actividad cultural. Normalmente termina con la música de fiesta que más les gusta y todo el mundo se queda bailando hasta la madrugada.

Minerva se toma en serio la vertiente social de la vida universitaria, pero las autoridades académicas quieren que la universidad

adquiera prestigio gracias a su oferta educativa, de manera que han desarrollado una infraestructura que la sustente. Katzman me explica que el segundo principio del diseño de la universidad es que la tecnología educativa —un portal desarrollado por su equipo— tiene que ofrecer una experiencia educativa que sea como mínimo tan buena como la que los estudiantes se llevan de un seminario presencial e incluso mejor.

—Tenemos unos profesores excelentes, procedentes de distintas partes del mundo, que pueden impartir clase para nosotros gracias a nuestra tecnología y solo organizamos seminarios reducidos [en directo, sumamente interactivos y en los que normalmente participan entre doce y dieciocho alumnos], nada de clases magistrales, porque esa es la mejor manera de aprender.

Yo llevo toda mi carrera impartiendo clases presenciales y no por medio de una pantalla, así que, como es natural, expreso cierto escepticismo.

—Te voy a ser sincero —replica Katzman—: estas clases son de las más intensas que vas a ver nunca y la tecnología ayuda, porque en la pantalla ves la cara de todo el mundo a la vez, a menos que el profesor quiera formar grupos más pequeños o prefiera otro tipo de distribución. Todo el mundo está al mismo nivel. No hay fila de atrás, no hay ningún sitio en el que puedas desaparecer. Y se produce una interacción superinteresante tanto entre los estudiantes como entre los alumnos y los profesores. Además, se graban todas las clases, así que los profesores pueden volver a ver cuál es el problema cuando a alguien se le resiste la materia. Pueden prestar un apoyo que en un aula tradicional es sencillamente imposible que presten.

Hace poco, Minerva publicó ciertos datos que respaldan esas afirmaciones. En 2016 y 2017, la universidad se sometió a la Collegiate Learning Assessment, una prueba estandarizada que evalúa cuánto aprenden los estudiantes a lo largo de un solo curso. A principios de año, los alumnos de primer curso de Minerva figuraban en el percentil 95 en comparación con los de otras universidades y, dado que el programa es sumamente selectivo y que los alumnos tienen un nivel muy alto cuando llegan, también estaban en el percentil 78 en comparación con los estudiantes de

último curso. Tras ocho meses de enseñanza exigente en Minerva, los alumnos de primero estaban en el percentil 99, no solo entre los alumnos universitarios de primer curso, sino también comparados con los estudiantes de último curso de todos los Estados Unidos. «La puntuación media de nuestros alumnos a finales del primer curso era más alta que la de los estudiantes de último curso que se graduaban ese año en todas las demás universidades y centros de educación superior que se sometieron a la prueba —escribe Stephen Kosslyn, decano fundador y director académico—. Los resultados de Minerva no tienen precedentes en la historia de la prueba».[122] La nueva universidad encabezaba la clasificación que medía el aspecto que más en serio se tomaba: el de ayudar a los estudiantes a aprender.

Pregunté en la universidad si podía charlar con algún alumno y me presentaron a tres que estaban acabando el primer curso. Todos parecen más mayores y más maduros que los estudiantes de primer curso a los que he dado clase en Manhattan, pero quizá no debería sorprenderme. Aunque se presentaron unas veinte mil solicitudes para las ciento sesenta plazas de la promoción de 2022, es evidente que quienes resultan admitidos y después, a su vez, se decantan por Minerva en vez de por otras opciones más convencionales guardan escaso parecido con el típico novato.

Sin embargo, en ciertos aspectos sí que son como la mayoría de los estudiantes universitarios: quieren descubrir cosas, entablar relaciones y disfrutar de experiencias que los cambien para siempre.

—Estamos superunidos. Casi todo el mundo se conoce —explica Zane, un precoz alumno de dieciocho años procedente del sur de California—. Pero también hay muchísima diversidad entre nosotros. No dejo de pensar en que si hubiera ido a la Universidad de California en Los Ángeles, donde están muchos de mis amigos del instituto, mi vida habría sido absolutamente predecible. Habría estudiado Matemáticas Aplicadas a la Informática, habría seguido saliendo con mis amigos de toda la vida, me habría quedado en California o Los Ángeles… Pero esto es una aventura. Todo está en suspenso y en el aire. Estoy convencido de que el sitio en el que estás define quién eres. Y yo voy a vivir por todo el mundo, voy a conocer sitios y culturas distintas. Soy consciente desde ya de que

voy a ser muy distinto por el hecho de estudiar aquí. Y alucino con lo mucho que estoy aprendiendo.

Cuando terminamos la charla grupal, Zane me pregunta si puede acompañarme al garaje para pedirme consejo. Salimos de la oficina de Minerva, subimos Market Street y cruzamos hacia el San Francisco Civic Center. Vemos a otro estudiante; Zane y él se hablan a gritos mientras se acercan, chocan las palmas, quedan para más tarde. Hay un hombre tocando la batería sobre un cubo de plástico y Zane aprovecha para contarme que quiere pasar el verano en Nueva York desarrollando un estudio independiente sobre los círculos de bateristas.

—Puedo trabajar de camarero, dormir en el sofá de alguien… Algunos alumnos de Minerva son de allí, así que fijo que pueden ayudarme cuando vaya —me explica—. Ya le he dicho que estamos todos superunidos.

Al final resulta que el consejo que necesita no tiene nada que ver con la investigación académica: quiere saber si tengo algún amigo o algún alumno en cuya casa pueda alojarse.

Nos detenemos ante un semáforo y observamos la plaza que tenemos delante. Hay tipos con chaqueta y corbata y pinta de trabajar para el Gobierno, turistas europeos, personas sin hogar camino de la biblioteca, ciclistas que nos pasan por delante como centellas… Zane exhala y relaja el cuerpo; parece sentirse como en casa.

* * *

Esos estudiantes, como los de la mayoría de las universidades, viven cerca de una biblioteca, pero la de los alumnos de Minerva está gestionada por el Ayuntamiento de San Francisco en vez de por la universidad. Es un acomodo apropiado, dado que en San Francisco, lo mismo que en muchas ciudades contemporáneas, la biblioteca seguramente sea la institución con mayor responsabilidad a la hora

de animar a la gente a aprender. Cuando estuve haciendo trabajo de campo en la biblioteca de Seward Park, de la red de bibliotecas de Nueva York, Andrew —el empleado que reivindicaba que hubiera más «palacios del pueblo»— me dijo que lo más gratificante de su trabajo es ayudar a los niños a entender la cantidad que cosas que pueden aprenderse en el mundo.

—En cuestión de tres años, he visto crecer a muchos de los niños de este barrio —me explicó—. He visto a algunos niños aprender a leer. He visto a algunos adolescentes convertirse en usuarios habituales. He visto meterse en líos a algunos de ellos y luego enderezar su vida. Y es fantástico ver crecer a la gente, ver a los niños hacerse adultos.

Lo mismo observé yo en varias bibliotecas locales. En Seward Park, la mayoría de los días empezaban con grupos de niños de las guarderías y escuelas elementales de la zona que se paseaban por el edificio cogidos de la mano o que iban todos agarraditos a una cuerda común. Se dirigían directamente al espacio infantil que había en la primera planta, donde los aguardaban un equipo de bibliotecarios y miles de libros. En Chinatown —donde la mayoría de los padres son inmigrantes, no se manejan bien en inglés y tienen poco dinero para comprar libros—, la biblioteca es el lugar por excelencia para aprender a leer y escribir. El personal de la biblioteca ofrece clases para niños, padres y cuidadores a lo largo de todo el día. Entre las actividades a las que asistí había cuentacuentos, canciones y lecturas bilingües, arte y manualidades, informática básica, sesiones sobre cómo buscar información, ayuda con los deberes o preparación para la universidad. Presencié cómo los profesores de las escuelas elementales —cuyos centros, debido a los recortes presupuestarios de la red de educación pública, no disponían de biblioteca propia— llevaban a toda la clase a la biblioteca de Seward Park para algún proyecto especial o simplemente para sacar libros en préstamo. Pasé tardes en compañía de alumnos de instituto que pasaban el rato, estudiaban y jugaban a juegos de ordenador en el espacio reservado a los adolescentes porque era mejor que estar en la calle. Vi a los bibliotecarios encargados de la sección infantil organizar actividades especiales para familias que tenían a uno de los progenitores en la cárcel con el fin de que aquellos niños a los que

les costaba concentrarse en los deberes y entablar amistades sólidas, debido a la vergüenza y al aislamiento que sentían, pudieran conocer a otros chavales que estuvieran en su misma situación. Conocí a jóvenes que decían que fuera de la biblioteca se encontraban con un mundo de restricciones, mientras que ahí dentro solo había abundancia y tenían permiso para coger lo que les apeteciera.

Entrevisté a muchísimas personas acerca de sus recuerdos de infancia en las bibliotecas y me enteré de distintas formas en que la experiencia había resultado significativa: descubrir un interés del que nunca habrían oído hablar de no ser por los bibliotecarios, por la posibilidad de curiosear entre las estanterías o por una colección de vídeos; sentirse liberados, responsables, inteligentes; hacer nuevos amigos, intimar con otros; experimentar —en algunos casos, por primera vez— una sensación de pertenencia.

Sharon Marcus, por ejemplo, se crio en Queens en el seno de una familia trabajadora que andaba escasa de dinero y donde todo el mundo tenía mucho que hacer.

—En mi casa no había paz —recuerda—. Y en el parque, donde pasaba cantidad de horas, mucho bullicio. Era imposible encontrar un sitio para sentarte y estar a tu aire. Yo era introvertida y necesitaba pasar tiempo sin hablar con nadie. Quería estar leyendo tanto rato como me diera la gana, ser la dueña absoluta de mi tiempo, de mi energía, del uso que le daba a mi atención, de a qué se la dedicaba, durante cuánto tiempo. Y la biblioteca era ese sitio al que podía ir y pasar de la gente, pero también donde sabía que no estaba sola. En mi familia no nos íbamos de vacaciones, no viajábamos, así que la biblioteca era el lugar al que iba para escapar de todo y donde podía vislumbrar una realidad mejor.

Sharon recuerda con claridad los libros que leía en la biblioteca local. Empezó con historias sobre niños neoyorquinos normales y corrientes que vivían vidas muy distintas de la suya y, con el tiempo, empezó a interesarse por los libros sobre actrices y estrellas de cine.

—Me acuerdo de que encontré un montón de biografías de reinas y santas. Hoy es el día en que soy capaz de ver físicamente dónde

estaba esa sección en el edificio. Me interesaban las reinas porque, a ver, ¿cómo podían no interesarme? Eran como hombres que habían hecho algo. Me empezó a interesar la reina Isabel I porque era la hija de Enrique VIII. Usé el catálogo de tarjetas, encontré un libro y luego al lado de ese había otra Isabel, una santa húngara cristiana que estaba loca y que se había cogido la lepra aposta o algo así, y me acuerdo de que ese también me lo leí. No sé cómo tenían organizada esa sección, pero básicamente era sobre mujeres que habían hecho cosas. Me la leí enterita.

La biblioteca adquirió una importancia aún mayor para Sharon cuando llegó a la adolescencia.

—¡Qué ilusión me hizo enterarme de que en la biblioteca se podía leer periódicos viejos en microfilm y ver películas antiguas! —me cuenta Sharon—. Los bibliotecarios siempre me lo permitían y nunca me hacían muchas preguntas. Eso era importantísimo. Nunca jamás me topé con ningún bibliotecario que me dijera algo tipo: «Pero ¿tú para qué quieres hacer eso?» o «Esa máquina no la puedes usar, eres demasiado pequeña». Por tímida que fuera yo, ellos nunca me hicieron sentir incómoda. Tampoco me trataban como si fuera especial o superlista: su actitud era neutral. Y eso, en mi opinión, era una verdadera virtud. Hacía que la biblioteca fuera un espacio de permisividad: nadie te animaba ni te presionaba para que fueras en una dirección determinada ni te sentías como si te estuvieran observando y dándote su aprobación, sino que sencillamente tenías libertad para dedicarte a lo que te apeteciera.

En la vida de Sharon no había ningún otro espacio que funcionara de aquella manera: ni su casa, donde sus padres vigilaban sus decisiones; ni la sinagoga, donde experimentaba una intensa presión moral pero no sentía que encajara, ni el colegio, donde los profesores y los empleados juzgaban a la mínima. Como descubrió, la biblioteca satisfacía casi todos sus intereses, sobre todo si salía del barrio y visitaba la biblioteca principal de Queens o la apabullante biblioteca central de Manhattan, en la 42nd Street y Fifth Avenue.

—Me acuerdo de que estando en el instituto recurría a la biblioteca cuando tenía que hacer un trabajo importante de investigación —me explica—. Todavía no existía internet y costaba muchísimo más

encontrar información. Recuerdo lo bien que me sentí. Aquello superaba la sala infantil e incluso la colección de mi pequeña biblioteca local. Me di cuenta de que había un montón de cosas sobre el funcionamiento del mundo que yo quería entender y de que allí, mediante los libros y la lectura, podía encontrar las respuestas.

En la actualidad, Sharon sigue visitando asiduamente la biblioteca, aunque, ahora que ostenta la cátedra del profesor Orlando Harriman del Departamento de Inglés y Literatura Comparada de la Universidad de Columbia, sacar tiempo para ir a la biblioteca pública ya no le resulta tan fácil como cuando era niña.

Jelani Cobb, que se crio en Hollis, Queens, en la década de 1970, también considera que la parte más importante de su educación tuvo lugar en la biblioteca del barrio. Su padre, que había emigrado desde el sur de Georgia, era electricista y había empezado a trabajar a los nueve años, así que solo había podido ir al colegio hasta tercer grado; su madre, de Alabama, tenía el título de secundaria.

—Vivíamos en una comunidad afroamericana de clase media con un montón de gente de la generación migrante que hablaba con acento sureño —me cuenta—. Estas personas se habían establecido en la ciudad y estaban empezando a progresar en la vida. No habían tenido acceso a la enseñanza formal, pero le daban mucha importancia a la educación. Les llenaba de orgullo leer el periódico todos los días sin falta, ir a la biblioteca, sacar libros y todo eso para complementar lo que no habían podido aprender de niños.

Jelani recuerda cuando le dieron su primera tarjeta de la biblioteca.

—Tendría unos nueve años, iba a un colegio nuevo y, en el camino de vuelta a casa, nos paramos en la biblioteca pública de la 204th Street y Hollis Avenue. Cuando entramos, mi madre me dijo que le explicara a la señora lo que quería. Yo dije que quería una tarjeta de la biblioteca, pero, como no me oía bien, la mujer se inclinó hacia mí y mi madre le dijo: «No, siéntese bien». A mí me dijo que hablara alto para que me oyera la señora, así que eso hice: le dije que quería sacarme la tarjeta de la biblioteca. Creo que si eras lo bastante mayor para firmar podías solicitar la tarjeta. ¡Y me la dio! ¡Eché una firmita y me hice con ella!

Uno de los primeros libros que sacó Jelani trataba sobre Thomas Edison y contaba que, de niño, el inventor leía todas las semanas una pila de libros de casi medio metro.

—Yo me propuse hacer lo mismo, aunque lógicamente me parece que no lo conseguí —rememora Jelani—. Pero eso consiguió iniciar el hábito, que aún mantengo, de pasar horas y horas leyendo, y eso es una pasada. También me acuerdo de que me fascinaba la idea de que la gente joven pudiera ir a aquel sitio y leer lo que le apeteciera. ¡Qué de cosas había en esas estanterías! Era casi como: «Pero ¿la gente sabe que existe esto?». Era como: «¿Se ha descubierto el pastel?». ¡Me daba miedo que se enteraran de lo que pasaba y cerraran aquel sitio!

Jelani y su madre pasaron muchas horas juntos en la biblioteca. Con el tiempo, su madre retomó los estudios y obtuvo primero un grado y después un máster por la Universidad de Nueva York.

—Una vez, mi madre sacó un libro delgadito —recuerda su hijo—. Como tenía unas treinta páginas, a mí no me cabía en la cabeza que aquel fuera un libro para adultos. Yo pensaba que los mayores leían libros gordísimos, así que ese despertó mi interés. Quería leerlo, pero ella me decía: «No, este libro es para adultos».

»Y yo, como: «¡Que puedo leerlo, joé!», así que lo leí. Trataba sobre un hombre que tiene un saco de oro que lleva de un lado para otro y quiere ir a nadar pero no puede, y quiere hacer otras cosas, pero tampoco puede. El saco de oro es un estorbo constante. Hasta que al final lo pierde, pero mientras lo busca acaba haciendo todas esas cosas que no ha podido hacer mientras tenía el saco. Y yo pensé: «Anda, pues no está mal la historia». Y mi madre me dijo: «¿Lo pillas?». Y yo: «Claro, el hombre pierde el saco y luego hace esto y aquello». Y ella dijo: «No, esto se llama metáfora». Y es que me acuerdo de eso perfectamente. Fue cuando aprendí lo que era una metáfora y cómo funcionaba en la literatura. Mi madre me explicó que el motivo por el que era una historia para adultos pese a ser tan breve era que en realidad intentaba hablar de una cuestión más profunda; que muchas veces un libro es más que lo que cuenta la historia en la superficie. ¡Vaya si fue importante esa lección!

Jelani también pasaba mucho tiempo él solo en la biblioteca,

leyendo sobre política, arte y literatura, y a veces hasta profundizaba en temas controvertidos que habían despertado su curiosidad durante conversaciones en casa o en la iglesia.

—Me educaron en el catolicismo, pero cuando tenía quince años me interesé no sé cómo por la eutanasia y empecé a formarme mi propia opinión sobre el tema. Cuando tuve que hacer un trabajo para el instituto, empecé entrevistando al cura. El que me había bautizado, de hecho. Me explicó que los católicos nos oponíamos a la eutanasia y yo me quedé como: «Ah, vale». Pero luego fui a la biblioteca y empecé a leer cosas por mi cuenta. Y me di cuenta de que… ¡yo no estaba de acuerdo con aquello! La gente debería tener derecho a decidir cuándo morir. Terminó siendo una opinión que sostengo a día de hoy y la verdad es que, si no me hubiera adentrado en ese tema por mi cuenta y riesgo, ni hubiera leído esas cosas en la biblioteca, probablemente me habría limitado a pensar que eso era lo que opinábamos los católicos y punto.

Según cuenta, la biblioteca lo ayudó a ganar independencia, a ser capaz de cuestionar la autoridad y de pensar por sí mismo. En la actualidad, pone en práctica esas habilidades a menudo. Trabaja como redactor en plantilla en la revista The New Yorker y da clases de Periodismo en Columbia.

Su madre murió en 2011 y Jelani quiso hacer algo para honrar el amor que la mujer profesaba por la biblioteca y los recuerdos que él atesoraba de los momentos que habían pasado allí juntos.

—El año de su muerte, compré uno de los ordenadores de nuestra sucursal local de la biblioteca de Queens, esa a la que mi madre me había llevado a solicitar mi primera tarjeta de la biblioteca. Le puse una plaquita que decía «Para Mary Cobb». Pensé que contribuiría a un lugar que mi madre consideraba valioso. A mí me pareció el gesto ideal, porque la biblioteca fue importantísima para los dos. Todo lo que hago ahora se debe a la oportunidad que tuve de leer todos esos libros a los nueve o diez años.

Hoy en día, nuestros barrios están llenos de niños cuyo futuro, como el de Jelani, se fraguará en esos sitios a los que recurren para aprender sobre sí mismos y sobre el mundo que heredarán. Se merecen palacios; de nosotros depende que tengan acceso a ellos.

[94] Deborah Meier, «In Education, Small Is Sensible», The New York Times, 8 de septiembre de 1989.

[95] Ibid.

[96] Julie Bosman, «Small Schools Are Ahead in Graduation», The New York Times, 30 de junio de 2007.

[97] Samuel Freedman, Small Victories: The Real World of a Teacher, Her Students, and Their High School, Nueva York: Harper & Row, 1990.

[98] Ibid., p. 20.

[99] Ver National Education Association, «Research Talking Points on Small Schools», www.nea.org/home/13639.htm; Jonathan Supovitz y Jolley Bruce Christman, «Small Learning Communities That Actually Learn: Lessons for School Leaders», Phi Delta Kappan 86, n.º 9 (2005), pp. 649-651, y Craig Howley, Marty Strange y Robert Bickel, «Research About School Size and School Performance in Impoverished Communities», ERIC Digest, Charleston (Virginia Occidental): ERIC Clearinghouse on Rural Education and Small Schools, diciembre de 2000.

[100] La investigación de MDRC sobre los centros pequeños se resume en el informe «Frequently Asked Questions About MDRC's Study of Small Public High Schools in New York City», octubre de 2014, www.mdrc.org/publication/frequently-askedquestions-about-mdrc-s-study-small-public-high-schools-new-york-city.

[101] Richard Dober, Campus Design, Nueva York: John Wiley & Sons, 1992, pp. 280, 8. Dober veía la educación superior como «el terreno común para la aculturación» de las sociedades contemporáneas y en los últimos años las universidades han adquirido un protagonismo mayor. Hoy en día, en el Reino Unido van a la universidad más de 20,4 millones de estudiantes (aproximadamente 7,3 millones se matriculan en programas de dos años y 13,4 millones, en programas de cuatro), lo que supone en

torno al 6 por ciento de la población estadounidense; en Canadá, van a la universidad 1,7 millones o el 5 por ciento de la población. Los estudiantes universitarios suelen disfrutar de experiencias significativas y a menudo cruciales. Sobre la matriculación en los Estados Unidos, ver el informe Fast Facts from the National Center for Education Statistics, https://nces.ed.gov/fastfacts/display.asp?id=372. Sobre el Reino Unido, ver www.universitiesuk.ac.uk/policy-and-analysis/reports/Documents/2014/2014.pdf. Sobre Canadá, ver www.univcan.ca/universities/facts-and-stats/.

[102] Ver Michael Rosenfeld, The Age of Independence: Interracial Unions, Same-Sex Unions, and the Changing American Family, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 2007.

[103] Paul Venable Turner, Campus: An American Planning Tradition, Cambridge (Massachusetts): MIT Press, 1984, pp. 9-10.

[104] Ibid., p. 12.

[105] Ibid., p. 17.

[106] Ibid., p. 47. Según escribe Turner, las primeras universidades, aunque pueda sorprender, solían estar «motivadas por el objetivo de formar a los indios para que trabajaran como misioneros», además de estar diseñadas para instruir a los futuros líderes procedentes de las familias de los colonos (p. 18).

[107] Ver Jordan Friedman, «11 Colleges Where the Most Students Join Fraternities», US News & World Report, 25 de octubre de 2016.

[108] Elizabeth Allan y Mary Madden, Hazing in View: College Students at Risk, 11 de marzo de 2008, https://stophazing.org/wp-content/uploads/2020/12/hazing_in_view_study.pdf.

[109] Ver John Hechinger y David Glovin, «Deadliest Frat's Icy 'Torture' of Pledges Evokes Tarantino Films», Bloomberg News, 30 de diciembre de 2013, www.bloomberg.com/news/articles/2013-12-30/deadliest-frat-s-icy-torture-of-pledges-evokes-tarantino-films. Ver también Richard Peña y Sheryl Gay Stolberg, «Prosecutors Taking Tougher Stance in Fraternity Hazing Deaths», The New York Times, 8 de mayo de 2017,

www.nytimes.com/2017/05/08/us/penn-state-prosecutors-fraternity-hazing-deaths.html.

[110] Ver Catherine Loh, Christine Gidycz, Tracy Lobo y Rohini Luthra, «A Prospective Analysis of Sexual Assault Perpetration: Risk Factors Related to Perpetrator Characteristics», Journal of Interpersonal Violence 20 (2005), pp. 1325-1348, y Leandra Lackie y Anton de Man, «Correlates of Sexual Aggression Among Male University Students», Sex Roles 37, n.º 5 (1997), pp. 451-457.

[111] Jeffrey DeSimone, «Fraternity Membership and Binge Drinking», Journal of Health Economics 26, n.º 5 (2007), pp. 950-967.

[112] Lisa Wade, «Why Colleges Should Get Rid of Fraternities for Good», Time, 19 de mayo de 2017, https://time.com/4784875/fraternities-timothy-piazza/.

[113] Un estudio académico reciente concluyó que muchas de las ciudades universitarias más famosas de los Estados Unidos, como Berkeley, Chapel Hill, Ann Arbor y Evanston, encabezan la clasificación nacional de comunidades con mayores índices de desigualdad racial. Ver Sean Reardon, Demetra Kalogrides y Ken Shores, «The Geography of Racial/Ethnic Test Score Gaps», CEPA Working Paper n.º 16-10, Center for Education Policy Analysis (Centro de Análisis de las Políticas Educativas), Universidad de Stanford, 2017.

[114] Arnold Hirsch, Making the Second Ghetto: Race and Housing in Chicago, 1940-1960, 1983; reimpr., Chicago: University of Chicago Press, 2009, p. 147.

[115] Para leer el testimonio de personas que cuentan que les pedían que no salieran del espacio protegido de la universidad, ver Loïc Wacquant, Los condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007, traducido por Marcos Mayer.

[116] Ver https://arts.uchicago.edu/arts-public-life/arts-block.

[117] Ibid.

[118] Jeremy Selingo, «Demystifying the MOOC», The New York Times, 29 de octubre de 2014.

[119] John Horrigan, «Lifelong Learning and Technology», Pew Research Center, 22 de marzo de 2016, www.pewinternet.org/2016/03/22/lifelong-learning-and-technology/.

[120] Chen Zhenghao, Brandon Alcorn, Gayle Christensen, Nicholas Eriksson, Daphne Koller y Ezekiel Emanuel, «Who's Benefiting from MOOCs, and Why», Harvard Business Review, 22 de septiembre de 2015.

[121] Dhawal Shal, «By the Numbers: MOOCS in 2016», Class Central, 25 de diciembre de 2016, www.class-central.com/report/mooc-stats-2016/.

[122] Stephen Kosslyn, «Minerva Delivers More Effective Learning. Test Results Prove It», Medium, 10 de octubre de 2017, https://medium.com/minerva-schools/minerva-delivers-more-effective-learning-test-results-prove-it-dfdbec6e04a6.

04

Vínculos saludables

Granja urbana de Growing Home en el barrio de Englewood, Chicago

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: Andy Collings. Su utilización ha sido autorizada.

Cada cuatro años, la Sociedad Estadounidense de Ingenieros Civiles (ASCE, por sus siglas en inglés) evalúa las infraestructuras del país, y si el Gobierno federal fuese un alumno de instituto, haría trizas el

boletín de notas antes que llevarlo a casa. En 2017, al igual que en 2013, la puntuación total de las infraestructuras estadounidenses fue «deficiente alto», pero podría haber sido peor. La red ferroviaria, pese a los notorios suspensos de la línea de Amtrak en el concurrido corredor del noreste y del metro de Nueva York, obtuvo un bien. Hubo siete redes —entre las que se encontraban los residuos peligrosos, los diques, los puertos, los centros educativos y las aguas residuales— que recibieron unas calificaciones algo mejores que en la evaluación anterior. Los parques, el transporte público y los residuos sólidos sacaron notas peores, mientras que otros —como la aviación (deficiente), las carreteras (deficiente), el agua potable (deficiente) y la energía (deficiente alto)— volvieron a obtener calificaciones igual de pésimas.[123]

No es ninguna sorpresa que la ASCE no evalúe la infraestructura social, que hasta ahora no ha sido un concepto habitual. Sin embargo, sí resulta extraño que se abstenga de valorar las infraestructuras sanitarias y alimentarias del país, que son tan fundamentales para nuestro bienestar como cualquier otra red vital. Como sabe cualquiera que haya recibido atención médica en un hospital público urbano, que haya visitado una ciudad industrial degradada o una comunidad rural desamparada o que haya comprado productos frescos en un barrio desfavorecido, también están en mal estado los sitios que permiten llevar una vida saludable. Nadie cuestiona la acuciante necesidad de inversión nacional en las anticuadas redes de transporte público, electricidad, energía y protección contra huracanes, pero ¿acaso son menos apremiantes o peligrosos los gravísimos problemas sanitarios que provoca una infraestructura social destartalada?

Pensemos, por ejemplo, en la crisis de salud pública más grave de los Estados Unidos desde la epidemia de VIH-sida: la adicción a los opiáceos. Desde finales de la década de 1990, en los Estados Unidos se ha producido un tremendo aumento en el comercio, uso y abuso de analgésicos de venta con receta médica, como la codeína y la hidrocodona, así como de drogas ilegales como la heroína.[124] Los resultados han sido demoledores.[125] Estas drogas han matado a cientos de miles de personas y han hecho estragos en innumerables comunidades; sobre todo, en ciudades pequeñas y en zonas rurales. La crisis de drogodependencia también ha tenido consecuencias

financieras. Un estudio de 2016 calculó que la epidemia de los opiáceos ya había costado a la economía estadounidense casi 80.000 millones de dólares.[126]

La consecuencia más grave de la crisis de los opiáceos es el alarmante aumento de las muertes por sobredosis. En 2016, 64.000 estadounidenses fallecieron por esa causa —el triple que en 2000— y la mayoría de esas muertes estaban vinculadas al consumo excesivo de opiáceos.[127] Para verlo en perspectiva, significa que, en cuestión de un año, murieron más estadounidenses por sobredosis que durante toda la guerra de Vietnam.[128] Y el problema no parece estar sino agravándose: las autoridades sanitarias creen que, a menos que se intervenga de manera drástica, solamente a lo largo de la próxima década morirán 500.000 estadounidenses por culpa de los opiáceos.[129]

No hay una sola causa que explique la epidemia, pero cada vez hay más pruebas que indican que la pérdida de la cohesión y del apoyo social es un factor importante que a menudo se pasa por alto.[130] En 2015, Anne Case y Angus Deaton, economistas de la Universidad de Princeton, detectaron un aumento sin precedentes en las muertes de personas estadounidenses blancas de mediana edad.[131] El incremento se debía, en gran medida, a fallecimientos por culpa de la drogadicción y el alcoholismo, además del suicidio, lo que Case y Deaton terminarían denominando «muertes por desesperación».[132] Los economistas —influidos por Émile Durkheim, un sociólogo francés que afirmaba que el suicidio era la consecuencia de una disrupción social profunda— defendían que esas muertes estaban vinculadas a cambios económicos y sociales a gran escala. Además de afrontar una disminución de las oportunidades laborales, las personas blancas de un nivel educativo bajo estaban experimentando una pérdida de los rituales tradicionales y de las instituciones sociales en las que se apoyaban desde hacía mucho tiempo. La tasa de nupcialidad ha disminuido. El divorcio está a la orden del día. Las familias están desestructuradas. Los Gobiernos locales tienen escasez de recursos. Las bibliotecas y las guarderías han reducido las horas de apertura. Las iglesias se afanan por hacer frente a retos y exigencias nuevas. «Esos cambios dejaron a la gente con menos estructuras a la hora de elegir carrera, credo y la naturaleza de su vida familiar —escriben—. Cuando esas elecciones

funcionan, surten un efecto liberador; cuando fracasan, la persona no puede responsabilizarse más que a sí misma. Como decía Durkheim, los casos más graves de fracaso terminan en suicidio». [133]

¿Cómo es posible que la pérdida de la comunidad lleve a más gente a tomar analgésicos? Es curioso, pero cada vez hay más investigaciones neurológicas que demuestran que, en términos químicos, los opiáceos son comparables a la conexión social. En un reciente estudio de laboratorio, los sujetos recibieron naltrexona, una sustancia química que bloquea la capacidad del cuerpo para generar los opiáceos que producimos de manera natural.[134] Sin esas sustancias químicas, la gente se siente más desconectada de otras personas a nivel social, lo que nos recuerda que el consumo de opiáceos sintéticos —como los que están causando estragos ahora mismo en comunidades estadounidenses desfavorecidas— puede aliviar el dolor físico y la angustia psicológica, así como el sufrimiento causado por el aislamiento social.

Hoy en día, la mayoría de las pruebas que existen sobre la vinculación entre el aislamiento social y la adicción a los opiáceos son anecdóticas y se basan, en gran medida, en testimonios de adictos que afirman que recurrieron a las drogas cuando se quedaron sin trabajo o sin sentimiento de pertenencia. Un heroinómano de McKeesport, Pensilvania —una de las ciudades del llamado Cinturón de Óxido—, le contó a la socióloga Katherine McLean que los problemas de la ciudad con la droga surgían directamente de la descomposición del tejido social. «Aquí no hay sentimiento de comunidad —le explicó—. No hay ni una gota, ni una pizquita de sentimiento de comunidad, así que, si todo el mundo pasa de todo el mundo, quien se dé a la bebida o a las drogas seguirá bebiendo y drogándose y ya está, porque aquí no hay otra puta cosa que hacer».[135]

Pero las anécdotas no son las únicas pruebas de las que disponemos. Hay nuevas investigaciones empíricas que establecen una conexión clara entre la robustez de los lazos sociales de una comunidad y la capacidad de sus miembros para resistirse al consumo de opiáceos. En 2017, un estudio de Michael Zoorob, estudiante de posgrado de la Universidad de Harvard, concluyó que las comunidades que

tenían un capital social sólido —que se establecía midiendo aspectos como la densidad de las asociaciones vecinales y la participación electoral de los ciudadanos— tenían más probabilidades de quedar protegidas de la crisis de los opiáceos que otras comunidades igual de vulnerables.[136] Aquello se mantenía aunque Zoorob tuviera en cuenta factores como los ingresos, el nivel educativo y el índice de prescripción de analgésicos. Un hallazgo como ese indicaba que quizá la gente que vivía en comunidades fuertes tuviera menos probabilidades de engancharse a las drogas o, seguramente, que la gente que sufría aislamiento social y consumía drogas tuviera más papeletas de morir por sobredosis. Una de las ideas más interesantes del estudio de Zoorob era que tal vez ese tipo de muertes —de manera similar a las causadas por las olas de calor— fuera más frecuente entre personas con redes sociales más endebles; entre otras muchas razones, porque si una persona sufre una sobredosis estando sola, no hay nadie ahí que pueda encontrarla y llamar a una ambulancia.[137]

Aunque reparar una infraestructura social deteriorada es un proyecto indispensable a largo plazo, muchas ciudades estadounidenses, grandes y pequeñas, se preguntan qué pueden hacer sin dilación para reducir el índice de muertes por sobredosis. Para responder a esa pregunta, merece la pena dirigir la vista a otro país que tuvo que afrontar un problema parecido: Suiza.

A principios de la década de 1970, una alarmante cantidad de ciudadanos suizos se enganchó a la heroína.[138] Al principio, los suizos reaccionaron de la misma forma en que siempre han reaccionado los Estados Unidos al consumo de drogas: mediante un endurecimiento de la ley. Los tribunales empezaron a dictar sentencias más duras para los drogadictos y los traficantes de drogas, mientras que la policía, por su parte, se encargaba de dispersar a la gente que se drogaba en sitios públicos. Pero el problema no hizo más que agravarse. No solo se aficionó a la aguja más gente joven, sino que se produjo un aterrador incremento de los delitos contra la propiedad, de las transmisiones de VIH y de las muertes por sobredosis.

En 1987, las autoridades de Zúrich, cada vez más desesperadas, probaron el enfoque opuesto. En vez de imponerles duras sanciones,

se permitiría a los drogadictos inyectarse en público, pero solamente en una zona específica de la ciudad, Platzspitz Park. A los seguidores de la serie de televisión The Wire esta estrategia les recordará a la que se despliega en la ficticia «Hámsterdam» de Baltimore. Al igual que en Hámsterdam, esa estrategia apenas contribuyó a frenar el problema de la drogadicción y provocó graves daños colaterales, como el aumento de la delincuencia en las inmediaciones del parque. Por su parte, la legalización no sirvió demasiado para atajar las sobredosis.

Suiza no es un país demasiado progresista: por ejemplo, las mujeres no pudieron votar hasta 1971. Sin embargo, en un país de banqueros abunda el pragmatismo. Estancadas, las autoridades pusieron en marcha un plan radical y rebosante de sensatez al mismo tiempo: se dieron cuenta de que lo que mataba a la gente no era el consumo de heroína en sí mismo, sino inyectarse la droga a solas en condiciones peligrosas. Al final, el Gobierno suizo decidió que la mejor forma de proteger a los toxicómanos era proporcionarles la droga. Sin embargo, la heroína se les administraría únicamente en clínicas donde podrían recibir la supervisión adecuada. Además, las drogas tendrían calidad farmacéutica, sin ningún aditivo desconocido y potencialmente letal. Las dosis serían lo suficientemente altas como para que los drogadictos pudieran hacer su vida sin sufrir síndrome de abstinencia, pero lo suficientemente moderadas como para que no se colocaran. El programa se gestionó como cualquier otro servicio sanitario y a los drogadictos se los trató como a cualquier otro paciente. La gente hasta tenía que pagarse un seguro médico para poder participar.

Los suizos descubrieron que, una vez que los toxicómanos no tenían que preocuparse por cómo conseguir la heroína, conseguían muchas veces abordar los problemas de fondo que los habían llevado a las drogas. Los trabajadores sociales podían ganarse la confianza de los toxicómanos y ayudarlos a conseguir trabajo y a hacer terapia. Al reducir el estigma de la heroína y crear espacios materiales donde los drogadictos y sus terapeutas pudieran reunirse sin la amenaza del castigo, el Gobierno suizo consiguió reinsertar a los heroinómanos en la sociedad.

En todos los casos, para recuperarse de la drogadicción se necesita el apoyo de una comunidad, ya hablemos de familia, amigos, terapeutas o grupos de narcóticos anónimos. Los expertos en adicciones se refieren a ese tipo de vínculos sociales como elementos del «capital de recuperación».[139] Las zonas de mantenimiento de heroína establecidas por el Gobierno suizo no eran simplemente sitios donde inyectarse droga: eran infraestructuras sociales, lugares donde los toxicómanos se relacionaban con regularidad con los orientadores y los profesionales sanitarios y en condiciones que, aunque no fuesen del todo salubres, eran lo más saludables posible.

Entre 1991 y 2004, las muertes por sobredosis en Suiza se redujeron el 50 por ciento.[140] Aunque seguía habiendo mucha gente que sufría sobredosis en los espacios de inyección supervisada, no murió ni una sola persona.[141] Mientras tanto, cada vez menos gente decidía empezar a meterse heroína. Entre 1990 y 2002, el número de consumidores nuevos descendió el 80 por ciento; a su vez, los índices de VIH cayeron en picado. El programa también tuvo efectos positivos para quienes no consumían drogas. Lo más reseñable es que los delitos contra la propiedad relacionados con la heroína se redujeron el 90 por ciento.[142] En un referéndum nacional que se celebró en 2008, los ciudadanos suizos votaron en masa a favor de mantener el enfoque de salud pública en lo tocante a la adicción a los opiáceos. Ahora forma parte de la legislación nacional.

Además, se trata de un modelo internacional de infraestructura social efectiva —aunque controvertida— que ha demostrado su utilidad para salvar vidas. En Australia y el Reino Unido han funcionado las clínicas experimentales de inyección segura. En 2014, Vancouver (Canadá), uno de los primeros sitios en distribuir agujas limpias, se convirtió también en la primera ciudad de Norteamérica en abrir una clínica completamente legal de heroína y de mantenimiento con metadona. El programa surtió un efecto inmediato.[143] Dos años después de su apertura, el índice de sobredosis mortales en las inmediaciones de la clínica se había reducido el 35 por ciento; sin embargo, el número de muertes en el resto de la ciudad había descendido menos del 10 por ciento.[144] En Vancouver, como en todas partes, los detractores de los espacios

de inyección legal vaticinaban que las clínicas animarían a más gente a probar la heroína, pero estudios posteriores han demostrado que no ha sido así. Al igual que en Suiza, acordonar una zona segura pero controlada para los toxicómanos hizo que la droga resultara menos atractiva: en Vancouver, la cifra de heroinómanos nuevos es muy inferior a la de sitios similares.[145]

Las ciudades estadounidenses se han mostrado reacias a adoptar el modelo suizo de mantenimiento de opiáceos, pero algunos sitios empiezan a acariciar la idea. Boston, que fue una de las primeras ciudades estadounidenses en sufrir un pico de sobredosis mortales por opiáceos y que se ha visto incapaz de revertir el problema, ha permitido que un corredor poco poblado en los límites de los barrios South End, Roxbury y Newmarket se convierta en la «Milla de la Metadona» de la ciudad. No es una zona de consumo seguro de drogas con protección jurídica, pero el área, que da a la autopista interestatal 93 y apenas tiene actividad comercial, acoge ahora un mercado de drogas al aire libre, albergues para personas sin hogar, clínicas de drogodependencia y el Boston Medical Center, uno de los hospitales de la red de seguridad y uno de los servicios de urgencias más grandes de Nueva Inglaterra. La alta concentración de servicios ha atraído a adictos a los opiáceos de toda la región, tanto personas que buscan tratamiento como gente que solo quiere un sitio donde chutarse a salvo.

Aunque a la ciudad le está costando satisfacer la demanda, hace poco abrió lo que la periodista Susan Zalkind, en un artículo sobre la «infraestructura de la epidemia de opiáceos», llama un «“espacio de participación” que funciona como una biblioteca, en el que no hay que dar explicaciones y que no exige que los usuarios den su nombre ni aporten identificación alguna. La clínica aspira a sacar a los toxicómanos y a los drogadictos de la calle y meterlos en programas terapéuticos, como hace el centro vecino, el Supportive Place for Observation and Treatment (Espacio de Apoyo para la Observación y el Tratamiento o SPOT, por sus siglas en inglés), que supervisa a los drogadictos para evitar que sufran sobredosis y los protege contra las agresiones (sobre todo, a las mujeres).[146] Los dos programas funcionaron enseguida. Según explica Zalkin, pocos meses después de la inauguración del centro, los empleados de SPOT habían puesto en marcha 3.800 interacciones con unos 500

usuarios —el 10 por ciento de los cuales terminaron pidiendo tratamiento— y evitado más de 100 visitas al hospital. Cuando los entrevistó, los drogadictos le contaron a Zalkind que habían hecho amigos en el corredor. «Es que sabes que, si hay algún problema, va a haber alguien que te apoye pase lo que pase», le confesó un hombre. Ese sentimiento de comunidad y ese nivel de confianza no suelen existir entre los adictos a los opiáceos de la calle.

Sin embargo, no a todo el mundo le entusiasma el proyecto. No hay duda de que la Milla de la Metadona promueve la salud y la seguridad de los adictos a los opiáceos, pero las infraestructuras sociales diseñadas para las personas enfermas y vulnerables —algunas de las cuales tienen antecedentes penales— no encajan bien en zonas residenciales o comerciales más amplias. Según escribe Zalkind, al pasar cerca del corredor se aprecia que «la gente tiende a caminar hacia allí con paso determinado y marcharse con un estupor neblinoso. A veces hay hombres con mochilas que te susurran “caballo” o “piedras” al oído cuando pasas y se ve mucha gente con identificaciones médicas colgadas del cuello».[147] Cuando se vive en otra parte de la ciudad, es fácil ver los beneficios de construir áreas delimitadas para el consumo de drogas y para recibir tratamiento, pero es inevitable que surjan quejas entre la gente que vive y trabaja por esa zona.

En Boston, las autoridades y los gestores de los centros sanitarios y sin ánimo de lucro que trabajan en la Milla de la Metadona intentan responder a las inquietudes de los vecinos y de los dueños de los pequeños comercios a los que les preocupan las consecuencias del corredor de la droga. Están adoptando medidas de seguridad y experimentando con diseños que separen los centros terapéuticos y sanitarios del resto de la ciudad. Por suerte, las antiguas ciudades industriales como Boston suelen disponer de terrenos abandonados o sin desarrollar, así que las zonas seguras de drogas no se le meten a nadie en el patio trasero. Si el sistema funciona, es expansible: hay cientos de sitios por todo el país que podrían albergar Millas de la Metadona. Es demasiado pronto para evaluar el proyecto bostoniano, pero las pruebas recabadas hasta la fecha sugieren que está reduciéndose el riesgo de sobredosis y ayudando a la gente a recibir tratamiento; está ahorrándole al ayuntamiento el coste de tratar las sobredosis en los hospitales públicos, y, lo que es aún más

importante, está salvando vidas.

* * *

Por demoledora que sea, la crisis de los opiáceos no es la única —ni la mayor— amenaza a la salud pública estadounidense. De hecho, en muchos barrios afroamericanos pobres y segregados, los problemas más acuciantes se derivan de la falta de productos y servicios básicos de los que los demás estadounidenses disfrutan sin darles mayor importancia; entre otras cosas, de la forma más elemental de la actividad comercial: la venta de comida saludable.

Pensemos en Englewood, el barrio del South Side de Chicago en el que murió tanta gente durante la ola de calor y cuya esperanza de vida es muy inferior a la media de la ciudad. Las casas abandonadas, escaparates tapiados y solares vacíos con hierba alta y maleza del tamaño de un árbol disuaden activamente a la gente de pasear por la zona, mientras que en los bloques de apartamentos, destartalados y deteriorados, las tasas de delitos violentos son tan altas que asustan.

—Aquí hemos perdido a tanta gente que tuve que dejar de llevar la cuenta —me confesó Cordia Pugh, que llevaba casi cincuenta años viviendo en el barrio—. Era durísimo.

A Pugh le preocupan las drogas, las bandas callejeras y las armas de fuego que hay en el barrio y todavía se alarma cuando oye que hay follón en la calle, pero el problema diario más frustrante con el que se han encontrado sus vecinos y ella durante décadas ha sido la falta de carne y de productos agrícolas frescos en los mercados y supermercados del barrio.

—Yo soy granjera de cuarta generación —me explicó Pugh—. El padre del padre de mi padre era granjero en Misisipi y los demás continuamos con la tradición. Es nuestro legado. Con la Gran Migración, a la que mi familia se sumó en la década de 1930, abrimos una granja en el norte. A Chicago nos trasladamos desde el

actual Ford Heights cuando yo tenía seis años, en 1959, y te garantizo que era un sitio tan rural como Misisipi. Criábamos cerdos y reses y cultivábamos todo tipo de hortalizas. Era igualito a estar en el sur.

Cuando la familia de Pugh se mudó a Englewood, había todo tipo de opciones alimentarias de calidad.

—Por aquel entonces, todavía era un barrio mixto —rememora Pugh—. Teníamos comercios y supermercados de todo tipo y había muchísima actividad. Yo participaba en las Girl Scouts y en el club de niños y niñas del barrio. Después del colegio iba a la Asociación Cristiana de Jóvenes. Hice los Cadets [un programa de música y desfiles]. Todo aquí mismo. Pero en la década de 1970 las cosas empezaron a irse al traste. Se marcharon todos los blancos. Hubo revueltas tras el asesinato de Martin Luther King. El ayuntamiento retiró la inversión y todas esas actividades para niños se evaporaron.

También desaparecieron los supermercados.

Para la década de 1980, según me explica Pugh, Englewood se había convertido en «el centro del desierto alimentario de Chicago», el término empleado por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA, por sus siglas en inglés) para describir las zonas urbanas donde la gente cuenta con un acceso limitado a supermercados, hipermercados o grandes tiendas de alimentación. De acuerdo con el USDA, en torno al 13 por ciento de las secciones censales de bajos ingresos son desiertos alimentarios y en esas zonas la ausencia de comida saludable puede resultar tan peligrosa como las bandas callejeras y las armas de fuego.[148] Según la Academia Nacional de Ciencias de los Estados Unidos, vivir en un desierto alimentario guarda relación con la obesidad y con multitud de enfermedades crónicas relacionadas con la dieta: hace que los residentes —niños incluidos— sean más propensos a consumir refrescos y comida procesada, que contienen elevados niveles de sal, azúcar y conservantes químicos. También guarda relación con la diabetes y con el cáncer. Además, para personas como Pugh, la lamentable oferta de la mesa hace que todas las comidas sean motivo de pesar en vez de alegría.

Vivir en un sitio como Englewood no ofrece muchas ventajas, pero una de ellas, según Pugh, es que hay tantos solares vacíos —al menos, uno por bloque, aunque la mayoría tiene varios— que es un barrio perfecto para la agricultura.

—Tardamos un poco en darnos cuenta —me explicó Pugh—, pero con el tiempo comprendimos que en Englewood podíamos labrar la tierra igual que en Misisipi.

Es un sitio ideal no solo para desarrollar huertos vecinales, sino también cultivos urbanos, potencialmente a gran escala.

Pugh no es la única que ha visto el potencial. En 1992, Les Brown, que fundó la Chicago Coalition for the Homeless (Coalición de Personas sin Hogar de Chicago), empezó a abogar por un programa urbano de formación profesional que girase en torno a la agricultura. La idea fue audaz, pero algo prematura, dado que el concepto de agricultura urbana todavía no se había popularizado y no abundaba la gente que compartiera su idea de transformar los solares vacíos de Chicago en espacios de producción agrícola. Brown y uno de sus colegas, Harry Rhodes, perseveraron; en 1998, su organización, Growing Home, adquirió en Marseilles, Illinois, a ciento veinte kilómetros de Chicago, tierras de cultivo que usaron para formar asistentes de producción. Brown murió en 2005, pero ese año Rhodes estuvo trabajando con una organización vecinal de Englewood y convenció al Ayuntamiento de Chicago de que les dejara usar un terreno vacío que había en el barrio para plantar cultivos. Resultó que el solar se encontraba justo en la intersección de los territorios de tres bandas callejeras y estaba contaminado con bifenilos policlorados, pero, tras cuatro años de rehabilitación —que supuso traer camiones llenos de tierra nueva, trabar relación con los residentes cercanos y convencer al ayuntamiento de que modificara una ordenanza local de zonificación—, Growing Home inauguró en Englewood la granja urbana de Wood Street. Fue la primera granja urbana ecológica de Chicago; dos años más tarde, Growing Home abrió allí cerca la granja de Honore Street.

—Nuestro objetivo es que Englewood pase de ser un desierto alimentario a un destino alimentario —me contó Rhodes.

Rhodes sabe que el proceso será largo y arduo y recuerda con

claridad lo mal que estaba todo cuando pusieron en marcha el proyecto de la granja.

—Antes de que llegáramos, la mayoría de la gente de Englewood no tenía acceso a productos frescos —me explicó—. Compraban la comida en las tiendas de alimentación del barrio, en la cadena de farmacias Walgreens o en las gasolineras de la zona. La gente que de verdad quisiera comida fresca tenía que ir al supermercado Whole Foods, en South Loop, o a la cooperativa de alimentación de Hyde Park, pero la mayoría no tenía ni tiempo ni dinero para hacer eso. No era difícil entender por qué había tanta gente que se alimentaba mal: costaba mucho conseguir comida decente.

»En 2006 Englewood tenía evidentes dificultades —afirmó—, pero a muchas familias les iba bien. Tenían clubes vecinales, cada vez había menos viviendas vacías… Estaban empezando a cambiar las cosas.

Cuando llegó la crisis de 2008, la ola de ejecuciones hipotecarias que se propagó por los barrios afroamericanos de Chicago supuso un durísimo revés para Englewood.

—Ocurrió muy rápido —rememora Rhodes—. Una ejecución tras otra. Antes de que nos diéramos cuenta, en cada bloque había al menos tres o cuatro casas tapiadas. Aún hoy, diez años después, hay edificios con la mitad de las viviendas deshabitadas, más solares vacíos y también muchísima más violencia.

En la actualidad, gracias a una década de trabajo de asociaciones ciudadanas como Growing Home, en Chicago hay ya más de ochocientos huertos vecinales y granjas urbanas que proporcionan beneficios tangibles a las personas que tienen la fortuna de vivir cerca de ellos.[149] Según la Asociación Estadounidense de Salud Pública (APHA, por sus siglas en inglés), que publicó hace poco una declaración de principios y una revisión de las investigaciones científicas sobre el impacto en la salud del acceso a la naturaleza, los huertos vecinales hacen más que dar sombra y reducir la temperatura en los sobrecalentados entornos urbanos.[150] Fomentan las relaciones intergeneracionales y entre miembros de la misma generación, lo que a su vez reduce el aislamiento social y aumenta la cohesión, la participación ciudadana y el cariño por el

vecindario; reducen los niveles de estrés de la gente que los visita o que pasa por ahí con frecuencia; ayudan a los niños a desarrollar sentimientos positivos hacia la naturaleza y facilitan el aprendizaje científico, y producen comida saludable: en Chicago hay más de quinientos huertos o granjas que dan fruta u hortalizas y muchos de ellos están en sitios donde cuesta encontrar alimentos frescos. A la ciudad, donde hay más de veinte mil solares vacíos —la mayoría, concentrados en zonas pobres y segregadas—, le vendría bien tener muchos más espacios verdes a pequeña escala.[151] Pero eso no será posible sin los recursos que las autoridades políticas y filantrópicas de Chicago han destinado a otras infraestructuras indispensables, como la impresionante azotea verde del ayuntamiento.

El jardín en cuestión, que ocupa casi dos mil metros cuadrados y que costó dos millones y medio de dólares, es una de las azoteas ecológicas más grandiosas y más caras del mundo. Se plantó por primera vez en el año 2000 y cuenta con unas veinte mil plantas de más de ciento cincuenta especies que ayudan a reducir el calor y a absorber la lluvia cuando hay tormenta. Según el ayuntamiento, cuando hace calor, la temperatura de la azotea es aproximadamente un grado más baja que en edificios similares con azoteas normales, con lo que se ahorran miles de dólares mensuales en gastos energéticos. La gigantesca azotea es un impresionante ejemplo de infraestructura ecológica, justamente el tipo de proyecto que las ciudades tendrán que construir a escala para luchar contra el cambio climático. Resulta agradable en términos estéticos y es responsable en el plano ecológico. Sirve de modelo no solo para los visitantes internacionales, sino también para los promotores locales: muchos de ellos han plantado huertos en las azoteas de otros edificios de Chicago. Sin embargo, no es una obra de infraestructura social: no contribuye para nada a que la gente de los barrios de Chicago se relacione entre sí con regularidad ni ayuda a que la gente que vive rodeada de asfalto disfrute de zonas verdes o de aire limpio ni protege de los fenómenos meteorológicos extremos a las personas vulnerables ni incrementa la salubridad de los sitios donde viven. Para lograr todas estas cosas, Chicago tendría que invertir en espacios verdes menos glamurosos, pero mucho más accesibles: huertos vecinales y granjas urbanas.

Pugh, que estuvo muchos años trabajando en el sector privado antes de dedicarse a la filantropía, me contó que una de sus motivaciones para implicarse tanto en el movimiento de granjas y huertos de Englewood es conseguir pruebas de que la idea funciona. Además de su propio huerto, ha desarrollado dos granjas urbanas —el huerto vecinal de Hermitage y el huerto de veteranos de Englewood — en colaboración con Growing Home. Los nuevos espacios verdes aportan mucho más que alimentos frescos.

—Las granjas y huertos son sitios tranquilos donde la gente puede ir —me explicó Pugh—. Gente joven, personas mayores… Viene hasta gente de otros barrios a la que le encanta estar al aire libre, labrando la tierra con otras buenas personas. Y necesitamos algo así, porque es imposible que exista una comunidad si no hay un espacio comunitario.

»Las granjas y los huertos no son solamente espacios comunitarios —añadió Pugh—, sino refugios. Hasta los de las bandas respetan lo que hacemos. —Al fin y al cabo, tienen padres y abuelos que viven en el barrio y que valoran disponer de alimentos frescos—. Cuando hay un conflicto, advierten a todo el mundo de que no se acerquen a nuestro bloque. Saben que la labor que hacemos es buena. ¡Y además es muy probable que también sus familiares estén aquí!

—Cuando nos instalamos en Wood Street —me contó Rhodes—, se estaba librando aquí mismo una lucha territorial. Nosotros construíamos a la vez que iban tapiando todo lo demás, así que hubo algunos chavales que nos destrozaron el sitio, que rompieron ventanas y cosas así. Pero, como trabajábamos codo con codo con los grupos vecinales y con los residentes, con el tiempo llegaron a considerarnos un recurso local. Vieron que teníamos algo que ofrecer. Y desde entonces la cosa ha estado bastante calmada. Es que los huertos son sitios preciosos. Estamos intentando plantar más, porque es evidente que el barrio los necesita.

Englewood aún está lejos de ser un destino alimentario, pero Growing Home está ayudando a que deje de ser un desierto. Las dos granjas producen alimentos frescos a un ritmo constante y en la actualidad organizan un mercado agrícola semanal en el que imparten clases de cocina. Hace poco, otras dos asociaciones vecinales crearon granjas en solares vacíos cercanos y también abrió

allí Kusanya, una cafetería local sin ánimo de lucro. El barrio, que cargaba desde hacía tiempo con el estigma de ser un foco de violencia urbana, está ganando poco a poco fama de ser un lugar especial para la agricultura urbana. Ese cambio de estatus ya ha surtido efecto en el desarrollo económico local. Cuando en septiembre de 2016 abrió en Englewood un centro comercial con un supermercado Whole Foods, un Starbucks y un Chipotle, los periodistas declararon que «ya no era un desierto alimentario». Aunque quizá fuera una declaración prematura, dado que no todo el mundo puede permitirse los precios de esos establecimientos, los vecinos de Englewood hicieron cola durante muchísimo tiempo para comprar en Whole Foods el día de su inauguración, atraídos en parte porque la cadena, pese a ser de gama alta, había prometido bajar los precios de los productos básicos, como los alimentos frescos, y en parte porque se había comprometido a contratar a muchísimos vecinos.

Growing Home ha mantenido también su compromiso original de formación profesional y desarrollo económico.

—Al hablar con la gente de la zona, nos dimos cuenta de lo importantísimo que era ayudarlos a romper el círculo vicioso de pobreza y cárcel —me contó Rhodes—, así que creamos un programa para la gente que acababa de salir de prisión: los contratábamos como asistentes de producción durante catorce semanas y al terminar los ayudábamos a conseguir trabajos de jornada completa.

Una vez que aquello cuajó, Growing Home añadió formalmente a su misión el desarrollo comunitario.

—Es fundamental tener un sitio que no solo produce comida saludable, sino que ayuda a establecer un montón de vínculos sociales. Ahora sabemos que podemos contribuir de muchas maneras a que Englewood sea un lugar más saludable.

* * *

Tuvieron que esperar años —y deslomarse en aquel terreno urbano que llevaba descuidado tanto tiempo— hasta convencer a las autoridades públicas de que las granjas urbanas y los huertos vecinales podían recibir fondos destinados a infraestructuras.

—Cuando pusimos el proyecto en marcha, el ayuntamiento se rio de nosotros —rememora Rhodes—. «¡Una granja en Englewood! Ya…». Ahora se dan cuenta de que es buena idea. Estamos a punto de conseguir otro espacio cerca de la granja de Honore Street y el ayuntamiento va a encargarse del saneamiento ambiental, lo va a cubrir y lo va a vallar. El apoyo es muy superior al que nos dieron hace diez años. Estaría bien que fuera algo más sistemático, pero son conscientes de la importancia de nuestra labor, así que quizá lo consigamos algún día.

Así será si la APHA influye en el emergente espacio donde se cruzan la planificación de la infraestructura social y la salud urbana. Una de las principales recomendaciones en materia de políticas que se recogen en el informe de la APHA sobre la naturaleza dice así: «Los huertos vecinales deberían considerarse una opción de espacio abierto primordial y permanente como parte de las estrategias de planificación maestra; los huertos deberían desarrollarse como parte de los procesos de ordenación territorial en vez de como un aditamento a los proyectos de redesarrollo de los vecindarios».[152]

Las autoridades han ignorado esa recomendación, pero no deberían haberlo hecho. Al fin y al cabo, las infraestructuras modernas —que nos permiten obtener energía, agua potable, transporte público rápido, comida asequible y estructuras resistentes— han contribuido a mejorar la salud pública más que cualquier otra intervención moderna, incluida la medicina científica. «A principios del siglo XX se produjeron cambios fundamentales en la salud y la seguridad gracias a colaboraciones que hoy en día se considerarían extrañas o inusuales: entre médicos y planificadores urbanos, sanitarios e ingenieros civiles —escriben Charles Branas y John MacDonald, que expandieron sus investigaciones sobre la mediación en el deterioro urbano para comprobar si esta contribuía a mejorar la salud pública aparte de a reducir los delitos violentos—. Tratar a pequeñas cantidades de personas de manera puntual e ignorar al mismo tiempo los entornos en los que vive la gente, que son

claramente insalubres en términos sociales y medioambientales, ha entorpecido los tratamientos que administramos y ha ralentizado excesivamente el avance sanitario del país».[153] Hoy en día, cuando el mundo está volviéndose cada vez más urbano y hay cada vez más desigualdad, la necesidad de construir sitios más salubres es apremiante y la clave del asunto radica en la infraestructura social.

La fascinante investigación que desarrolló en Filadelfia el equipo de Branas demuestra no solo el qué, que la salud pública de los barrios urbanos pobres mejora si estos disponen de pequeños espacios verdes, sino también el cómo. En un estudio dirigido por Eugenia South, profesora de Medicina de Urgencias de la Universidad de Pensilvania, dieron con doce personas (ocho hombres y cuatro mujeres, todos afroamericanos, en su mayoría de la tercera edad y con ingresos anuales en casi todos los casos inferiores a 15.000 dólares) dispuestas a ponerse unos monitores Garmin para medirse de manera constante la frecuencia cardiaca mientras paseaban por una zona que estaba a dos manzanas de distancia de su casa. Los participantes hicieron dos paseos entre los que mediaron varios meses. En el primero, pasaron junto a solares vacíos sin rehabilitar, la clase de deterioro urbano que, como demostraban las investigaciones anteriores de Branas, tendía a fomentar la delincuencia. En el segundo paseo, caminaron junto a solares vacíos que se habían transformado en jardincillos accesibles con árboles y demás vegetación. Como señalan los autores, la frecuencia cardiaca es un marcador claro y dinámico de la respuesta al estrés; observar las variaciones que se producían cuando los sujetos del estudio pasaban junto a los solares rehabilitados y junto a los que estaban sin rehabilitar demostraría si contemplar espacios verdes bien cuidados influye en un elemento crucial de la salud humana.

Los resultados fueron inequívocos: cuando los vecinos pasaban por el solar vacío sin rehabilitar, su frecuencia cardiaca media aumentaba en 9,5 pulsaciones por minuto debido al estrés agudo, aun cuando esos solares llevaran tiempo en la zona y los participantes en el estudio los conocieran. Quizás un aumento de 9,5 pulsaciones por minuto no parezca demasiado peligroso, pero al equipo de Branas le pareció una cifra preocupante. Sugiere que vivir cerca de espacios urbanos deteriorados provoca picos de estrés

recurrentes y, con ellos, «cambios inflamatorios y desregulación de los sistemas cardiovascular, neurológico y endocrino durante toda la vida para las personas expuestas a ellos de manera reiterada».[154] Caminar —que, en la mayoría de los casos, es justo lo que tiene que hacer la gente para mejorar su salud y su forma física— puede convertirse, por el contrario, en fuente de ansiedad.

Los efectos se revertían cuando los sujetos pasaban por los solares transformados en espacios verdes. «Nuestros resultados indican que pasar cerca de un solar vacío reverdecido reduce la frecuencia cardiaca en comparación con pasar junto a un solar vacío sin rehabilitar —concluyeron South y sus colegas—. La reducción de la frecuencia cardiaca sugiere la existencia de un vínculo biológico entre el reverdecimiento de los solares vacíos y la disminución del estrés agudo». En un sentido más pragmático, sugiere que «mejorar […] las condiciones físicas —incluso cambios económicamente asequibles, como transformar solares vacíos en miniparques— puede producir a la larga beneficios generalizados para la salud». Al igual que la APHA, los investigadores instan a los Gobiernos a que valoren implementar en los barrios mejoras estructurales como «soluciones preferentes para problemas urbanos complejos».[155] En Filadelfia, así como en otras partes del mundo, es difícil ignorar las pruebas que sugieren que los espacios verdes llenos de vida reducen el estrés y, en consecuencia, contribuyen a mejorar la salud; sobre todo, entre las personas más vulnerables.

* * *

Desde que empecé a estudiar la ola de calor de Chicago, me preocupa el futuro de un grupo cada vez más numeroso de gente vulnerable: las personas mayores. En la actualidad, hay casi seiscientos millones de personas mayores de sesenta y cinco años en todo el mundo y las Naciones Unidas estiman que «casi la mitad de las mujeres que viven de manera independiente [es decir, ni con su familia ni en una residencia] viven solas».[156] Se espera que esas cifras aumenten notablemente en las décadas venideras debido al

envejecimiento de la población. Según un informe elaborado de manera conjunta por la Organización Mundial de la Salud y el Gobierno federal de los Estados Unidos, en 2050 la cifra total de personas mayores de sesenta y cinco años alcanzará los 1.500 millones, es decir, en torno al 16 por ciento de la población mundial.[157]

En otro proyecto de investigación, que desembocó en el libro Going Solo, defendí que el aumento de la gente que vive sola es uno de los cambios demográficos más significativos pero menos estudiados de la historia moderna. Aunque ese incremento se deriva de muchos cambios positivos (como el aumento de la longevidad y el creciente estatus de las mujeres), ha generado un problema social sumamente preocupante: un aumento del número de personas mayores con riesgo de sedentarismo y aislamiento, sobre todo si empeora su salud mental o física. Las políticas públicas que prestan cuidados profesionales pueden contribuir a atajar el problema. Sin embargo, hay una forma mucho más beneficiosa y bastante más barata de ayudar a las personas mayores a conservar la salud y la vitalidad: invertir en infraestructura social y construir espacios que promuevan estilos de vida activos e interacciones frecuentes en la esfera pública.

En los Estados Unidos, las bibliotecas locales —sobre todo, las que ofrecen actividades como ligas virtuales de bolos, clubes de lectura y sesiones de karaoke— son fundamentales para ayudar a que las personas mayores se mantengan activas. Los centros de jubilados también hacen que la gente salga de casa y participe en la vida social, pese a tratarse de sitios un poco estigmatizados en los que los mayores solo se encuentran con gente de su misma edad. Aunque gracias a la Seguridad Social y a Medicare los ancianos estadounidenses reciben apoyo básico para lidiar con los desafíos financieros de la vejez, en los Estados Unidos no se hace gran cosa por promover la actividad física y social entre los mayores. Por ejemplo, los parques organizan de vez en cuando actividades para personas mayores, aunque casi nunca están pensadas para responder a las necesidades de una población cada vez más envejecida; lo mismo puede decirse de la mayor parte de las bibliotecas y de las viviendas públicas. Sin embargo, otros países han hecho inversiones más generosas y meditadas en las

infraestructuras sociales que ayuden a las personas mayores a desarrollarse. Aunque esos proyectos apenas reciben atención pública, es importante entender su funcionamiento, dado que la promoción de hábitos saludables entre una población mundial cada vez más envejecida se está convirtiendo en un tremendo desafío social.[158]

Llevo años buscando sitios donde se ayude a los ancianos a conservar la salud física y la vitalidad social y uno de los ejemplos más extraordinarios es el de Singapur, cuya esperanza de vida —83,1 años— ocupa el tercer lugar en la clasificación mundial. (El primer puesto lo ostenta Japón con 83,7 años, mientras que Suiza está en segundo lugar con 83,4. El Reino Unido ocupa la vigésima posición con 81,2 años y los Estados Unidos están en el puesto número 31 con 79,3 años).[159] En torno al 80 por ciento de los ciudadanos de Singapur —y una proporción aún mayor de personas mayores— vive en edificios de viviendas públicas donde hay apartamentos de propiedad privada que se venden a residentes que disfrutan de generosas ayudas estatales. La mayoría de esos complejos ofrece a los residentes fácil acceso a animadas zonas comunes, como parques con zonas para hacer ejercicio, amplios espacios de reunión y opciones asequibles para comer al aire libre en los hawker centers (o zonas de restauración) que suelen ocupar la planta baja.

—Estos sitios están siempre a tope —me cuenta Wei Da Lim, mi anfitrión durante una visita de investigación al Centre for Liveable Cities (Centro para Ciudades Habitables) de Singapur mientras tomamos laksa en un abarrotado hawker center de la planta baja de la urbanización Toa Payoh—. Hay muchas personas mayores, claro, porque en Singapur hay un montón de personas mayores. —Hoy en día, uno de cada ocho habitantes tiene más de sesenta y cinco años; en 2030, la proporción será de una de cada cinco—. Muchas de ellas viven solas, pero siempre pueden venir aquí y encontrarse con gente a la que conocen.

Toa Payoh es la típica urbanización residencial de Singapur: una serie de torres de gran altura, conectadas por caminos de piedra y aceras, ubicadas en una zona salpicada de jardincitos y con un amplio centro comercial al aire libre en la planta baja. Durante mi

estancia en Singapur, visité otras cinco urbanizaciones residenciales en distintos barrios y, aunque los diseños variaban, todas ofrecían un extraordinario programa de actividades sociales, contaban con espacios verdes para relajarse al aire libre y albergaban actividad comercial —tiendas, restaurantes…— que atraía a gente de cualquier generación. Las zonas comunes estaban sumamente concurridas, pero el terreno siempre estaba limpio y bien cuidado. A la gente le preocupaba la delincuencia y en algunas de las urbanizaciones había enormes tablones donde las autoridades podían informar sobre delitos recientes. Sin embargo, las tasas de criminalidad son bajas prácticamente se mire como se mire —el tablón de «avisos de delitos» de Toa Payoh estaba en blanco— y la mayoría de los actos delictivos que se cometían eran menores. La gente mayor parecía sentirse a gusto en las zonas públicas, ya estuvieran paseando, haciendo recados o incluso durmiendo en un banco a la sombra, como vi hacer a mucha gente durante aquellas tardes largas y pegajosas.

El Gobierno de Singapur desarrolla una estricta planificación social y asigna los pisos de manera que en cada urbanización haya una mezcla de etnicidades y de niveles de ingresos; pero ese no es más que el primer paso para abordar el rápido envejecimiento de la población. Durante mi visita me reuní con distintas autoridades de la ciudad: el Centre for Liveable Cities es un organismo investigativo del Estado, estrechamente vinculado a los responsables políticos. Hay quien teme que los residentes que envejecen allí se aislarán cada vez más y se distanciarán de sus hijos y nietos, porque debido a las limitaciones del mercado inmobiliario es difícil que varias generaciones convivan en el mismo vecindario. A otras personas les preocupa que en los pisos grandes, diseñados para familias numerosas, terminen viviendo parejas de ancianos y solteros que desaprovecharán el espacio, lo que intensificará aún más la crisis de la vivienda que sufre uno de los sitios más pequeños y con mayor densidad de población del mundo. La planificación social del Gobierno tiene sus límites y respeta los derechos de los propietarios a quedarse en sus pisos. Sin embargo, la agencia de vivienda está pensando en nuevas urbanizaciones que ayudarían a reintegrar a las personas mayores con sus hijos, ya sea en viviendas multigeneracionales más grandes o en nuevas urbanizaciones que combinen distintos tipos de viviendas para familias más jóvenes y

personas solteras de más edad.

Esas ideas no son exclusivas de Singapur. En Suecia, donde la proporción de personas que viven solas es mayor que en cualquier otro país, analicé urbanizaciones residenciales donde vivían distintas generaciones y que se habían diseñado para juntar a personas procedentes de familias distintas en ambientes activos en los que recibieran apoyo social. En Färdknäppen, un proyecto de cohabitación para personas mayores de cuarenta años, los vecinos viven en apartamentos particulares, pero también tienen acceso a todo tipo de espacios y actividades comunes, como una amplia cocina y una cena diaria en la que los residentes pueden cocinar y comer juntos siempre que les apetezca.[160] En los Estados Unidos, algunos promotores —y un número aún mayor de familias que intentan resolver por su cuenta y riesgo el problema de cuidar de una persona mayor al considerarlo una cuestión privada— están experimentando con tipos de viviendas multigeneracionales que permitan que los miembros más jóvenes y los más mayores de una familia vivan en apartamentos separados en la misma propiedad. Aunque esos proyectos, que surgen principalmente de los sectores privado y filantrópico, sean muy poco habituales, sugieren que el hecho de que haya cada vez más gente en busca de un sitio más adecuado en el que vivir a medida que envejece está ganando aceptación.

Visitar Singapur fue chocante porque allí las autoridades gubernamentales se preocupan por los problemas de las personas mayores y ya los están resolviendo mejor que la mayoría de los países gracias al diseño y al orden social de sus viviendas públicas. La sociedad singapurense es excepcionalmente pudiente y educada y el país tiene un gobierno autoritario y unas normas de intervención social ajenas a cualquier país democrático. Sin embargo, su modelo actual de planificación urbana para mejorar la salud y el bienestar de sus mayores funciona porque promueve las mismas medidas por las que están empezando a abogar los Gobiernos de todo el mundo: concurridos espacios donde comer, zonas comerciales con vendedores locales, parques vecinales y animados espacios públicos. En la mayoría de las sociedades, crear sitios saludables para los ancianos no implica modificar los valores fundamentales ni los sistemas de gobierno, pero sí requiere

enfrentarse a dos de las principales evoluciones sociales que pocos países han estado dispuestos a encarar con franqueza: que nunca ha habido tantas personas mayores y que la escasez de viviendas que respondan a nuestras necesidades actuales nunca ha sido tan alarmante. Los diseños para unas sociedades cada vez más envejecidas y urbanas tendrán que incluir forzosamente el tipo de complejos residenciales y comerciales a gran escala que ya se están desarrollando en Singapur. Sin embargo, hay varias mejoras a pequeña escala que pueden ponerse en práctica mientras tanto en los sitios donde vivimos y que pueden contribuir a evitar el deterioro de la salud de los ancianos.

En Placemaking for an Aging Population (Creación del espacio para una población envejecida), la experta en planificación urbana Anastasia Loukaitou-Sideris y un equipo de investigadores en materia de políticas de la Universidad de California en Los Ángeles analizan innovadoras infraestructuras sociales de todo el mundo diseñadas para los ancianos. Los proyectos más habituales son los de parques y zonas verdes, que pueden reconstruirse fácilmente para fomentar un uso más activo por parte de los residentes de mayor edad e incrementar la interacción intergeneracional. En China, por ejemplo, los ancianos llevan tiempo usando los parques públicos para hacer ejercicio en grupo, como andar a paso rápido, bailar y hacer taichí. Pero a finales de la década de 1990 y en la de 2000, cuando China se preparaba para acoger los Juegos Olímpicos de 2008, el Gobierno empezó a instar a la población mayor, cada vez más numerosa, a llevar una vida aún más activa. Se construyeron miles de parques nuevos en zonas urbanas, muchos de los cuales disponen de máquinas diseñadas para que las personas mayores hagan ejercicio de bajo impacto.

Según Loukaitou-Sideris y sus colegas, España ha construido más áreas recreativas especializadas para personas mayores que cualquier otro país europeo (las llaman «parques geriátricos»). La provincia de Málaga cuenta con treinta y dos parques geriátricos, la mayoría de los cuales se ubican dentro de zonas verdes más amplias. Suelen tener barras de equilibrio, pedales, escaleras, rampas y plataformas giratorias, así como espacio para realizar actividades grupales, y se completan con máquinas multigeneracionales de ejercicio en las zonas adyacentes. En 2009,

se instalaron en Londres, en Hyde Park, «parques para ancianos» que contaban con máquinas similares y, aunque los adultos de mediana edad tienen permitido usar la zona, los niños menores de quince años no pueden. Por esa época, también los vecinos de Blackley, Mánchester, construyeron un parque para ancianos, pero en ese caso se buscó la proximidad con los usuarios más jóvenes, cuya área de juego está en el terreno contiguo.[161]

El intento más ambicioso de promover las relaciones intergeneracionales mediante el juego al aire libre procede de Finlandia, donde Lappset, una empresa que fabrica parques infantiles, colabora con los Gobiernos locales para crear «espacios de juego trigeneracionales». En los parques de Lappset hay máquinas como estructuras para arrastrarse, para trepar y columpios diseñados para que puedan usarlos personas de todas las edades. Requieren asumir ciertos riesgos y algo de adaptación cultural, dado que las personas mayores y de mediana edad pueden sentirse raras e incómodas en instalaciones recreativas asociadas durante mucho tiempo con la primera infancia. Según una investigación de mercado, los franceses son los menos proclives a animarse a utilizar esos parques, mientras que los alemanes y los escandinavos son los que más entusiasmo muestran por el juego multigeneracional. Con independencia de la nacionalidad, una vez que la gente mayor empieza a utilizarlos, no tardan en reportar beneficios: por ejemplo, un estudio desarrollado por investigadores de la Universidad Politécnica de Rovaniemi concluyó que hacer ejercicio en las máquinas del parque durante tres meses había mejorado el equilibrio, la velocidad y la coordinación de un grupo de cuarenta personas de entre sesenta y cinco y ochenta y un años, y que había reducido asimismo el riesgo de sufrir caídas. Una mujer de sesenta y tres años contó a la BBC que cuando empezó a utilizar las máquinas del parque se sentía «como un elefante caminando sobre una barrita estrecha», pero que en el plazo de tres meses había reducido su marca de más de un minuto a diecisiete segundos.[162] Sin embargo, la auténtica recompensa se apreciaba fuera del parque, en las calles y en las aceras donde la mujer era capaz de andar con la potencia y la confianza de cuando era joven.

* * *

Como es natural, tener fácil acceso a parques y a otras instalaciones recreativas no influye únicamente en el bienestar de las personas mayores: nos viene bien a todos. Quienes se benefician especialmente de poder jugar en espacios al aire libre son los niños, pues su salud física y su desarrollo social dependen de ello. Sin embargo, como demuestran las investigaciones del afamado psicólogo medioambiental Roger Hart y del comité de expertos que este ha reunido en el Grupo de Investigación de Entornos Infantiles de la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY, por sus siglas en inglés), en las últimas décadas los niños de países desarrollados se han visto privados paulatinamente de espacios de juego al aire libre; incluso los parques infantiles —defiende Hart— se han ido volviendo excesivamente restrictivos para su desarrollo corporal y mental. El equipo de la CUNY señala varias razones que explican la disminución de espacios accesibles para realizar actividades al aire libre: la falta de inversión pública en parques e instalaciones recreativas; el aumento de la preocupación por la violencia; los nuevos regímenes de supervisión adulta constante; la presión parental por el rendimiento académico; el surgimiento de actividades extraescolares gestionadas por profesionales… Y, con independencia de la clase y de la región, la popularidad de la cultura de las pantallitas: los videojuegos, las aplicaciones y las redes sociales son la fuente principal de entretenimiento juvenil. Entre los efectos de esa pérdida, se aprecian niveles más altos de obesidad y estrés infantil y, según afirma Hart, un deterioro de la capacidad de participar en la vida ciudadana.[163]

Quizá sorprenda esa preocupación por la pérdida de habilidades ciudadanas, dado que no es habitual pensar que pasar tiempo en los columpios, en los toboganes o jugando en los areneros sirva de preparación para la democracia. Sin embargo, cuando Hart y su equipo visitan los parques infantiles, se centran en los comportamientos que a casi todos los padres les parecen secundarios. ¿Cómo decide un niño que ha llegado el momento de bajarse del columpio para que pueda montarse otro? ¿Qué pasa cuando a alguien se le hace demasiado larga la espera? ¿Cuándo

incluyen en sus juegos y proyectos a niños que no conocen y cuándo fijan límites? ¿Cómo gestionan las discusiones y los conflictos? El contexto importa. A Hart y sus colegas no les interesa solamente lo que ocurre en el patio del colegio o en los parques infantiles del barrio que frecuentan los niños: creen que las dinámicas sociales infantiles varían cuando los niños exploran lugares nuevos y se topan con personas y grupos distintos. Los niños, cuando se adentran en territorios «desconocidos» y tienen que desenvolverse en una situación social nueva por sí solos, son especialmente propensos a desarrollar las habilidades interpersonales que los ayudarán en la vida ciudadana. Pero esa clase de cosa ocurre cada vez menos ahora que los padres vigilan tan de cerca a los niños, que apenas tienen ocasión de deambular por su cuenta.

Un artículo reciente escrito por Pamela Wridt, colega de Hart, recurre a relatos orales, a autobiografías de infancia y a investigación de archivo para mostrar cómo ha variado el acceso al espacio público a lo largo de tres generaciones de neoyorquinos: aquellos nacidos en las décadas de 1930 y 1940, en la de 1970 y en la de 2000. La principal área de juego de los nacidos en los años treinta y cuarenta eran las aceras del barrio. Victoria, una italoestadounidense que se crio en el barrio de East Harlem-Yorkville en la década de 1940, cuenta que en su calle «la manzana entera estaba llena de niños. Casi todo se hacía al aire libre. Salías a la calle y dibujabas [con tiza] en la acera una rayuela, esos cuadraditos donde jugábamos a la matatena y a las chapas». Las madres dejaban a los niños jugar hasta tarde, explica Wridt, «porque sabían que los vecinos andaban pendientes de sus hijos. Además, los padres podían vigilar a los niños fácilmente por las ventanas de los pisos».[164] Jugar al aire libre entrañaba ciertos riesgos, desde conflictos sin importancia con otros niños o adultos hasta asuntos más serios, como la participación en bandas callejeras o la posibilidad de ser víctimas de un atropello, y las organizaciones de reforma presionaron al ayuntamiento para que crease espacios de juego delimitados, como parques infantiles, para proteger mejor a los niños. Pero a los pequeños como Victoria casi nunca les pasaba nada malo. Las aceras eran su refugio, el lugar donde se criaron.

La experiencia de la mayoría de los neoyorquinos que nacieron en la década de 1970 fue distinta. Como demuestra Wridt, para esa

época el aumento de la delincuencia hacía que los padres se mostraran reacios a dejar a sus hijos deambular libremente por las calles y las aceras, mientras que las zonas supervisadas, como los parques infantiles y los terrenos deportivos, habían ganado popularidad. Sin embargo, con la llegada de la crisis fiscal, el ayuntamiento recortó la financiación de los parques y de las áreas de juegos infantiles; desaparecieron los supervisores profesionales; empeoraron las condiciones; las bandas callejeras y los traficantes se apoderaron de los espacios públicos… Reggie, un afroamericano que se crio en East Harlem-Yorkville por aquella época, le cuenta a Wridt que los conflictos raciales eran habituales y que los niños negros y los latinos a menudo se veían envueltos en situaciones peligrosas en sitios donde no había ningún adulto. De adolescente, Reggie seguía deambulando por la zona con sus amigos, yendo a conciertos al aire libre («jams abiertas») en parques y áreas de juego infantil y forjando amistades gracias a la música y al baile. Sin embargo, para los más pequeños aquellas zonas estaban cada vez más vedadas, sobre todo cuando oscurecía. Cada vez había más padres y cuidadores que rechazaban los espacios públicos al aire libre y obligaban a los niños a resguardarse en casa.

Para la década de 2000, los niños tenían el acceso a espacios públicos al aire libre aún más restringido. Noel, una italoestadounidense de trece años que vive en Isaacs Houses, la misma urbanización donde vivía Reggie, le cuenta a Wridt que cuando era pequeña sus padres le dejaban jugar en el parque infantil que había en Isaacs, pero le prohibían que fuera a otros parques de la zona. «Los padres de Noel la sobreprotegen e invierten muchísima energía en supervisar su vida diaria», escribe Wridt. A veces la dejan que quede con amigas para ir al cine o mirar escaparates en 86th Street, una zona comercial más pudiente que hay cerca de su barrio. Y, de vez en cuando, Noel participa en actividades extraescolares o estivales gestionadas por profesionales en una de las organizaciones comerciales que tanto abundan hoy en día en las comunidades acomodadas de clase media. No obstante, Noel afirma que tiene escasa capacidad de movimiento, debido a lo cual pasa la mayor parte del tiempo libre donde se mete la mayor parte de la gente de su edad. «Siempre ando en internet, mandando mensajes —cuenta—. Correos electrónicos no muchos, más bien mensajes instantáneos. La tele siempre está puesta y el ordenador,

igual. Mando mensajes de texto con el móvil».[165] Es un comportamiento social, desde luego, pero que rara vez implica actividad física o pasar tiempo al aire libre en espacios verdes. Quizá proteja a Noel de la violencia, pero la expone a otro tipo de riesgos sanitarios —como obesidad, estrés y trastornos por déficit de atención— que estaban mucho menos extendidos en las generaciones anteriores.

Los padres de Noel han decidido no dejarle usar los espacios públicos de juego del barrio, pero en ciertos sentidos las circunstancias de esa familia y de los demás neoyorquinos son mejores que las de otras familias estadounidenses, porque a ellos el barrio les ofrece al menos alguna opción. En los Estados Unidos, el Reino Unido y casi todos los demás países industriales, el acceso a la naturaleza y a áreas de juego al aire libre varía en función de la clase social; a veces, de forma drástica. En Los Ángeles, por ejemplo, donde el buen tiempo debería invitar a los niños a estar en la calle en cualquier época del año, casi la mitad de los hogares con bajos ingresos carecen de acceso inmediato a un parque o área de juego infantil. Y, como concluye Billi Gordon, un neurocientífico de la Universidad de California en Los Ángeles que estudia la relación entre obesidad y estrés, muchos de quienes sí viven cerca de espacios de juego al aire libre están tan cerca de una autovía que se quedan en casa para no respirar el aire contaminado.

Los Ángeles no tendría por qué ser así. En 1930, por un encargo de la cámara de comercio, el arquitecto paisajista Frederick Law Olmsted hijo publicó Parks, Playgrounds and Beaches for the Los Angeles Region (Parques, áreas de juego infantil y playas de la región de Los Ángeles), una exhaustiva propuesta para crear una red de parques, áreas de juego infantil, playas y bosques en el condado de Los Ángeles. Según el City Project —una asociación ciudadana que defiende la igualdad en el acceso a espacios verdes —, el informe de Olmsted «reconocía que las personas de bajos ingresos suelen vivir en zonas menos deseables, tienen menos oportunidades de entretenimiento y deberían recibir atención prioritaria en lo tocante a parques y áreas de recreo». Entre sus recomendaciones se encontraban las de «duplicar el acceso a las playas públicas», «reverdecer los ríos Los Ángeles y San Gabriel» e «integrar los bosques y las montañas en la red de parques

regionales». Aunque la acogida del plan fue buena, las personas poderosas e influyentes de Los Ángeles rechazaron todas y cada una de las propuestas clave de Olmsted. Lo que es peor, la máquina de crecimiento de Los Ángeles se valió en las décadas posteriores de convenios restrictivos en términos raciales y de limitantes leyes de zonificación urbana para dividir todavía más la ciudad y que fuera aún más desigual que en la época en que Olmsted intentaba buscar soluciones. Hoy en día, la ciudad cuenta con algunas de las fincas privadas, playas y clubes de campo más fastuosos de los Estados Unidos y los residentes de los vecindarios más pudientes de Los Ángeles viven en algunos de los parajes naturales más hermosos del mundo. Sin embargo, los barrios empobrecidos apenas tienen parques.

Además, andan cortos de financiación. La negativa de Los Ángeles a invertir en espacios verdes saludables y accesibles no se terminó en la década de 1930. En la actualidad, tras décadas de urbanización masiva, el condado de Los Ángeles estima que los parques a los que dota de financiación deben asumir unos 1.200 millones de dólares de gastos de mantenimiento atrasados, mientras que la red necesita mejoras por valor de unos 21.500 millones. Los Ángeles, como muchas ciudades estadounidenses, está fragmentada en el plano político, así que montones de distritos pequeños han recaudado dinero por su cuenta para invertir en parques, áreas de juego infantil, piscinas y centros de jubilados, porque con los recursos públicos no les llega. Pero eso no hace sino agravar las injusticias medioambientales de la ciudad. Tras una serie de auditorías, el interventor de la ciudad de Los Ángeles declaró formalmente lo que todo el mundo sabe: «Hay mayor disponibilidad de programas recreativos de calidad en los vecindarios ricos que en las zonas de bajos ingresos, y las políticas y fórmulas de distribución de fondos públicos exacerban las desigualdades en vez de paliarlas». Hace décadas que las autoridades locales son conscientes del problema, pero, como concluye City Project, «el ayuntamiento no solo no ha puesto en práctica las recomendaciones del interventor para mejorar los parques de todos los barrios, sino que se ha negado a hacerlo».[166]

Sin embargo, los votantes de Los Ángeles mostraron hace poco lo muchísimo que les frustra la falta de inversión municipal en

parques, playas y espacios abiertos. En noviembre de 2016, se aprobó la Medida A, un impuesto a la propiedad de 1,5 centavos por metro cuadrado para ayudar a construir y mantener los parques de la ciudad que recabó el apoyo de casi el 75 por ciento de los votantes. Es una medida modesta, desde luego, con unos rendimientos previstos inferiores a cien millones de dólares anuales, pero, como no tiene fecha de caducidad, promete suministrar una fuente constante de recursos para los parques y espacios públicos de la ciudad. No obstante, de momento sigue sin estar claro si los fondos se destinarán a la gente y a los sitios que más los necesitan, aunque la historia de Los Ángeles sugiere que siempre va a haber que pelear para que la inversión pública en instalaciones al aire libre llegue a las zonas pobres donde viven las minorías.

* * *

Las investigaciones sobre desigualdades medioambientales dejan bien claro que la raza y la clase determinan quién tiene acceso a la naturaleza. Sin embargo, los pobres no son los únicos que sufren cuando viven lejos de infraestructuras sociales verdes: las personas acomodadas y de clase media también necesitan pasar tiempo en sitios con vegetación, y quienes no pueden hacerlo lo pagan muy caro. Al menos, esa es la conclusión de un fascinante artículo escrito por un equipo de investigadores británicos dirigido por el geógrafo Jamie Pearce. Con el fin de averiguar qué características medioambientales contribuyen a intensificar las desigualdades sanitarias en el Reino Unido, Pearce y su equipo desarrollaron un «índice múltiple de carencias medioambientales», que incorpora una amplia gama de «desventajas» ecológicas, y midieron distritos censales de todo el Reino Unido.[167]

A nivel nacional, el nuevo índice confirmó lo que el equipo de Pearce esperaba: de media, los barrios desfavorecidos disfrutaban de mucho menos confort ecológico que los más adinerados. Los efectos son evidentes. Los registros de mortalidad según el distrito censal demuestran que las carencias medioambientales tienen

consecuencias importantes en la salud, aun controlando la edad, el sexo y el estatus socioeconómico del distrito censal. La relación también es clara: cuantas más carencias medioambientales físicas haya, peor es la salud del barrio. Ese hallazgo fue importante para Pearce y sus colaboradores, porque hasta hacía poco algunos académicos —como Richard Mitchell, un epidemiólogo que formaba parte del equipo de Pearce— se preguntaban si había «variables contaminadoras», como la clase social, que explicaran mejor por qué a la gente que sufría carencias medioambientales le iba peor que a quienes vivían en entornos más verdes. Mediante ese estudio, basado en datos nacionales fiables y exhaustivos, los investigadores británicos demostraron sin discusión la trascendencia de las carencias medioambientales.[168]

Sin embargo, la auténtica sorpresa del estudio de Pearce tiene que ver con los efectos de las carencias medioambientales en la salud y la longevidad de la gente en los distritos más prósperos. En estudios anteriores, desarrollados sobre todo en los Estados Unidos, los epidemiólogos habían concluido que las consecuencias de las carencias medioambientales en la salud eran «desproporcionadamente perjudiciales» en los barrios desfavorecidos, pero Pearce descubrió que en el Reino Unido «el efecto de múltiples carencias medioambientales era superior entre las poblaciones más acomodadas». En Londres, por ejemplo, la gente adinerada que vive en barrios con una alta densidad de población como Islington y Clerkenwell, cubiertos de asfalto y alejados de espacios verdes abiertos, corre mayores riesgos sanitarios que quienes viven en sitios como Knightsbridge o Bayswater, que pueden acceder fácilmente a todo Hyde Park.[169] En el Reino Unido, por lo menos, ni tan siquiera la riqueza protege a la gente de los peligros de un entorno insalubre. Para gozar de buena salud, todo el mundo necesita un poco de vegetación.

■

[123] Sociedad Estadounidense de Ingenieros Civiles, 2017 Infrastructure Report Card, www.infrastructurereportcard.org/americas-grades/.

[124] Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos, «Vital Signs: Overdoses of Prescription Opioid Pain Relievers—United States, 1999-2008», Morbidity and Mortality Weekly Report 60, n.º 43 (2011), p. 1487.

[125] Katherine Keyes, Magdalena Cerdá, Joanne Brady, Jennifer Havens y Sandro Galea, «Understanding the Rural-Urban Differences in Nonmedical Prescription Opioid Use and Abuse in the United States», American Journal of Public Health 104, n.º 2 (2014), pp. 52-59.

[126] Curtis Florence, Chao Zhou, Feijun Luo y Likang Xu, «The Economic Burden of Prescription Opioid Overdose, Abuse, and Dependence in the United States, 2013», Medical Care 54, n.º 10 (2016), pp. 901-906.

[127] German Lopez, «How to Stop the Deadliest Drug Overdose Crisis in American History», Vox, 1 de agosto de 2017.

[128] Josh Katz, «Drug Deaths in America Are Rising Faster Than Ever», The New York Times, 5 de junio de 2017.

[129] Max Blau, «STAT Forecast: Opioids Could Kill Nearly 500,000 Americans in the Next Decade», STAT, 27 de junio de 2017, www.statnews.com/2017/06/27/opioiddeaths-forecast.

[130] Otro es el tremendo incremento en la prescripción de estos analgésicos impulsado por las farmacéuticas. Ver, por ejemplo, Sam Quinones, Tierra de sueños. La verdadera historia de la epidemia de opiáceos en Estados Unidos, Madrid: Capitán Swing, 2020, traducido por Noelia González Barrancos.

[131] Anne Case y Angus Deaton, «Rising Morbidity and Mortality in Midlife Among White Non-Hispanic Americans in the 21st Century», Proceedings of the National Academy of Sciences 112, n.º 49 (2015), pp. 15078-15083.

[132] Anne Case y Angus Deaton, «Mortality and Morbidity in the 21st Century», Brookings Papers on Economic Activity, primavera de 2017, pp. 397-443.

[133] Ibid., pp. 429-430.

[134] Tristen Inagaki, Lara Ray, Michael Irwin, Baldwin Way y Naomi Eisenberger, «Opioids and Social Bonding: Naltrexone Reduces Feelings of Social Connection», Social Cognitive and Affective Neuroscience 11, n.º 5 (2016), pp. 728-735.

[135] Katherine McLean, «'There's Nothing Here' Deindustrialization as Risk Environment for Overdose», International Journal of Drug Policy 29 (2016), pp. 19-26.

[136] Michael Zoorob y Jason Salemi, «Bowling Alone, Dying Together: The Role of Social Capital in Mitigating the Drug Overdose Epidemic in the United States», Drug and Alcohol Dependence 173 (2017), pp. 1-9.

[137] En un impresionante artículo sobre la adicción a los opiáceos en Virginia Occidental, la periodista Margot Talbot afirma que el aumento de personas que se drogan y sufren una sobredosis en espacios públicos, como parques e instalaciones deportivas, se debe en parte a que quieren que, en caso de sobredosis, alguien los encuentre y alerte al servicio de emergencias. Ver Margot Talbot, «The Addicts Next Door», The New Yorker, 5 de junio de 2017.

[138] La información sobre el experimento suizo procede de Joanne Csete, «From the Mountaintops: What the World Can Learn from Drug Policy Change in Switzerland», Open Society Foundations, 2010.

[139] William Cloud y Robert Granfield, «Conceptualizing Recovery Capital: Expansion of a Theoretical Construct», Substance Use & Misuse 43, n.º 12-13 (2008), pp. 1971-1986.

[140] Jürgen Rehm, Ulrich Frick, Christina Hartwig, Felix Gutzwiller, Patrick Gschwend y Ambros Uchtenhagen, «Mortality in Heroin-Assisted Treatment in Switzerland 1994-2000», Drug and Alcohol Dependence 79, n.º 2 (2005), pp. 137-143.

[141] Salaam Semaan, Paul Fleming, Caitlin Worrell, Haley Stolp, Brittney Baack y Meghan Miller, «Potential Role of Safer Injection Facilities in Reducing HIV and Hepatitis C Infections and Overdose

Mortality in the United States», Drug and Alcohol Dependence 118, n.º 2 (2011), pp. 100-110.

[142] Csete, «From the Mountaintops», p. 4.

[143] Francie Diep, «Inside North America's Only Legal Safe Injection Facility», Pacific Standard, 30 de agosto de 2016.

[144] Brandon Marshall, Michael Jay Milloy, Evan Wood, Julio Montaner y Thomas Kerr, «Reduction in Overdose Mortality After the Opening of North America's First Medically Supervised Safer Injecting Facility: A Retrospective Population-Based Study», Lancet 377, n.º 9775 (2011), pp. 1429-1437.

[145] Chloé Potier, Vincent Laprévote, Françoise Arber, Olivier Cottencin y Benjamin Rolland, «Supervised Injection Services: What Has Been Demonstrated? A Systematic Literature Review», Drug and Alcohol Dependence 145 (2014), pp. 48-68.

[146] Susan Zalkind, «The Infrastructure of the Opioid Epidemic», CityLab, 14 de septiembre de 2017, www.citylab.com/equity/2017/09/mile/539742/.

[147] Ibid.

[148] El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos (USDA, por sus siglas en inglés) califica los desiertos alimentarios como zonas urbanas en las que al menos quinientas personas o un tercio de la población vive a más de ochocientos metros de un supermercado, un hipermercado o una gran tienda de alimentación. En las zonas rurales, la distancia tiene que ser superior a dieciséis kilómetros. Delaram Takyar, estudiante de posgrado de la Universidad de Nueva York y ayudante de investigación de este libro, calculó el porcentaje de distritos censales de bajos recursos usando datos del Atlas de Investigación del Acceso a los Alimentos del USDA.

[149] Ver el mapa interactivo del proyecto cartográfico de la agricultura urbana de Chicago, http://cuamp.org/#/searchGardens?
q=1&q=2&community=1&ward=1&boardDistrict=-1&municipality=-1.

[150] American Public Health Association (Asociación Estadounidense de Salud Pública), Improving Health and Wellness Through Access to Nature, 5 de noviembre de 2013, abase/2014/07/08/09/18/improving-health-and-wellness-through-access-to-nature.

[151] Ver Robert Channick, «4,000 Empty Lots on Sale for $1 to Chicago Homeowners», The Chicago Tribune, 28 de noviembre de 2016.

[152] El informe Improving Health and Wellness Through Access to Nature (La mejora de la salud y el bienestar mediante el acceso a la naturaleza), elaborado por la APHA, es uno de los estudios recientes que demuestran que el tratamiento de los lugares vulnerables mediante el desarrollo de espacios verdes públicos accesibles y otras infraestructuras sociales puede contribuir más a la mejora de la salud y el bienestar de una comunidad que centrarse en las personas o grupos vulnerables. En la última década, se han publicado muchísimas investigaciones que han dotado de pruebas científicas a creencias muy arraigadas y ampliamente sostenidas sobre los beneficios de pasar tiempo en entornos naturales: promueve la cohesión social; fomenta la actividad física y hace que la gente se sienta con más energía; reduce el riesgo de obesidad y disminuye el estrés, la ansiedad, la ira y la tristeza; ayuda a prevenir los trastornos por déficit de atención en los niños, y acelera el ritmo de recuperación de las personas enfermas.

[153] Según Charles Branas y John MacDonald, «[l]as redes de energía eléctrica, las plantas de tratamiento de agua potable, los códigos de construcción y el rediseño de las carreteras contribuyeron más a mejorar la salud pública que muchos otros programas (quizá más que cualquier otro), incluida la atención sanitaria». Ver Charles Branas y John MacDonald, «A Simple Strategy to Transform Health, All Over the Place», Journal of Public Health Management and Practice 20, n.º 2 (2014), pp. 157-159.

[154] Eugenia South, Michelle Kondo, Ross Cheney y Charles Branas, «Neighborhood Blight, Stress, and Health: A Walking Trial of Urban Greening and Ambulatory Heart Rate», American Journal of Public Health 105, n.º 5 (2015), pp. 909-913.

[155] Ibid., p. 913.

[156] Naciones Unidas, World Population Ageing 2013, p. 38, www.un.org/en/development/desa/population/publications/pdf/ageing/WorldPopulationAgeing2013.pdf.

[157] Organización Mundial de la Salud, Instituto Nacional de Envejecimiento en los Institutos Nacionales de Salud, Global Health and Aging, publicación de los Institutos Nacionales de Salud 11-7737, octubre de 2011, www.who.int/ageing/publications/global_health.pdf.

[158] Anastasia Loukaitou-Sideris, Lené Storms y Madeline Brozen, Placemaking for an Aging Population, Facultad Luskin de Relaciones Públicas de la Universidad de California en Los Ángeles, junio de 2014, https://escholarship.org/uc/item/450871hz.

[159] Los datos sobre la esperanza de vida proceden del atlas de la Organización Mundial de la Salud, que recoge información de 2015. Ver http://gamapserver.who.int/gho/interactive_charts/mbd/life_expectancy/atlas.html.

[160] Ver la conclusión de Eric Klinenberg, Going Solo: The Extraordinary Rise and Surprising Appeal of Living Alone, Nueva York: Penguin Press, 2012.

[161] Todos estos ejemplos están extraídos de los casos prácticos presentados en Loukaitou-Sideris et al., Placemaking for an Aging Population, cap. 4.

[162] David Sillito, «Finns Open Playgrounds to Adults», BBC News, 8 de febrero de 2006, http://news.bbc.co.uk/2/hi/4691088.stm.

[163] De entre los numerosos y excelentes artículos sobre infancia y juego escritos por Roger Hart, ver Children's Participation: From Tokenism to Citizenship, Florencia: UNICEF International Child Development Center, 1992, y «Containing Children: Some Lessons on Planning for Play from New York City», Environment and Urbanization 14, n.º 2 (2002), pp. 135-148.

[164] Pamela Wridt, «An Historical Analysis of Young People's Use

of Public Space, Parks and Playgrounds in New York City», Children, Youth and Environments 14, n.º 1 (2004), pp. 100-120.

[165] Ibid., pp. 99-100.

[166] City Project, Healthy Parks, Schools and Communities: Green Access and Equity for Los Angeles County, 2011, www.scag.ca.gov/sites/main/files/file-attachments/thecityprojsouthern_california_report_final_medium_res.2.pdf?1605983124.

[167] Jamie Pearce, Elizabeth Richardson, Richard Mitchell y Niamh Shortt, «Environmental Justice and Health: The Implications of the Socio-Spatial Distribution of Multiple Environmental Deprivation for Health Inequalities in the United Kingdom», Transactions of the Institute of British Geographers 35, n.º 4 (2010), pp. 522-539.

[168] La evolución del estudio de la naturaleza que desarrolló Richard Mitchell se explica muy bien en Florence Williams, La dosis natural. Por qué la naturaleza nos hace más felices, más sanos y más creativos, Buenos Aires: Paidós, 2018, cap. 7, traducido por Mariana Taboada.

[169] De hecho, la esperanza de vida de los hombres de Islington es casi tres años inferior a la de los varones del resto de Inglaterra; la de las mujeres, un año inferior. Ver «Introduction to Islington», un informe del Servicio Nacional de Salud, www.islingtonccg.nhs.uk/jsna/Introduction-and-The-Islington-200910.pdf.

05

Terreno común

Aunque oficialmente son espacios de competición, los terrenos deportivos también proporcionan un terreno común

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: dominio público

En 1890, mi bisabuelo, Edward Klinenberg, dejó el pueblecito de las afueras de Praga donde vivía, se trasladó a Chicago y pocos años después se estableció en el South Side de la ciudad. Ese mismo año se fundó en aquella zona la Universidad de Chicago, pero Edward

no había ido a los Estados Unidos a estudiar: aquel sería un lujo del que disfrutarían las generaciones futuras. En Chicago ya había una serie de pequeños vecindarios judíos, con comunidades muy unidas que se organizaban en torno a una sinagoga, un colegio, un mercado kosher y todos los demás establecimientos de los que disponían los judíos en los guetos europeos. Pero a Edward aquello no le interesaba nada. Estaba decidido a librarse del servicio militar del Imperio austrohúngaro y a experimentar la clase de oportunidades que prometían los Estados Unidos. Su primer desafío consistió en llegar a fin de mes, pero lo consiguió vendiendo lotecitos de carbón en la calle. No tardó en encontrar trabajo pastoreando el ganado desde las poblaciones agrícolas que había al sur de la ciudad hasta los extensos corrales de Chicago y se convirtió en uno de los pocos vaqueros judíos del gran Medio Oeste. Mientras cruzaba a caballo la frontera entre Illinois e Indiana, Edward no podía evitar mirar maravillado las enormes instalaciones industriales de acero y manufactura que estaban transformando el paisaje a toda velocidad. Tampoco podía evitar fijarse en las oleadas de inmigrantes —alemanes, irlandeses, escoceses, serbios, croatas, polacos e italianos— que llegaban en manada a la zona para trabajar en los molinos o para fundar pequeños negocios. South Chicago, como terminaría llamándose la zona, era precisamente el sitio que Edward había albergado el deseo de encontrar.

Mi bisabuelo pasó la mayor parte de su vida en el extremo meridional del South Side de Chicago, criando a once hijos en un barrio caracterizado por la diversidad étnica y, sin duda alguna, estadounidense. Aunque Edward se negaba a limitarse a una comunidad religiosa determinada, su «grupo primario» —término introducido por Charles Cooley, pionero sociólogo de la Universidad de Chicago, para describir la red principal de amigos íntimos y familiares con quienes se forjan los lazos más estrechos y duraderos — estaba integrado, sobre todo, por gente de su mismo entorno, bohemios y judíos. Aquella «homofilia» era, y sigue siendo, bastante habitual. Como bien escribió Aristóteles, «la gente ama a quien es como ellos», mientras que Platón creía que «la similitud engendra amistad» (¡aunque en otra ocasión ambos afirmaron que los opuestos se atraen!).[170] Aun en sociedades diversas, la mayoría de la gente busca confidentes que se les parezcan en algún sentido

relevante. Una vez que Dios las cría y ellas se juntan, las personas intiman al coincidir de manera recurrente en las mismas actividades: comer, beber, rezar, jugar, aprender, etc.

Si se hubiera quedado en Europa, en su pueblo natal, lo más probable es que Edward hubiera pasado casi toda su vida con gente de su grupo primario. Sin embargo, en Chicago desarrolló un amplio «grupo secundario» de conocidos, colegas y socios con quienes pasaba una cantidad de tiempo considerable. Muchas de las relaciones de Edward se desarrollaron gracias a los negocios. La zona estaba dominada por la industria y esa clase de vida —anclada al suelo del taller y al mercado, aunque se extendía a los clubes, tabernas, restaurantes y organizaciones políticas del barrio— fijaba las condiciones de la mayoría de las interacciones sociales locales. Los grupos étnicos se congregaban en ciertas iglesias o en bloques residenciales determinados. La gente tendía a casarse con personas de su misma clase. Sin embargo, en South Chicago no había aún segregación racial, así que, además de forjar lazos con miembros de sus propias comunidades étnicas, los vecinos de la zona tendían puentes entre grupos distintos. Los trabajadores fabriles de etnias diferentes se ayudaban entre sí durante las largas y penosas jornadas en las acerías. Se unían a los sindicatos, elegían a sus líderes y aprendían a negociar de manera colectiva. Bebían juntos, competían los unos con los otros en ligas deportivas y llevaban a sus mujeres a bailar a las salas de baile del barrio. Conocían bien a las familias de los demás y ayudaban a los hijos de los vecinos a conseguir trabajo cuando alcanzaban la edad adecuada. Participaban en los clubes políticos locales. A menudo, aunque no siempre, peleaban en el mismo bando.

En la década de 1960, el sociólogo William Kornblum se trasladó a la «comunidad obrera» del South Side y empezó a trabajar en una fábrica con el fin de entender cómo funcionaba la dinámica social del barrio.[171] Para esa época, se habían establecido en la zona grupos de migrantes no europeos de piel oscura —mexicanos y afroamericanos— que habían sido objeto de la clase de prejuicios y discriminación por la que Chicago se había ganado su mala fama. Los trabajadores industriales de etnias blancas se mostraron dispuestos a aceptar a los estadounidenses de origen mexicano que llegaron al South Side, pero para los negros fue otro cantar. Se

producían revueltas cuando los afroamericanos traspasaban las fronteras raciales no oficiales. Los blancos imponían de manera estricta los límites de la segregación racial y a los negros no les quedaba más opción que crear comunidades residenciales propias. Kornblum llegó al sur de Chicago esperando encontrarse con que esas divisiones se extendían a las fábricas y a su entorno social, pero descubrió que los miembros de los distintos grupos tenían un nivel sorprendente de confianza e intimidad entre sí. «A lo largo de su vida en la acería, los hombres de grupos de trabajo interraciales conviven con asiduidad en velatorios, funerales, fiestas de jubilación, bodas y multitud de actividades familiares —observa Kornblum—. Y de ese trato entre miembros de razas distintas surge la posibilidad de que a los hombres negros se los trate no solo como iguales, sino como líderes en la competencia entre iguales».[172]

Las tabernas, los terrenos deportivos y los clubes políticos eran lugares de especial importancia para establecer vínculos sociales. Algunos solían congregar principalmente a personas de un grupo étnico determinado, pero muchos otros eran espacios donde los miembros de etnias blancas, los mexicanos y los afroamericanos se reunían de manera habitual para charlar, conversar y competir. A veces la conversación trataba sobre cosas que habían pasado en la fábrica, pero lo más habitual era que los compañeros de trabajo y los vecinos aprovecharan aquel rato de camaradería para sacar a colación otros temas: familia, deportes, viajes, política y toda clase de asuntos personales. Los boletines de los sindicatos y los periódicos locales ayudaban a los vecinos del sur de Chicago a imaginar su comunidad; la infraestructura social del barrio les permitía construirla.

Los barrios y lugares de trabajo segregados son caldos de cultivo para los estereotipos y la desconfianza, pero en las fábricas del industrial sur de Chicago los trabajadores desarrollaron relaciones íntimas y personales, acaloradas a veces pero a menudo joviales. «Los trabajadores siderúrgicos de etnias blancas trabajan habitualmente junto a hombres negros procedentes del gueto del South Side; los trabajadores mexicanos de Millgate comparten vestuario con los trabajadores siderúrgicos serbios de Slag Valley», escribe Kornblum. Después del trabajo, «las familias del sur de Chicago podían intentar segregarse en mundos culturales étnicos o

juntarse con grupos diversos de amigos del barrio, pero en todos los casos la segregación étnica quedaba limitada por las experiencias más universalistas de la vida en las fábricas de laminados, los altos hornos, los hornos de coque, los muelles de minerales y las subestaciones eléctricas de la industria acerera».[173] Como es natural, las divisiones étnicas no desaparecían del todo: en las iglesias, en los clubes sociales y, sobre todo, en las relaciones íntimas se apreciaba un aislamiento tremendo. Las tensiones étnicas estaban siempre a flor de piel y a veces estallaban, produciendo violentos enfrentamientos. Sin embargo, en aquel entorno social los prejuicios no se sostenían con facilidad.

Por desgracia, tampoco se sostuvieron bien las comunidades industriales que surgieron en sitios como Chicago, Detroit, Milwaukee, San Luis, Pittsburgh, Búfalo y Kansas City. Para finales de la década de 1960 y principios de la de 1970, el entorno social creado en torno a las acerías se estaba desmoronando. Las ciudades estadounidenses y europeas se vieron golpeadas por una profunda desindustrialización que se extendió hasta las últimas décadas del siglo XX. Al tiempo que las fábricas echaban la persiana, iban cerrando también los sindicatos, las tabernas, los restaurantes y las asociaciones ciudadanas que aglutinaban a los distintos grupos. Sin anclaje, sin trabajo y sin perspectivas de futuro, la gente se marchó. Entre 1970 y 1990, abandonaron Chicago casi seiscientas mil personas, la mayoría de las cuales procedían de áreas industriales como aquella en la que se había establecido mi bisabuelo el siglo anterior.

Los sociólogos han documentado de manera exhaustiva cómo la desindustrialización asoló los vecindarios y aumentó la segregación racial y de clase tanto en las ciudades estadounidenses como en los barrios residenciales de las afueras.[174] Sin embargo, apenas estamos empezando a comprender el daño que la desindustrialización y el deterioro de las comunidades obreras infligieron en la política, lo fracturados que estamos y lo desconfiados que nos hemos vuelto.

La campaña y las elecciones presidenciales de 2016 no fueron en absoluto el primer síntoma de la polarización social y política de los Estados Unidos y la desindustrialización no es desde luego su única

causa. No obstante, hasta hace poco los expertos en opinión pública más importantes demostraban que los críticos y las élites políticas estaban más polarizadas que los votantes. Según afirmó en 2005 Morris Fiorina, politólogo de la Universidad de Stanford, los Estados Unidos estaban «estrechamente divididos», no «profundamente divididos». Los ciudadanos apoyaban o se oponían firmemente a uno de los dos partidos principales, pero, por lo general —salvo ciertas excepciones en temas como el aborto, la moral sexual y la pena de muerte—, no abrigaban opiniones firmes o extremas sobre la mayoría de los asuntos políticos más relevantes.[175]

Sin embargo, eso ha cambiado en las últimas décadas a medida que aumentaban la desigualdad social y la segregación de clase, a medida que los programas de noticias nacionales que iban más allá de las fronteras ideológicas han perdido telespectadores y que internet ha propiciado el auge de los «filtros burbuja», donde todo el mundo puede encontrar datos y opiniones que ratifiquen sus creencias.[176] Todo eso alimenta el tipo de conexión exclusiva que los científicos sociales denominan «capital social vínculo», pero nos priva del «capital social puente» que necesitamos para convivir.

Desde 2008, se aprecia entre los estadounidenses una profunda división sobre una amplia variedad de temas; en lo que respecta a algunos —como el cambio climático, la justicia penal y la inmigración—, las principales autoridades políticas y personajes famosos defienden «datos alternativos» en detrimento de los hallazgos científicos establecidos. Además, como ha descubierto el sociólogo Mike Hout, hoy en día casi todas las actitudes o identificaciones tienen un componente político, así que creer en una cosa en apariencia inocua en vez de en otra coloca a la gente directamente en el bando republicano o en el demócrata. En 2015, una investigación de los politólogos Shanto Iyengar y Sean Westwood demostró que «la polarización del electorado estadounidense ha aumentado de manera espectacular», hasta el punto de que hoy en día «los seguidores de un partido discriminan a los del partido opuesto hasta un punto que supera la discriminación racial».[177] La intensidad del desprecio partidista se vio durante las elecciones de 2016, cuando el 55 por ciento de los demócratas afirmaron que el Partido Republicano les daba «miedo» y el 49 por ciento de los republicanos expresaron la misma opinión acerca del

Partido Demócrata, mientras que más del 40 por ciento de ambos partidos aseguró que las ideas políticas de sus oponentes «comprometían el bienestar del país».[178] La polarización resulta aún más evidente en los encuentros colectivos. Por ejemplo, en la convención del Partido Demócrata de California de 2017, el presidente sacó el dedo e hizo que la gente corease: «Fuck Donald Trump!» (¡Que le den a Donald Trump!). En la Convención Nacional Republicana de 2016, un estadio entero coreó: «Lock her up!» (¡Que la enchironen!).[179]

Los estadounidenses siempre han discrepado en cuestiones políticas y legislativas, pero hoy en día nuestras creencias se han reforzado tanto como nuestras opiniones negativas sobre la gente de la que discrepamos. Hace sesenta años el país estaba dividido, pero por aquel entonces aproximadamente un cuarto de los estadounidenses en activo trabajaba en fábricas, un tercio de los trabajadores no agrícolas estaban afiliados a algún sindicato y por todos los Estados Unidos había barrios como el sur de Chicago. Según escriben los sociólogos Peter Bearman y Delia Baldassarri, en las asociaciones voluntarias había una diversidad mayor «en lo tocante a la clase social, la raza, la etnia y la orientación religiosa». Lo mismo ocurría en los matrimonios: aunque hoy en día los estadounidenses y los europeos tienen más probabilidades de casarse con alguien de un origen étnico diferente, también son mucho más propensos a casarse con alguien de la misma clase social. Aunque en los Estados Unidos hubiera segregación y desigualdad, la infraestructura social fomentaba que la gente compartiera experiencias y se mezclara con personas de otros grupos, lo que en la actualidad no es muy frecuente.[180]

«Vivimos en universos políticos distintos —escribe Cass Sunstein, politólogo y jurista de la Universidad de Harvard—. Aunque es evidente que los grupos mixtos no son la panacea […], han demostrado surtir dos efectos deseables. El primero, que la exposición a posturas enfrentadas suele aumentar la tolerancia política. El segundo, que al mezclarse se incrementan las probabilidades de que la gente conozca lógicas contrarias y vea que sus argumentos se pueden rebatir con razonamientos plausibles».[181] Sunstein se basa en estudios clásicos y en investigaciones experimentales para demostrar que, al igual que en el sur de

Chicago durante su apogeo industrial, los vínculos exclusivos y los prejuicios contra los demás disminuyen cuando la gente traspasa los límites sociales habituales y se relaciona entre sí. Según el autor, la política democrática funciona mejor cuando nos exponemos de manera regular a gente distinta y a posturas opuestas. Lo mismo ocurre con la sociedad civil.

#Republic, el libro de Sunstein, se centra en internet y las redes sociales, cuyo «diseño», advierte, nos aísla en cajas de resonancia y apuntala la identidad grupal. También a mí me preocupa la brecha digital, pero eso no es más que una parte del problema. El diseño de la división no se limita a nuestras pantallas, sino que se extiende a las aceras, las calles y los espacios comunes donde hacemos y deshacemos a diario nuestras comunidades. Está invadiendo toda la infraestructura social y nos está polarizando en un momento en el que necesitamos encontrar terreno común.

Pero si en algunos sitios el estribillo «Build a Wall» (erigir un muro) refleja a la perfección el espíritu que impulsa los nuevos proyectos de infraestructuras, en otros sigue siendo «Only Connect!» (¡conectar nada más!). Quizás el barrio obrero sin segregación ya no sea un modelo viable de desarrollo a gran escala, pero existen otras formas ejemplares de infraestructura social —algunas a pequeña escala, otras a gran escala, unas viejas y otras relativamente nuevas — que plantean modos más provechosos de trabajar y de vivir en comunidad. Urge que los entendamos.[182]

Islandia es una nación pequeña y homogénea que carece de las violentas divisiones raciales, religiosas y regionales que tanto complican la vida ciudadana en sitios como los Estados Unidos y el Reino Unido. Sin embargo, el país no está exento de divisiones y problemas, muchos de los cuales se agravaron tras la crisis económica que sufrió en 2008. Durante gran parte del año, Islandia vive sumida en el frío y en la oscuridad, pero el sitio que mejor ha conseguido alimentar en las últimas décadas la amabilidad, la intimidad y las animadas relaciones entre personas de generaciones y clases distintas ha sido la sundlaug o piscina pública. La sundlaug, que suele contar con amplias zonas para nadar, jacuzzis para los adultos y piletas poco profundas para los niños, es un invento

relativamente reciente: según una guía turística, en 1900 solamente sabía nadar menos del 1 por ciento de los islandeses. Sin embargo, en la actualidad, gracias a la inversión pública en una red de calefacción geotermal que recorre el país y a proyectos de infraestructura social que contribuyen a que la gente se relacione pese a las frígidas temperaturas, hay más de 120 piscinas públicas en un país en el que viven unas 330.000 personas, es decir, una piscina por cada 2.750 habitantes. La mayoría de los islandeses vive cerca de una piscina y la usan a lo largo de todo el año y a todas horas como un espacio social en el que encontrarse con sus amigos y familiares y un foro para charlar de manera casual o para entrar en debates más políticos con desconocidos. El acceso es básicamente universal, ya que la mayoría de las termas son gratuitas y los exclusivos complejos de natación de pago no cobran más que una entrada simbólica. «A la piscina van personas de todas las clases sociales —explica el folclorista Valdimar Hafstein—, así que en el mismo jacuzzi se mezcla todo tipo de gente de la zona, ya sean profesores universitarios o estudiantes, trabajadores de la construcción o empresarios, multimillonarios o vendedores de coches: allí se junta todo el mundo».[183]

La diversidad de los usuarios, y la norma de que todo el mundo tiene que desnudarse y lavarse en una zona pública antes de meterse en los jacuzzis, convierte a las piscinas en una fuerza igualadora en la sociedad islandesa. Lo mismo ocurre con el contenido de las conversaciones. Cuando Dan Kois viajó a Islandia para escribir un artículo sobre la cultura ciudadana del país, conoció a inmigrantes en pueblos pequeños que le dijeron que las piscinas eran lugares ideales para conocer a los vecinos y aprender las costumbres locales, así como a padres primerizos que contaban que frecuentaban los jacuzzis en busca de consejos y recomendaciones. Hubo mujeres jóvenes que le dijeron que ver una gran variedad de cuerpos femeninos en la piscina las ayudaba a sentirse más cómodas y seguras en lo tocante a su aspecto físico. Kois se enteró de que los concejales de Reikiavik suelen ir a las piscinas para charlar con sus electores de manera informal, aunque entrañe recibir un sinfín de quejas. «Las piscinas son más que una humilde inversión municipal, más que un simple beneficio adicional surgido de un accidente de la volcánica geología de Islandia», escribe Kois, que se marchó del país convencido de que «la

extraordinaria satisfacción de los islandeses está inextricablemente ligada a la experiencia de escapar del intenso aire helado y hundirse en el agua caliente en compañía de sus compatriotas».[184]

Por desgracia, las piscinas y otras infraestructuras sociales con el potencial de facilitar la interacción sostenida e íntima de personas de distintos grupos pueden usarse fácilmente para segregar. Al fin y al cabo, los sitios atractivos son solamente un elemento que forma parte de una infraestructura social positiva; las actividades, que pueden ser incluyentes o excluyentes, acogedoras o intimidatorias, también son importantes. La historia estadounidense moderna de las piscinas municipales, que el historiador Jeff Wiltse narra con elegancia en Contested Waters (Aguas disputadas), da una lección objetiva sobre cómo transformar un recurso comunitario en un instrumento de división. Según afirma Wiltse, las piscinas han sido espacios clave de cohesión y conflicto «porque son lugares en los que la gente forja lazos y define los límites sociales de la vida comunitaria. Nadar con otras personas en una piscina supone aceptarlas como miembros de la misma comunidad precisamente debido al carácter íntimo y social de la interacción. En cambio, excluir a alguna persona o grupo de una piscina los define a efectos prácticos como ajenos en el plano social».[185]

A finales del siglo XIX se construyeron austeras piscinas en ciudades norteñas como Boston y Filadelfia, sobre todo en los barrios pobres habitados por inmigrantes y personas pobres. Esas piscinas estaban abiertas a todos los hombres y mujeres de la clase trabajadora, aunque en días alternos. «Las instalaciones carecían de duchas —escribe Wiltse— porque las propias piscinas eran los instrumentos de limpieza». Pero su popular atractivo no se veía mermado por ese motivo ni por su política de integración étnica y racial: para finales del siglo XIX, las nueve piscinas municipales de Filadelfia congregaban a unos mil quinientos usuarios diarios, y los negros y los blancos nadaban juntos en relativa armonía.[186]

En las décadas de 1920 y 1930, los municipios estadounidenses construyeron miles de piscinas públicas, que pasaron de ser unas piscinitas en las que bañarse a descomunales espacios para el esparcimiento comunitario. A menudo estaban rodeadas de césped, terrazas, restaurantes y mesas de juegos donde las clases medias

podían pasarse el día entero. Millones de personas acudieron en manada a esos nuevos focos de actividad social y, a medida que se fueron flexibilizando las costumbres sociales y sexuales, en las piscinas se fue abandonando la separación por sexos para que los hombres y las mujeres pudieran mezclarse. Como demuestra Wiltse, con la integración sexual empezaron a surgir preocupaciones sobre el contacto intergrupal, sobre todo entre los negros y los blancos. Al fin y al cabo, las piscinas eran sitios donde grandes cantidades de personas ligeras de ropa entraban en contacto físico estrecho. Los blancos afirmaron sentirse preocupados por la contaminación, las agresiones sexuales y las relaciones inapropiadas. Las autoridades municipales respondieron con una herramienta política que suele asociarse con el sur: crearon instalaciones segregadas, con divisiones raciales que a menudo se aplicaban de manera informal, pero que tenían un poder indudable.

Para la década de 1950, las piscinas se habían convertido en puntos críticos de segregación racial —y a veces de violencia directa— por todo el norte. (En el sur apenas había piscinas para negros y las existentes estaban segregadas formalmente y contaban con presencia policial). Wiltse relata la historia de un equipo de béisbol infantil de la Little League de Youngstown, Ohio, que celebró el campeonato de la ciudad en 1951 en una preciosa piscina municipal que había en South Side Park. En el equipo había un jugador afroamericano, Al Bright, a quien los socorristas se negaron a dejar traspasar la valla perimetral mientras estuvieran nadando los demás jugadores. Tras las protestas de varios padres, el supervisor dejó que Al «entrara» en la piscina unos minutos, pero solamente si todos los demás bañistas salían y Al accedía a sentarse en una balsa de goma. Un socorrista se dedicó a empujar a Al de un lado a otro de la piscina gritando: «¡No toques el agua, por lo que más quieras!» mientras todo el mundo miraba.[187]

Aquel no fue un incidente aislado ni se limitaba a ciertas partes de los Estados Unidos. Dos años después, en 1953, la gran estrella de cine afroamericana Dorothy Dandridge metió los dedos de los pies en la piscina del hotel Last Frontier de Las Vegas, que como artista la había aceptado de buena gana, pero, como a todos los negros, le prohibía meterse en el agua. El hotel reaccionó vaciando la piscina por completo.[188]

Los abogados de derechos civiles cuestionaban la legalidad de las piscinas segregadas, pero acabar con la segregación en las instalaciones sociales resultó igual de difícil que en los colegios, si no más. Por ejemplo, poco después del caso Brown contra el Consejo de Educación, un juez federal de Baltimore falló en contra de la petición de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP, por sus siglas en inglés) de que la ciudad acabara con la segregación en las piscinas públicas, aduciendo que «las piscinas eran "más conflictivas que los colegios" debido a la intimidad visual y física que acompañaba su uso». El Tribunal de Apelaciones de los Estados Unidos del Cuarto Circuito anuló esa decisión y obligó a que Baltimore eliminara la segregación en todas las piscinas públicas. Sin embargo, el ayuntamiento se opuso y siguió presentando apelaciones hasta que perdió la última que le quedaba, cuando el Tribunal Supremo se negó a revisar el caso.[189]

Baltimore no era un caso aparte. Hubo ciudades tanto en el norte como en el sur que, en respuesta a las órdenes de acabar con la segregación, desatendieron las instalaciones públicas, edificaron nuevos clubes privados o directamente cerraron las piscinas municipales. Otras ciudades adoptaron medidas más creativas. San Luis reinstauró la segregación por sexos para que los hombres negros y las mujeres blancas nunca pudieran nadar juntos.[190] En Marshall, Texas, donde el tribunal ordenó acabar con la segregación, las autoridades municipales votaron de manera casi unánime a favor de vender las instalaciones recreativas de la ciudad. Así pues, la piscina pública se vendió al Lions Club, que la gestionó como un servicio exclusivo para blancos.[191] Montgomery, Alabama, no se limitó a clausurar las piscinas: en 1959, las autoridades locales cerraron todos los parques públicos y el zoo municipal para evitar que los demandaran.[192] Sin embargo, la sección local de la Asociación Cristiana de Jóvenes siguió segregada durante la década de 1960 y abrió piscinas exclusivas para blancos con la condición de que el ayuntamiento les concediera exenciones fiscales, agua gratuita para las piscinas y uso sin costes de los parques. Ese acuerdo secreto no se revisó hasta su filtración en 1970, cuando los tribunales obligaron a esta asociación a terminar con sus prácticas segregacionistas.[193]

No obstante, en privado, las familias blancas encontraron otra forma de gestionar la eliminación forzosa de la segregación: se apartaron de los espacios públicos y se construyeron piscinas en los jardines traseros. Entre 1950 y 1975, en los Estados Unidos pasó de haber unas 2.500 piscinas en viviendas particulares a más de 4 millones.[194] Es evidente que el racismo no es el único factor que explica ese aumento de la construcción, pero tuvo una indudable importancia en la desaparición de las infraestructuras sociales públicas en las que se apoyaba la vida colectiva. Hoy en día, hay muchísimas menos piscinas municipales que a mediados del siglo XX. Las piscinas de estilo complejo turístico, con terrazas, restaurantes y otras instalaciones recreativas, prácticamente han desaparecido; en los Estados Unidos, se ven sobre todo en clubes privados y complejos turísticos que están fuera del alcance de las clases media y baja.[195]

Los afroamericanos y los activistas por los derechos civiles siguieron protestando por esa forma de desigualdad mucho después de la década de 1960. En 1975, por ejemplo, la comunidad negra de Pittsburgh (donde en 1962, a la entrada de una piscina pública, había un cartel que decía: «Prohibida la entrada de perros y de negros») se opuso a la orden de cierre de «la piscina de Sully» —una piscina pública frecuentada mayoritariamente por afroamericanos— aduciendo que aquel espacio era «una forma de vida para nosotros».[196] En 1971, el Tribunal Supremo resolvió, por un ajustado margen de votos, que clausurar las piscinas en respuesta al fin impuesto de la segregación no era inconstitucional ni aunque el cierre albergara un propósito discriminatorio, ya que la medida afectaba por igual tanto a los blancos como a los negros. Anticipando, quizá, los efectos colaterales, el tribunal especificó que la decisión no era aplicable a los centros educativos públicos, porque consideraba que las piscinas eran una «ventaja o un lujo», mientras que los centros de enseñanza públicos son una «necesidad».[197] Como es lógico, nadie discutió que los colegios e institutos fueran necesarios, pero ese razonamiento no reconocía el impacto que podía tener la segregación de otras instalaciones públicas en la vida y la cultura ciudadanas. A día de hoy, en los Estados Unidos se aprecia una enorme disparidad racial entre quienes saben nadar y quienes no: los blancos tienen el doble de probabilidades que los negros de saber nadar, mientras que los

niños afroamericanos tienen el triple de probabilidades de morir ahogados por accidente.[198] Wiltse, el historiador, afirma que la desigualdad en el acceso a las piscinas provocó que la natación nunca se convirtiera en una parte significativa de la cultura afroamericana.[199]

No obstante, las piscinas siguen siendo espacios de discriminación y de conflictos. En junio de 2015, la ciudad de McKinney, Texas, acaparó la atención del país cuando la policía local se metió en un conflicto en la piscina de una urbanización privada. La interacción entre la policía y varios adolescentes negros que habían participado en una fiesta en la piscina quedó registrada en los móviles: un vídeo subido a YouTube que captaba un choque particularmente violento entre un agente de policía y una adolescente amplificó el debate nacional sobre los abusos policiales contra los afroamericanos. Aunque, técnicamente, la piscina era de uso exclusivo para los miembros de la urbanización vallada, uno de los vecinos estaba celebrando una fiesta. Unos residentes blancos se acercaron a un grupo de adolescentes negros que estaban allí, los acusaron de invasión de la propiedad privada y les dijeron que se volvieran a sus «casas de protección oficial».[200] Tras recibir la atención generalizada de los medios de comunicación, el ayuntamiento impuso una baja administrativa al policía implicado en el incidente. Poco después, los vecinos colocaron un cartel que decía: «La Policía de McKinney vela por nuestra seguridad. ¡Gracias!».[201]

Ese tipo de historias contribuye a explicar la popularidad —o quizá la necesidad— de infraestructuras sociales que funcionen como espacios protegidos para miembros de grupos excluidos que sufren prejuicios, discriminación y violencia. Las comunidades oprimidas suelen soportar tremendas presiones sociales y económicas que limitan que forjen relaciones estables y duraderas. Como ha defendido el sociólogo Orlando Patterson, de la Universidad de Harvard, la historia de esclavitud, marginación, segregación y encarcelamiento generalizado de los Estados Unidos ha generado altos niveles de inestabilidad en la comunidad negra. «Los afroamericanos son el grupo de personas más solitario y más aislado del país y seguramente de todo el mundo», escribe Patterson.[202]

Los estadounidenses negros, así como todos los demás grupos que sufren una fuerte discriminación, necesitan espacios que fomenten el apoyo y la cohesión.

Desde la antigüedad, las personas oprimidas —mujeres, esclavos, minorías étnicas, gais y lesbianas, las clases trabajadoras, etc.— han construido espacios e instituciones donde poder reunirse para tratar de comprender su situación y planear una respuesta sin la vigilancia del grupo dominante. Los politólogos Nancy Fraser y Michael Warner denominan «contrapúblicos» esos espacios sociales y defienden que, pese a su aislamiento —y, en parte, debido a él—, son herramientas fundamentales de participación ciudadana en sociedades desiguales, porque dotan a los grupos marginalizados del foro privado que necesitan antes de enfrentarse a otros grupos. [203]

La historia ofrece innumerables ejemplos de esas infraestructuras sociales protegidas. Muchas de ellas —como las mikves donde las judías practicantes llevan tiempo reuniéndose para apoyarse entre sí o los baños públicos en torno a los que ha girado la vida social de los hombres homosexuales durante gran parte del siglo XX— disponen de puertas cerradas que proporcionan intimidad sin riesgos. Sin embargo, la mayoría de los sitios que albergan contrapúblicos están al aire libre, a la vista de todo el mundo.

En los Estados Unidos, las iglesias y barberías negras se encuentran entre las infraestructuras sociales actuales más importantes que dan apoyo a un contrapúblico sólido. Las barberías negras han sido partes fundamentales de la cultura afroamericana y del comercio desde la llegada de los primeros africanos a Norteamérica; en parte, porque los blancos no tenían mucha idea sobre cómo peinar el pelo afro y mostraban poco interés por aprender. Según afirma Melissa Harris-Lacewell, en un contexto de discriminación racial, segregación y desigualdad, el espacio protegido de las barberías de los varones negros es un valioso recurso que, por contradictorio que parezca, diversifica y enriquece a largo plazo la vida ciudadana estadounidense.[204] «La barbería es la estación de paso de los hombres negros, su punto de contacto y su hogar universal —escriben William Grier y Price Cobbs en Black Rage—. Aquí siempre son bien recibidos por un público amable que los escucha cuando

cuentan su historia y un residente que les aconseje sobre la zona». [205] En Black Metropolis, un referente en el estudio de los afroamericanos de Chicago, los sociólogos St. Clair Drake y Horace Cayton concluyen que, en 1938, las barberías negras eran con creces el negocio más popular entre los afroamericanos: la cifra de establecimientos de ese tipo repartidos por toda la ciudad ascendía a 494, mientras que había 257 tiendas de alimentación, 145 restaurantes y 70 bares.[206]

Estudios etnográficos recientes describen con precisión cómo las barberías negras contribuyen al progreso de la raza. Melissa Harris-Lacewell, que contrató a un estudiante para que observara de cerca una barbería de Chicago cuyos gerentes solo permitían el acceso de hombres negros, concluyó que las barberías aisladas permitían bajar la guardia —sobre todo, en conversaciones sobre racismo— a personas que normalmente estaban a la defensiva. También dotaban de un espacio de reunión común a personas de distintas generaciones, lo que facilitaba intercambios productivos, aunque a veces polémicos, entre hombres de menor y mayor edad. «Las barberías y las peluquerías, más que las iglesias, los colegios o la radio, funcionan como espacios donde las personas negras se relacionan entre sí en igualdad de condiciones, donde no hay ningún tema del que no se pueda hablar y donde la gente se sigue esforzando por "entender el mundo"», escribe Harris-Lacewell.

En cierta conversación relatada por la autora, un joven culpa al sesgo policial de los elevados índices de multas de tráfico que se imponen a los afroamericanos, pero enseguida le rebate un cliente de mayor edad, que le dice al chaval que se lo había buscado él solo al ir en el coche con la música a tope y el respaldo demasiado recostado. «Aunque se mostraban profundamente críticos con los blancos y eran plenamente conscientes del racismo imperante, [los hombres] casi nunca estaban dispuestos a culpar exclusivamente a los blancos por los problemas que aquejaban a los afroamericanos —escribe Harris-Lacewell—. Aun en lo tocante a la relación entre la policía de Chicago y los residentes negros de la ciudad, una relación profundamente tirante en términos tanto históricos como actuales, los hombres se oponían a condenar de manera general las acciones policiales».[207]

Las barberías también sirven para ejercitar los músculos retóricos de los hombres. El intercambio social que se produce en esos establecimientos puede ser de una sinceridad brutal y conducir a acalorados intercambios entre combatientes verbales. Asimismo, puede resultar desternillante, tal y como se ve en la taquillera serie de películas titulada La barbería. En una memorable escena, Eddie, el barbero, interpretado por Cedric the Entertainer, le dice a la clientela: «A ver, yo esto seguramente no lo diría delante de un blanco, pero aquí con vosotros me voy a despachar a gusto. Uno: Rodney King se merecía una somanta de palos por conducir borracho y hacerse el gallito en un Hyundai. Dos: O. J. es culpable. Y tres: lo único que hizo Rosa Parks fue plantar su culo moreno en un asiento».[208] Es evidente que Eddie —que al hacer esas afirmaciones se enfrenta a la clamorosa desaprobación de prácticamente todos los que lo rodean— no habla en nombre del guionista ni del director de la película. Lo que importa no es el contenido de lo que dice, sino el hecho de que la barbería permite a los clientes expresar ideas controvertidas y discutirlas a fondo hasta que todos los presentes comprendan mejor quiénes son, por qué se encuentran en la situación en la que están y qué es lo que creen. Cuando la barbería cierra, los hombres que la frecuentan se sienten un poco menos aislados y vulnerables. Los vínculos que establecen les dan la fuerza necesaria para tender después puentes sociales y hacen que estén mejor preparados para enfrentarse al mundo exterior.[209]

* * *

En una sociedad sumamente segregada, salvar las divisiones tiene fama de resultar difícil, pero, como demuestra el caso del Chicago industrial, hay ciertas infraestructuras sociales que nos invitan a relacionarnos con personas de otros grupos. En los últimos años, los científicos sociales han encontrado pruebas sorprendentemente sólidas de cómo las asociaciones vecinales y las organizaciones sin ánimo de lucro contribuyen a unir a los residentes, pues incrementan la confianza y el compromiso ciudadano e incluso

reducen los delitos violentos.[210] Las asociaciones vecinales impulsan la vida ciudadana y cultural en todos los barrios que tienen la suerte de contar con un amplio número de ellas. Son elementos fundamentales de la infraestructura social, porque ofrecen espacios físicos donde la gente puede reunirse, actividades que congregan a la gente de manera regular y líderes locales que se erigen en defensores de la comunidad. Por lo general, la gente no busca la cohesión social cuando trabaja de manera voluntaria en un huerto vecinal, enseña a niños a leer, asiste a un pícnic parroquial o se concentra para exigir la mejora de la calidad del aire de la zona. Pero, inevitablemente, en el proceso se forjan o se fortalecen los vínculos sociales.

Pensemos, por ejemplo, en el barrio de Elmhurst-Corona, en Queens, Nueva York, un área en la que en 1960 el 98 por ciento de la población era blanca, pero que en las décadas siguientes sufrió una transformación radical: en 1990, el 45 por ciento de su población era latinoamericana, el 26 por ciento asiática y el 10 por ciento negra.[211] Como cabía esperar, los inicios del cambio que experimentó el barrio fueron conflictivos. Tanto los recién llegados como los que llevaban allí tiempo albergaban fuertes estereotipos y prejuicios con respecto de sus vecinos. En las décadas de 1960 y 1970, la desconfianza dividía a la comunidad; era habitual que se produjeran conflictos y malentendidos. El barrio tuvo que afrontar problemas muy graves: cuando la zona se llenó de inmigrantes y aumentó la demanda de vivienda, los propietarios empezaron a subdividir los apartamentos residenciales para incrementar sus beneficios. Los bloques y los edificios estaban atestados, lo mismo que los centros educativos locales. Las actividades juveniles estaban desapareciendo. Había escasez de plazas de aparcamiento. La delincuencia iba en aumento y la ciudad, envuelta en una crisis fiscal histórica, estaba recortando los servicios locales. Se ralentizó el tiempo de respuesta de la policía.

La mayoría de los blancos huyeron por aquel entonces, pero muchos de los que se quedaron estaban desconcertados por los rápidos cambios de los establecimientos comerciales y las instituciones religiosas del barrio. Algunas personas insistían en afirmar con vehemencia que los latinos y los afroamericanos que estaban llegando a la zona vivían de las ayudas públicas, aunque casi nunca

fuera cierto. Los negros y los blancos solían llamar «inmigrantes ilegales» a los latinos, aunque la mayoría no se encontraba en situación irregular. En 1974, durante una reunión pública, el presidente del consejo de vecinos se refirió a los inmigrantes como «contaminación humana» y dijo que ojalá los erradicara el INS (el Servicio de Inmigración y Naturalización).[212] La pronunciación étnica se convirtió en una característica corriente del habla local. En Elmhurst-Corona no cabía un alfiler y muchos temían que explotase.

Elmhurst-Corona sobrevivió a la crisis fiscal de la década de 1970, pero los vecinos seguían encarando un gran número de problemas sociales, como el tráfico de drogas o la prostitución al aire libre, la venta ambulante ilegal, la acumulación de basura y las violaciones del código de edificación. Algunos barrios de Nueva York cedieron a esas presiones y se convirtieron en escenario de incendios provocados, abandono y deterioro. No obstante, en Elmhurst-Corona las asociaciones ciudadanas reunieron a los vecinos para trabajar en cuestiones relativas a la calidad de vida, tanto a pequeña como a gran escala. Muchas veces, vecinos normales y corrientes que no tenían ningún tipo de experiencia en política ni en activismo fundaban asociaciones hiperlocales para luchar contra los problemas de su vecindario y con el tiempo se juntaban con vecinos de calles cercanas para ampliar sus campañas. Una de las claves de su éxito radicó en conseguir utilizar los pequeños espacios públicos y semipúblicos del barrio como los sótanos de las iglesias, los centros de jubilados y las salas comunes de los grandes edificios de apartamentos, donde celebraban reuniones y actos.

Pensemos en un ejemplo típico de asociación ciudadana creada por los vecinos para protestar cuando se enteraron de que iban a reubicar la comisaría de policía y a llevarla más lejos, lo que los dejaba en una situación más vulnerable. Lucy Schilero, una esteticista autónoma que en un principio se había involucrado en el barrio debido a los problemas para aparcar, asumió el mando y puso en marcha una recogida de firmas para que no alejaran la comisaría. No tardó en darse cuenta de que para conseguir más firmas tendría que traducir el documento a todos los idiomas locales, así que convocó una reunión tras otra hasta que terminaron las traducciones. «Toda la gente del bloque arrimó el hombro,

cincuenta personas —le contó al antropólogo Roger Sanjek, que dirigió durante trece años un proyecto de investigación etnográfica en el barrio—. Lo teníamos todo traducido al español, al griego, al italiano, al chino, al coreano y al francés. Me reuní con gente de Irán y Turquía para que ayudaran con la traducción».

La experiencia la animó tanto que creó la Coalition of United Residents for a Safer Community (Coalición de Residentes Unidos por una Comunidad más Segura), una organización que llegó a tener dos mil miembros, entre los que había también vecinos de bloques cercanos y dueños de pequeños establecimientos. El proceso de colaboración local, según explican sociólogos como Robert Sampson, dio como resultado algo más que una protesta: también cambió las opiniones que los vecinos abrigaban sobre los demás y los animó a ser solidarios con personas de otros grupos. «He hecho amigos de otras etnias: indios, un montón de hispanos, chinos… Soy muy amiga de mi vecino ecuatoriano y estoy en contacto con vecinos hispanos. Mis amigos [blancos] de Maspeth y Middle Village [al suroeste de Queens] me dicen: "¿Cómo puedes vivir allí? Es como Manhattan". Yo les digo que o convivimos o no vamos a sobrevivir».[213]

Durante su extenso trabajo de campo, Sanjek conoció todas las asociaciones vecinales distintas que ayudaban a los residentes de Elmhurst-Corona a convivir y a sobrevivir. En 1980, una inmigrante puertorriqueña llamada Haydee Zambrana creó Ciudadanos Conscientes de Queens para exigir que el barrio contara con mejores servicios en español, pero a lo largo de esa década acabó frustrada por que los grupos latinos de Elmhurst-Corona se pasaran la mayor parte del tiempo trabajando sobre cuestiones nacionales de Puerto Rico y no el suficiente abordando problemas locales. «Mi prioridad es ayudar a la comunidad hispana a implicarse en el proceso político estadounidense», explicó en 1986 ante una comisión municipal. La organización dio un giro para promover la participación ciudadana en foros tanto formales como informales. Zambrana se unió a la Junta Comunitaria 4 (las juntas comunitarias son los órganos políticos locales de Nueva York) y en el plazo de un año reclutó a otros tres miembros hispanos, duplicando así su nivel de representación.[214]

Las campañas locales de mayor envergadura que observó Sanjek surgieron de amenazas que afectaban a todos los vecinos, con independencia de la edad, el género o la etnia. En 1986 y 1987, por ejemplo, los residentes de distintas asociaciones ciudadanas se unieron para abordar un problema que aquejaba a la popular biblioteca local de Lefrak City. Durante años, la biblioteca tuvo en plantilla a un vigilante que supervisaba las interacciones que se producían en el edificio. Aquello era bastante habitual en Nueva York, cuyas bibliotecas se llenaban de niños pequeños, adolescentes, personas sin hogar, trabajadores autónomos, enfermos mentales y ancianos —cada cual con sus necesidades y sus códigos de conducta— que se disputaban el espacio todos los días. Como era inevitable, surgían tensiones y los bibliotecarios no podían gestionarlas y encargarse al mismo tiempo de sus demás labores. Los vigilantes se convirtieron en importantes agentes locales, así que la comunidad se enfadó muchísimo cuando el ayuntamiento anunció que iban a despedirlos debido a los recortes presupuestarios.

En una reunión de la junta comunitaria celebrada a principios de 1987, una coalición de grupos vecinales preocupados se quejó de la decisión y exigió al ayuntamiento que no despidiera a los vigilantes. Uno de los responsables de la biblioteca respondió culpando de los problemas a los «niños de la llave» de las familias negras y acusando a los padres de no supervisar correctamente a sus hijos. Diez años antes, quizá los vecinos blancos, asiáticos e hispanos habrían estado de acuerdo con esa afirmación, lo que habría agrandado la brecha que los separaba. Sin embargo, tras décadas trabajando codo con codo en las asociaciones vecinales —escribe Sanjek—, la gente que abarrotaba la Junta Comunitaria saltó en defensa de las familias negras de la zona. Afirmaron que miles de padres y madres estupendos de Elmhurst-Corona mandaban a sus hijos a las bibliotecas al salir del colegio, precisamente porque esos sitios prometían ofrecer experiencias seguras, positivas y educativas para todo el mundo. Aquel argumento, esgrimido con contundencia por una comunidad que se mantuvo unida, resultó difícil de rebatir, así que los responsables de la biblioteca encontraron los fondos que necesitaban para mantener el servicio de vigilancia.

* * *

Aunque algunos proyectos de infraestructura social a gran escala salgan caros, en general las comunidades no requieren una financiación enorme para construir espacios o instituciones que congreguen a personas diversas con el fin de que se relacionen de forma recurrente. Pensemos en que, en el mundo entero, las instalaciones deportivas atraen a un mismo espacio social compartido a gente procedente de entornos distintos, les permiten disfrutar de actividades competitivas, lúdicas y a menudo alegres y contribuyen a que se forjen relaciones que nunca habrían surgido fuera del campo o de la cancha. Los terrenos deportivos pueden ser espacios sagrados, delimitados con propósitos comunitarios, donde suelen perder relevancia las categorías y las jerarquías que tanta importancia tienen en la esfera social y política. El gran antropólogo Victor Turner calificó esos sitios de «antiestructurales», porque permiten que personas que en otro contexto se habrían tratado con hostilidad practiquen deporte juntas en una experiencia que él llama communitas: un momento transitorio en el que todos los participantes gozan del mismo estatus social y en el que de repente se fomentan vínculos sociales prohibidos. En algunos casos, esas interacciones especiales tienen una importancia duradera: ayudan a grupos divididos a reconocer la humanidad de los demás y allanan el camino para que surjan relaciones más significativas fuera del campo.[215]

En Netherland, la elegante novela de Joseph O'Neill sobre la perturbación de Nueva York tras el 11-S, un campo de críquet de Brooklyn representa un papel protagonista.[216] El campo Bald Eagle es el sitio donde Hans van den Broek, el banquero holandés que narra Netherland, se reencuentra con los Estados Unidos que había perdido y consigo mismo, después de que su mujer, preocupada, se llevara a Londres al hijo de ambos y dejara a Hans en Nueva York. El campo está alquilado y cuidadosamente mantenido por Chuck Ramkissoon, un carismático y emprendedor indio de Trinidad que insiste en que el críquet es «el primer deporte de equipo moderno de los Estados Unidos […], un auténtico pasatiempo estadounidense» y que se autodesigna presidente del

club de críquet de Nueva York. Antes de conocer a Chuck, Hans parece encontrarse a la deriva. Vive de alquiler en un apartamento del hotel Chelsea y recorre flotando los distritos con ojo de flâneur, observando las luces, el comercio y los extravagantes personajes, pero siempre desde la distancia. La ciudad no le pertenece.

Su situación cambia cuando Chuck lo invita a formar parte del club de críquet. Hans, un europeo adinerado y blanco, desentona en un campo lleno de personas de tez oscura procedentes de Asia y del Caribe que se afanan por establecer su legitimidad en los Estados Unidos. Como escribe en The New Yorker el crítico literario James Wood, para esos hombres el críquet es «una comunidad inmigrante imaginaria, un deporte que une, en un parque de Brooklyn, a pakistaníes, esrilanqueses, indios, antillanos, etc., aunque el hecho de que el juego no sea típicamente estadounidense resalte la singularidad de quienes lo practican».[217] Para Hans, el campo Bald Eagle se convierte en el territorio sagrado donde tiene que demostrarse que es «un estadounidense de pura cepa», es decir, un inmigrante ambicioso que intenta hacerse un hueco.[218] Los partidos que juega no ponen a prueba únicamente si encaja en el campo, sino si encaja en el país. Hans termina superando la prueba y es entonces cuando encuentra su lugar.

En la vida real, la acción social en los terrenos deportivos suele ser menos poética que en una buena obra de ficción, pero tiene la misma importancia para nuestras relaciones y nuestro sentimiento de identidad. Pensemos en cuántos adolescentes conocen a sus mejores amigos —y llegan a conocerse mucho mejor también a sí mismos— jugando en un campo de béisbol. Pensemos en cuántos padres forjan relaciones duraderas en la línea de banda mientras sus hijos e hijas entrenan y compiten en el campo de béisbol, en el de fútbol americano o en la cancha de baloncesto.

Cuando yo era niño y vivía en Chicago, pasé un sinfín de tardes en un campo de fútbol europeo improvisado cerca del zoo de Lincoln Park, donde una organización vecinal llamada Club Menomonee organizaba entrenamientos. En la década de 1970, el Club Menomonee era un espacio de encuentro para los chavales de Old Town, que se estaba gentrificando a toda velocidad, y los de las viviendas públicas que estaban justo al sur. El director, un

parlanchín fanático del fútbol europeo que se llamaba Basil Kane, cobraba unos seis dólares por temporada para que todo el mundo pudiera permitirse jugar. Como resultado, mi experiencia jugando al jogo bonito fue muy diferente de todas las demás que viví en aquella ciudad tan grotescamente desigual y segregada.

Por ejemplo, el colegio público de mi barrio tenía en el patio una cancha de baloncesto que era muy popular tanto entre los chavales de Old Town como entre los de las viviendas públicas. Mis amigos y yo íbamos a menudo, pero un año, cuando yo tenía unos diez, unos vándalos se llevaron los aros de los tableros para que nadie pudiera jugar. Cuando el ayuntamiento instaló aros nuevos, los vándalos los quitaron otra vez. Yo estaba furioso y, como había oído a tanta gente quejarse de los delitos cometidos por los afroamericanos pobres de las viviendas públicas, di por hecho que eran ellos los que habían destrozado también las canchas de baloncesto. Hasta que un día fui a visitar a un amigo blanco que vivía en una de las casas más bonitas de la zona; mi amigo me preguntó si quería saber un secreto y me contó que su hermano adolescente y sus amigos habían estado quitando los aros porque no querían que los chavales negros de las viviendas públicas vinieran a nuestro barrio. A mí esa posibilidad nunca se me había pasado por la cabeza.

Ahora echo la vista atrás y pienso que seguramente se me tendría que haber ocurrido. En Chicago, casi todo estaba segregado: los barrios, los centros de enseñanza, los clubes sociales, las instituciones religiosas… Pero el campo de fútbol, por lo menos, me brindaba la oportunidad de conocer a gente que, debido a su raza y clase social —y, por tanto, su casa, coche y comida—, era distinta de las personas con las que yo trataba en otros círculos y, aun así, durante la temporada formábamos parte del mismo equipo. Jugar juntos no bastaba para entablar amistades profundas y duraderas, pero era un principio, una oportunidad de entrar en contacto.

Ahora que soy padre, el tiempo que paso en los terrenos deportivos —aunque sea en la línea de banda— vuelve a configurar la vida social y vecinal de mi familia. Entre semana, mi mujer y yo no hacemos otra cosa que ir de nuestros despachos de la universidad al colegio de los niños; con suerte, a veces conseguimos salir alguna noche, ir a cenar a casa de unos amigos, acudir a algún acto de la

universidad o asistir a algún espectáculo. Los fines de semana tenemos un horario menos apretado, pero desde que nuestro hijo empezó a jugar en su primer equipo de fútbol los findes han girado en torno a sus partidos y campeonatos, algunos de los cuales se celebran lejos de casa. A los amigos cuyos hijos no juegan en equipos que viajan les desconcierta nuestro compromiso con ese estilo de vida y las molestias que supone. ¡A veces a mí también, la verdad! Pero luego me acuerdo de qué es lo que hace que la experiencia sea tan enriquecedora y cautivadora: la relación que forjamos tanto con las familias que han adoptado el mismo compromiso que nosotros como con nuestro propio hijo.

La comunidad que hemos construido en torno al campo de fútbol es una parte importante de nuestra vida desde que nuestro hijo tenía siete años, pero resultó ser fundamental cuando en 2016 nos trasladamos a la Universidad de Stanford para disfrutar de un año sabático. Al llegar, mi mujer y yo no conocíamos más que a un puñado de personas; amigos del trabajo, sobre todo. Mis hijos no tenían amigos y, como es natural, estaban nerviosos por el cambio. Pero el primer día en Palo Alto a nuestro hijo lo invitaron a jugar en el equipo que viajaba y formaba parte de un gran club de fútbol local, y sus compañeros de equipo no tardaron en convertirse en sus amigos. Después de varios fines de semana de partidos por la zona de la Bahía, la familia entera participaba en las barbacoas, excursiones a la playa y comidas festivas que organizaban los padres de otros niños. Nuestra hija se hizo amiga de las hermanas de los jugadores. Recibimos consejo sobre colegios locales, médicos, supermercados y actividades extraescolares. Organizamos coches compartidos para que todo el mundo pudiera ayudarse entre semana.

Nadie confundiría el equipo con una comunidad completamente integrada. En Silicon Valley todo cuesta un ojo de la cara, incluido participar en el equipo regional (como pasa demasiado a menudo hoy en día con los programas deportivos juveniles de este país). Sin embargo, en torno al 20 por ciento de los jugadores vivía en barrios pobres o de clase trabajadora, como East Palo Alto, una comunidad donde viven sobre todo minorías y que está físicamente separada del próspero Palo Alto por una enorme autovía. Como el club ofrecía apoyo económico, el equipo gozaba de una diversidad étnica

y de clase superior a la de otros grupos sociales locales. Algunos de los padres del equipo trabajaban en la industria tecnológica y conducían Teslas o Mercedes, pero la mayoría tenía un Nissan o un Subaru y trabajos profesionales o de clase media más convencionales. Había familias de Canadá, México, Brasil, la India, Israel, Túnez, Francia y Alemania; había demócratas, republicanos, independientes y progresistas. Nuestro equipo se formó durante los momentos más acalorados de las elecciones presidenciales de 2016, así que de vez en cuando suspendíamos los debates sobre Messi y Ronaldo para discutir sobre Clinton y Trump. Ni nos poníamos de acuerdo ni hacíamos cambiar de opinión a los demás, pero nos profesábamos el aprecio y la confianza suficientes para escuchar posturas contrarias. Mediante el trato personal, llegábamos a entender a gente que defendía puntos de vista distintos; en la línea de banda, acortábamos la distancia social.[219]

Aquel año resultó ser complicado para la política, pero fabuloso para el fútbol: los niños fueron mejorando a nivel individual y el equipo fue cuajando poco a poco hasta convertirse en el campeón de la categoría, uno de los más sólidos de California. Mi hijo —al que de no ser por el equipo le habría costado adaptarse a un colegio nuevo en un estado lejano— nunca había ganado tanta seguridad en sí mismo ni tantos amigos. Mi mujer y yo nos dimos cuenta de que esperábamos con ganas los largos torneos de fin de semana que tenían lugar en ciudades pequeñas como Manteca y Davis y las largas tardes y noches que pasábamos en compañía de familias que tenían poco que ver con nuestros colegas y amigos de la universidad. Que se acabara la temporada fue más difícil en lo emocional que el fin de nuestras soñadas becas de investigación en Stanford; no porque se hubieran acabado los partidos —ya que siempre puede haber más—, sino porque el equipo progresaba mientras que nosotros regresábamos a casa.

Cuando volvimos a Nueva York en 2017, encontrar el club de fútbol ideal se convirtió en un proyecto familiar importante. Éramos conscientes de que no estábamos eligiendo solamente un equipo deportivo para nuestro hijo, sino también una comunidad para nuestra familia. Hay un fantástico programa vecinal de fútbol cerca de donde vivimos y teníamos todas las razones del mundo para mandar allí a nuestro hijo… salvo una. Lo habían invitado a hacer

la prueba para entrar en el Metropolitan Oval, un club legendario ubicado en Maspeth, Queens, en un campo precioso construido en la década de 1920 por inmigrantes alemanes y húngaros que lo diseñaron para que fuese un centro vecinal, que es exactamente como ha funcionado en los últimos noventa años. Como es natural, la composición del club ha ido variando a medida que lo hacía la ciudad: hoy en día, los entrenadores, los jugadores y las familias son un reflejo de la diversidad de Queens. Nos enamoramos de la organización, aunque el hecho de que jugaran al fútbol de maravilla fue otro punto a favor. Cuando le ofrecieron una plaza en la academia, mi hijo no cabía en sí de contento, pero todos nos hemos beneficiado de orbitar en torno al club.

Nuestra experiencia es común. Los sociólogos han comprobado de manera sistemática que participar en equipos de deporte organizado incrementa el capital social y fomenta asimismo una mayor participación en actividades colectivas al margen del deporte. Por ejemplo, según un estudio británico reciente, existen «considerables correlaciones entre los índices del capital social y los de la participación deportiva, tanto a nivel nacional y, dentro del Reino Unido, a nivel individual». El 80 por ciento de las personas que practican algún deporte organizado tiene amigos en el equipo, una cifra bastante más alta que el índice de quienes participan en organizaciones humanitarias, medioambientales o de consumidores. Ese dato no resulta sorprendente, dado que, por lo general, esos últimos grupos «requieren una implicación más pasiva, muchas veces mediante suscripción», en vez del profundo compromiso que exige el deporte tanto a nivel físico como interpersonal. Pero lo que sí resulta sorprendente es el descubrimiento de que, tras la gente que va con asiduidad a la iglesia, las personas que practican deportes organizados son más propensas que las demás a participar como voluntarios en otros proyectos ciudadanos y asociativos. Los autores argumentan que el hecho de aprender a liderar o a trabajar en equipo sobre el terreno de juego ayuda a los deportistas a desarrollar habilidades que se trasladan a otras esferas de la vida social. «Esto no beneficia solamente a la persona, sino que, como aporta habilidades extrapolables a otros ámbitos de la comunidad, también puede suponer una valiosa contribución al proceso de renovación ciudadana», concluyen.[220]

Un estudio reciente del antropólogo Eric Worby muestra cómo se produce ese fenómeno. En la década de 2000, Worby estudió los campos de fútbol europeo repartidos por los barrios de Johannesburgo. Cuando Worby y su familia se mudaron a la ciudad, sus amigos y colegas les dieron multitud de consejos sobre cómo protegerse y defenderse, pero pocos sobre cómo entablar relaciones. Su hija y él lo averiguaron por sí solos, en partidos de fútbol informales que se disputaban en «campos polvorientos y llanos […] donde se usaban solitarios cubos de basura de cemento como blanco para meter gol». Worby descubrió que en Sudáfrica, tras el apartheid, ese tipo de campos eran escenario de «libertad social urbana», sitios donde la gente podía enfrentarse a encuentros temidos o prohibidos desde hacía tiempo. Como es evidente, jugar al fútbol con gente de una raza o clase distinta no hacía que desaparecieran las arraigadas divisiones, pero sí contribuía a que los sudafricanos «volvieran a humanizarse» los unos a los otros, un paso modesto pero necesario para que el país eliminara la segregación y democratizara una sociedad profundamente dividida.[221]

Dado que en muchas sociedades modernas los terrenos deportivos son espacios casi sagrados de integración social lúdica, los actos de violencia cometidos allí adquieren una importancia simbólica especial. En junio de 2017, por ejemplo, un asaltante que actuaba en solitario abrió fuego contra varias personas que se encontraban en un campo de béisbol donde miembros republicanos del Congreso entrenaban para su tradicional partido anual contra los demócratas. Los tiroteos masivos siempre son espeluznantes, pero los comentaristas señalaron que aquel resultaba particularmente ofensivo. «El béisbol y el sóftbol son el terreno común de Washington, donde la política es omnipresente», declaró The New York Times. En la National Public Radio, las autoridades del Congreso aseguraron que el campo ofrecía un descanso importante en la vida diaria del Capitolio, donde hay demasiados miembros de partidos políticos que han llegado a verse unos a otros unidimensionalmente, como enemigos. Debbie Wasserman Schultz, expresidenta del Comité Nacional Demócrata, contribuyó a fundar un partido de sóftbol para que las mujeres del Congreso pudieran disfrutar de la misma experiencia. «He respaldado y aprobado leyes con colegas con las que, de no ser por este equipo, probablemente no habría hablado y a las que por supuesto no habría llegado a

conocer», aseguró Schultz.[222]

* * *

Forjar vínculos significativos con gente a la que consideramos diferente no entraña un desafío solamente en sitios históricamente divididos, como Sudáfrica, o en ciudades conflictivas en el plano político, como Washington D. C. Académicos como Sherry Turkle, Cass Sunstein y Jonathan Haidt defienden que el rápido auge de internet ha cambiado la manera en que la gente ve y trata a los demás a nivel mundial, creando enormes extensiones de distancia social, incluso entre amigos.

No hay duda de que hay elementos de internet que sacan lo peor del comportamiento humano, pero ¿de verdad que provoca polarización? Sunstein y Haidt opinan que sí. «Como resultado de internet, vivimos cada vez más en una época de enclaves y nichos; en parte, porque queremos y en parte, por culpa de quienes se creen que saben —y muchas veces es cierto— lo que tiende a gustarnos», afirma Sunstein. «Mientras vivamos todos inmersos en el relato constante de las increíbles atrocidades perpetradas por el otro bando, no sé cómo vamos a poder volver a confiar los unos en los otros y a colaborar de nuevo», escribe Haidt.[223] Sin embargo, hay otras investigaciones que ponen en duda la existencia de una relación causal entre la polarización política y el uso de internet o las redes sociales. Un equipo de economistas que analizó los datos de los estudios sobre las elecciones nacionales de los Estados Unidos descubrió que, sorprendentemente, «el aumento de la polarización es mayor entre los grupos con menor propensión a emplear internet y las redes sociales». Por ejemplo, la polarización ha aumentado mucho más entre la gente mayor de setenta y cinco años (que son ávidos consumidores de los canales de noticias de televisión por cable, como Fox) que entre las personas de dieciocho a treinta y nueve años (que son los que usan los medios virtuales con mayor frecuencia). Ese simple hecho «descarta las explicaciones aparentemente más directas que vinculan internet con el

incremento de la polarización», escriben los autores. Aunque las redes sociales pueden, en efecto, contribuir a ensanchar nuestras divisiones ideológicas, es imposible que internet tenga toda la culpa si no explica los cambios que se han producido en el segmento más polarizado.[224]

En algunos sentidos, internet ha sido una fuerza benefactora que ha permitido que la gente forje relaciones con personas a las que de otro modo no habría conocido. Un estudio reciente demuestra que los estadounidenses y los alemanes que encuentran a sus parejas románticas en internet son mucho más proclives a juntarse con alguien de un nivel educativo, identidad étnica o afiliación religiosa distintos que las personas que buscan por medio de amigos, familiares o centros educativos.[225] Además, tras las elecciones estadounidenses de 2016, que tantas divisiones causaron, varios empresarios socialmente comprometidos se están valiendo de internet para ayudar a gente con posturas políticas contrarias a iniciar conversaciones sobre el origen de sus discrepancias. Hay un proyecto llamado LivingRoomConversations.org que permite que quien tenga interés participe en un diálogo ciudadano con desconocidos sobre temas polémicos por medio de un videochat grupal. Otro, HiFromTheOtherSide.com, empareja a dos personas con perspectivas opuestas, verifica su identidad en Facebook y les manda un correo electrónico introductorio —junto con enlaces a una guía de conversación— para que puedan conocerse en la vida real.

En algunos casos —como en el de adolescentes gais y lesbianas que viven en ciudades pequeñas o en comunidades conservadoras, disidentes que viven bajo regímenes políticos represivos y refugiados que huyen de zonas de guerra—, internet es más que una forma de conocer gente: es una fuente de apoyo y de conexión que salva vidas. Facebook, pese a sus numerosos inconvenientes, ayuda a que la gente vea que no lucha en solitario y ofrece un foro donde pueden intercambiarse ideas sobre cómo mejorar las cosas o incluso huir. En los últimos años, miles de refugiados sirios en Europa han usado Facebook para recabar todo tipo de información, desde qué cosas comprar antes de viajar hasta los nombres de los hoteles asequibles que pueden encontrar por el camino. También han recurrido a Facebook para dar en el nuevo país con viejos amigos o

personas de su misma ciudad de origen con el fin de forjar comunidades en el extranjero y, una vez asentados, recibir noticias de casa.[226]

En el nivel más mundano, páginas web como Nextdoor facilitan el establecimiento de vínculos entre vecinos que carecen de una forma conveniente para conocerse o para iniciar conversaciones grupales, ya sea sobre asuntos ciudadanos importantes o sobre preocupaciones locales. En los campus universitarios, los estudiantes que pasan mucho tiempo en Facebook son más propensos que los que lo utilizan poco a desarrollar vínculos sociales débiles —pero no obstante significativos— con un variado grupo de compañeros.[227] Cuando hice trabajo de campo en las bibliotecas de Nueva York, intimé con un grupo de inmigrantes —chinos, rusos, mexicanos y polacos— que se habían conocido en clases de inglés o de ciudadanía y que habían creado un activo grupo social de WhatsApp. Seguían en contacto años después, en parte por lo fácil que resultaba gracias a la tecnología.

Hay muchísimos ejemplos más de gente que usa internet para tender puentes sociales más insólitos. A menudo, se mantienen conversaciones sobre temas —como la salud, la música o los deportes— cuyas conexiones con asuntos políticos o ideológicos son limitadas o indirectas, pero que permiten encontrar un terreno común a personas que podrían hallarse divididas por sus convicciones.

Por ejemplo, hace poco me enteré de la existencia de un chat anónimo para gente con VIH que no quiere o no puede participar en grupos de apoyo tradicionales.[228] Allí trabaron amistad una mujer trans de color y un hombre blanco partidario de Trump y procedente de una zona rural a quien la primera ayudó durante su proceso de desintoxicación. No es tan raro: la gente que sufre problemas graves de salud suele recurrir a internet para establecer redes de apoyo con personas a las que no se parecen en nada salvo en el aspecto que de pronto cobra mayor relevancia. Ellos lo saben por experiencia propia: si usamos internet con sensatez, o si diseñamos internet de acuerdo con nuestra común condición humana en vez de con nuestras diferencias, la tecnología a la que tan a menudo culpamos de nuestra polarización puede surtir un

efecto paliativo.

La distancia social y la segregación —tanto en los espacios físicos como en las líneas de comunicación— engendran polarización, mientras que el contacto y la conversación nos recuerdan que todos somos humanos, sobre todo cuando el trato es recurrente y entraña pasiones e intereses compartidos. En las últimas décadas, hemos perdido las fábricas y las ciudades industriales donde antaño los distintos grupos étnicos formaban comunidades obreras. Hemos hecho que nuestros barrios estén más segregados por clase. Hemos visto a empresas privadas organizar actividades deportivas competitivas y profesionalizadas para los niños de las familias adineradas y hemos dejado que los de hogares con ingresos bajos jueguen en ligas propias. Hemos visto informativos de las cadenas de televisión por cable y escuchado programas radiofónicos de debate que nos cuentan lo mismo en lo que ya creemos.

Esas condiciones facilitan la vinculación social en el seno de ciertos grupos, pero, como fomentan la polarización, dificultan tender puentes sociales. Y divididos pereceremos. No va a ser fácil restaurar el espíritu de propósito común y de humanidad compartida necesario para la vida ciudadana, pero, como no construyamos infraestructuras sociales de mayor calidad, la ardua tarea que nos aguarda será imposible. Está en juego el futuro de nuestra democracia.

■

[170] La explicación clásica sobre grupos «primarios» y «secundarios» está extraída de Charles Cooley, Social Organization, Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1909, cap. 3. Las citas de Aristóteles y Platón proceden de un clásico artículo de sociología sobre la homofilia: Miller McPherson, Lynn Smith-Lovin y James Cook, «Birds of a Feather: Homophily in Social Networks», Annual Review of Sociology 27 (2001), pp. 415-444.

[171] William Kornblum, Blue-Collar Community, Chicago: University of Chicago Press, 1974.

[172] Ibid., p. 66.

[173] Ibid., pp. 37, 18.

[174] Ver William Julius Wilson, The Truly Disadvantaged, Chicago: University of Chicago Press, 1987, y Douglas Massey y Nancy Denton, American Apartheid, Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press, 1993.

[175] El texto más importante sobre la polarización a partir de la década de 2000 es Morris Fiorina, Samuel Abrams y Jeremy Pope, Culture War?, Nueva York: Pearson Longman, 2005. En 1996, los sociólogos Paul DiMaggio, John Evans y Bethany Bryson demostraron que apenas existían pruebas que apoyaran las afirmaciones generalizadas de que los estadounidenses estaban cada vez más polarizados, así que ¿por qué había tanta gente que percibía una fragmentación cada vez mayor? Apuntaron a varias posibles razones, como que quizá los estadounidenses estuvieran adquiriendo unas creencias políticas más intensas, que tal vez los medios de comunicación estuvieran transmitiendo opiniones más polarizadas y que la gente tenía tendencia a romantizar el pasado y a olvidarse de lo ambivalentes que eran antes. Ver Paul DiMaggio, John Evans y Bethany Bryson, «Have Americans' Social Attitudes Become More Polarized?», American Journal of Sociology 102, n.º 3 (1996), pp. 690-755.

[176] Sobre desigualdad y segregación de clase, ver Sean Reardon y Kendra Bischoff, «Income Inequality and Income Segregation», American Journal of Sociology 116, n.º 4 (2011), pp. 1092-1153. Sobre el filtro burbuja, ver Eli Pariser, El filtro burbuja. Cómo la Red decide lo que leemos y lo que pensamos, Barcelona: Taurus, 2017, traducido por Mercedes Vaquero Serrano.

[177] Shanto Iyengar y Sean Westwood, «Fear and Loathing Across Party Lines», American Journal of Political Science 59, n.º 3 (2015), pp. 690-707.

[178] Pew Research Center, «Partisanship and Political Animosity in 2016», 22 de junio de 2016, www.people-press.org/2016/06/22/partisanship-and-political-animosity-in-2016/.

[179] Ese «la» hace referencia a Hillary Clinton, rival demócrata de Donald Trump durante las elecciones presidenciales de 2016. (N. de

la T.).

[180] Los datos sobre los sindicatos están extraídos de Gerald Mayer, Union Membership Trends in the United States, Washington D. C.: Congressional Research Service, 2004. La cita procede de Peter Bearman y Delia Baldassarri, «Dynamics of Political Polarization», American Sociological Review 72 (octubre de 2007), p. 787. Sobre el aumento de los matrimonios entre personas de la misma clase social (o «cópula de afinidad selectiva»), ver Robert Mare, «Educational Homogamy in Two Gilded Ages», Annals of the American Academy of Political and Social Science 663 (2016), pp. 117-139.

[181] Cass Sunstein, #Republic: Divided Democracy in the Age of Social Media, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2017, pp. 91-92.

[182] Ver Elijah Anderson, The Cosmopolitan Canopy: Race and Civility in Everyday Life, Nueva York: W. W. Norton, 2011.

[183] Hafstein aparece citado en www.cnn.com/2017/03/20/health/iceland-pool-culture/.

[184] Dan Kois, «Iceland's Water Cure», New York Times Magazine, 19 de abril de 2016.

[185] Jeff Wiltse, «America's Swimming Pools Have a Long, Sad, Racist History», The Washington Post, 10 de junio de 2015.

[186] Jeff Wiltse, Contested Waters: A Social History of Swimming Pools in America, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2007, p. 1.

[187] Ibid., p. 2.

[188] Rachaell Davis, «This Tweet Perfectly Sums Up Why Simone Manuel's Olympic Win Is So Important», Essence, 12 de agosto de 2016, www.essence.com/2016/08/12/simone-manuels-why-olympic-win-so-important.

[189] Wiltse, Contested Waters, p. 156.

[190] «Swimming Pool Clash Reported in St. Louis», Atlanta Daily World, 21 de julio de 1950.

[191] Yoni Appelbaum, «McKinney, Texas, and the Racial History of American Swimming Pools», The Atlantic, 8 de junio de 2015, www.theatlantic.com/politics/archive/2015/06/troubled-texas/395150/.

[192] Rose Hackman, «Swimming While Black», The Guardian, 4 de agosto de 2015, www.theguardian.com/world/2015/aug/04/black-children-swimming-drowningssegregation.

[193] Ibid.

[194] Appelbaum, «McKinney, Texas».

[195] Ibid.

[196] Ver Robert Flipping Jr., «Blacks Demand Re-opening of Sully's Pool», The New Pittsburgh Courier, 7 de junio de 1975, y Wiltse, «America's Swimming Pools».

[197] «The Court's Swimming Pool Ruling», Los Angeles Times, 16 de junio de 1971.

[198] Hackman, «Swimming While Black».

[199] National Public Radio, «Public Swimming Pools' Divisive Past», 28 de mayo de 2007, www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=10495199.

[200] Wiltse, «America's Swimming Pools».

[201] Appelbaum, «McKinney, Texas».

[202] Orlando Patterson, Rituals of Blood: The Consequences of Slavery in Two American Centuries, Nueva York: Basic Books, 1998, p. 4.

[203] Los textos clásicos sobre los contrapúblicos son Nancy Fraser, «Rethinking the Public Sphere», Social Text 25, n.º 26 (1990), pp. 56-80, y Michael Warner, «Publics and Counterpublics», Public

Culture 14, n.º 1 (2002), pp. 49-90.

[204] Melissa Harris-Lacewell, Barbershops, Bibles, and BET: Everyday Talk and Black Political Thought, Princeton (Nueva Jersey): Princeton University Press, 2004, pp. 163, 200.

[205] William Grier y Price Cobbs, Black Rage, Nueva York: Basic Books, 1968, p. 88.

[206] St. Clair Drake y Horace Cayton, Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City, 1945; reimpr., Chicago: University of Chicago Press, 2015, pp. 438, 461.

[207] Harris-Lacewell, Barbershops, Bibles, and BET, p. 198.

[208] La barbería, historia escrita por Mark Brown; guion de Mark Brown, Don D. Scott y Marshall Todd, dirigida por Tim Story, 2002.

[209] Los etnógrafos urbanos han observado que en otros espacios protegidos, como las tabernas, se producen los mismos procesos sociales que en las barberías negras. El estudio clásico es Elijah Anderson, A Place on the Corner, Chicago: University of Chicago Press, 1978. Anderson escribe: «Las tabernas y los bares de las ciudades —al igual que las barberías, los sitios de comida para llevar y otros establecimientos similares—, con sus esquinas y callejones adyacentes, son importantes lugares de reunión para gente de los "poblados urbanos" y los guetos de la ciudad. Muchas veces son sitios especiales donde se juntan las personas pobres y de clase trabajadora de la ciudad y en cierto modo funcionan como los clubes sociales más formales o los círculos domésticos de las clases medias y altas» (1).

[210] Los estudios más impresionantes que miden los efectos de las asociaciones vecinales en la vida local son Robert Sampson, Great American City: Chicago and the Enduring Neighborhood Effect, Chicago: University of Chicago Press, 2012, y Patrick Sharkey, Uneasy Peace: The Great Crime Decline, the Renewal of City Life, and the Next War on Violence, Nueva York: W. W. Norton, 2018.

[211] Elmhurst-Corona fue el escenario de un extraordinario proyecto de investigación dirigido por Roger Sanjek, antropólogo de

la Universidad de la Ciudad de Nueva York. A principios de la década de 1980, Sanjek y su equipo de ayudantes de investigación empezaron a estudiar cómo las asociaciones vecinales configuraban las relaciones grupales en aquel barrio multirracial y multilingüe. Los investigadores se quedaron hasta 1996 haciendo trabajo de campo sobre la actividad diaria y observando atentamente lo que ocurre en las asociaciones ciudadanas, iglesias, actos vecinales y reuniones sobre política local. Los principales hallazgos del proyecto se recogen en Robert Sanjek, The Future of Us All: Race and Neighborhood Politics in New York City, Ithaca (Nueva York): Cornell University Press, 1998. Mis explicaciones sobre las asociaciones vecinales de Elmhurst-Corona se basan ampliamente en esa obra.

[212] Ibid., p. 72.

[213] Citado en Roger Sanjek, «Full Before Color Blind: The Emergence of Multiracial Neighborhood Politics in Queens, New York City», American Anthropologist 102, n.º 4 (2000), pp. 765-766.

[214] Ibid., p. 766.

[215] Victor Turner, El proceso ritual. Estructura y antiestructura, Madrid: Taurus Alfaguara, 1988, traducción de autor desconocido revisada por Beatriz García Ríos. Para leer un resumen sobre la antropología del deporte, ver Kendall Blanchard, Antropología del deporte, Barcelona: Bellaterra, 1986, traducción de autor desconocido supervisada por María José Aubet Semmler.

[216] Joseph O'Neill, Netherland. El club de críquet de Nueva York, Barcelona: El Aleph Editores, 2009, traducido por Susana Rodríguez-Vida.

[217] James Wood, «Beyond a Boundary», The New Yorker, 26 de mayo de 2008.

[218] Ibid.

[219] Para una explicación etnográfica de experiencias parecidas, ver Anderson, Cosmopolitan Canopy.

[220] Liam Delaney y Emily Keaney, «Sport and Social Capital in the United Kingdom: Statistical Evidence from National and International Survey Data», diciembre de 2005, www.social-capital.net/docs/file/sport%20and%20social%20capital.pdf.

[221] Eric Worby, «The Play of Race in a Field of Urban Desire: Soccer and Spontaneity in Post-apartheid Johannesburg», Critique of Anthropology 29, n.º 1 (2009), pp. 105-123.

[222] Emmarie Huetteman, «Shooting Shines Light on an Annual Baseball Game and a Bipartisan Pastime», The New York Times, 14 de junio de 2017.

[223] Ver Cass Sunstein, «The Polarization of Extremes», The Chronicle Review, 14 de diciembre de 2007. Haidt aparece citado en Sean Illing, «Why Social Media Is Terrible for Multiethnic Democracies», Vox, 15 de noviembre de 2016.

[224] Levi Boxell, Matthew Gentzkow y Jesse Shapiro, «Is the Internet Causing Polarization? Evidence from Demographics», documento de trabajo, 2014, www.nber.org/papers/w23258.

[225] Gina Potarca, «Does the Internet Affect Assortative Mating? Evidence from the U. S. and Germany», Social Science Research 61 (2017), pp. 278-297.

[226] Ivan Watson, Clayton Nagel y Zeynep Bilginsoy, «'Facebook Refugees' Chart Escape from Syria on Cell Phones», CNN, 15 de septiembre de 2015, https://edition.cnn.com/2015/09/10/europe/migrant-facebook-refugees/index.html.

[227] Ver Nicole Ellison, Charles Steinfield y Cliff Lampe, «The Benefits of Facebook 'Friends': Social Capital and College Students' Use of Online Social Network Sites», Journal of Computer-Mediated Communication 12, n.º 4 (2007), pp. 1143-1168, y Woo Kwon, Jonathan D'Angelo y Douglas McLeod, «Facebook Use and Social Capital: To Bond, to Bridge, or to Escape», Bulletin of Science, Technology & Society 33, n.º 1-2 (2013), pp. 35-43.

[228] Ver Tabor Flickinger, Claire DeBolt, Ava Lena Waldman, George Reynolds, Wendy F. Cohn, Mary Catherine Beach, Karen

Ingersoll y Rebecca Dillingham, «Social Support in a Virtual Community: Analysis of a Clinic-Affiliated Online Support Group for Persons Living with HIV/AIDS», AIDS and Behavior 21, n.º 11 (2017), pp. 3087-3099.

06

Adelantarse al huracán

Voluntarios de la iglesia bautista de Wilcrest que limpiaron la casa inundada de uno de los congregantes tras el huracán Harvey

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: iglesia bautista de Wilcrest. Su utilización ha sido autorizada.

Paul y Shelle Simon llevan viviendo en Houston el tiempo suficiente para saber lo peligrosa que puede resultar la lluvia. En un año normal, la cuarta ciudad más grande del país tiene unas

precipitaciones de en torno a mil doscientos milímetros. Además, es propensa a las lluvias torrenciales y a que se produzca de vez en cuando algún huracán o tornado. Aunque Houston no es una de las ciudades estadounidenses más húmedas, su infraestructura material y su planificación física se diseñaron para facilitar la circulación de vehículos privados y permitir un crecimiento casi ilimitado, sin mucha consideración por la gestión de las aguas pluviales. En la llanura aluvial de la espaciosa metrópoli —Houston tiene una extensión de más de mil setecientos kilómetros cuadrados—, hay enormes cantidades de superficies pavimentadas impermeables y montones de urbanizaciones residenciales. Cuando llueve mucho, los canales de drenaje, las alcantarillas y los estanques de retención se llenan enseguida, así que el agua discurre por las arterias vitales de la ciudad inundando las carreteras y a veces también los hospitales, las casas y los negocios. Cuando se produce un gran huracán, el agua de las crecidas puede entrar en las refinerías de petróleo y las plantas químicas que abundan en la ciudad y transformar lo que podría haber resultado una catástrofe meteorológica en un episodio tóxico incontrolable.

A finales de agosto de 2017, los Simon —una pareja afroamericana de clase media que rondaba la cuarentena— vieron en las noticias el aviso de que una tormenta tropical llamada Harvey y formada en el Caribe se acercaba poco a poco hacia el golfo de México. Aquel verano había sido más cálido de lo normal —aunque se han registrado tantos veranos «más cálidos de lo normal» que seguramente sí que fuese lo normal—, así que las aguas del Golfo y de la bahía de Campeche estaban calientes. Harvey fue ganando fuerza al acercarse a Texas. El miércoles 23 de agosto, los científicos del Centro Nacional de Huracanes predijeron que, para cuando tocara tierra, Harvey se habría transformado en una tormenta tropical fuerte o incluso en un huracán de categoría 1. Se equivocaron: Harvey siguió cogiendo fuerza al acercarse a la costa y ese jueves los meteorólogos predijeron que, con toda probabilidad, azotaría la cuarta ciudad más grande de los Estados Unidos un huracán de categoría 3 o 4, con vientos extremos que superarían los 185 kilómetros por hora y lluvias de proporciones bíblicas. Lo más inquietante aún era que Harvey parecía estar listo para remolonear por el sur de Texas y quedarse allí un tiempo, seguramente varios días. Aunque las autoridades de Houston no ordenaron evacuar la

ciudad, aconsejaron a todos los residentes prepararse para una inundación.

Los Simon decidieron refugiarse en su casa de Richmond, una zona trabajadora con población mayoritariamente hispana del suroeste de la ciudad. La familia vive en West Oaks Village, una urbanización ajardinada con una mezcla de modestas casas unifamiliares, pequeños bloques de pisos y espléndidas instalaciones colectivas, entre las que se encuentran un parque infantil y una piscina de buen tamaño. Los Simon tienen dos hijos pequeños —uno de ocho meses y otro de dos años— y las familias de ambos miembros de la pareja viven asimismo por la zona. Los dos se acordaban de cuando, en 2005, 2,5 millones de personas intentaron huir de Houston ante el avance del huracán Rita. Shelle fue una de ellas: tardó más de diecisiete horas en llegar en coche hasta Austin, cuando normalmente tarda dos. El huracán Rita no fue tan fuerte como temía todo el mundo —ni de lejos como el Katrina, que había azotado Nueva Orleans pocas semanas antes—, pero las autopistas se colapsaron y recalentaron, y murió más gente en la chapucera evacuación que en el centro de la ciudad. Con el huracán Harvey, Paul y Shelle pensaron que estarían más protegidos en casa.

Sin embargo, aquella vez el huracán resultó ser aún más arrasador de lo que nadie había anticipado. Las precipitaciones empezaron el viernes, pero el sábado la lluvia pasó a ser torrencial. Unos días después, en la iglesia, Shelle contó a los demás congregantes lo que había pasado:

—Mi hermana Sheraine vino a casa con su hijo de veintiún meses para pasar unos días con nosotros y que pudiéramos superar juntos el huracán.

Después de que llegaran, empezaron las alertas por tornado.

—A Paul se le ocurrió un plan. Podíamos vaciar los armarios, mover la ropa… Y no dejaba de repetir: «Si pasa tal cosa, nos metemos en ese armario; si pasa tal otra, nos metemos en aquel». Así que eso estuvimos haciendo.

Cuando llueve mucho, normalmente al cabo de un tiempo amaina: las nubes se vacían, el cielo se abre y reaparecen el sol o las

estrellas.

—Todo el mundo sabe que Houston se inunda —me contó Paul—, pero yo llevo quince años viviendo aquí y jamás hemos tenido ningún problema. En esta casa nunca nos ha entrado el agua. Pero ni por asomo. Así que pensé que no nos pasaría nada.

Los Simon oían los aullidos del viento y los rugidos del huracán. Al mirar por la ventana, vieron que las calles se ahogaban. La familia estaba estresada y exhausta. Y pronto no les quedaría otra cosa que hacer que irse a la cama.

Pero ¿quién podía pegar ojo en esas condiciones?

Los Simon se despertaron antes del amanecer y corrieron a mirar por la ventana.

—La lluvia nos llegaba al camino de entrada y el agua crecía cada vez más —explicó Shelle.

Se le aceleró el pulso: las paredes no iban a protegerlos si seguía lloviendo, ni tampoco los armarios. Tenían que trazar otro plan.

—Voy fuera —anunció Paul—. Voy a dar una vuelta con el coche para ver si podemos marcharnos.

—¡Ni se te ocurra! —replicó Shelle—. No quiero que te separes de nosotros, sobre todo de los niños.

Pero el agua siguió subiendo aquel día, así que para primera hora de la tarde Paul y Shelle comprendieron que no podrían marcharse ni aunque quisieran. El camino de entrada era un río; las calles, rápidos. Se les iba a inundar la casa de un momento a otro y en el interior estaban sus hijos, la hermana y el sobrino de Shelle y todas sus pertenencias.

—Estaba hablando por teléfono con mi madre [que también vive en Houston] —rememoró Shelle cuando charlé con ella y con Paul unas semanas después del huracán— y me pidió que le mandara una foto de cómo estaba la calle. Me acerqué a la puerta, pero había tanta agua que no daba crédito. Me quedé ojiplática, impactada. Y justo en ese preciso momento nuestros vecinos pasaron andando por

delante de casa. El agua estaba tan alta que no podían alejarse de las casas. Llevaban sus pertenencias en bolsas de basura de plástico e iban con su primo, TJ, que había venido en camioneta. Y yo ahí plantada. Con unas pinzas en el pelo, el niño en la cadera y mirándolos como diciendo: «¿Se puede saber qué hacéis?». Y me dijeron: «¡Nos largamos! ¿Queréis venir con nosotros? ¿Necesitáis ayuda?». ¡Y yo les dije que sí, que sí!

Shelle llamó a gritos a Paul, que no tardó en salir. TJ dijo que había aparcado a varias manzanas de distancia porque no se podía acceder a las casas que había alrededor de la de los Simon. Le explicó a Paul que en la camioneta no había sitio para todos, pero apuntó su número y prometió que volvería enseguida. Paul, Shelle y Sheraine corrían de un lado a otro de la casa cogiendo lo imprescindible: pañales, leche en polvo, agua, comida, ropa para los niños…

—No reacciono demasiado bien en situaciones de emergencia —admitió Shelle—. Me derrumbo, digamos. Pero TJ volvió a por nosotros, así que tuvimos que atravesar toda esa agua.

Los Simon consiguieron salir de allí con los niños en alto. Su intención era ir a casa del padre de Shelle, pero las carreteras que iban en esa dirección estaban intransitables.

—Dios tenía otros planes —me dijo Paul—. Anduvimos dando vueltas con la camioneta, pero iban cerrando o clausurando todos los puntos de acceso.

En un momento dado, TJ llegó a una calle inundada cuya mediana parecía una calzada. Intentó seguirla, pero la camioneta se salió del borde y, de pronto, se quedaron atascados.

—Ese fue, sin duda, el momento más aterrador —me contó Paul—. Estaba oscuro, llovía a cántaros, la radio daba avisos de tornado… Y allí estábamos nosotros, con tres niños pequeños en la camioneta, sin asientos siquiera, completamente expuestos.

En aquella ocasión Shelle sí que se desmoronó.

—¡Menuda llorera! Tenía miedo. Mi hijo era prematuro y tuvo

dificultades respiratorias al nacer. Cuando lo miré, vi que estaba completamente inmóvil. No sabía si le pasaba algo. Yo no alcanzaba el móvil, así que cogí el de mi hermana, me metí en su Facebook y puse que nos habíamos quedado tirados. Mandé un mensaje que decía: «Por favor, rezad por nosotros». La verdad es que no tenía ni idea de si íbamos a salir de aquella.

Pasó por allí otra camioneta, cuyo conductor se detuvo y, con ayuda de unos cables, los sacó de la mediana. TJ consiguió salir de la zona inundada, pero se le había hecho tarde —él también tenía que ayudar a su familia—, así que los llevó a una gasolinera donde se habían congregado los trabajadores del servicio médico de emergencias y los Simon se bajaron. El niño se encontraba bien, solamente estaba agotado, pero la familia se encontró con un problema: no tenían dónde ir.

—Creímos que podrían ayudarnos los trabajadores del servicio médico —rememoró Paul—, pero resulta que atendían únicamente llamadas de emergencia. Así que básicamente nos habíamos quedado tirados.

En la gasolinera se había reunido un grupo de hombres y uno de ellos contaba que había encontrado una ruta segura hasta una zona que había escapado de las inundaciones.

—Cuando lo oí, me di cuenta de que esa ruta pasaba justo por la subdivisión donde viven mis padres —me explicó Paul—. El hombre iba a mostrarles el camino a los demás, así que le pregunté si podía acompañarlo. Mi padre no estaba en casa, pero yo llevaba encima las llaves de su camioneta, así que les dije a Shelle y a Sheraine que iba a poder sacarnos de allí a todos.

Durante un instante, los Simon no podían creerse la suerte que tenían, pero el sentimiento no tardó en esfumarse. El agua de la crecida había roto la puerta de la casa de Paul y Shelle —seguramente poco después de su marcha—, así que el agua no dejaba de entrar y cada vez en mayor cantidad, porque, en efecto, Harvey se quedó en Houston tres días más. Para el martes, cuando al fin se dispersaron los nubarrones, en algunas partes de la ciudad habían caído más de 1.290 milímetros de lluvia: se había batido el récord de precipitaciones en una sola tormenta o huracán en los

Estados Unidos continentales. (El Servicio Nacional de Meteorología, una organización científica caracterizada por la prudencia y que suele emplear un lenguaje árido y descriptivo, escribió que las cifras de precipitaciones eran «sencillamente alucinantes»).[229] Para los Simon, al igual que para miles de vecinos de Houston, las cifras eran algo teórico: la cuestión era que se les había inundado la casa y que habían perdido casi todo lo que no se hubieran llevado consigo.

El domingo siguiente, cuando acudieron al lugar al que van todos los domingos por la mañana —la iglesia bautista de Wilcrest—, Shelle y Paul confesaron a todos los presentes que lo ocurrido durante el huracán no había hecho más que redoblar su fe en la comunidad.[230] Primero, recibieron la ayuda de TJ, el primo del vecino que de pronto se había convertido en su «rescatista» y había puesto su vida en riesgo para salvarlos. Y después, cuando tuvieron que hacer frente a la recuperación y a la reconstrucción, tuvieron el respaldo de esa comunidad que siempre había sido primaria pero nunca tan importante como entonces: la que habían forjado gracias a la iglesia.

La pequeña iglesia bautista de Wilcrest se encuentra en Alief, una zona de clase media y baja del suroeste de Houston. Cuenta con unos quinientos miembros activos procedentes de en torno a cincuenta países distintos, que conforman una mezcla bastante equilibrada de blancos, latinos y afroamericanos, algunos del centro de la ciudad, otros de las urbanizaciones residenciales de las afueras y algunos de las zonas rurales, y la mayoría de ellos —aunque no todos— son conservadores. Esa diversidad ni es común en las iglesias estadounidenses, que se encuentran desde hace mucho tiempo entre las instituciones nacionales más segregadas por etnia y raza, ni se ha alcanzado de manera casual.[231] Hasta hace poco, Wilcrest era una congregación mayoritariamente blanca. Michael Emerson, un eminente sociólogo de la religión que se unió a Wilcrest y además escribió sobre la congregación, afirma que antes la institución tenía tarjetas con los nombres y direcciones de las iglesias que prestaban servicio sobre todo a personas negras, latinas y asiáticas. Cuando alguien de alguno de esos grupos iba a Wilcrest, los responsables de la iglesia les daban educadamente una tarjeta y les sugerían que buscaran un sitio donde se sintieran más a gusto.

Eso cambió en la década de 1980, cuando los blancos empezaron a marcharse de la zona y llegaron negros y latinos. Casi todos los cabecillas de Wilcrest querían trasladar la iglesia a las urbanizaciones periféricas a las que se mudaban sus congregantes, pero los estatutos exigían el voto unánime de la junta para hacerlo y uno de los miembros insistía en que se quedaran y se adaptasen. La comunidad de Wilcrest empezó a expandirse, primero despacio y después mediante un esfuerzo firme y deliberado. A principios de la década de 1990, la iglesia contrató a un pastor nuevo llamado Rodney Woo. Woo formaba parte de un movimiento religioso que estaba en auge en la comunidad evangélica estadounidense —avivado por el multiculturalismo y la afluencia de nuevos inmigrantes cristianos— y que aspiraba a convertir la congregación en un espacio multiétnico de integración racial.[232] Woo empezó a darse a conocer en el suroeste de Houston y mandó a los congregantes a ejercer de misioneros por todo el mundo.

—La primera vez que fui —me contó Paul—, el pastor Woo estaba predicando el evangelio de una forma que sencillamente me conmovió. Fui con mi hermana melliza. Los dos miramos alrededor y nos sentimos a gusto. Había multiculturalidad, que para nosotros era una cuestión importantísima. En el santuario había banderas de los países de los miembros de la comunidad o de los sitios donde la iglesia había trabajado. Nos sentimos como en casa.

Los Simon están muy implicados en la iglesia. Paul, que se unió en 2007, es diácono y ujier jefe. Shelle, que empezó a ir después de casarse, en 2012, organiza grupos domésticos y canta en el coro. Ninguno de ellos se imaginó nunca que algún día su familia y su casa fueran a recibir tantísima ayuda. La iglesia de Wilcrest canceló los servicios el domingo del huracán, pero los responsables empezaron a organizar labores de socorro antes de que cesara la lluvia. Jonathan Williams, el activo y joven pastor que había sustituido a Woo en 2011, publicó una plegaria en vídeo y un mensaje de esperanza en Facebook y dio gracias por que los miembros de la congregación estuvieran cuidándose entre ellos. Varias familias —los Simon, entre ellas— habían sufrido daños tremendos a causa de las inundaciones y habían tenido que dejar sus casas, pero algunos miembros de la iglesia se habían ofrecido a dar alojamiento tanto a los padres como a sus hijos.

El jueves 31 de agosto, Wilcrest recurrió a las redes sociales para publicar la lista de cosas que necesitaban las familias: «Ropa de niño, tallas de 9 a 12 meses, talla 2 y talla 3. Toallitas húmedas, pañales de talla 4 y 5 y leche en polvo. Sillas de coche para niños. Camisetas. Tejanos de caballero. Calcetines». Jonathan pidió a los congregantes que llevaran esos artículos a la iglesia lo antes posible. El viernes, cinco de los amigos de Paul de la iglesia se reunieron con él en su casa para valorar la situación. El suelo estaba cubierto por más de un metro de agua y hubo que arrancar y sustituir casi todo lo que estaba en contacto con ella (la tarima, los armarios, el cartón yeso, los azulejos y el laminado). Los amigos de Paul informaron a Jonathan, que pidió a todos los miembros de la congregación que habían podido ir a la iglesia que volvieran el sábado por la mañana: iban a transformar la institución religiosa en un centro de rescate para todo el mundo —perteneciesen o no perteneciesen a la congregación— y ofrecerían comida caliente, ropa limpia, productos de limpieza y oración. La iglesia también funcionaría como campamento base: los equipos de congregantes partirían desde allí en coches compartidos hacia los vecindarios inundados y ayudarían a despejar las casas que habían sufrido desperfectos. Iban a empezar con la de los Simon. Si les daba tiempo, seguirían ayudando a otras familias, incluso aunque no fueran de su iglesia.

Pese a que la inundación había causado destrozos generalizados, el sábado por la mañana más de ochenta personas llegaron a Wilcrest para participar en las labores de socorro. Algunas personas llegaron temprano para preparar un desayuno caliente y el día empezó con una comida colectiva y una oración. Jonathan dijo a los presentes que el huracán era un recordatorio de la fugacidad de nuestra vida en la tierra, al igual que de nuestro dominio sobre nuestras posesiones materiales. Instó a los congregantes a reconocer que formaban parte de un cuerpo eclesiástico y parte del cuerpo de Cristo. Prometió que la iglesia prestaría ayuda a cualquiera que la necesitara, ya fuera física, emocional o espiritual. Aquel día, y durante los complicados meses que le sucedieron, el reto más inmediato de los presentes consistiría en ayudarse unos a otros allí en la Tierra.

Después del desayuno, la mayoría de las personas —entre ellas, casi

todos los hombres— fueron a casa de los Simon; aparcaron en una escuela elemental próxima y se acercaron a pie porque las calles seguían cubiertas por una capa de agua sucia y no había sitio para los coches. Otros formaron grupitos para colaborar en la iglesia con distintos proyectos: preparar la comida en la cantina, organizar las provisiones en el centro de donaciones, llevar paquetes de ayuda a los congregantes que habían solicitado productos concretos, cuidar de los niños cuyos padres estaban fuera atendiendo a vecinos y amigos… Reparar la casa de los Simon requirió de un trabajo manual agotador, pero la tarea avanzó a buen ritmo gracias a las más de cuarenta personas que arrimaron el hombro. Cuando hubieron terminado, todos se quedaron a sacar fotos de grupo y a rezar. Además, casi todos fueron a ayudar a la pareja de ancianos que vivía en la casa contigua a la de los Simon, así como a Laverne y a Brittney, que vivían enfrente. Las dos mujeres habían estado dando vueltas a la idea de unirse a alguna iglesia, pero no se habían decantado todavía por ninguna. La elección se hizo evidente enseguida.

El domingo, Laverne y Brittney acudieron a Wilcrest para el oficio religioso junto con los Simon y los Ayala, una familia con cuatro hijos a la que las inundaciones también habían echado de su casa. Fue un día emotivo para toda la congregación, pero sobre todo para los Ayala. La familia había estado preocupada, porque los parientes en cuya casa llevaban viviendo desde el huracán tenían que dar alojamiento a otros familiares desplazados y no podían acoger a todo el mundo durante mucho más tiempo. Sin embargo, Leasa y Guy Cantwell, dos miembros de Wilcrest de toda la vida a los que apenas conocían, habían invitado a los Ayala a vivir con ellos todo el tiempo que necesitaran. Los Cantwell —una pareja blanca cuyos hijos ya se habían marchado de casa— tenían una vivienda grande con piscina y, aunque a los niños de los Ayala les inquietaba un poco vivir con desconocidos, por primera vez en muchos días también se los veía ilusionados. Jonathan empezó el servicio en la capilla atestada agradeciendo la labor de la comunidad: «Tengo que deciros que es una auténtica alegría mirar al grupo que estaba aquí ayer y saber que si se tratara de mi casa, estaríais ahí. Y si se tratara de la vuestra, lo mismo. Lo sé. Sé que, si se me inundara la casa, Paul estaría ahí. Y Shelle también. Y Laverne y Brittney, lo mismo, más les vale. Os llamaré. Sé dónde vivís. Esa es mi plegaria».

* * *

Durante los días siguientes, mientras la gente y las comunidades de todo Houston rezaban por una recuperación milagrosa, los científicos anunciaron que, de acuerdo con los modelos meteorológicos actuales, Harvey era una «inundación de las que se producían cada quinientos años». En otras palabras, que hay una posibilidad entre quinientas de que se produzca todos los años un huracán de semejante potencia. Por supuesto, eso no quería decir que los ciudadanos, los Gobiernos o los organismos de socorro pudieran tumbarse a la bartola. Desde 2010, los Estados Unidos habían sufrido ya veinticuatro huracanes de los que se producían cada quinientos años y, debido al cambio climático, se esperaba que se produjeran unos cuantos más. Sin embargo, lo que nadie anticipó fue que el siguiente huracán monstruoso, Irma, tocaría tierra estadounidense apenas diez días más tarde y que otros diez días después otro huracán, el María, provocaría daños catastróficos en Puerto Rico —incluidos meses de anomalías en el suministro eléctrico y en el servicio de abastecimiento de agua de millones de habitantes— y mataría a más de mil personas.

Irma —que arrasó el Caribe, los Cayos de la Florida y el extremo occidental del estado— fue un huracán de categoría 5 con vientos máximos sostenidos de casi 300 kilómetros por hora que se convirtió en un huracán de categoría 4 cuando tocó tierra. En Florida, al igual que en Texas, debido al desarrollo desenfrenado de las zonas bajas, había millones de personas viviendo en sitios con probabilidades de sufrir inundaciones frecuentes y de volverse inhabitables para finales del siglo XXI. Irma dejó sin electricidad a 6,7 millones de familias en dos tercios del estado, provocó daños materiales por valor de entre 42.500 y 65.000 millones de dólares y se cobró la vida de al menos 75 personas, entre las que se cuentan 12 moradores de una residencia de ancianos que se recalentó cuando se fue la luz. Lo cierto es que la cifra total de muertos fue inferior a la que temían los expertos, porque el huracán cambió de rumbo y se debilitó en el último momento. Pero en 2017 se terminó

estableciendo el récord estadounidense de costes derivados de fenómenos meteorológicos extremos: los daños ascendieron a 306.000 millones de dólares. Y solo es cuestión de tiempo que llegue la siguiente ola de huracanes y supertormentas.

Hoy en día, ciudades y países de todo el mundo están empezando a hacer frente a los retos existenciales de seguridad que entraña el calentamiento global: la subida del nivel del mar, huracanes de mayor potencia, olas de calor más abrasadoras y prolongadas, sequías, migraciones y conflictos a causa de recursos básicos como el agua, la comida y el territorio. Nos queda poco tiempo para reducir las emisiones mundiales de gases de efecto invernadero y evitar que el clima cambie de una manera tan radical que haya infinidad de especies —la nuestra, entre otras— que ya no sean capaces de vivir en sitios donde ahora prosperan. Por ese motivo, no hay ningún proyecto medioambiental más apremiante que la mitigación del cambio climático, que entraña reducir de manera radical la utilización de combustibles fósiles, pasarse a las fuentes de energía renovable y construir nuevas infraestructuras que respalden esos sistemas y sustenten nuevas formas de vida mucho antes de lo que la mayoría de los Gobiernos planean hacer ahora mismo.

Sin embargo, gran parte del dióxido de carbono que ya hemos emitido permanecerá durante siglos en la atmósfera, calentando los océanos y elevando el nivel del mar. Aunque, gracias a algún invento incomprensible, los científicos consiguieran frenar mañana todas las emisiones de gases de efecto invernadero, el proceso del calentamiento global se prolongaría varios siglos y el nivel del mar seguiría subiendo durante miles de años.[233] Tenemos que mitigarlo, pero no nos queda más remedio que adaptarnos.

En las décadas siguientes, las sociedades más adineradas del mundo invertirán billones de dólares en nuevas infraestructuras —rompeolas, redes eléctricas inteligentes o cuencas para recoger el agua de lluvia— que puedan resistir los desafíos del siglo XXI, como megahuracanes del tipo de Harvey e Irma. Pero ninguna inversión en infraestructura material será suficiente para «proteger del clima» las ciudades y urbanizaciones de las afueras, densamente pobladas, que las sociedades modernas han erigido en zonas costeras, deltas

de ríos, desiertos y valles. Los sistemas de ingeniería pueden reaccionar más o menos al nuevo clima, pero la historia demuestra que nunca son infalibles. Suelen producirse averías por razones imprevistas. La infraestructura social siempre resulta indispensable tanto durante las catástrofes como después de que se produzcan, pero es que, en los momentos clave, puede suponer de verdad la diferencia entre la vida y la muerte.

La infraestructura social se puede inscribir en megaproyectos tradicionales para que los costosos sistemas de seguridad del clima —como los rompeolas y las cuencas hidrográficas— sirvan de parques o plazas públicas donde la gente pueda reunirse con regularidad y desarrollar las redes de apoyo informal que necesitamos cuando se produce una crisis. También puede proceder de las asociaciones vecinales y los grupos religiosos, cuyas actividades e instalaciones materiales sirven de base para todo tipo de formas de vida colectiva, con independencia de la meteorología.

En los Estados Unidos, las organizaciones religiosas como la de Wilcrest son fundamentales para ayudar a que las comunidades sobrevivan a los fenómenos meteorológicos extremos. Una de las razones por la cual los sitios de culto son infraestructuras sociales tan importantes es que están por todas partes. En la actualidad, hay más de trescientas mil congregaciones religiosas en los Estados Unidos. «Para poner esa cifra en contexto —escribe un grupo de sociólogos—, hay más congregaciones religiosas que todos los Subway, McDonald's, Burger King, Wendy's, Starbucks, Pizza Hut, KFC, Taco Bell, Domino's Pizza, Dunkin' Donuts, Quiznos y Dairy Queen juntos y multiplicados por tres».[234]

Otro motivo por el que las organizaciones religiosas son tan importantes es que no se limitan a ser centros de culto, sino espacios clave para la creación de comunidades. Las instituciones religiosas actúan movidas por preocupaciones morales y espirituales y se implican a fondo en la vida de sus congregantes. Aunque varían drásticamente según el tamaño y los recursos de los que dispongan, las iglesias, mezquitas y sinagogas suelen ofrecer en sus instalaciones todo tipo de actividades sociales: grupos educativos y de estudio, ligas deportivas, guardería, cuidado de ancianos y otras por el estilo. Algunas consiguen que participe gente ajena a la

congregación e intentan tender puentes; otras se segregan y se concentran en las necesidades del grupo. Pero, sea cual sea el caso, su importancia como infraestructura social es incuestionable.

Sin embargo, ni todo el mundo pertenece a una organización religiosa ni todas ellas tienen la capacidad de prestar la misma ayuda en situaciones catastróficas que ofrecen lugares como Wilcrest. Por suerte, hay muchos otros sitios y organizaciones que funcionan como infraestructuras sociales para personas laicas o sin afiliación religiosa, como bibliotecas, colegios y grupos vecinales, aunque la mayoría necesita recursos para salir adelante.

Los Gobiernos y los encargados de la gestión de catástrofes reconocen cada vez más la importancia de la infraestructura social como parte de la seguridad climática. Nicole Lurie, académica de la Universidad de Rand que fue subsecretaria de Preparación y Respuesta del presidente Obama, me contó que cuando formaba parte del Gobierno federal su equipo era consciente de «que la gente sale mucho mejor parada de las catástrofes y vive mucho más tiempo cuando tiene redes sociales y vínculos positivos. Además, nuestro pensamiento ha evolucionado muchísimo, así que ahora mismo impulsar la capacidad de resistencia de la comunidad es prioritario en nuestro planteamiento».

A finales de la década de 1980, Barack Obama estuvo trabajando como organizador comunitario y la experiencia le permitió conocer de primera mano la importancia de los vínculos sociales. Cuando en 2005, siendo senador de los Estados Unidos, vinculó los efectos del huracán Katrina con el desastre a cámara lenta que los barrios más frágiles de Nueva Orleans soportaban a diario, debía de estar pensando en las comunidades desfavorecidas de Chicago que tan bien había llegado a conocer. «Espero que nos demos cuenta de que a la gente de Nueva Orleans no se la abandonó solamente durante el huracán, sino que se la había abandonado hacía mucho tiempo», afirmó. El Katrina, siguió Obama, «tendría que hacernos comprender la enorme brecha que sigue supurando entre nosotros» y motivarnos para «evitar que vuelva a producirse un fracaso semejante».[235]

Durante su primer mandato, el presidente Obama introdujo la nueva Estrategia Nacional de Seguridad Sanitaria que hacía énfasis

en la preparación y la capacidad de resistencia y que requería de la participación de «toda la comunidad» —organismos gubernamentales, asociaciones vecinales, corporaciones y ciudadanos— en todos los aspectos del plan de seguridad. Tras marzo de 2011, cuando Obama emitió una directiva sobre la preparación nacional, la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias empezó a adoptar un acercamiento similar en lo relativo a la capacidad de resistencia comunitaria. En Los Ángeles, Chicago, Nueva York y Washington D. C. se han lanzado programas de «implicación comunitaria» financiados por los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades. «Siempre se ha dado mucha importancia a la atenuación de la infraestructura clásica —explica Alonzo Plough, exdirector de Preparación y Respuesta frente a Emergencias del Condado de Los Ángeles—, pero lo que cuenta no es solo la ingeniería, sino también el capital social. Y lo que está trayendo a primer plano este movimiento es que también la infraestructura social tiene importancia».[236]

* * *

En la actualidad, cada vez hay más responsables políticos y diseñadores que reconocen las ventajas de incluir las infraestructuras sociales en el conjunto de las mejoras de los sistemas vitales. Su objetivo es desarrollar «proyectos polivalentes» para que las inversiones públicas en materia de seguridad no se limiten a mitigar los daños ocasionados por las catástrofes, sino que también promuevan la salud y la prosperidad en épocas normales.

El huracán Sandy supuso un punto de inflexión en cómo el Gobierno y los grupos ciudadanos piensan en la seguridad climática. La «supertormenta» de 2012, que recorrió un área de más de mil seiscientos kilómetros de diámetro, fue uno de los mayores huracanes de la historia de los Estados Unidos. Los vientos tenían una fuerza extrema y se movían con una lentitud devastadora y, al igual que Harvey, Sandy parecía detenerse para infligir un daño mayor en casi todo lo que encontraba a su paso. El huracán alcanzó

la costa atlántica el 29 de octubre, en el peor momento posible: no solo había luna llena con mareas altas, sino también una tormenta de principios de invierno con aire ártico que se acercaba al noreste desde la otra dirección. Al chocar, los dos sistemas formaron lo que la prensa denominó una Frankenstorm («Frankenstormenta») híbrida.

Nueva York, blanco principal de los ataques del 11-S, llevaba una década invirtiendo miles de millones de dólares en apuntalar sus sistemas de seguridad y prepararse para una catástrofe. El terrorismo no era lo único que les preocupaba. Durante el mandato del alcalde Michael Bloomberg, la ciudad también se convirtió en líder de la planificación frente al cambio climático: se publicaron informes de gran repercusión sobre adaptación y mitigación y se inició el proceso de proteger mejor la ciudad del agua. En agosto de 2011, Nueva York se preparó para la llegada de otro fuerte sistema tormentoso, el huracán Irene, pero se libró casi por completo porque el ciclón viró hacia el noroeste. La experiencia fue algo así como un ensayo general para las autoridades municipales y los encargados de los servicios de emergencias, pero también dio a los residentes una falsa sensación de seguridad y no sirvió más que para reafirmar la confianza colectiva que tan bien le ha venido históricamente a Gotham.

Sandy hizo estragos en el espíritu de invulnerabilidad neoyorquino, así como en gran parte de las infraestructuras vitales de la ciudad. La marejada ciclónica, que alcanzó casi medio metro de altura, derribó los sistemas de protección frente a las inundaciones de la ciudad. Los túneles del metro se llenaron como bañeras. La red de alcantarillado se inundó y 41.000 millones de litros de agua sucia se desbordaron y alcanzaron los ríos y las calles. La red de comunicaciones se averió y dejó sin teléfono e internet a más de un millón de residentes y de empresas. La red eléctrica sufrió fallos a gran escala: en el Bajo Manhattan hubo un apagón que duró casi una semana y algunas partes de Brooklyn, Staten Island y Queens sufrieron cortes mucho más largos. Hubo que evacuar varios hospitales y residencias de ancianos. Decenas de miles de residentes tuvieron que dejar sus casas, algunos de manera permanente. Las autoridades estiman que se produjeron daños económicos por valor de 60.000 millones de dólares. Milagrosamente, en los Estados

Unidos solo murieron unas ciento cincuenta personas y en la zona del Caribe, menos de cien.

El huracán Sandy no fue ni el más letal ni el más costoso de la historia reciente de los Estados Unidos y, en términos globales, su impacto fue mucho menor que el de otras catástrofes del siglo XXI, como el tsunami del océano Índico de 2004 (que mató a más de doscientas mil personas) o la ola de calor paneuropea de 2003 (que acabó con más de setenta mil vidas). No obstante, Sandy fue importante por otros motivos: no solo reveló la sorprendente fragilidad de la infraestructura material y social de una de las áreas metropolitanas más ricas y mejor protegidas del mundo, sino que también afectó directamente a las élites políticas, económicas y de los medios de comunicación de los Estados Unidos. A la industria de los combustibles fósiles le ha ido de maravilla fomentando el negacionismo del cambio climático y la paralización de las políticas en todo tipo de cuestiones medioambientales, pero Sandy obligó a que muchas de las instituciones más poderosas de los Estados Unidos empezaran a hacerse cargo del calentamiento global. Hoy en día, hay una gran variedad de personas e instituciones con capacidad para influir en la opinión pública, las políticas sociales y la planificación urbana que ve el mundo de manera distinta a como lo veía antes del huracán Sandy. Se están buscando ideas nuevas para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, proteger sitios y personas vulnerables, reconstruir ciudades, comunidades e infraestructuras críticas para que los sistemas de los que dependemos no se vengan abajo cuando más los necesitamos.

Sandy destapó fallos graves en todo tipo de infraestructuras de la zona de Nueva York. Cuando visité Rockaway Beach y Staten Island a mediados de noviembre de 2012, los residentes se quejaban de la lentitud de la recuperación: no tenían ni electricidad ni gas, el teléfono funcionaba con intermitencia, no había trenes, las calles estaban cubiertas de las aguas residuales de las inundaciones…

Aun así, los ánimos estaban sorprendentemente altos. Pensemos en Staten Island, que registró más muertes que ningún otro distrito de Nueva York y sufrió unas inundaciones tan destructivas que el estado ayudó a reubicar en zonas más elevadas a los residentes de varios vecindarios costeros. En el barrio de New Dorp, una

biblioteca local situada en un modesto edificio se libró de sufrir daños importantes, pero a las casas cercanas les entró casi medio metro de agua y los vecinos precisaron todo tipo de ayuda. En la zona hay colegios y centros para mayores, pero cuando la gente está en una situación verdaderamente grave quiere ir a un sitio que les resulte familiar y cómodo, donde pueda encontrarse con vecinos y amigos. En New Dorp, como en muchísimos barrios de Nueva York, ese sitio fue la biblioteca local, donde acudió en tropel gente de todas las edades.

Al principio, la biblioteca se limitó a ofrecer recursos básicos: comida, agua caliente, baños limpios, teléfono, electricidad, productos de limpieza, compañía… Unos días después, hacía mucho más, como ayudar a los residentes a solicitar por internet las ayudas de la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias, ponerlos en contacto con la Cruz Roja y albergar a los voluntarios de las asociaciones vecinales que también estaban organizando labores de socorro. En New Dorp, los empleados de la biblioteca desempeñaron el mismo papel que los líderes religiosos de Houston: conocían a los usuarios lo suficiente como para implicarse en las labores de emergencia comprobando qué tal estaban los parroquianos de los que nadie sabía nada y asegurándose de que alguien visitara a las personas que estaban solas o en situación de vulnerabilidad y que requerían apoyo adicional.

Algo parecido ocurrió en el Rockaway Beach Surf Club de Queens, que había abierto unos meses antes del azote del huracán Sandy en un taller de reparación de automóviles rehabilitado que estaba debajo del tren elevado en Beach 87th Street. El club se transformó en un centro de socorro después de que dos de los fundadores volvieran tras el huracán, publicaran actualizaciones en Facebook invitando a sus amigos a unirse a ellos y vieran cómo se les presentaban más de cinco mil voluntarios dispuestos a ayudar. Junto con algunas iglesias locales que, al igual que en Houston, convirtieron rápidamente las capillas en centros de socorro, el club de surf se convirtió en una de las asociaciones vecinales más importantes de Rockaway y se encargó de proporcionar comida, productos de limpieza, compañerismo y trabajo manual a los residentes de la zona. Los vecinos del club —incluidas las familias obreras y los afroamericanos pobres que en los meses anteriores

habían expresado preocupación por cómo iba a encajar el club en la comunidad— se apuntaron y se beneficiaron de la organización.

Por desgracia, miles de personas cuyas casas sufrieron daños por culpa del huracán Sandy viven en barrios que carecen de redes de apoyo o de asociaciones vecinales sólidas, capaces de organizar labores de socorro a gran escala. Suelen tener menos recursos económicos y un nivel educativo inferior al del neoyorquino medio, así como vínculos más débiles con sus vecinos y los grupos de poder político.

Después de Sandy, Michael McDonald —que dirige Global Health Initiatives en Washington D. C. y que trabajó en Haití después del terremoto de 2010— coordinó las labores de socorro que llevaron a cabo grupos de voluntarios, agencias gubernamentales, consultores empresariales, trabajadores sanitarios y vecinos en zonas vulnerables, sobre todo en Rockaway. McDonald denomina la red como el Sistema de Resistencia de Nueva York y está convencido de que la sociedad civil determinará en última instancia qué personas y lugares resisten las amenazas que empieza a plantear el cambio climático.

—Lo que realmente pasa sobre el terreno no está bajo ningún sistema de comandancia de incidentes —me explicó—. En situaciones como esta, lo importante son las redes frágiles y ágiles. Lo que genera seguridad sobre el terreno es el tipo de relaciones horizontales que estamos forjando, no las instituciones jerárquicas. Nosotros estamos aquí para aunar esfuerzos.

* * *

La nación insular de Singapur —donde se apiñan 5,6 millones de personas en 721,5 kilómetros cuadrados de superficie, gran parte de la cual está peligrosamente cerca del nivel del mar— ha combinado la infraestructura material y la social en varios proyectos ejemplares. Singapur empezó a adaptarse a sus peligrosas condiciones meteorológicas hace treinta y cinco años, después de

que una serie de lluvias torrenciales durante las temporadas del monzón provocaran repetidas inundaciones en el centro de la ciudad, ubicado en una zona baja. El país siempre ha tenido una relación complicada con el agua: su geografía hace que sea vulnerable a las abundantes lluvias estacionales y a las frecuentes inundaciones, pero nunca hay un suministro suficiente de agua potable y la dependencia de Singapur de los recursos malayos ha desembocado en los últimos años en conflictos políticos. El cambio climático, con el aumento del nivel del mar y el incremento de las lluvias torrenciales, amenaza la estabilidad de la ciudad-Estado. Aun así, el Gobierno de Singapur también contempla el momento actual como una oportunidad.

La Marina Barrage and Reservoir, una presa que se inauguró en 2008, es el núcleo de la campaña singapurense de 2.000 millones de dólares para mejorar la infraestructura de saneamiento, reducir el tamaño de las zonas inundables y, mediante la mejora de la infraestructura social, aumentar la calidad de vida en la ciudad. Consta de nueve compuertas operables, una serie de bombas descomunales y una zona de captación de cien kilómetros cuadrados que tiene aproximadamente una séptima parte del tamaño del país. El sistema no solo protege a los barrios de las zonas bajas de las inundaciones que se producen durante las lluvias torrenciales, sino que también elimina la influencia de las mareas del agua marina circundante y crea un suministro de agua dulce procedente de la lluvia que en la actualidad cubre el 10 por ciento de la demanda de Singapur. Más aún, al estabilizar el nivel del agua de la cuenca de la Marina, las barreras han mejorado las condiciones para los deportes acuáticos. Las zonas públicas —como un jardín de esculturas, un espacio de juego acuático, una azotea verde con impresionantes vistas del contorno de la ciudad y la Sustainable Singapore Gallery— refuerzan la economía turística de la ciudad y se han convertido en elementos fundamentales del ambiente social, así como en modelos para otras ciudades deseosas de que la inversión en seguridad climática genere beneficios diarios.

Róterdam, que siempre ha sufrido inundaciones, es otro modelo de planificación climática que incorpora la infraestructura social. Tras superar una arrasadora marejada ciclónica en 1953, Róterdam empezó a construir una serie de presas, barreras y rompeolas como

parte de un proyecto nacional denominado Plan Delta; a principios de la década de 2000, cuando los Estados Unidos estaban invirtiendo tantísimos recursos en seguridad nacional, el Gobierno holandés suministró fondos para implementar una actualización, el Programa de Protección contra el Clima de Róterdam). Arnoud Molenaar, su director, afirmó que su equipo se había dado cuenta de que podían convertir en «oro azul» el agua que llegaba a la ciudad procedente del cielo y el mar.

—Antes, el agua nos parecía un problema —me explicó Molenaar—. En los Países Bajos, nos centrábamos en evitar que entrara. Nueva York se centraba en la evacuación, en cómo sacar de en medio a la gente. Lo más interesante es resolver lo que hay entre ambos enfoques: qué hacer con el agua una vez que ha entrado.

En 2005, Róterdam acogió su segunda Bienal Internacional de Arquitectura, centrada en «las inundaciones». Diseñadores de todo el mundo presentaron proyectos que permitieran a las ciudades hacer frente al agua en el futuro; al término de la exposición, el equipo de Molenaar se dispuso a poner en práctica aquellos que tuvieran un valor práctico inmediato. En la actualidad, Róterdam es líder mundial en lo que los diseñadores climáticos consideran la arquitectura de la acomodación: en vez de limitarse a bloquear los aguaceros, la ciudad está creando espacios físicos atractivos y utilizables que permitan la entrada del agua. En el centro de la ciudad hay un pabellón flotante hecho de tres medias esferas plateadas con un espacio expositivo equivalente a cuatro pistas de tenis; una terraza inundable y un jardín de esculturas que se extiende a lo largo del canal de la ciudad, y edificios cuyas fachadas, garajes y espacios a nivel del suelo tienen un diseño resistente al agua.

La infraestructura social más emocionante construida en Róterdam por seguridad climática es la Waterplein Benthemplein (la plaza de agua de Benthemplein), diseñada por el grupo de arquitectos holandés De Urbanisten. La plaza, situada cerca de la estación central de la ciudad en lo que solía ser un espacio abierto sin vida rodeado de enormes edificios, está compuesta por tres balsas —dos poco profundas y una más honda— cuyo principal propósito ecológico es recoger el agua de lluvia durante las copiosas

tormentas de la ciudad. Por lo general, ese tipo de proyectos de gestión de inundaciones suelen ser infraestructuras invisibles soterradas, de manera que el agua desaparece de la vista sin que nadie sepa cuánta hay, dónde va o cómo funciona la red urbana. Waterplein Benthemplein adopta el enfoque opuesto: las balsas no solo se exponen, sino que son los elementos arquitectónicos más destacados de la plaza, lugares que atraen a distintos grupos de personas y ofrecen un amplio abanico de actividades sociales y recreativas.

Cuando no llueve, la balsa profunda funciona como cancha deportiva y gente de todas las edades se sienta en las gradas que la rodean para presenciar la acción. Las dos balsas menos profundas desempeñan distintas funciones diarias. Una tiene una isla hecha con materiales que recuerda a una pista de baile; la otra está diseñada para los skaters y la gente que los mira.[237] La plaza dispone de otros servicios: el lugar llevaba tiempo siendo un hábitat saludable para los árboles, pero los diseñadores llenaron las zonas abiertas de flores silvestres, hierba alta y banquitos, que conforman una serie de santuarios en miniatura donde descansar y charlar. Hay una gran fuente, un espectacular muro de agua y un pozo pluvial que desemboca en un descomunal canalón de acero inoxidable. En la plaza siempre hay una agradable circulación acuática, pero cuando llueve el sistema entero se apresura a ponerse en marcha. Suena como una poderosa cascada y tiene nada más y nada menos que el aspecto que quisieron darle sus diseñadores: el de una espectacular obra de arte urbano que funciona, además, como una infraestructura esencial en una ciudad para la que la lluvia puede tener consecuencias letales.

Proyectos como el Waterplein Benthemplein y la Singapore Marina Barrage and Reservoir no son baratos; pero, a medida que aumentan los huracanes y se acumulan sus costes —tanto humanos como financieros—, a los Gobiernos no les quedará más remedio que dedicar al cambio climático el tipo de recursos que hemos consagrado a la lucha contra el terrorismo. Por desgracia, los Gobiernos de los países más pobres y vulnerables no disponen de los recursos necesarios para construir sistemas de infraestructuras de alta tecnología que protejan a la gente de fenómenos meteorológicos extremos y que al mismo tiempo mejoren la calidad

de la vida diaria. Durante las negociaciones de todos los principales tratados internacionales sobre el clima, esos Gobiernos han presionado para obtener fondos de adaptación y, aunque han arrancado ciertas concesiones a las sociedades prósperas cuyas emisiones de carbono son las responsables de la mayor parte del calentamiento global, la reserva económica disponible para ayudar a que los países en vías de desarrollo eviten el desastre ecológico es una parte mínima de lo que necesitan.

Pensemos en Bangladés, un país pequeño en términos geográficos en el que 165 millones de personas viven apiñadas en un delta formado por la confluencia de varios ríos importantes y que es uno de los sitios más vulnerables de la tierra en el plano ecológico. Bangladés tiene un largo historial de inundaciones catastróficas que preceden al calentamiento global: los tsunamis, ciclones y tempestades se producen con una regularidad espantosa y cada marejada ciclónica lleva el agua salinizada a las regiones agrícolas. Eso estropea las cosechas, que son la única fuente de ingresos y de alimento de los residentes. En 1991, un ciclón tropical mató aproximadamente a 138.000 bangladesíes —entre los que había una exorbitada cantidad de mujeres, ancianos y niños— a quienes pilló el agua y que no sabían nadar. En 1998, las lluvias monzónicas inundaron dos tercios del país y, en el proceso, destruyeron en torno a 300.000 casas, mataron al ganado, contaminaron el agua potable y destrozaron las granjas locales. En algunos países, lidiar con el calentamiento global sigue siendo una prioridad baja, pero en Bangladés es ya una cuestión de enorme importancia nacional que forma parte de todos los principales debates políticos.

En Bangladés, al igual que en la mayor parte de los países pobres del mundo, las agencias de desarrollo internacional tienden a dictar los términos de las inversiones en nuevas infraestructuras. Malcolm Araos —estudiante de posgrado de la Universidad de Nueva York y uno de mis ayudantes de investigación— hizo trabajo de campo en Daca para estudiar el desarrollo de los proyectos de adaptación sobre el terreno. Como cabía esperar, descubrió que la infraestructura material —como los diques, las compuertas y las redes de alcantarillado— se ubicaban muchas veces en torno a centros de control donde se congregaban las élites nacionales en vez de en los atestados barrios pobres cuyos vecinos corrían un peligro

mayor. No es solo que los proyectos de seguridad climática se olvidaran de la infraestructura social, sino que, en algunos casos, requerían la demolición de los asentamientos informales y los concurridos mercados donde se reunían los pobres.

Sin embargo, Araos también se encontró con apasionantes proyectos en los que las comunidades que no tenían acceso a la protección convencional contra las inundaciones habían desarrollado nuevas ideas para mantenerse a flote. Las asociaciones comunitarias llevan tiempo colaborando por todo el país con organizaciones sin ánimo de lucro y con los Gobiernos locales en proyectos de infraestructura social que impulsen la capacidad de resistencia durante las catástrofes meteorológicas y mejoren también de manera exponencial la vida diaria de los vecinos.

Un proyecto especialmente efectivo es el programa de «escuelas y bibliotecas flotantes», dirigido por Shidhulai Swanirvar Sangstha, una organización sin ánimo de lucro que está abordando el cambio climático, el acceso a la educación, los derechos humanos, la asistencia sanitaria y la brecha digital mediante la infraestructura social; en su caso, mediante barcos. Shidhulai opera una flota de cincuenta y cuatro embarcaciones en zonas inundables del noroeste de Bangladés, donde las inundaciones recurrentes, provocadas incluso por las precipitaciones habituales, suelen dejar incomunicadas las escuelas, los hospitales y las bibliotecas. Los barcos, que están amarrados a sitios concretos y funcionan como instituciones locales, tienen el tamaño y la estabilidad suficientes para servir como aulas o consultorios médicos bajo cualquier condición meteorológica salvo los ciclones más fuertes. Los niños no son los únicos que se benefician: los barcos son el escenario de todo tipo de clases para adultos, como cursos de alfabetización, agricultura sostenible y, lo que es más apremiante, supervivencia a las catástrofes. Son sitios donde las mujeres estrechan lazos, se informan de dónde y cómo evacuarse con sus hijos e incluso aprenden a nadar. Los expertos en seguridad tradicionales no siempre entienden el valor de esos programas, pero los académicos y las agencias de socorro internacionales consideran que son una de las formas más efectivas de ayudar a las mujeres y a sus hijos a sobrevivir a los peligrosos monzones e inundaciones de la región. [238]

Los países pobres en vías de desarrollo no son los únicos sitios que están experimentando con «infraestructuras flotantes». En 2017, varias de las empresas de diseño más importantes a nivel internacional propusieron construir espacios laborales y residenciales flotantes en las aguas de la bahía donde se ubica Silicon Valley. Ese mismo año, The New York Times publicó la noticia del aumento del seasteading o creación de viviendas acuáticas permanentes en zonas amenazadas por el aumento del nivel del mar —«Floating Cities, No Longer Science Fiction, Begin to Take Shape» (Las ciudades flotantes ya no son ciencia ficción: empiezan a tomar forma), bromeaba cierto titular— e inversores de alto nivel como Peter Thiel, el fundador de PayPal, están apostando por el concepto.[239]

Quizá los líderes del campo del desarrollo internacional no comprendan aún la importancia de esos programas motivados por el clima, pero las autoridades bangladesíes atribuyen la drástica reducción de la mortalidad durante las crisis climáticas extremas a los proyectos educativos comunitarios como las escuelas flotantes. Aunque la infraestructura social no sustituya a la infraestructura material bien diseñada, es igual de importante. En Bangladés, al igual que en muchísimos países de poca altitud en vías de desarrollo que se enfrentan a las terribles amenazas del cambio climático, es la mejor forma de autoprotección para las comunidades.

* * *

En los últimos años, cuando violentos huracanes, abrasadoras olas de calor y rabiosos incendios forestales han amenazado la vida y destruido valiosos bienes en las sociedades más prósperas del mundo, los Gobiernos que llevaban tiempo negando o retrasando la acción sobre el calentamiento global han empezado a actuar de manera más parecida a Bangladés. Aunque era fácil ignorar transformaciones ecológicas remotas y abstractas como el aumento del nivel del mar y de las temperaturas, hoy en día el cambio climático está cobrando un significado específico y aterrador.

«Incluso en un día despejado dentro de cien años, el agua estará al nivel donde se encuentra ahora cuando se produce una marejada ciclónica», afirma el geofísico de la Universidad de Columbia Klaus Jacob, cuyo informe sobre los riesgos climáticos de Nueva York, de 2009, contiene predicciones de una exactitud espeluznante sobre lo que le pasaría a la infraestructura de la ciudad durante una marejada ciclónica potente. El huracán Sandy, por ejemplo, parecía seguir el guion de Jacob.

—No podemos limitarnos a hacer labores de reconstrucción después de cada catástrofe —me confesó Jacob—. Tenemos que proconstruir, teniendo en mente el cambio climático futuro.

Después del huracán Sandy, el presidente Barack Obama impulsó una iniciativa especial para dar apoyo a esa proconstrucción mediante nuevos proyectos infraestructurales: un concurso de diseño internacional llamado Rebuild by Design (Reconstruir mediante el diseño). El director de la competición fue Shaun Donovan —que por entonces era secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano— y contó con una financiación de más de mil millones de dólares provenientes de un proyecto de ley federal de ayuda para catástrofes. Se recibieron solicitudes de 148 equipos multidisciplinares de todo el mundo, 10 de los cuales fueron seleccionados para participar en un proceso intensivo de investigación, participación comunitaria y diseño que duró nueve meses. Yo participé en el concurso como director de investigación y gracias a esa labor llegué a entender tanto la deficiencia de nuestros actuales sistemas de infraestructuras como los beneficios sociales que podría reportar su reconstrucción.

También tuve la oportunidad de trabajar codo con codo con los líderes de un nuevo ámbito práctico que aúna la ciencia climática, la ciencia social, la planificación urbana, la ingeniería y el diseño con el fin de mitigar las amenazas climáticas y proteger a las personas vulnerables en un mundo que sufre un calentamiento cada vez mayor. Esas personas no solo están dando un giro al debate sobre el cambio climático, sino que están transformando los sistemas que necesitamos para desarrollar una mayor capacidad de resistencia ante cualquier tipo de amenaza.

De todos los blancos del huracán Sandy, el Bajo Manhattan fue el

más densamente poblado de actividad humana, económica y cultural, así como el que tenía las infraestructuras más frágiles. En la zona compacta pero abarrotada que se extiende por debajo de la 42nd Street se encuentran tanto varios de los vecindarios más empobrecidos de la ciudad como algunos de los más prósperos, donde se ubican las sedes de las corporaciones más grandes del mundo, miles de viviendas públicas y montones de asociaciones vecinales que atienden a los necesitados. Acoge instituciones financieras globales cerca de Battery, grandes hospitales cerca del río Este, prestigiosas galerías de arte en Chelsea y en el West Village y miles de pequeños comercios por todas partes. También cuenta con multitud de estaciones de metro, y en el East Village hay una subestación eléctrica que suministra energía a gran parte del centro de la ciudad.

Todo eso se inundó cuando azotó el huracán Sandy y marejadas ciclónicas de más de cuatro metros superaron las márgenes de los ríos al sur de Manhattan e inundaron el Lower East Side y el Lower West Side. Se produjeron daños por todas partes, pero el East Side —donde hay densas concentraciones de personas pobres que viven en viviendas públicas viejas y un grupo de instituciones médicas de gran tamaño— resultó ser especialmente frágil. El agua del río Este inundó los vestíbulos y los sótanos de los hospitales más importantes y destruyó años de materiales de investigación, lo que obligó a organizar evacuaciones de urgencia y, tras el huracán, trastocó durante más de un año la red de atención crónica de la región. La marejada destruyó las redes que suministran electricidad y comunicaciones a viviendas públicas de todo el Lower East Side y dejó a miles de personas vulnerables atrapadas sin agua, electricidad ni servicio de ascensor en pisos altos de edificios de apartamentos. Y, para más inri, la marejada vertió aguas residuales y escombros sobre el golpeado asfalto que domina los espacios públicos de la zona, como el South Street Seaport y el East River Greenway.

Proteger el Bajo Manhattan de futuros huracanes y del aumento del nivel del mar es una de las principales prioridades de Nueva York, como también lo es mejorar la calidad de la vida diaria en el Lower East Side. En el concurso Rebuild by Design, Bjarke Ingels y el BIG Group hicieron una extraordinaria y multimillonaria propuesta.

[240] El plan —en origen denominado el BIG U (la gran U) porque rodea el Bajo Manhattan formando una U, pero que ahora se conoce como el East Side Coastal Resiliency Project (Proyecto de resistencia costera del East Side)— se basa en una serie de muros protectores que funcionan, además, como parques e instalaciones recreativas en cuesta, como terrenos deportivos, carriles bici y pasarelas peatonales. El proyecto se divide en tres secciones denominadas compartimentos y las ideas para el diseño de cada uno de los espacios surgieron de exhaustivas consultas a los residentes, negocios y asociaciones vecinales.

El departamento del Lower East Side —que, de momento, es la única parte del proyecto que tiene financiación— cuenta con terraplenes llenos de plantas que protegen los vecindarios, las infraestructuras y las instituciones cercanas al río y, a la vez, las comunican mediante un puente por encima de la FDR Drive (una autovía elevada muy transitada que va de un lado a otro del East Side de Manhattan y que en la actualidad bloquea el acceso peatonal a la orilla del río) con nuevos espacios de encuentro y establecimientos comerciales junto al agua. Los terraplenes bloquearían y absorberían las marejadas ciclónicas cuando hiciera falta, pero, para los habitantes de una parte especialmente gris y desagradable de una ciudad especialmente gris, la utilidad diaria de sus parques y zonas recreativas es como mínimo igual de importante.

Otro de los elementos fundamentales de la propuesta son los muros desplegables, camuflados como una serie de murales que cuelgan mediante robustas bisagras de la horrorosa parte inferior de la FDR Drive. La mayor parte del tiempo, las estructuras, que estarán diseñadas por artistas locales, funcionarán como paneles de techo decorativos que darán realce a la experiencia de pasear por debajo de la autovía, cosa que hacen a diario miles de residentes que carecen de alternativas mejores. En ocasiones, los muros se bajarán para desempeñar otras funciones, como bloquear el viento o delimitar el espacio donde ubicar un mercado de alimentos de temporada protegido. Además, cuando azoten los huracanes, los muros se transformarán en sólidas barreras que reducirán las probabilidades de que la zona vuelva a verse arrasada por las crecidas.

También necesita una protección mejor Staten Island, una extensa isla barrera que está en la desembocadura del río Hudson y expuesta directamente al Atlántico. Sus residentes llevan padeciendo repetidas —y, en ocasiones, demoledoras— inundaciones desde finales de la década de 1950, cuando el Gobierno empezó a construir el puente Verrazano-Narrows, a desarrollar la infraestructura y a animar a la gente a asentarse en la zona. Aunque la población de Staten Island es inferior a la de cualquier otro distrito de Nueva York, fue allí donde se registró el mayor número de muertes durante el huracán Sandy. Al estrellarse contra los barrios bajos, las formidables olas destrozaron casas, expulsaron los coches de las carreteras y entraron en vecindarios donde nadie se esperaba una inundación por encontrarse a varias manzanas del mar.

No se le pueden poner muros al océano, pero sí se puede reducir la energía de sus olas a modo de protección contra inundaciones catastróficas. Ese, junto con promover la vida social e impulsar la acción climática colectiva en comunidades costeras vulnerables, es el objetivo principal de Living Breakwaters (Rompeolas vivientes), un plan creativo para construir infraestructuras naturales —muros rocosos e inclinados llenos de peces de aleta, moluscos y langostas — que reduzcan el riesgo de que se produzcan daños por inundaciones y erosión en la costa sur de Staten Island.[241] El proyecto está capitaneado por Scape, el estudio de arquitectura paisajista que dirige la pionera diseñadora Kate Orff, pero incluye también a un equipo de científicos del clima, expertos en ecología marina, pedagogos y defensores de la infraestructura social.

En vez de construir una barrera descomunal, el plan de Scape acepta el hecho ineludible de la venida del agua y utiliza las herramientas de la naturaleza para proteger contra inundaciones peligrosas a personas y lugares vulnerables. También consigue algo más importante: dado que una agenda política climática sólida requerirá que no solo los científicos, sino también los ciudadanos entiendan los riesgos del calentamiento global, Living Breakwaters contiene un ambicioso proyecto educativo que pretende mostrar que el civismo ecológico puede mitigar las futuras amenazas

climáticas.

La forma de Scape de reforzar la infraestructura social de Staten Island implica el uso de centros educativos medioambientales como espacios culturales diarios, lo que promueve la cohesión social en torno a un conjunto común de proyectos y preocupaciones. El plan, que también introduce un plan de estudios diseñado en colaboración con la escuela New York Harbor y el proyecto Billion Oyster, está diseñado para acercar a miles de alumnos a los proyectos de restauración marina y, gracias a ellos, ayudar a las familias y a las comunidades a comprender la conexión entre nuestro destino y el de nuestros océanos. También vincula entre sí a la gente de la zona mediante programas culturales y actividades playeras —como colocar arrecifes de ostras y observar la fauna— para saber quién necesita apoyo y cómo prestárselo cuando llegue la próxima tempestad.

Tanto el proyecto Living Breakwaters como el East Side Coastal Resiliency Project están a la espera de las revisiones medioambientales finales y de las aprobaciones regulatorias, así que hay muchas cosas que podrían salir mal. Living Breakwaters requiere trabajar en zonas —o en sus alrededores— donde el ayuntamiento, el estado y el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos están desarrollando otros proyectos marítimos, así que el asunto podría verse envuelto en una red de prioridades opuestas y disputas jurisdiccionales. Desde el principio, los críticos han advertido de que recortar gastos para cumplir con el presupuesto en las etapas finales del proceso de implementación del East Side Coastal Resiliency Project podría reducir los verdes terraplenes puente a un feo e imponente malecón, que es precisamente el tipo de proyecto que habría rechazado Rebuild by Design.

Pero por el momento los Gobiernos federal, estatal y municipal siguen prestando apoyo a proyectos innovadores, y otras ciudades, tanto de los Estados Unidos como del resto del mundo, ya se han inspirado en esos planes. Si el East Side Coastal Resiliency Project y el Living Breakwaters se construyen de acuerdo con sus diseños, dando prioridad a la infraestructura social, cambiarán la forma en que concebimos la adaptación al clima.

Sin embargo, a menos que reduzcamos de forma drástica las emisiones de gases de efecto invernadero, la adaptación climática no será más que una estrategia de supervivencia temporal, destinada a convertir la injusticia medioambiental en un problema más grave tanto dentro de los Estados nación como entre ellos. Pensemos, de nuevo, en Houston: muchos de sus vecindarios ya se benefician de infraestructuras sociales que fomenta la cohesión y el apoyo durante una catástrofe. Dado que es una de las ciudades más prósperas del mundo, radicada en uno de los países más ricos y poderosos del mundo, Houston cuenta asimismo con recursos para construir infraestructuras materiales más efectivas para la protección contra inundaciones. Pero, mientras la ciudad siga en su trayectoria actual, con una economía basada en el petróleo y el gas y una planificación urbana que promueva el crecimiento urbano desenfrenado, las viviendas unifamiliares y la dependencia de automóviles particulares, la gran metrópoli seguirá avivando el calentamiento global e incrementando sus propios riesgos. Houston, como todas las ciudades del mundo, necesita volverse más compacta, densa y abierta a caminar y a moverse en bicicleta, lo que implica construir bloques residenciales más altos con múltiples apartamentos en las zonas céntricas. La ciudad necesita más árboles para absorber el carbono y enfriar el aire, así como más parques urbanos y vías verdes donde la gente pueda disfrutar sin necesidad del coche. Tiene que reemplazar el aparentemente interminable tramo de calzadas pavimentadas e impermeables que canalizan las crecidas hacia las zonas bajas. Todo eso implica construir mejores infraestructuras sociales —un proyecto nada fácil en una ciudad famosa por carecer de ordenanzas de zonificación—, pero la reconstrucción tras el huracán Harvey es el momento ideal para comenzar.

Si necesita inspiración, Houston puede volver la vista a una ciudad cercana que también se está recuperando de un huracán catastrófico: Nueva Orleans. En 2010, las autoridades municipales desarrollaron New Orleans 2030,[242] un plan maestro que iba mucho más allá de lo que necesitaba la gente tras el huracán Katrina: protección contra inundaciones, adaptación y seguridad climática. La ciudad afrontaba grandes desafíos. Su población, de

455.000 personas después del azote de Katrina en 2005, se había reducido a 208.000 en 2006 y en 2010 era solo de 348.000 personas (en 2016 tenía 391.000 habitantes). Como había muchos menos niños, la ciudad no tuvo más remedio que cerrar varios colegios públicos. El nuevo plan hizo un llamamiento para dar un nuevo uso y reconvertir los grandes edificios institucionales en centros comunitarios, estudios artísticos, pequeñas incubadoras empresariales y pisos. Ese no fue el único cambio fundamental. Antes de la inundación, en 1999, el plan de la ciudad prometía apoyar el desarrollo comercial de la región en las carreteras e intersecciones más importantes, lugares que pudieran acoger con comodidad a las grandes cadenas y donde no hubiera problemas para aparcar. Después del Katrina, a medida que los vecinos y los grupos ciudadanos empezaron a preocuparse cada vez más por el cambio climático, se desechó esa idea en favor de complejos que combinaran el uso comercial y el residencial y fomentaran la actividad social local en las aceras y las calles. Si Nueva Orleans ya era famosa por su animada cultura pública de barrio, iba a redoblarse.

En las ciudades donde hay mucha segregación, la polarización social es un potencial inconveniente de que haya una cultura vecinal intensa y, aunque la historia de mezcolanza étnica y racial de Nueva Orleans es larga y singular, sus zonas residenciales están divididas claramente en función de la raza y la clase social. Para luchar contra ese problema, New Orleans 2030 incluye infraestructuras sociales que facilitan la circulación a pie por la ciudad y contribuyen, además, a la mitigación del cambio climático y a la protección contra las inundaciones. El Lafitte Greenway, inaugurado en 2015, es un paseo y parque multiusos de casi cinco kilómetros que rodea el histórico canal Carondelet y comunica seis barrios de lo más diversos, entre los que se incluyen zonas pudientes como Mid-City y Lakeview, el afroamericano Tremé, un grupo de edificios de viviendas públicas, el animado Barrio Francés y el pantano. El paseo está bordeado de drenajes sostenibles (plantas que absorben las aguas pluviales, los sedimentos y la contaminación) y de árboles autóctonos, mientras que las pasarelas peatonales desembocan en una serie de parques vecinales. En cuestión de pocos años, el paseo se ha convertido en uno de los espacios de ocio y recreo más populares de la ciudad. También ha

servido para resucitar la moribunda cultura ciclista. Nueva Orleans tenía más de diecisiete kilómetros de carril bici cuando azotó el Katrina; hoy en día cuenta con ciento quince. Desde la inauguración del paseo, Nueva Orleans se ha convertido en una de las mejores ciudades estadounidenses para ir al trabajo en bicicleta. En la actualidad, ocupa el quinto puesto en cuanto a población per cápita que utiliza ese medio de transporte para ir al trabajo y promete ascender en la lista cuando se ponga en marcha el programa de bicicletas compartidas.[243] Nueva Orleans es un sitio estupendo en el que fijarse si las autoridades políticas necesitan pruebas de que la infraestructura social puede animar a la gente a aparcar los coches y utilizar medios de transporte que reduzcan nuestra huella de carbono y frenen el calentamiento global.

El Lafitte Greenway es un proyecto modesto que contaba con un presupuesto inicial de nueve millones de dólares, pero ya se ha ampliado para dar cabida a nuevos parques infantiles, pistas para perros, huertos vecinales y terrenos deportivos que se ramifican desde el paseo. Hoy en día, los grupos vecinales de los barrios que están justo fuera del paseo están presionando para que se construyan nuevos caminos que desemboquen en él. Están abriéndose establecimientos comerciales, como bares y restaurantes, tanto en el paseo como en sus inmediaciones. También se están construyendo viviendas, lo que, en el proceso, contribuye a que Nueva Orleans se convierta en una ciudad más accesible a pie y más compacta. La única pega que se le puede poner a ese proyecto infraestructural es que, si se produjera un refinamiento excesivo, podría generar nuevas olas de gentrificación y desplazamiento. Pero los primeros indicios apuntan a que todos los vecinos que viven cerca del paseo están acogiendo el proyecto con entusiasmo: hace que su vida diaria sea más saludable y placentera y que la ciudad sea más sostenible.

Lo que es más importante, el Lafitte Greenway, con sus sistemas de protección contra huracanes y sus redes de transporte limpio, ilustra la clase de proyectos infraestructurales que vamos a necesitar para sobrevivir al cambio climático. Combina la adaptación al cambio climático con la mitigación y, al mismo tiempo, mejora la calidad de vida en la ciudad con independencia de las condiciones meteorológicas y ofrece a la gente que tiene la suerte de vivir en las

inmediaciones una forma de socializar. El agua se acerca; con la infraestructura social adecuada, quizá consigamos sobrevivir a ella sin necesidad de construir un arca.

■

[229] Jason Samenow, «Harvey Marks the Most Extreme Rain Event in U. S. History», The Washington Post, 29 de agosto de 2017, www.washingtonpost.com/news/gang/wp/2017/08/29/harvey-marks-history/?utm_term=.94d4e7d3b7ad.

[230] Dos de mis ayudantes de investigación, Kiara Douds (que se crio en Houston y tenía amigos que vivían en Wilcrest) y Delaram Takyar, ambos estudiantes de posgrado en la Universidad de Nueva York, viajaron a Houston para estudiar la respuesta colectiva al huracán Harvey. Estuvieron presentes en aquella reunión y pasaron varios días con la congregación de la iglesia bautista de Wilcrest observando cómo ayudaban a las personas damnificadas por el huracán.

[231] «Las congregaciones llevan tiempo hipersegregadas —escribe el sociólogo Michael Emerson—. Ya en 2007 (los datos más recientes con ese nivel de detalle de los que disponemos son de ese año), el 85 por ciento de las congregaciones de los Estados Unidos estaban compuestas por un mismo grupo al menos en el 90 por ciento. En 2010, solo el 4 por ciento de todas las congregaciones afirmaban no tener una mayoría racial determinada». Ver Michael Emerson, «A New Day for Multiracial Congregations», Reflections: A Magazine of Theological and Ethical Inquiry from Yale Divinity School, 2013, https://reflections.yale.edu/article/future-race/new-daymultiracial-congregations.

[232] Rodney Woo ha escrito un libro en el que relata su experiencia ayudando a Wilcrest a convertirse en una comunidad más abierta y multirracial: The Color of Church: A Biblical and Practical Paradigm for Multiracial Churches, Nashville: B&H Academic, 2009.

[233] Ver Anders Levermann, Peter Clark, Ben Marzeion, Glenn Milne, David Pollard, Valentina Radic y Alexander Robinson, «The

Multimillennial Sea-Level Commitment of Global Warming», Proceedings of the National Academy of Sciences 110, n.º 34 (2013), pp. 13745-13750.

[234] Korie Edwards, Brad Christerson y Michael Emerson, «Race, Religious Organizations, and Integration», Annual Review of Sociology 39 (2013), p. 212.

[235] Las citas de Nicole Lurie y Barack Obama aparecen en Eric Klinenberg, «Adaptation», The New Yorker, 7 de enero de 2013.

[236] Ibid.

[237] De Urbanisten explica el funcionamiento de la plaza en esta página web: www.urbanisten.nl/wp/?portfolio=waterplein-benthemplein.

[238] Ver Khurshed Alam y Habi-bur Rahman, «Women in Natural Disasters: A Case Study from Southern Coastal Region of Bangladesh», International Journal of Disaster Risk Reduction 8 (2014), pp. 68-82.

[239] David Gelles, «Floating Cities, No Longer Science Fiction, Begin to Take Shape», The New York Times, 13 de noviembre de 2017.

[240] Ver Eric Klinenberg, «Want to Survive Climate Change? You'll Need a Good Community», Wired, noviembre de 2016, www.wired.com/2016/10/klinenberg-transformingcommunities-to-survive-climate-change/.

[241] Ibid.

[242] Ayuntamiento de Nueva Orleans, Plan for the 21st Century: New Orleans 2030, 2010, www.nola.gov/city-planning/plan-for-the-21st-century/.

[243] Ver Shannon Sims, «Building a Social Scene Around a Bike Path», CityLab, 1 de agosto de 2017, www.citylab.com/life/2017/08/lafitte-greenway-new-orleans/534735/, y Richard Florida, «Mapping America's Bike Commuters», CityLab, 19 de mayo de 2017, www.citylab.com/transportation/2017/05/

mapping-americas-bike-commuters/526923/.

Conclusión

Antes de que volvamos

a alzar la pala

El Centro Cultural de la Fundación Stavros Niarchos. Atenas, Grecia

CRÉDITO DE LA FOTOGRAFÍA: Fundación Stavros Niarchos. Su utilización ha sido autorizada.

En febrero de 2017, Mark Zuckerberg, el fundador y director ejecutivo de Facebook, publicó en la web de la que era creador una

carta abierta de seis mil palabras. Iba dirigida «A nuestra comunidad» y al cabo de pocas líneas Zuckerberg formulaba a los dos mil y pico millones de usuarios de su empresa una pregunta directa: «¿Estamos construyendo el mundo que todos queremos?». [244]

La respuesta era evidente.

Si hay un principio fundamental en la visión del mundo de Zuckerberg es que los seres humanos progresamos cuando derribamos las divisiones sociales y geográficas y formamos comunidades morales más amplias y extensas. «La historia es el relato de cómo hemos aprendido a juntarnos en números cada vez mayores, pasando de tribus a ciudades y luego a naciones —afirma —. A cada paso, fuimos construyendo infraestructuras sociales como comunidades, medios de comunicación y Gobiernos para dotarnos de poder y así conseguir cosas que no podíamos alcanzar por nuestra cuenta».

Como director ejecutivo de una de las corporaciones más rentables y de mayor crecimiento del mundo, Zuckerberg suele ser prudente con respecto a hacer declaraciones explícitamente partidistas, pero durante la campaña de 2016 denunció la existencia de «voces temerosas que reivindicaban levantar muros y distanciarse de gente a la que catalogaban como distinta», y algunas semanas antes de publicar la carta había condenado la orden ejecutiva de Trump de prohibir la entrada de inmigrantes procedentes de determinados países de Oriente Medio: «Nuestras puertas deberían […] estar abiertas para recibir a los refugiados y a quienes necesitan ayuda. Así es como somos».[245] La carta de Zuckerberg, publicada durante aquel conflicto inusitadamente público con el nuevo presidente, pretendía ser la nueva declaración de principios de Facebook, así como su proyecto de reconstrucción social en una época turbulenta y potencialmente autoritaria.

«En tiempos como los actuales, lo más importante que podemos hacer en Facebook es desarrollar la infraestructura social que dé a la gente el poder de construir una comunidad global que funcione para todo el mundo», explicó. Facebook —en opinión de su creador — tiene la excepcional capacidad de salvar nuestras divisiones sociales. Zuckerberg reconoce que las iglesias, los equipos

deportivos, los sindicatos y otros grupos ciudadanos reportan, allí donde continúan gozando de popularidad, los mismos beneficios sociales que desea que Facebook genere: «Nos dan propósito y esperanza; la validación moral de que somos necesarios y de que formamos parte de algo más grande que nosotros mismos; el consuelo de saber que no estamos solos y de que hay una comunidad que vela por nosotros; nos proporcionan guía, orientación y desarrollo personal; una red de seguridad; valores, normas culturales y responsabilidad; reuniones sociales, rituales y una forma de conocer gente nueva, así como una forma de pasar el tiempo». Sin embargo, también defiende que, en esta época oscura caracterizada por una «notable disminución» de la afiliación grupal desde la década de 1970, «las comunidades virtuales son un punto positivo». En Facebook, escribe Zuckerberg, «nuestro próximo objetivo será desarrollar infraestructuras sociales para la comunidad: para apoyarnos, para protegernos, para informarnos, para implicarnos en la comunidad y para integrar a todo el mundo».

La primera promesa de Zuckerberg consiste en mejorar los algoritmos para que predigan qué tipo de comunidades «muy valiosas» de Facebook (esas que «se convierten rápidamente en la parte más importante de nuestra experiencia de la red social») beneficiarían a los usuarios y para «ayudar a poner a mil millones de personas en contacto con comunidades valiosas que puedan fortalecer nuestro tejido social». La segunda promesa consiste en «expandir los grupos para apoyar a las subcomunidades», personas interesadas por los mismos equipos deportivos, programas de televisión, videojuegos, etc. La tercera, en «reforzar nuestras comunidades físicas juntándonos en persona para apoyarnos entre nosotros».

Zuckerberg explica a los lectores cómo la infraestructura social de Facebook va a promover la salud y la seguridad, lo que, de nuevo, implica conseguir que la gente haga más cosas de manera virtual. Por medio de la inteligencia artificial, la empresa «ayudará a nuestra comunidad a identificar los problemas antes de que surjan». Zuckerberg afirma que Facebook ha «desarrollado infraestructuras para mostrar Alertas AMBER», «para colaborar con las organizaciones de seguridad pública» y que ha «desarrollado infraestructuras como la respuesta ante emergencias para poder

avisar a nuestros amigos de que estamos bien y saber cómo se encuentran aquellos amigos que se hayan visto afectados por algún ataque o catástrofe natural».

Zuckerberg quiere revitalizar la democracia. Entiende Facebook como una herramienta para ayudar a la gente a votar, a manifestarse y a organizarse. Se imagina la plataforma como generadora de nuevas formas para que gente de todo el mundo participe en la gobernanza colectiva, para desarrollar honestidad, transparencia y, de una forma aún más ambiciosa, un compromiso renovado con el bien común.

La retórica de Zuckerberg es tan pomposa como cabría esperar de un hombre cuya empresa tiene miles de millones de usuarios activos y un valor de mercado que ronda los 500.000 millones de dólares, pero la visión de la infraestructura social que respalda es endeble. Las redes sociales, pese a sus múltiples posibilidades, no pueden ofrecernos lo que nos dan las iglesias, los sindicatos, los clubes deportivos y los estados de bienestar. No son ni una red de seguridad ni un espacio de encuentro. De hecho, fuentes internas de las empresas tecnológicas de Silicon Valley aseguran que una de las principales prioridades de los diseñadores e ingenieros es conseguir que la gente esté pegada a la pantalla en lugar de interactuar cara a cara en el mundo. Facebook puede ayudarnos —y a veces nos ayuda — a encontrar a gente con la que hemos entablado relación en la vida real, y quizá algún día mejore. A principios de 2018, Zuckerberg reconoció públicamente que Facebook «está reduciendo los momentos personales que nos hacen conectar más unos con otros» y se comprometió a modificar la web aunque ello entrañara «la reducción del tiempo que la gente pasa en Facebook y la caída de algunas de las métricas de interacción».[246] Sin embargo, por mucho que los diseñadores de la web ajusten los contenidos de Facebook, los vínculos humanos que necesitamos para escapar del peligro, generar confianza y reconstruir la sociedad requieren que se produzca interacción social de manera recurrente en espacios físicos, nada de intercambiar toques o «me gusta» con «amigos» virtuales.

Fue una hipocresía por parte de Zuckerberg afirmar que Facebook, como las organizaciones sociales de cuyo declive es testigo,

promueve la clase de valores, costumbres culturales y sistemas de rendición de cuentas que necesita la democracia. Porque cuando Zuckerberg escribió su carta abierta ya sabía lo que la empresa no admitió hasta que el Congreso de los Estados Unidos les obligó efectivamente a confesar: que, durante las elecciones presidenciales más divisorias e importantes de la historia reciente, los propagandistas rusos se habían valido de la supuesta infraestructura social de Zuckerberg para adquirir más de tres mil anuncios de noticias falsas que habían alcanzado a un mínimo de diez millones de personas. Gracias a la tecnología de Facebook, los rusos —al igual que las organizaciones de la extrema derecha empeñadas en propagar la desinformación en los Estados Unidos— pudieron dirigir su campaña a los votantes de los estados bisagra. Las intenciones de las entidades responsables de esos anuncios no se limitaban a manipular a los ciudadanos y a reducir la participación en comunidades proclives a apoyar a la candidata demócrata, Hillary Clinton, sino que también pretendían sembrar divisiones sociales que menoscabaran la fe de los estadounidenses en la democracia y, además, emprendieron iniciativas similares para sembrar el caos en sociedades abiertas de todo el mundo. Facebook era la herramienta ideal para ello, porque sus algoritmos amplifican los mensajes extremos y emocionales que avivan la polarización y minimizan las publicaciones más matizadas y reflexivas.

Desde las elecciones de 2016, Facebook y otras empresas tecnológicas han invertido muchísimo dinero en una campaña de presión para esquivar las regulaciones que les obligarían a revelar quién compra publicidad política. El equipo de Zuckerberg ha caracterizado la habilidad de los rusos para manipular las redes sociales de acuerdo con su proyecto político como un problema técnico que puede arreglarse mediante la ingeniería. Sin embargo, lo más importante es que las elecciones y las posteriores audiencias del Congreso con los líderes de la alta tecnología revelaron que las empresas que gestionan infraestructuras de comunicación lucrativas a gran escala están montadas para priorizar la generación de ingresos por encima de la consecución de bienes públicos. Las corporaciones que cotizan en bolsa, como Facebook, están obligadas por ley a maximizar el valor de las acciones y, aunque algunos directores generales definen ese valor en un sentido amplio, la mayoría se centra en el balance final.

Seguramente, Zuckerberg no pretendía que su empresa posibilitara una intervención malévola en el proceso democrático; pero, aun así —como descubrieron los periodistas de investigación—, los vendedores de publicidad e ingenieros de Facebook hicieron grandes esfuerzos por ayudar a los grupos de apoyo de la política nacional —como Secure America Now, una organización anti-Clinton y antiislamista— a llegar a su público objetivo.[247] Con independencia de sus preferencias políticas, los empleados de Facebook tenían un motivo muy sencillo para hacerlo: su trabajo consiste en conseguir anunciantes, no en promover la democracia. El beneficio que obtuvo Facebook durante la campaña de 2016 por aceptar anuncios políticos pagados por grupos vinculados con el Gobierno ruso y la extrema derecha fue insignificante, pero la democracia estadounidense y la comunidad global con cuyo desarrollo Zuckerberg afirma estar comprometido sufrieron una pérdida catastrófica.

* * *

Hay otra comunidad que ha sufrido unas pérdidas tremendas desde que Facebook y otras grandes empresas tecnológicas empezaron a asentarse en el Área de la Bahía: los residentes pobres de la región, de clase trabajadora y clase media, a los que han ido expulsando poco a poco al aumentar los precios y dejarlos sin sitio. La palabra gentrificación se queda corta para describir lo que ha pasado en el Área de la Bahía durante la histórica explosión tecnológica. El coste de la vivienda en San Francisco es tan obscenamente elevado que pocas personas de clase media pueden permitirse vivir allí. Una investigación del Urban Displacement Project (Proyecto de Desplazamiento Urbano) de la Universidad de California demuestra que el 47 por ciento de todas las áreas del censo de la región y el 60 por ciento de los hogares con ingresos bajos se encuentran en barrios que están en peligro de sufrir presiones de desplazamiento o gentrificación o que ya las han experimentado.[248] La población afroamericana de San Francisco está disminuyendo rápidamente, mientras las familias de bajos ingresos y de clase media se alejan

cada vez más de los centros urbanos y pierden cada vez más tiempo yendo al trabajo y volviendo a casa. Las consecuencias se aprecian por todas partes. Hay muchísimo tráfico en las carreteras locales y en las autovías; en las calles de la ciudad y en los centros comerciales faltan plazas de aparcamiento. Hace varias décadas, Silicon Valley estaba lleno de impecables barrios residenciales donde la calidad de vida era altísima; hoy en día, está terriblemente congestionado y a punto de desbordarse.

Por mucho énfasis que pongan en la ingeniería de software, no cabe duda de que las empresas como Facebook, Google y Apple entienden el valor de la infraestructura social real, de los espacios físicos que configuran nuestras interacciones. Sus instalaciones son impresionantes: cuentan con jardines llenos de vegetación, bares de zumos y restaurantes gourmet, cuidados terrenos deportivos e instalaciones para hacer ejercicio, peluquerías, guarderías, teatros, bibliotecas, cafeterías y espacio de sobra para reuniones sociales, tanto en el interior como al aire libre. Son infraestructuras sociales privadas, que están ahí para el disfrute y la comodidad de los empleados de primer nivel, cuyas tarjetas de identificación por colores les granjean acceso a ellos, pero —lo que es crucial— no así a los trabajadores temporales de bajo nivel y a los empleados que cocinan y limpian en la misma organización ni a los residentes de la zona ni a los visitantes. Esas infraestructuras sociales, costosas y diseñadas con esmero, funcionan tan bien para los empleados tecnológicos de alto nivel que estos no tienen demasiados motivos para frecuentar los pequeños establecimientos locales —como cafeterías, gimnasios, restaurantes, etc.— que, si lo hicieran, se beneficiarían mucho más de la presencia de una gran empresa.

Algunas empresas han hecho modestos esfuerzos por mejorar la infraestructura social que las rodea. Google, por ejemplo, construyó campos de fútbol europeo, jardines y carriles bici en los alrededores de su oficina central en Mountain View, y Sergey Brin, uno de los fundadores de la empresa, subvenciona los alquileres de los propietarios de pequeños comercios que despachan a las familias en los establecimientos que posee en las cercanías. En julio de 2017, Facebook, obligada a afrontar la presión de los empleados, agotados por los largos viajes al trabajo, y de los vecinos de East Menlo Park, hartos del tráfico que se formaba en torno a sus oficinas, cada vez

más grandes, propuso desarrollar una extensión de las instalaciones. El «pueblo», diseñado por OMA New York —el estudio del reconocido arquitecto Rem Koolhaas—, comunicaría las nuevas oficinas con viviendas, tiendas de venta al por menor, parques y, lo que es más importante, un supermercado, puesto que, a pesar de la enorme presencia de Facebook, la zona sigue siendo un desierto alimentario.[249] Zuckerberg confía en inaugurar la extensión para 2021, pero, si podemos fiarnos de las declaraciones que han hecho en foros públicos y en artículos de prensa, los residentes de East Menlo Park preferirían que el Gobierno municipal echara el freno y atendiera primero sus preocupaciones. ¿Por qué, se preguntan, tendría que aprobar el ayuntamiento la expansión de Facebook sin garantizar los fondos para renovar los deteriorados centros educativos, parques y terrenos? ¿Cómo piensa el ayuntamiento mitigar el tráfico y la contaminación que a buen seguro aumentará cuando accedan a la zona miles de empleados más? ¿Qué puede hacer Facebook para garantizar que sus planes reporten beneficios a la comunidad y no solo a la empresa? ¿Tiene Facebook en cuenta todo eso?

La empresa no ha conseguido recabar el apoyo local para sus nuevos edificios en parte porque, desde que se instaló en Menlo Park, no ha hecho gran cosa por mejorar la infraestructura social local. Aunque la gente que compró casa antes de la llegada de las empresas tecnológicas seguramente ganaría dinero si decidiera vender y marcharse de la región, subir el precio de la vivienda no va a mejorar la vida de los residentes y de los trabajadores. Para ellos, el mayor impacto diario de vivir cerca de corporaciones como Facebook se reduce a sufrir atascos, a menudo detrás de los autobuses privados que comunican a los trabajadores con las instalaciones. Los autobuses, quizá más que el famoso logo azul y blanco de Facebook, se han convertido en el símbolo más poderoso de lo que los líderes tecnológicos están consiguiendo por toda el Área de la Bahía: han construido infraestructuras sociales privadas que ayudan a sus empresas a prosperar en detrimento de las infraestructuras públicas que necesitan reparación urgente y le han pedido a la gente de «la comunidad» que confíe en que lo hacen por el bien de todos.

No es ninguna sorpresa que los titanes de Silicon Valley se

esfuercen tanto por convencer a la gente de que las cosas que hacen para promover sus intereses corporativos en realidad están enfocadas a hacer que el mundo sea más tranquilo, justo y humano. Los ejecutivos que dirigen empresas petrolíferas, financieras o automovilísticas llevan décadas esgrimiendo argumentos similares. Sin embargo, es desconcertante ver a Zuckerberg hacerlo con tanto descaro, dado que creó Facebook basándose en la idea de que las redes sociales requieren de honestidad y transparencia. A estas alturas todos sabemos de qué va la película, así que es insultante que te digan que en realidad Facebook ofrece cada nuevo producto lucrativo —por ejemplo, la aplicación de mensajería para niños menores de trece años— porque la empresa ansía el florecimiento de la sociedad.

Yo no dudo que Zuckerberg tenga buena voluntad además de interés en acumular más riqueza y poder. Ha impulsado experimentos que dotan de una «renta básica universal» a comunidades donde cada vez es más difícil encontrar trabajo bien remunerado. En 2015, creó junto con su mujer, Priscilla Chan, la Chan Zuckerberg Initiative (una sociedad de responsabilidad limitada más que una fundación tradicional, que requiere que sus dueños donen anualmente el 5 por ciento de sus fondos y que no puedan invertir en empresas con ánimo de lucro). La pareja ha prometido donar a la caridad el 99 por ciento de sus acciones de Facebook; cuando se hizo el anuncio, los analistas estimaron que el valor de esas acciones sería de 45.000 millones de dólares en toda su vida. Chan y Zuckerberg también han prometido donar a lo largo de la próxima década 3.000 millones de dólares a un proyecto que se propone «curar todas las enfermedades» para finales del siglo XXI. Ya han abierto en San Francisco el Chan Zuckerberg BioHub, un centro de investigación donde hay ingenieros, científicos de la computación, químicos, biólogos y otros científicos de Stanford, de la Universidad de California en Berkeley y de la Universidad de California en San Francisco colaborando en distintos proyectos relacionados con la salud. Han donado 24 millones de dólares a una empresa emergente que ofrece formación a programadores africanos y han invertido 50 millones de dólares en una aplicación educativa diseñada para ayudar a los niños de la India.

Esos proyectos son admirables y, en combinación, quizá salven o

mejoren millones de vidas, pero, tal y como reconoce la carta abierta de Zuckerberg a los usuarios de Facebook, hoy en día el mundo se enfrenta a problemas acuciantes —como el aislamiento y la polarización, la desmedida desigualdad en cuestiones de salud, educación y en la capacidad de abordar el cambio climático— y muchos de ellos suceden ante las narices de Silicon Valley. Es una ingenuidad afirmar que mejorar los algoritmos y crear grupos comunitarios valiosos en Facebook nos ayudará a avanzar de verdad en estas cuestiones. A pesar de que —o quizá, precisamente, debido a que— pasamos tanto tiempo en las pantallas o en internet, necesitamos desesperadamente espacios comunes donde la gente pueda reunirse, participar en la sociedad civil y forjar vínculos sociales más sólidos. Mientras no invirtamos en auténticas infraestructuras sociales, la respuesta a la pregunta de Zuckerberg —«¿Estamos construyendo el mundo que todos queremos?»— será un no rotundo.

Ni Zuckerberg ni ningún otro líder corporativo del siglo XXI es responsable a nivel individual del lamentable estado de nuestra infraestructura social. Pero merece la pena señalar que en momentos históricos anteriores, cuando un pequeño número de líderes empresariales amasó enormes fortunas mientras gran parte de la sociedad se las veía y se las deseaba para satisfacer las necesidades humanas básicas, los grandes filántropos emplearon su riqueza y su poder para construir sitios que generasen oportunidades para todo el mundo sin que fuesen al mismo tiempo iniciativas con ánimo de lucro. Pensemos en Andrew Carnegie, el magnate del ferrocarril y del acero: fue un auténtico «barón ladrón» que durante la huelga de Homestead permitió que sus capataces contrataran a cientos de detectives Pinkerton armados y reprimieran mediante la violencia a los trabajadores sindicalizados y que presionó salvajemente en contra de los impuestos sobre la renta y otros esfuerzos gubernamentales por abordar la desigualdad. Sin embargo, Carnegie donó una proporción tan grande de su fortuna que la Philanthropy Roundtable, la red más importante de donantes benéficos de los Estados Unidos, afirma que «quizá sea el filántropo más influyente de la historia estadounidense». Según dicen, sus contribuciones «no tienen parangón».[250]

Aunque en la nueva economía de la información los empresarios

han amasado enormes fortunas, de momento nadie se ha acercado a lo que hizo Carnegie entre 1883 y 1929: fundar la construcción de 2.811 bibliotecas con servicio de préstamo, 1.679 de las cuales se encuentran en los Estados Unidos. Hoy en día, las bibliotecas de Carnegie se ubican en barrios residenciales normales de todo el mundo y siguen funcionando como poderosos estímulos. El extraordinario compromiso de Carnegie para con las ciudades y comunidades estadounidenses es digno de recuerdo, así como los principios que lo guiaron. Carnegie, que era inmigrante, creía que todo aquel que tuviera acceso a la cultura y a la educación podría triunfar en los Estados Unidos. Sabía, por experiencia propia, que no todo el mundo tenía la oportunidad de estudiar: de niño, cuando vivía en Pittsburgh, Carnegie no tuvo más remedio que trabajar en vez de ir al colegio. Pero un comerciante local que prestaba libros a los niños del barrio le cambió la vida. «Debido a mi propia experiencia a una tierna edad, decidí que no había uso al que se pudiera destinar el dinero de forma más productiva y beneficiosa para los niños y niñas que albergan el potencial y la habilidad y la ambición de desarrollarlo como fundar una biblioteca pública en una comunidad», escribió Carnegie. El empresario proveyó a las bibliotecas de fondos para que ofrecieran libros, cursos, actividades sociales y desahogo de las presiones de la vida diaria. Como también quería estimular a la gente, muchísimas de las bibliotecas originales de Carnegie tienen altos ventanales, techos abovedados y ornamentados diseños. Construir bibliotecas «no es más que un pequeño homenaje —explicó Carnegie— y apenas si consigue reflejar la profundidad de la gratitud que siento».[251]

Entiendo el atractivo de apostar por lo inimaginable, de esos proyectos con objetivos como la colonización espacial y la inmortalidad que con tanta pasión persiguen los filántropos más importantes de nuestra era (sobre todo, los procedentes de la industria tecnológica). Pero muchísimas de esas iniciativas parecen estar más motivadas por la soberbia y el narcisismo que por el interés en los «niños y niñas que albergan el potencial y la habilidad y la ambición de desarrollarlo». Cuesta encontrar el espíritu de buena voluntad y el civismo de Carnegie en el Silicon Valley actual, donde toda la industria depende de una tecnología desarrollada por el Gobierno —internet— y una infraestructura de comunicaciones que recibe fondos públicos. Como a Zuckerberg, a los líderes

empresariales siempre les gusta experimentar con proyectos que promuevan el bien común y que, en el proceso, aumenten su capitalización de mercado. Pero si dan y toman a la vez no van a conseguir gran cosa. ¿Cuánta riqueza necesitan amasar todavía para encontrarse en disposición de ayudar?

Resulta especialmente desconcertante que tan pocos líderes empresariales de la economía de la información —entre otros, los de la tecnología y las finanzas— hayan brindado apoyo a la biblioteca, la institución principal que promueve la alfabetización y que dota de acceso a internet a quienes de otro modo no tendrían forma de conectarse a la Red. Hay excepciones. En la década de 1990, Microsoft y la Fundación Gates, que destacan por sus inversiones en centros educativos, sanitarios y otras infraestructuras sociales esenciales, donaron 400 millones de dólares para ayudar a que las bibliotecas de todos los Estados Unidos instalaran conexión a internet. En 2008, Stephen Schwarzman, financiero de Wall Street y director ejecutivo del Blackstone Group, donó 100 millones de dólares a la Biblioteca Pública de Nueva York, que, a cambio, puso su nombre al edificio histórico de Fifth Avenue. Asimismo, en 2017, la Fundación Stavros Niarchos donó 55 millones de dólares para renovar la principal biblioteca circulante de Manhattan, justo enfrente del edificio Schwarzman. Por extraordinarias que sean las contribuciones citadas, son una nimiedad en comparación con lo que necesitan las ciudades de todo el mundo para reconstruir las penosamente anticuadas bibliotecas locales que, pese a su antigüedad, siguen prestando apoyo a los barrios y a las comunidades, ayudando a quienes aspiran a una vida mejor o a quienes simplemente necesitan compañía para sobrellevar la jornada.[252]

En la actualidad, mientras las ciudades y las urbanizaciones residenciales de las afueras se reinventan y los cínicos afirman que el Gobierno no tiene nada bueno que aportar a ese proceso, es importante que instituciones como las bibliotecas obtengan el reconocimiento que merecen. Al fin y al cabo, la raíz de la palabra libro, liber, significa tanto «libro» como «libre». Las bibliotecas simbolizan e ilustran algo que hay que defender: las instituciones públicas sobre las que, aun en la era de la fragmentación y la desigualdad, se cimienta la sociedad civil. Las bibliotecas son la

clase de sitios donde las personas corrientes, con orígenes, pasiones e intereses distintos, pueden participar en una cultura democrática viva; la clase de sitios donde los sectores público, privado y filantrópico pueden trabajar codo con codo para intentar conseguir algo más elevado que el balance final.

No todo el mundo comparte esta creencia. En las últimas décadas, los líderes políticos que se mueven por la lógica del mercado han proclamado que las instituciones como las bibliotecas ya no funcionan, que nos saldría más a cuenta invertir en nuevas tecnologías y confiar nuestro destino a la mano invisible.

La influencia de esos argumentos se refleja en la forma en que tratamos lo que solía ser una institución pública sagrada. Hoy en día, en la mayoría de los sitios las bibliotecas apenas tienen recursos. Las bibliotecas locales de todo el país han reducido las horas y días de apertura pese al aumento de las visitas y de los préstamos, lo que limita que quienes entre semana tienen obligaciones, como trabajo o clases, puedan ir de visita. Han recortado las plantillas y han prescindido no solo de bibliotecarios, sino también de servicios básicos, como la limpieza o la informática. Han reducido el presupuesto para adquirir libros, revistas y películas.

En la mayoría de los distritos, las bibliotecas locales están ubicadas en instalaciones antiguas y destartaladas que no cumplen ni con los estándares del siglo XXI ni mucho menos con las necesidades actuales. En algunas ciudades —algunas prósperas, como Denver—, la situación es tan grave que los Gobiernos locales se han puesto a clausurar bibliotecas enteras. En San José, un poquito más al sur de donde están Facebook, Google y Apple, el presupuesto de la biblioteca pública es tan ajustado que hace poco las autoridades prohibieron que los usuarios que tuvieran multas superiores a diez dólares por retraso en la devolución de artículos sacasen libros en préstamo y utilizasen los ordenadores. Cuando las multas llegan a los cincuenta dólares, la biblioteca deriva el caso a una agencia de cobro de deudas. En vez de hacer progresar a sus usuarios, la biblioteca se convierte en otra de esas instituciones que los sojuzga.

En Nueva York, epicentro mundial de la cultura y las finanzas, la lucha sobre qué hacer con las bibliotecas públicas entraña riesgos

mucho mayores. La disputa actual enfrenta a los directores ejecutivos de la biblioteca, preocupados por la disminución de los fondos de la red, con los usuarios locales, que temen perder bibliotecas locales y servicios especializados si se consolida el sistema.

Y sus temores no son infundados. Según el Center for an Urban Future (Centro para un Futuro Urbano), la red de bibliotecas públicas de Nueva York tiene necesidades de construcción por un valor superior a los 1.500 millones, solamente para efectuar reparaciones y labores de mantenimiento en las instalaciones existentes.[253] En Manhattan, en 2007, el ayuntamiento vendió los terrenos y derechos de vuelo de la querida biblioteca Donnell —situada en la 53rd Street, enfrente del Museum of Modern Art (MoMA)— por 59 millones de dólares y prometió que para 2011 inauguraría un espacio en el nuevo hotel de lujo y edificio de apartamentos ubicado allí. La biblioteca abrió en el verano de 2016 y, aunque hay a quien le gusta el diseño contemporáneo, tanto los usuarios como los críticos se quejaron de que el espacio carecía de alma, de que se parecía más a una tienda Apple que a un centro comunitario.

En Brooklyn, donde el presupuesto de reparación de las sesenta bibliotecas del distrito supera los 300 millones de dólares, la junta de la biblioteca pública intentó vender la histórica y concurridísima biblioteca Pacific de Boerum Hill a promotores inmobiliarios, aunque se vieron obligados a retirar la oferta debido a las feroces protestas de los vecinos. Poco después, la junta aprobó la venta de derechos de tierra de la biblioteca de Brooklyn Heights por 52 millones de dólares, para que otro promotor pudiera construir una torre multiusos de treinta y seis plantas que, como en Manhattan, incluiría una biblioteca nueva, de un tamaño considerablemente inferior al de la actual. De nuevo, los vecinos protestaron, pero en esa ocasión fue en vano. La junta del distrito de Brooklyn aprobó la venta a principios de 2016.

La crisis fiscal de la Biblioteca Pública de Nueva York ha tenido también consecuencias más inmediatas. Entre 2008 y 2013, el Ayuntamiento de Nueva York recortó en 68 millones de dólares los fondos de la red de bibliotecas para gastos de funcionamiento, lo

que supuso una reducción del 24 por ciento del horario de los empleados.[254] Hace un siglo, la mayoría de las bibliotecas locales abría los siete días de la semana; en la actualidad, casi todas cierran el domingo, que siempre ha sido uno de los días de visita favoritos de los inmigrantes, los obreros y las familias. No hay ninguna otra institución que pueda llenar ese vacío.

A veces, el mercado puede ofrecer sustitutos parciales. En el Bronx, por ejemplo, Baychester Barnes & Noble es desde hace tiempo la única librería del distrito y abre todos los días de la semana, ochenta y ocho horas semanales (de nueve de la mañana a diez de la noche de lunes a sábado y de diez de la mañana a ocho de la tarde los domingos), tiempo de sobra para que puedan ir padres o madres que trabajan y que solo pueden ir a última hora de la tarde o niños que no pueden ir más que los fines de semana. La tienda, que abrió en 1999, empezó a funcionar de inmediato como una infraestructura social fundamental, un sitio donde se veía con buenos ojos que la gente se entretuviera y disfrutara de la compañía de los demás incluso aunque no comprase nada.

Las librerías, grandes y pequeñas, nunca han sido meros establecimientos comerciales. Durante siglos —en los Estados Unidos, desde 1745, cuando la librería Moravian abrió en Bethlehem, Pensilvania—, han sido importantísimos lugares de encuentro donde podemos confiar en encontrarnos con otras personas que disfrutan con las buenas historias y las ideas nuevas, así como con libreros —ya sean dueños o empleados— que disfrutan ayudando a la clientela a encontrar libros que les vayan a encantar. Las librerías suelen organizar actividades infantiles y familiares especiales, auspician clubes de lectura para adultos, acogen conferencias y firmas de escritores y se implican en todo tipo de asuntos ciudadanos. Favorecen que los desconocidos entablen conversación, no solo porque ofrecen espacios protegidos, sino también porque nos dan mucho de lo que hablar.

Como profesor universitario y antiguo estudiante de posgrado, me cuento, sin lugar a dudas, entre los clientes más fieles de las librerías. Sin embargo, conozco a gente de todo tipo de profesiones que guardan afectuosos y vívidos recuerdos de los momentos pasados en las librerías locales, así que no soy ni mucho menos el

único que puede trazar el curso de su vida gracias a las librerías que ha frecuentado. En Chicago, mis padres y yo pasamos infinidad de horas en la Barbara's Bookstore de Wells Street, pero cuando tuve la edad suficiente empecé a ir yo solo en busca de historias (como los libros para «adultos» de Judy Blume) que quizá ellos no habrían visto con buenos ojos. En Berkeley, donde hice mis estudios de posgrado en Sociología, me pasaba tardes enteras leyendo los mohosos libros usados que había apilados en la primera y segunda planta de Moe's en Telegraph Avenue. Aunque nunca estaba solo: una pequeña multitud de estudiantes se congregaba allí y recurría a los libros para entablar conversación, como ocurre en las pequeñas librerías de Hyde Park, Cambridge, Ann Arbor y ciudades universitarias de todo el mundo. Por suerte, mi novia —y actual esposa— compartía mi pasión de ojear los libros con calma y, como a ella le llegaba el dinero para comprar libros nuevos, también pasábamos muchas tardes un poco más arriba en la misma calle, en Cody's Books.

Mi mujer y yo nos mudamos a Nueva York por la época en que se publicó mi primer libro y nunca olvidaré el placer de verlo en las estanterías de las librerías Barnes & Noble que atestaban el barrio (la cadena tenía cuatro establecimientos a menos de un kilómetro de donde vivíamos, dos en Avenue of the Americas, una en Union Square y la principal en Fifth Avenue y 18th Street). De alguna manera, éramos clientes habituales de todas ellas; por aquel entonces, mi mujer le contaba a todo el mundo que se notaba mucho que su marido por fin sentía cierta seguridad económica después de vivir tantos años con el sueldo de un estudiante de posgrado, porque era la primera vez que me veía comprar libros de tapa dura. Cuando nuestros hijos eran pequeños, adquirimos la costumbre de llevarlos a un sitio en el Flatiron District llamado Books of Wonder, que, para bien o para mal, vendía cupcakes y café, además de todos los libros de cuentos ilustrados que queríamos. Cuando los niños se fueron haciendo mayores, empezamos a llevarlos de excursión a establecimientos donde no pudieran evitar reparar en que el mundo está lleno de gente a la que le gustan los libros —y las librerías— tanto como a nosotros: Strand en Greenwich Village; McNally Jackson en SoHo, Kepler's durante nuestro año sabático en Menlo Park… Las visitas podían salir caras, pero no hay muchas otras cosas en las que merezca tanto

la pena gastarnos el dinero.

Hoy en día, por supuesto, hay formas más baratas y eficientes de comprar libros (y cualquier otra cosa), a cuyo atractivo mi familia no es ni mucho menos inmune. Aunque nos encanten las librerías, algunas veces, cuando tenemos prisa o buscamos un precio más ajustado, optamos por comprar por internet. Pero como cada vez hay más gente que hace compras en línea en vez de en establecimientos físicos, las librerías se ven obligadas a cerrar y las infraestructuras sociales desaparecen. Eso es lo que pasó en nuestro barrio cuando las dos sucursales de Barnes & Noble de Avenue of the Americas cerraron en cuestión de pocos años. Uno de los edificios se convirtió en un supermercado, pero el otro, en 8th Street, no tardó en pasar de ser un centro vecinal lleno de vitalidad al escenario de un delito de odio homicida, que tuvo lugar pocos meses después del cierre delante del edificio clausurado. A finales de 2016, Barnes & Noble, ante un pronunciado incremento del alquiler, anunció el cierre de la sucursal de Baychester, a la que sustituyó una tienda de ofertas de Saks Off 5th. El cambio dejó a un millón y medio de personas —en un distrito entre cuyos antiguos residentes se cuentan los célebres escritores Mark Twain, Edgar Allan Poe, Cynthia Ozick y Richard Price— sin una infraestructura social de la que la comunidad llevaba disfrutando desde que los vecinos tienen memoria. Uno de los ejecutivos de Barnes & Noble aseguró que la empresa se había «comprometido a trabajar de manera diligente con las autoridades locales para reabrir en el futuro una tienda en el Bronx».[255] Ojalá sea verdad.

* * *

En una época caracterizada por necesidades sociales acuciantes y el estancamiento derivado de la polarización política, resulta tentador perder la esperanza en el Gobierno y recurrir casi con desesperación a nuevas soluciones, muchas de las cuales, en los tiempos que corren, están impulsadas por la tecnología, son experimentales, están privatizadas y se fundamentan en la fe de que el mercado nos

dará lo que queremos y necesitamos. Las comunidades que carecen de supermercados tienen Amazon y Fresh-Direct. Para las que no tienen tiendas de barrio suficientes, dos antiguos empleados de Google han creado Bodega, un sistema consistente en cajas de despensa surtidas para satisfacer la demanda local y programado para que los clientes puedan hacer todas sus compras con el móvil. «Con el tiempo, no harán falta los establecimientos de compras centralizados —asegura Paul McDonald, uno de los fundadores— porque habrá cien mil Bodegas repartidas y siempre tendrás una a treinta metros de distancia».[256] Esa clase de ambición ayudó a McDonald y a su socio, Ashwath Rajan, a conseguir ángeles inversores de Google, Facebook, Twitter y Dropbox, así como capital riesgo de algunas de las empresas más importantes de Silicon Valley. No está claro todavía cuántas Bodegas terminarán abriendo, pero con independencia de la cifra merece la pena señalar que su propuesta no solamente ofendió a la comunidad latina y amenazó a los empresarios étnicos cuyo sector esperaban «trastocar», sino que también desató una violenta reacción en comunidades de todos los Estados Unidos, porque a la mayoría de la gente nos gusta vivir cerca de una tiendecita gestionada por seres humanos que puedan interactuar con nosotros de vez en cuando o, si tenemos prisa, limitarse a sonreír y a darnos el cambio.

Hoy en día, cuando nuestra ilimitada interacción con las pantallas amenaza con eclipsar los momentos que compartimos con personas de verdad, hay gente en todas partes expresando su frustración por los límites de la vida virtual. En el mundo entero, la gente está empezando a valorar de verdad los espacios físicos donde se reúne, y resulta didáctico ver qué cosas tan extraordinarias pueden suceder cuando las coaliciones de ciudadanos y organizaciones filantrópicas se comprometen a reconstruir la clase de infraestructura social que satisface nuestras necesidades actuales.

Pensemos en Columbus, Ohio, un reciente modelo para esas ciudades que usan las bibliotecas para salvar las brechas sociales y revitalizar la vida ciudadana. Como capital del estado y sede de la emblemática Universidad Estatal de Ohio, Columbus es una ciudad bastante liberal que está rodeada de condados conservadores. Aunque en términos generales tiene altos niveles de ingresos y de educación, también hay focos de enorme pobreza. De acuerdo con

cierto estudio reciente, en torno al 35 por ciento de los niños de preescolar de la ciudad no estaban «preparados para la enseñanza infantil» porque no habían adquirido las habilidades de lectoescritura que les correspondían por edad, mientras que según otro estudio el 20 por ciento de los hogares carecía de acceso a internet.[257]

Cuando se produjo la crisis financiera de 2008, las autoridades políticas del estado de Ohio recortaron gastos hasta tal punto que el Gobierno municipal de Columbus temió por la supervivencia de sus bibliotecas, cuyas sedes locales redujeron su horario y eliminaron algunas actividades. Se organizó un referéndum y se dio a los votantes la oportunidad de decidir si promulgaban un impuesto a la propiedad que proveería a la biblioteca de 56 millones de dólares anuales adicionales. Pocas cosas hay que hagan menos gracia a los estadounidenses que los impuestos a la propiedad, pero los residentes de Columbus sentían veneración por sus bibliotecas. Casi doscientos voluntarios hicieron campaña por la ciudad con el fin de recabar apoyos para la iniciativa: organizaron reuniones municipales, llamaron por teléfono a los votantes y visitaron a los grupos ciudadanos. Al final resultó que los votantes de Columbus no necesitaban que nadie los convenciera y optaron por subirse los impuestos por un margen de dos a uno. Poco después, el ayuntamiento reanudó el servicio completo en la sede principal y en todas las bibliotecas locales.[258]

En 2016, el ayuntamiento renovó la biblioteca principal y varias sucursales locales: se añadió una pared de ventanales con vistas al Topiary Park (un parque de 2,8 hectáreas), se abrieron nuevas salas infantiles, se mejoraron los aseos y se comunicó mejor la biblioteca con el parque. Ese año, cuando en ciudades prósperas, como San José, se tomaban medidas enérgicas contra los usuarios que tenían penalizaciones por retraso, Columbus adoptó el enfoque contrario. El 1 de enero de 2017, la biblioteca metropolitana dejó de multar a quienes se retrasaran al devolver los libros. «Si facilitamos que lleguen más artículos a las manos de un mayor número de usuarios, estaremos más cerca de nuestra visión de una comunidad floreciente donde predomine la sabiduría», afirmó Patrick Losinski, el director ejecutivo de la red de bibliotecas. Lo mismo ocurre con las cifras de préstamo y de visitantes de la biblioteca, que siguen

estando entre las más altas per cápita del país. Igual de impresionante es que la biblioteca registrara 95.000 visitas a los centros de ayuda con los deberes y que sus grupos de lectura estivales contaran con casi 60.000 participantes.[259] Por disfrutar de una infraestructura social de tal solidez, los habitantes de Columbus pagan un precio —unos 86 dólares anuales por una casa de 100.000 dólares—, pero su proceder, tanto en las urnas como en las bibliotecas, demuestra lo mucho que valoran lo que reciben a cambio.

Las bibliotecas son un único tipo de infraestructura social esencial. Como hemos visto, hay muchos otros espacios e instituciones públicas que desempeñan un papel fundamental en la vida diaria de nuestros barrios y comunidades. En el mejor de los casos, pueden condicionar cuántas oportunidades tenemos de disfrutar de interacciones sociales significativas. En el peor de los casos —sobre todo, cuando se produce una crisis—, pueden suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

Aunque ciertas infraestructuras sociales importantes (como las iglesias, las cafeterías, las librerías y las barberías, entre otras) surgen del sector no lucrativo o del mercado, la mayoría de esos espacios e instituciones fundamentales que necesitamos reconstruir están o financiados o administrados por el Estado. La ideología antiimpuestos lleva décadas recortando la financiación pública necesaria para construir y mantener todo tipo de infraestructuras cruciales. Hace algunas generaciones, los estadounidenses se enorgullecían enormemente del poder y la capacidad de resistencia de nuestros ultramodernos sistemas: presas y puentes majestuosos, ferrocarriles en expansión, solventes redes eléctricas, plantas depuradoras de agua, frondosas zonas verdes de costa a costa… En la actualidad, esos bienes públicos están manga por hombro. En vez de elevarnos para que aspiremos a algo mejor, hoy en día la infraestructura es causa de deshonra y de vergüenza: nuestras carreteras se caen a pedazos; nuestros trenes son lentos; nuestros aeropuertos, según dice el presidente Trump, son «como países tercermundistas»… Hace poco se descubrió que muchísimas ciudades —como Boston, Chicago y Filadelfia, entre otras— hacían trampas en las pruebas de calidad del agua para ocultar contaminantes potenciales.[260] El agua de otras ciudades, como

Flint o Míchigan, es tan tóxica que les fue imposible negar u ocultar sus peligros. Infinidad de ciudades y urbanizaciones residenciales de las afueras tienen infraestructuras sociales que son igual de tóxicas y, aunque los problemas que generan van apareciendo poco a poco, a cámara lenta, ponen en peligro al cuerpo político en su totalidad.

Los debates sobre la innovación infraestructural para proteger mejor al público tienden a centrarse exclusivamente en la tecnología, pero hay diseñadores de todo el mundo innovando también a un nivel más fundamental, transformando los conceptos clave y las tipologías de construcción que llevan tiempo dictando lo que desarrollamos. Pensemos, por ejemplo, en la Polis Station, el intento de la arquitecta Jeanne Gang de transformar las comisarías de policía —lugares y símbolos potentes del estado de seguridad, causante de divisiones raciales— en una infraestructura social inclusiva que fomente la interacción entre personas de distintos grupos.[261] Gang, que vive en Chicago y está íntimamente ligada a la ciudad, había observado que se producían violentos conflictos y que cada vez aumentaba más la desconfianza entre el Departamento de Policía de Chicago y las comunidades minoritarias donde la policía patrulla con tanta agresividad. Su firma, Studio Gang, empezó a entrevistar de manera tanto individual como grupal a los líderes ciudadanos y a las autoridades locales de los barrios donde se había producido un mayor distanciamiento entre los residentes y la policía, y con el tiempo organizó encuentros para que los jóvenes, los vecinos, los grupos comunitarios y los policías pudieran hablar de sus preocupaciones y deseos. El proceso no fue sencillo. El Departamento de Policía llevaba más de veinte años persiguiendo, maltratando e incluso torturando en secreto a los sospechosos de los barrios donde trabajaba Gang, tal y como reconoció formalmente el ayuntamiento en 2015. Los policías no eran los únicos que tenían las manos manchadas de sangre: aunque tampoco puede decirse que la ciudad fuera nunca un campo de batalla, los delitos con violencia seguían siendo uno de los problemas más graves en muchos de los barrios más pobres y segregados. Por todo ello, reunir a la policía y a los vecinos fue una tarea compleja y delicada.

Sin embargo, cuando ambos bandos entraron en contacto, expresaron más comprensión por las dificultades del otro de la que Gang esperaba, así como más interés en arreglar las cosas. Nadie

albergaba la fantasía de que diseñar un nuevo edificio fuera a resolver los problemas subyacentes de la violencia con armas de fuego o los abusos policiales racistas de Chicago, pero había otras formas, más prácticas, de mejorar las condiciones de la calle; todas ellas requerían mejorar la infraestructura social. En todos los barrios, tanto los líderes vecinales como la policía se quejaban de que faltaban espacios protegidos donde los adolescentes pudieran jugar después de las clases. Como resultado, había demasiados chavales jóvenes que pasaban las tardes dando vueltas y, aunque por lo general no armaban lío, la policía se las veía y se las deseaba para conseguir mantener el orden y la seguridad. Gang y sus colaboradores pusieron en común ideas de diseño que pudieran ayudar a sanar el fracturado cuerpo social y en una de sus reuniones se les ocurrió una propuesta novedosa: ¿y si se transforman las comisarías en centros comunitarios, con instalaciones recreativas que los jóvenes puedan utilizar sin miedo?

La idea era alucinante: las comisarías siempre han sido espacios de detención, inquisición e intimidación —sobre todo, en Chicago, donde la amenaza de la violencia impregnaba el sistema de justicia penal—, pero Gang, receptora de la beca MacArthur «para genios» y entre cuyos logros está el de construir el rascacielos más alto del mundo diseñado por una mujer (Aqua Tower, en Chicago), era conocida por sus geniales y ambiciosas ideas. También es una especie de celebridad local y tiene buena relación con el alcalde, Rahm Emanuel, que estaba ansioso por demostrar que estaba comprometido con la reforma policial. Los agentes, por su parte, tenían la esperanza de conseguir que los residentes se implicaran en la comunidad. Una vez que se hubieron puesto de acuerdo en lo que querían, decidieron construir un prototipo. El sitio elegido resultó estar en North Lawndale, cuya infraestructura social no ha mejorado demasiado desde que estuve allí estudiando los efectos de la ola de calor y donde sigue habiendo muchas personas frágiles y vulnerables que viven en riesgo de aislarse en casa.

Para cuando Gang obtuvo autorización para trabajar en North Lawndale, ya había desarrollado el concepto de Polis Station, tanto en su práctica como en sus estudios de arquitectura para estudiantes. De acuerdo con su gran visión, la Polis Station contaría con muchas de las infraestructuras sociales cuyos beneficios hemos

visto en capítulos anteriores —una barbería, un café y un restaurante, un parque bien cuidado y un área de juego infantil, un huerto vecinal, un gimnasio y una sala común con wifi gratuito— y todos esos espacios estarían abiertos tanto a los policías como a los ciudadanos. En sitios donde hubiera más terreno disponible, los diseños de Gang incluirían también alojamiento para los agentes, bibliotecas y aulas de informática, centros de asesoramiento y lugares de culto. El alcance del proyecto piloto de North Lawndale era mucho más limitado. Gang tuvo que apañárselas con una sección del aparcamiento, así que, tras escuchar a la gente que vivía en la zona, su equipo y ella decidieron transformar el espacio en una cancha de baloncesto, separada de la calle por una fila de árboles y una preciosa verja de metal negro. Es un proyecto modesto pero triunfal. La cancha, pintada de verde con el área restringida en naranja, se mantiene en buen estado: tiene la superficie pulida y la red intacta, cosas que cuesta encontrar en las destartaladas áreas de juego cercanas.

La cancha de baloncesto de la comisaría de policía dista mucho de ser el sitio más popular de North Lawndale, pero los jóvenes de la zona la usan a menudo y, cada vez que van, conocen un poco más a los policías que trabajan allí, que se vuelven algo menos amenazantes. Con suerte, la proximidad surtirá el mismo efecto en los agentes. Aunque Chicago no se ha comprometido todavía a desarrollar ningún otro proyecto de Polis Station, hay otras ciudades —como Baltimore, cuyo acuario rediseñó Gang— interesadas en experimentar con una versión más amplia del concepto. También Nueva York está pensando en hacer algo parecido con los parques de bomberos. Como en Chicago, los líderes ciudadanos de esos municipios saben que, por sí sola, la arquitectura no va a resolver los turbulentos conflictos que enfrentan a la policía y a las personas racializadas. Sin embargo, resulta fácil creer que transformar los parques de bomberos en infraestructuras sociales será un primer paso productivo.

* * *

El presidente de los Estados Unidos se ha comprometido a reconstruir las infraestructuras del país y no ha dejado lugar a dudas sobre qué primer paso querría dar: levantar un muro. No hay idea de diseño más simple ni nada más fácil de construir. Pero un muro es tanto el símbolo como el causante de la división que nos debilita. Y, como defienden muchas de las autoridades políticas a quienes tanto preocupa la migración fronteriza ilegal, ni siquiera funciona.

Erigir muros es tan poco aconsejable para las políticas climáticas como para la inmigración, pero, afortunadamente, el reciente aumento de mortíferos y costosos megahuracanes como Sandy, Harvey, Irma y María ha motivado la construcción de rudimentarias defensas costeras para evitar que entre el agua. Es cierto que, en algunos sitios, la irreversible amenaza de la subida del nivel del mar y de las imponentes marejadas ciclónicas requiere que se proteja de las inundaciones a las personas y sitios vulnerables. Pero los muros, como sabían Kate Orff y el equipo que diseñó Living Breakwaters para Staten Island, pueden provocar tantos problemas como los que evitan. Inspiran una falsa sensación de seguridad en quienes viven al otro lado y, cuando fallan —como ocurrió con los diques de contención durante los huracanes Katrina y Sandy—, casi nadie está preparado para la inundación. Peor aún, los canales de salida al mar y las barreras son herramientas limitadas que no pueden implementarse en todas las áreas amenazadas por el calentamiento global. En la mayoría de los sitios, suelen tener un coste prohibitivo y a menudo no sirven de nada. Aunque invirtamos en formas de aislarnos del mar y sus afluentes, no podremos evitar que la mayor parte de la humanidad quede expuesta a los elementos.

En los sitios densamente poblados y altamente desarrollados donde hacen falta muros —ciudades como Londres, Nueva Orleans, Róterdam y Venecia—, las autoridades y los ingenieros están empezando a entender que estos no son ni de lejos lo suficiente como para resistir al clima. Por eso, Bjarke Ingels y el grupo que propuso el East Side Coastal Resiliency Project para el Bajo Manhattan rechazaron diseños convencionales de barreras ribereñas e inventaron los «terraplenes puente» y las zonas verdes que sirven tanto para reunir a la gente como para evitar que entre el agua. Al igual que la Polis Station, se trata de un concepto radical: un muro

inclusivo en vez de excluyente, que invita a comunidades distintas a compartir un mismo espacio social. El diseño de Ingels es una infraestructura material y, al mismo tiempo, inmaterial, social y física, que aspira a mejorar la vida diaria de todo el mundo además de servir de protección contra las inundaciones que todos tememos.

Por desgracia, construir la infraestructura material y social necesarias para la seguridad climática sale carísimo, y la mayoría de la gente y de los lugares que ya sufren la amenaza del calentamiento global carecen de los recursos de los que disponen ciudades como Nueva York, Londres y Róterdam. A menos que los países adinerados cuyo consumo ha inducido el cambio climático presten una ayuda financiera sustancial —mucho mayor que la que accedieron a brindar en virtud del histórico Acuerdo de París de 2016—, las sociedades pobres en vías de desarrollo seguirán siendo vulnerables a los mortíferos huracanes que se avecinan. En la actualidad, ese nivel de inversión financiera parece poco probable, pero, si no se produce pronto, las desigualdades medioambientales se volverán más acusadas y graves. La injusticia desatará un enfado y una indignación que quizá resulten tan imposibles de contener como el cambiante clima y el tiempo traicionero.

Por ahora, al menos, seguimos pudiendo controlar nuestro destino, y las infraestructuras que construyamos ayudarán a determinar la duración de ese poder. Las infraestructuras, como escribe el eminente ingeniero de Princeton David Billington, tienen la capacidad de simbolizar periodos históricos y de expresar las ideas dominantes sobre la organización de la economía y de la sociedad. [262] Nuestros ferrocarriles, autopistas, parques y redes eléctricas revelan quiénes somos y en qué aspirábamos a convertirnos en la época en que los creamos. Los sistemas que construyamos en los años venideros hablarán a las generaciones futuras de quiénes somos y de cómo vemos el mundo ahora. Si no conseguimos salvar las enormes distancias sociales que nos separan, quizá incluso condicionen la existencia de ese «nosotros».

En la actualidad, los países de todo el mundo están preparados para gastar billones de dólares en los proyectos de las infraestructuras fundamentales que necesitamos para superar el siglo XXI y los siglos que vendrán. En las próximas décadas, cuando las redes en las que

se apoya la vida moderna se queden obsoletas y dejen de funcionar correctamente, a los Estados Unidos no les quedará más remedio que invertir cientos de miles de millones de dólares en nuevos proyectos. En las décadas siguientes, gastarán aún más dinero. Antes de que volvamos a alzar la pala, deberíamos saber qué queremos mejorar, qué necesitamos proteger y, lo que es más importante, qué tipo de sociedad queremos crear.

Las autoridades políticas suelen defender que los proyectos de infraestructuras son tan técnicos que escapan a la comprensión de los ciudadanos y de los grupos ciudadanos, así que es imposible que se sostengan debates de interés en un foro democrático. Piden que confiemos en la gestión de los ingenieros y de los expertos, lo que en última instancia implica que la autoridad fluya de arriba abajo. Pero ningún presidente ni alto funcionario debería tener el poder de tomar decisiones unilaterales sobre cómo reconstruir los sistemas críticos en los que nos apoyamos y la historia demuestra que, cuando así ocurre, la gente rara vez consigue lo que quiere. Lo que necesitamos, ahora más que nunca, es un debate inclusivo sobre cuáles son los tipos de infraestructura —tanto material como social — que mejor nos van a servir, sustentar y proteger. Hace falta un proceso democrático que, al igual que Rebuild by Design, exija la participación activa de las personas y de las comunidades cuyas vidas se verán afectadas por los proyectos que van a financiarse con el dinero de todos, un proceso que respete el conocimiento y la sabiduría locales tanto como la pericia técnica.

Para reconstruir la infraestructura que ayude a solucionar los tremendos problemas que nos aguardan, conviene aprovechar toda la inteligencia colectiva sobre las vulnerabilidades y las posibilidades que están surgiendo en distintas ciudades y regiones. Sin duda, necesitamos la pericia de la ingeniería civil para arreglar las redes esenciales que están fallando, pero también tenemos que inculcar urbanidad a las sociedades que corren el riesgo de hacerse pedazos (incluida la nuestra). Es una labor ingente y, dados nuestros conflictos y fisuras actuales, va a ser un proyecto a largo plazo. Pero no podemos posponerlo más. La cuestión es cuándo y dónde empezar.

■

[244] Mark Zuckerberg, «Building Global Community», Facebook, 16 de febrero de 2017, www.facebook.com/notes/zuckerberg/building-community/10154544292806634/.

[245] Ver Tony Romm, «Trump Campaign Fires Back at Zuckerberg», Politico, 13 de abril de 2016, www.politico.com/story/2016/04/mark-zuckerberg-trump-feud-221897, y Seth Fiegerman, «Mark Zuckerberg Criticizes Trump on Immigration», CNN, 27 de enero de 2017, https://money.cnn.com/2017/01/27/technology/zuckerberg-trumpimmigration/index.html.

[246] Mark Zuckerberg, publicación de Facebook, 11 de enero de 2018, www.facebook.com/zuck/posts/10104413015393571/.

[247] Benjamin Elgin y Vernon Silver, «Facebook and Google Helped Anti-Refugee Campaign in Swing States», Bloomberg.com, 18 de octubre de 2017, www.bloomberg.com/news/articles/2017-10-18/facebook-and-google-helped-anti-refugee-campaignin-swing-states.

[248] Ver el mapa y el informe del Urban Displacement Project: www.urbandisplacement.org/map/sf.

[249] George Avalos, «Facebook Campus Expansion Includes Offices, Retail, Grocery Store, Housing», San Jose Mercury News, 7 de julio de 2017, www.mercurynews.com/2017/07/07/facebook-campus-expansion-includes-offices-retail-grocery-store-housing/.

[250] Philanthropy Roundtable, «Andrew Carnegie», www.philanthropyroundtable.org/almanac/hall_of_fame/andrew_carnegie#a.

[251] Andrew Carnegie, Autobiography of Andrew Carnegie, Boston: Houghton Mifflin, 1920, p. 47.

[252] Hasta 2017, cuando la Fundación Stavros Niarchos donó 55 millones de dólares para reconstruir la biblioteca circulante de Midtown, la última gran iniciativa para invertir en la Biblioteca Pública de Nueva York fue un proyecto desatinado, tremendamente

caro y, en suma, fallido para renovar la emblemática biblioteca, dirigida por unos consejeros elitistas que, como afirmó un antiguo directivo de la biblioteca, «solo se preocupan por el edificio de la 42nd Street» y «pasan olímpicamente de las bibliotecas locales». Ver Scott Sherman, Patience and Fortitude: Power, Real Estate, and the Fight to Save a Public Library, Nueva York: Melville House, 2015, p. 73.

[253] Ver la transcripción del testimonio que ofreció Jonathan Bowles en septiembre de 2013 en el Ayuntamiento de Nueva York: https://nycfuture.org/research/testimonybuilding-better-libraries.

[254] En 2014, por primera vez desde 2008, la ciudad incrementó los fondos de las bibliotecas públicas hasta los 144 millones de dólares, pero esa cifra sigue estando muy por debajo del nivel de apoyo público que el ayuntamiento brindaba a las bibliotecas a principios de la década de 2000, cuando la dotación solía superar los 200 millones anuales. Ver New York City Independent Budget Office (Oficina Presupuestaria Independiente de Nueva York), «Library Funding: Subsidies Rebound, Disparities Remain», informe fiscal, julio de 2007, www.ibo.nyc.ny.us/iboreports/libraryspending.pdf.

[255] Steven Goodstein, «Barnes & Noble Commits to Bronx Return in 24-36 Months», The Bronx Times, 15 de noviembre de 2016, www.bxtimes.com/barnes-noble-commitsto-bronx-return-in-24-36-months/.

[256] McDonald aparece citado en Elizabeth Segran, «Two Ex-Googlers Want to Make Bodegas and Mom-and-Pop Corner Stores Obsolete», Fast Company, 13 de septiembre de 2017, www.fastcompany.com/40466047/want-to-make-bodegas-and-mom-and-pop-corner-stores-obsolete?utm_content=bufferb45ab&utm_medium=social&utm_source=twitter.com

[257] Ver Deborah Fallows, «Not Your Mother's Library», The Atlantic, 6 de octubre de 2014, www.theatlantic.com/national/archive/2014/10/mothers-library/381119/, y el informe «Internet Connection Data for Cities», Governing.com, www.governing.com/gov-data/city-internet-connection-household-adoption-rates-data.html.

[258] «Voters OK 2.8-mill Columbus Metropolitan Library Levy», ThisWeek Community News, 3 de noviembre de 2010, www.thisweeknews.com/article/20101026/news/310269541.

[259] Biblioteca Metropolitana de Columbus, «Media Fact Sheet», 2017, www.columbuslibrary.org/sites/default/files/uploads/docs/Media%20Fact%20Sheet_0.pdf.

[260] Oliver Milman y Jessica Glenza, «At Least 33 US Cities Used Water Testing 'Cheats' over Lead Concerns», The Guardian, 2 de junio de 2016, www.theguardian.com/environment/2016/jun/02/lead-water-testing-cheats-chicago-boston-philadelphia.

[261] Ver la descripción que hace Studio Gang de la Polis Station en su página web: http://studiogang.com/project/polis-station/.

[262] David Billington, La torre y el puente. El nuevo arte de la ingeniería estructural, Málaga: Cinter Divulgación Técnica, 2013, traducido por Ignacio Payá, Ramón Sánchez y Juan José Jorquera.

AGRADECI MIENTOS

Pese a que me fui de Chicago hace más de quince años, atribuyo mi interés por la infraestructura social a la experiencia de crecer y, más tarde, desarrollar un absorbente trabajo de campo en una gran ciudad de barrios. La casa donde crecí, en Old Town, estaba justo enfrente del Club Menomonee original, una organización comunitaria sin ánimo de lucro que ofrecía actividades extraescolares diarias prácticamente gratuitas. En las décadas de 1970 y 1980, Old Town estaba en proceso de gentrificación. El barrio, que lindaba con el opulento Gold Coast y con las viviendas sociales de Cabrini-Green, era un foco de conflicto y de violencia recurrente. Yo pasaba varias tardes por semana tanto en el parque local como en el club, cuyo carismático director, Basil Kane, enseñaba fútbol europeo a un diverso —aunque no especialmente dotado— grupo de niños de la ciudad. Durante años, no di demasiada importancia a todas las cosas que aprendí en aquel centro comunitario tan especial. Ahora entiendo hasta qué punto me influyó.

Aunque las ideas de este libro procedan de Chicago, evolucionaron en la Gran Manzana y, sobre todo, en la Universidad de Nueva York. Desde 2012, he tenido el enorme privilegio de dirigir el Institute for Public Knowledge (Instituto de Conocimiento Público o IPK, por sus siglas en inglés) de la universidad, que es una comunidad tan auténtica como cualquiera de las que he conocido en el mundo universitario, y un espacio excepcional que premia a los académicos por su implicación en la vida ciudadana. Doy las gracias a Craig Calhoun, director fundador del IPK, por crear un ambiente tan especial y por confiarme su futuro; a Katy Fleming, la rectora, y a Cybele Raver, la vicerrectora sénior, por apoyar el proyecto, así como a Jessica Coffey, Siera Dissmore y Gordon Douglas por alimentarlo. También he tenido la suerte de trabajar con un maravilloso grupo de investigadores y estudiantes del IPK, entre los que se encuentran Hillary Angelo, Max Besbris, Daniel Aldana Cohen, David Grazian, Max Holleran, Liz Koslov, Caitlin Petre, Eyal Press, Alix Rule, Malkit Shosan y Matthew Wolfe. Todos ellos han contribuido a este proyecto.

También han ayudado mis colaboradores del concurso Rebuild by Design. Doy las gracias a Henk Ovink, nuestro visionario director; a

Amy Chester, nuestra indomable directora general; a Tara Eisenberg, Lynn Englum, Juliet Gore, Idan Sasson y Raka Sen, empleados de RBD, y a Judith Rodin, Nancy Kete y Sam Carter, de la Fundación Rockefeller, nuestro principal patrocinador. Estoy igualmente agradecido a los arquitectos, ingenieros, científicos y diseñadores cuyas magníficas ideas para mitigar el cambio climático y adaptarnos a él continúan siendo una fuente de inspiración. Entre las muchas personas cuyo trabajo me enseñó tanto lo que podemos hacer gracias a la infraestructura como lo que la infraestructura puede hacer por nosotros se encuentran Matthijs Bouw, Pippa Brashear, Bjarke Ingels, Klaus Jacob, Ellen Neises, Kate Orff, Richard Roark, Laura Starr, Marilyn Taylor, David Waggonner, Claire Weisz y Gena Werth.

Estoy especialmente en deuda con Carrie Welch y con el personal de la Biblioteca Pública de Nueva York, que siempre me abrieron las puertas y me dejaron acampar en la sede de Seward Park mucho más tiempo que hasta el usuario más entregado.

Escribí la mayor parte de este libro en uno de los espacios sagrados del mundo académico: el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences (Centro de Estudios Avanzados en Ciencias del Comportamiento, CASBS, por sus siglas en inglés) de la Universidad de Stanford. Como infraestructura social, el CASBS tiene prácticamente de todo, incluso estudios de escritura privados, aulas para seminarios, kilómetros de senderos para caminar, tazas sin fondo de Peet's Coffee y mesas de comedor en las que la conversación lleva más de sesenta años alimentando importantes libros de ciencias sociales. Doy las gracias a la Fundación Hewlett por contribuir a financiar mi beca de investigación; a Margaret Levi, la magnífica directora que ha remodelado el CASBS para el siglo XXI, y a su resolutivo personal. Estoy agradecido por el acompañamiento intelectual de los becarios de 2016-2017: Brooke Blower, Ruth Chang, Mark Greif, Andrew Lakoff, Deborah Lawrence, Terry Maroney, Allison Pugh, Jack Rakove, Jesse Ribot, Brenda Stevenson y Barry Zuckerman. Me siento afortunado por haber pasado un año en su compañía.

También he tenido la fortuna de conocer a Julie Sandorf, presidenta de la Fundación Charles H. Revson y acérrima defensora de las

bibliotecas públicas. A principios de 2016, Julie vino al IPK a presentar un pequeño proyecto colaborativo sobre el estado de las bibliotecas locales de Nueva York. Yo subí la apuesta y volví a la fundación con una idea que terminaría convirtiéndose en un proyecto de amplio alcance sobre las bibliotecas, la infraestructura social y la vida ciudadana. Desde entonces, Julie y su equipo han estado implicadísimos, así que quiero darles las gracias por lo mucho que me han apoyado.

Estoy profundamente agradecido por la generosidad de los familiares, amigos y colegas que invirtieron tiempo en leer y comentar los borradores de este manuscrito. Gracias a Gabriel Abend, Sasha Abramsky, Hillary Angelo, Aziz Ansari, Eric Bates, Craig Calhoun, Daniel Aldana Cohen, Andrew Deener, Shamus Khan, Andrew Lakoff, Margaret Levi, Sharon Marcus, Harvey Molotch, Eyal Press, Patrick Sharkey, Rona Talcott, Iddo Tavory, Fred Turner y Matt Wray.

Estoy especialmente en deuda con mis ayudantes de investigación de la Universidad de Nueva York; especialmente, con Delaram Takyar, que ha colaborado en todos los aspectos de este proyecto, y con Matt Wolfe, que ha ayudado con las partes sobre aislamiento social y adicción a los opiáceos. Cuando terminé de escribir, Delaram (que en estos momentos está estudiando Derecho y Ciencias Sociales) y Matt (que es sociólogo además de periodista) aunaron esfuerzos para verificar todos los datos recogidos en el libro. No puedo decir que fuera un proceso agradable, pero Delaram y Matt me salvaron de escribir cosas de las que me habría arrepentido más tarde. Ojalá hubiese más científicos sociales que sometieran su trabajo a un examen tan minucioso como ese; merece la pena. Kiara Douds, natural de Houston, acompañó a Delaram a la ciudad inmediatamente después del huracán Harvey. Ella fue quien nos puso en contacto con la comunidad de la iglesia bautista de Wilcrest para que pudiéramos seguir la pista de sus labores de socorro. Liz Koslov, Xiang Lu y Katie Donnelly pasaron días y días observando la vida social de las bibliotecas locales. No podría haber escrito este libro sin su laborioso trabajo.

Lo mismo puede decirse del equipo de Crown Publishing. Amanda Cook, mi supereditora, me ayudó a ver el potencial de este libro en

cuanto leyó la propuesta y hasta el día en que lo mandamos a imprenta no paró de hacer sugerencias inteligentes e incisivas. Ha sido todo un privilegio trabajar con ella y es un auténtico placer colaborar con alguien que muchas veces entiende tus ideas mejor que tú mismo. Zachary Phillips y Emma Berry contribuyeron durante todo el proceso con sus comentarios editoriales. Maureen Clark pulió el manuscrito hasta dejarlo impecable. El entusiasmo de Molly Stern me ayudó en la recta final. No podría pedirle más a un grupo editorial. Gracias.

Tina Bennett y su ayudante, Svetlana Katz, siempre han hecho mucho más de lo que podría esperar de una agencia literaria. Son las mejores del sector y tengo la suerte de contar con su apoyo dondequiera que vaya.

Es estupendo que a mis padres, Rona Talcott y Edward Klinenberg, a sus parejas, Owen Deutsch y Anne McCune, y a mi suegra, Carolyn Grey, les encante pasar tiempo con sus nietos. Me siento agradecido por el inagotable apoyo que me brindaron mientras trabajaba en este proyecto. Y sé que, aunque esté terminado, mis hijos seguirán prefiriendo pasar tiempo con ellos.

De alguna manera, Kate Zaloom se las ingenia para dedicarnos tiempo a cada uno de nosotros y para ayudarme a dar vueltas a todas las cuestiones sobre las que merece la pena debatir, incluidas todas las ideas recogidas en este libro. Kate siempre ha tenido una mente deslumbrante, pero, desde que fundó Public Books hace unos años, también ha desarrollado un magnífico ojo editorial. Vivir la vida junto a Kate mejora todo lo que hago.

Lo mismo que pasar tiempo con mis hijos, Lila y Cyrus: el amor que les profeso no tiene límites. Este libro se lo dedico a ellos. Se merecen un mundo mejor y lo que más deseo es ayudarlos a construirlo.

Solamente podemos hacerlo juntos.

Índice

Portada

Palacios del pueblo

Introducción. La infraestructura social

01. Puntos de encuentro

02. Espacios protegidos

03. Aprender en comunidad

04. Vínculos saludables

05. Terreno común

06. Adelantarse al huracán

Conclusión. Antes de que volvamos a alzar la pala

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Eric Klinenberg

Créditos

Palacios del pueblo

Vivimos en una época de profundas divisiones. Los estadounidenses se están clasificando por líneas raciales, religiosas y culturales, lo

que lleva a un nivel de polarización que el país no se había visto desde la Guerra Civil. Expertos y políticos nos piden que nos unamos y encontremos un propósito común. Pero, ¿cómo, exactamente, se puede hacer esto?

En Palacios del pueblo, Eric Klinenberg sugiere un camino a seguir. Él cree que el futuro de las sociedades democráticas no se basa simplemente en valores compartidos, sino en espacios compartidos: las bibliotecas, las guarderías, las iglesias y los parques donde se forman conexiones cruciales. Entretejiendo su propia investigación con ejemplos de todo el mundo, Klinenberg muestra cómo la «infraestructura social» está ayudando a resolver algunos de nuestros desafíos sociales más urgentes. Ampliamente investigado y escrito de forma edificante, Palacios del pueblo ofrece un plan para salvar nuestras divisiones aparentemente infranqueables.

Eric Klinenberg, Sociólogo estadounidense e investigador. Es profesor de Sociología, Políticas Públicas y Medios, Cultura y Comunicación en la Universidad de Nueva York, así como editor de la revista Public Culture. En 2012 se convirtió en director del Instituto de Conocimiento Público de la Universidad de Nueva York. En 2013, fue nombrado director de investigación del concurso Rebuild by Design. Además de sus libros y artículos académicos, ha contribuido a The New York Times Magazine, Rolling Stone, The London Review of Books, The Nation, The Washington Post, Mother Jones o The Guardian, entre otros.

Título original: Palaces for the People: How Social Infrastructure Can Help Fight Inequality, Polarization, and the Decline of Civic Life (2020)

© Del libro: Eric Klinenberg

© De la traducción: Paula Zumalacárregui

Edición en ebook: noviembre de 2021

© Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 - 28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

28044 Madrid (España)

contacto@capitanswing.com

www.capitanswing.com

ISBN: 978-84-124427-6-2

Diseño de colección: Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra Ortiz

Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con

la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.